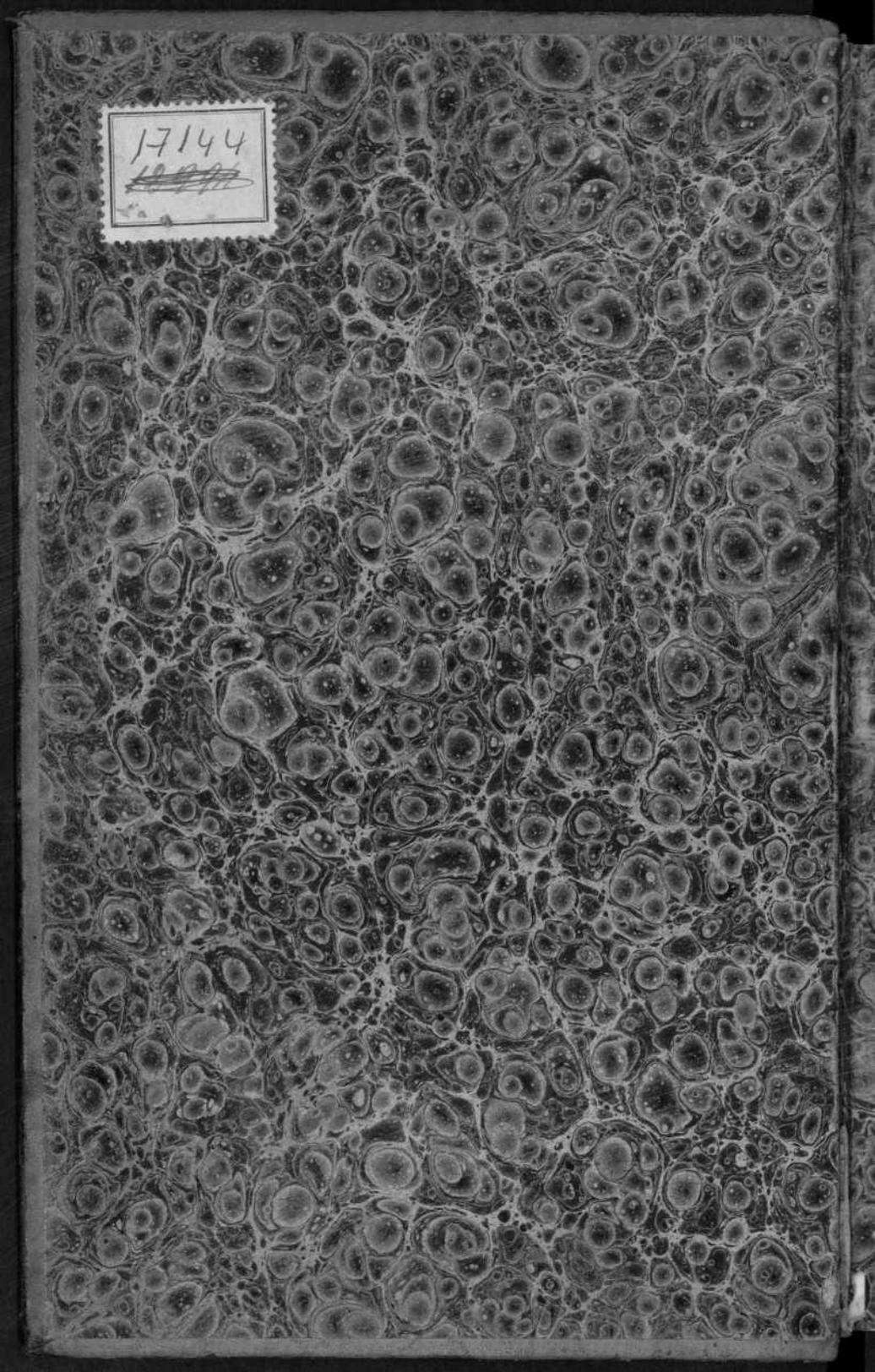
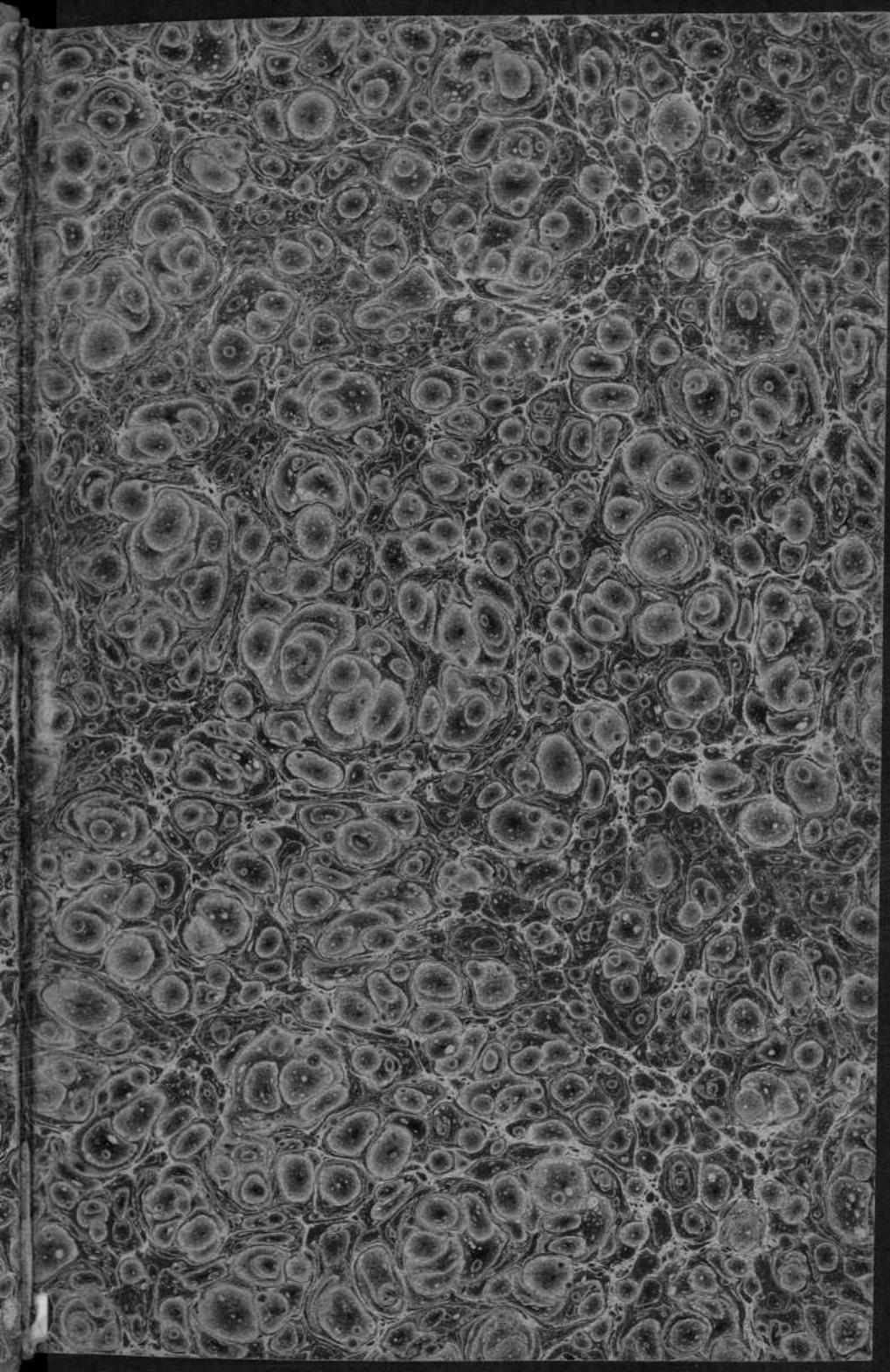




17144

~~17144~~





A D. Mercurio Garcia Mercurio

un recuerdo

de

Pascual Castellano



~~20~~  

---

~~291~~

85  

---

276

7

# OBSERVACIONES

SOBRE

LAS BELLEZAS LITERARIAS, HISTORICAS, PROFETICO-POETICAS Y RELIGIOSAS

DE LA

# SAGRADA BIBLIA

POR

DON JUAN MANUEL DE BERRIOZABAL,

MARQUÉS DE CASAJARA.



CON LICENCIA.

MADRID: POR AGUADO, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.

1849.

80

30-2

OBSERVACIONES

SACRAMENTO VALLEY

THE STATE OF CALIFORNIA

DEPARTMENT OF AGRICULTURE

THE STATE OF CALIFORNIA

DEPARTMENT OF AGRICULTURE

**BELLEZAS RELIGIOSAS.**

—❦—  
**TOMO 3.**  
—❦—

*Es propiedad del autor.*

## INTRODUCCION.



**H**ASTA ahora he hablado de un orden de bellezas mas nobles que las materiales, pero inferiores á las morales y religiosas: me pareció llamar históricas á las que descubrí en la primera parte de esta obra: proféticas á las que señalé en la segunda; porque aquellas se hallan en los libros historiales de la Biblia y éstas contienen de un modo ú otro alguna profecía, ya representando simbólicamente lo futuro, ya vaticinándolo con palabras. En unas y otras se encuentran copiosas riquezas de moral; mas yo no me he detenido en manifestarlas. Las bibliotecas están llenas de mil y mil obras dedicadas á deducir altas verdades morales de las páginas del antiguo Testamento; y cuanto hay en el mundo de buena moral sin injusticia podria asegurarse que pertenece á la Biblia. ¿Quién apuntará con el dedo alguna virtud que la Biblia no enseñe y de la cual no ofrezca ejemplos? ¿No está allí la moral en accion, llena de vida y de movimiento y no se la ve y se la palpa en los personajes biblicos, á quienes Dios hace obrar á la faz del mundo para que sean modelos de todas las virtudes? Así es que los predicadores inculcando cualquiera virtud para ejemplos de ella recurren al antiguo Testamento. Y esto sin hacer mencion de sus libros doctrinales, en los cuales se trata únicamente de dar las mas suaves y provechosas lecciones de moral; y son los mas preciosos códigos de la virtud, las mas enérgicas y eficaces amonestaciones para apartar á los hombres de los caminos de la iniquidad. Pero de propósito no he abierto mis lábios ni siquiera para nombrarlos, porque ellos por sí solos hablan al entendimiento y corazon de quien los lea y muestran con facil franqueza sus sencillas é inimitables bellezas. "Tomad, leed" es lo que debe decirse á los jóvenes, á los

adultos y á los ancianos: leed el *Eclesiastes* y el *Eclesiástico*: leed y aprended de memoria y meditad el *libro de la Sabiduría* y los *Proverbios* escritos con inspiracion divina por el mas sábio de los reyes: profundizad el sentido de las epístolas del nuevo Testamento y podreis haceros maestros en la elevada ciencia de los santos.

La sagrada Escritura aconseja, enseña y predica derechamente la virtud en su parte doctrinal y didáctica: sus profecias se dirijen á este mismo fin, y su historia insinúa el bien mostrándonos sus ventajas por sus resultados y poniendo á la vista los grandes inconvenientes de la depravacion por sus funestas consecuencias. La inocencia sale al cabo triunfante, y el crimen siempre es castigado. Nuestros primeros padres dan entrada en sus incautos pechos á la vivora del pecado y en aquel aciago instante huye de ellos la felicidad, en cuyo dulce regazo los habia criado el Señor, y abriéndose las puertas del averno, invaden la tierra como devastadores ejércitos una innumerable muchedumbre de enfermedades y dolores que tiranizan las almas y los cuerpos, y se enseñorean de nuestra caida humanidad como leones que no quieren soltar su presa: la ignorancia cojiendo todo el polvo de los abismos, lo arroja sobre los ojos de criaturas que poco antes tenian bastante luz para poder alternar en las conversaciones de los ángeles, y rodeada de tinieblas impías asienta su negro trono en medio del mundo: los cielos se cubren con nubes de ira: los querubines empuñan una espada de fuego para impedir que el hombre y la muger vuelvan á pisar la mansion de las delicias: la muerte estendiendo su formidable diestra sobre todos los siglos, y desenvainando una cuchilla siempre pendiente sobre nuestras cabezas, abre su horrenda boca para devorar todas las generaciones de los hombres; y el infernal principe de la iniquidad, que por su rebelion contra el Verbo divino cayó de las alturas del firmamento arrastrando en pos de sí la tercera parte de las estrellas, deja su sόlio de humo denegrido y en compańa de los errores monstruosos se lanza al valle de las lágrimas y sujeta á su cetro de hierro toda carne nacida del desterrado del paraíso.

Tan inmenso caos de calamidades, de aberraciones y nefanda abyeccion del género humano se hubiera perpetuado si la infinita misericordia del mismo Dios que el hombre habia abandonado, no

se interpusiera tomando sobre sí la reparación de sus criaturas. Esta se efectúa por el heroísmo de la virtud de una Persona divina, que baja de los cielos para enseñarla á los extraviados mortales que yacían en la noche del error y de la más abominable corrupción. *¿Bajar del cielo todo un Dios para enseñar la virtud?* Sí. Esto y nada menos que esto reclamaba el estado del mundo. Y el divino Verbo humanado que deja el palacio de su gloria para hacerse con su humilde abatimiento redentor de sus hermanos, viene á ser el maestro, el modelo y el centro de todas las virtudes. En él pues debemos fijar los ojos si queremos ver todo lo bello, todo lo grande, tierno y consolatorio de la virtud: en él observaremos al mismo tiempo la belleza de los misterios de nuestra religión, la belleza de la bondad divina, la belleza de la gloria que sobre el hombre refleja, y la belleza del consuelo que se halla en todas las páginas de la vida del soberano Mediador. Todas estas bellezas deben destilar en nuestros corazones una mágica dulzura hechizadora, en especial la del consuelo. Y á la verdad, á quien preguntare cómo es bello el consuelo, se le podría responder probando la asercion con el siguiente silogismo: lo que agrada es bello; el consuelo agrada; luego el consuelo es bello. Luego una religión consoladora es una religión bellísima; luego la historia del escelsó Hijo de la Virgen María tan fecunda en consuelos ha de ser una historia bellísima y encantadora. Aquí hay argumento para muchos y voluminosos tomos; mas son verdades que por demasiado sabidas y demostradas no necesitan esplanarse. Sin embargo, cúpleme llevar á cabo el cuadro de las bellezas de la Biblia con el bosquejo del adorable Jesús, porque él es la primer belleza del cielo y de la tierra. En esta amena tarea no me es posible descender á todos los pormenores que no me son necesarios para el punto de vista en que debo presentar al Salvador, ni á mi narracion le será dable correr desnuda de reflexiones que la dirijan á su fin y en algun modo le sirvan de honesto y decoroso atavío.







## CAPITULO I.

### Nacimiento.

Las sombras de la noche tienen envuelto el mundo: el viento calla, los árboles no susurran, los pajarillos no cantan, no brama el toro, ni el león atruena las selvas con sus rugidos, parece que el silencio es ahora el rey de la naturaleza: los hombres duermen profundamente, no hablan las mugeres porque el mórbido sueño ha puesto un candado á sus lábios, los niños reposando con plácida blandura no meten ruido alguno: la luna con apacible magestad preside á este silencio universal. En tanto dentro de una cueva formada en un peñon en la cual suelen albergarse animales, está en oracion sublime un anciano, cuya cabeza y corazon hierven en altos pensamientos, y á su lado se ve arrodillada sobre el desnudo suelo á su joven y noble Esposa, inflamado en divino fuego el semblante, llenos los ojos de dulces lágrimas, y toda ella arrobada en celestial contemplacion. Cerca de ellos en aquel rústico albergue des-

cansan un buey y un asno junto á un pesebre. A corta distancia hay una ciudad, en la cual no han podido hallar posada los mencionados esposos, que viniendo de lejos se han visto en la dura necesidad de acojerse á aquel abandonado pesebre para librarse de la intemperie en una noche de invierno.

Esta desgraciada aventura ya interesa en favor de aquella joven esposa, que despues de un largo camino no ha encontrado hospitalidad ni donde guarecerse en la ciudad que era el término y blanco de su viaje. Vendrá sumamente cansada, y en vez de echarse á falta de cama en el suelo, está hablando con Dios arrebatada en éxtasis. Ya esto es sublime. Llega la noche á la mitad de su carrera y la hermosa y santa Viajera da á luz un Niño..... ¡Qué lástima de Niño en tanto desamparo! ¡Qué lástima de Madre! Y esta tierna Señora descende de reyes y su sangre es de la augusta sangre de David: su familia cayó del trono y el cetro de Judá que le correspondia, está en manos de un extranjero, y un patriarca moribundo allá en siglos remotos vaticinó para cuando esto se verificára, el suceso mas importante que han esperado los siglos..... Entre las semanas de años de que habló en Babilonia un profeta de altas visiones, corre ya la señalada para que baje la luz que ha de iluminar al universo; y el cuarto de los imperios, que habian de sucederse antes de que se estableciera la gran monarquía espiritual, ya ha llegado á pasos de gigante á su mayor encumbramiento, y el mundo entero obedece tranquila-

mente á un solo señor para que no habiendo sobre la tierra mas que una sola voluntad, cesen todos los disturbios y se cierre como ya se ha hecho el templo de Jano en Roma. No hay ejemplo de tan larga paz en las edades; y por do quiera se aguarda tradicionalmente para este tiempo un acontecimiento asombroso. Todo el Oriente está en la persuasion de que ha de venir muy pronto un personaje celestial: en la Judea es mas clara y mas viva esta creencia, porque allí han sido reveladas á los profetas del Señor no una vez sola la familia, el tiempo y hasta las circunstancias y el lugar en que habia de nacer. Micheas le señaló por patria á Belén, é Isaías por madre á una Virgen. Esa pequeña ciudad en cuyas inmediaciones está la cueva donde acaba de nacer el Niño, se llama Belén; la Madre de cuyas entrañas acaba de salir es una Virgen, y aquel anciano esposo suyo es el custodio de su intacta virginidad. ¡Ya esto es divino! El precioso Niño que la joven y virgen Madre estrecha entre sus brazos y recalienta recién nacido con el aliento de su amor y con el fuego de su corazon, no puede menos de ser el prometido y anhelado Mesías; no puede menos de ser el Dios que vistiéndose nuestra propia carne, ha de salvar á los hombres de la ruina del pecado y de la eternidad del infierno.

He aquí la mayor dicha del género humano, el imponderable ennoblecimiento y gloria de nuestra naturaleza divinizada en ese Niño, que ha traído consigo el cielo á la tierra y él tiembla de frio, ignora-

do de todo el mundo y reclinado por su amorosa Madre sobre la paja y heno de un pesebre. La mas dichosa de las madres encumbrada sobre los serafines, á primera vista aparece como la mas digna de compasion y de suerte menos envidiable. Entre las muchas grandezas que aquí resplandecen es una de ellas la altísima leccion de sabiduría eterna acerca de lo que valen las cosas humanas y todo aquello que tiene perdidamente enamorados á los secuaces del fausto, del poder y de las riquezas; leccion de profunda verdad que trastorna todas las creencias comunes sobre la felicidad, y leccion íntimamente consoladora porque persuade á los adoradores de un Dios niño nacido en un pesebre de que nada valen y no son estimables y no deben codiciarse el lujo, la ostentacion, las riquezas, las comodidades, el regalo y la honra mundana que no ha querido para sí el soberano Maestro y modelo de nuestra vida, pues siendo el árbitro de todo lo criado y digno de que los reyes le sirvieran de rodillas y las reinas con afectuoso acatamiento le mecieran la cuna para adormirle celebrando su hermosura con muy suaves cantares de alabanza y de amor, desdeñó palacios y corte de potentados y escogió para sí pobreza suma y estremado abatimiento.

No puedo concebir mayor consuelo para un pobre que ver á su Dios y Criador haciendo gala de pobreza en el portalito de Belén. Si los pobres no se consuelan y no bendicen á Dios por haberlos puesto en el estado en que él mismo estuvo, es por-

que no fijan los ojos de su entendimiento y corazón en el humilde y endiosado portalito de Belén. Si los ricos se apesadumbran por la pérdida ó merma de sus tesoros, es porque no consideran al dador de todos los bienes que está sin ellos en el portalito de Belén. Si los que pretenden honras y dignidades, padecen los tormentos de la ambición, es porque no reflexionan sobre el espectáculo que les ofrece el portalito de Belén. Si los que viven desairados por el mundo sienten el aguijón de su amor propio y echan menos la recompensa debida á su mérito, es porque no meditan en lo que merecía y no tuvo el santo Niño de Belén. Vino á enseñar el desprendimiento de todo lo terreno para labrar la dicha de los hombres aun entre las espinas de este mundo; y nosotros no somos felices y siempre estamos con el ay en los labios porque no hemos aprendido del precioso Niño una filosofía muy superior á la de los sentidos. Con su enseñanza de abnegación se remediaba indudablemente la mayor parte de nuestras amargas aflicciones, las cuales provienen de la atormentadora vanidad de nuestros inquietos é insaciables deseos. Prueba de ello es la alegría de los siervos de Dios en medio de molestas privaciones, de visibles trabajos, rudas fatigas é incesantes penitencias. Testigos en todas las naciones católicas los conventos de las pobres y penitentes capuchinas. Pero no solo es consuelo la abnegación introducida en el mundo por el Niño adorable nacido en un establo; después de la divina gracia, no sé que tenga la moral

un baluarte mas firme, ni que haya disposicion mas escelente para el heroismo de la virtud.



La historia personal de todos los hombres grandes, excepto alguno que otro caso raro, comienza á lo sumo en su nacimiento. La del Hijo de la Virgen no tiene principio porque es Dios: ningun siglo se atreverá á decir: yo he visto nacer á la segunda Persona de la inefable Trinidad que es este lindo Niño. Hable la eternidad. ¿Asistió á su nacimiento? La eternidad no se acuerda ni puede acordarse: siempre le conoció y adoró preexistente. Así pues la historia de este Niño no principia en Belén. El águila de los Evangelistas la abre en el seno de la Divinidad diciendo que el Verbo era en el principio y que el Verbo estaba en Dios y que el Verbo era Dios y que por él fueron hechas todas las cosas. A estas palabras inclino yo mi frente hasta el suelo y estoy en la persuasion de que no me toca mas que adorarlas con respeto profundo.

Este precioso Infante en cuanto Dios es el mismo que, hace ya miles de años, precipitó del cielo á los ángeles rebeldes á un abismo de abrasadoras llamas: admiraron entonces su fortaleza y su airada justicia los inmortales espíritus que permanecieron fieles entonándole cánticos de triunfo por haber quebrantado la soberbia del impío Luzbel, y ahora le ven tan mudado que no solo olvida la injuria de los hom-

bres, sino que de tal modo los ama que se abate para ensalzarlos hasta tomar su naturaleza y representar la persona de su propio ofensor bajando de la gloria para hacer penitencia por los pecados de su enemigo.

La historia de la omnipotencia de este Niño está escrita con indelebles caracteres en el sol, en la luna, en las estrellas, en la esplendente bóveda del firmamento, en los montes, en los valles, en los prados y colinas, en el ténue jazmin y en la gigantesca encina, en los torrentes, en los rios, en las lagunas y en los mares, en la hormiga y en el leon, en el ruiseñor y en el águila, en el pintado pececillo y en la enorme ballena que parece una isla ambulante, en la magestuosa frente del hombre y en los agraciados ojos y delicadas facciones de la muger. Su sabiduría está consignada en el orden del mundo fisico y en el gobierno y leyes de imprescriptible justicia que presiden al mundo moral: su providencia en las vicisitudes de ese pueblo mensajero suyo, al cual fue prometido: su poderosa misericordia en los prodigios obrados en pro de esa nacion que le ha esperado y llamado por tantos siglos con suspiros y lágrimas como á la universal felicidad del humano linage.

Patriarcas y héroes, santos y profetas del antiguo Testamento no han pasado sobre la tierra mas que para anunciarle, para figurarle y retratar individualmente la mayor parte de las acciones de su vida. Una nacion entera no ha existido prodigiosamente mas que para ser el heraldo de su venida; y la

ley religiosa mas augusta y particular por sus extraordinarios ritos y ceremonias ha estado como preñada de él especialmente en lo tocante á sus continuos y multiplicados sacrificios.

Su concepcion, es decir el primer instante de su existencia en el seno de su immaculada Madre, ha sido el mas magnífico instante de los siglos: Dios Padre envió por embajador á un arcangel para anunciar á María que iba á obrarse en sus entrañas el misterio mas asombroso encarnándose en ellas el Hijo del Altísimo: se dió principio al eterno decreto y misericordia eterna de la redencion: una palabra, un *fiat* pronunciado por los humildes lábios de una Doncella santa dando su consentimiento al mensajero arcangel, la elevó á la incomprendible dignidad de madre de Dios: la hizo concebir quedando virgen, nos dió un Salvador y un hermano en el Niño que tomó su carne y su sangre purísima siendo Dios, y el Eterno comenzó á vivir y se deificó nuestra degradada naturaleza.

No cabe mayor elevacion que la que alcanzó María en aquel acto. Entró en una carrera de gloria y al mismo tiempo aceptó como víctima generosa el mas amargo caliz de tribulacion que puede presentarse á una heroina. Con la luz divina que le comunicó el Espíritu Santo desde los primeros albores de su existencia habia sin duda alguna penetrado que el suspirado Mesías sería un varon de dolores y su vida una cadena de persecuciones y cruelísimos padecimientos y su muerte un sacrificio sangriento. Esto y

mas habia leido en el profeta Isaías que con tanta viveza describe las penalidades, las heridas, las afrentas y la inmolation de ese Niño que llevando su principado sobre sus hombros es rey de reyes y señor de los que dominan: habia visto el lastimoso retrato que hace de él en su pasion su abuelo David en el Salmo 21; y muchas veces habria derramado lágrimas de compasivo dolor al meditar en los grandes trabajos del Mesías á quien llamaba con encendidos suspiros. Ahora bien, el arcangel le pide su consentimiento para ser madre del Dios amado que la sangre que tome de su corazon la ha de derramar con azotes, con espinas y con clavos de cruz: esta es la condicion precisa de su maternidad: gloria infinita y tribulacion infinita. ¿Qué no veria de males aquel entendimiento divinamente iluminado sabiendo que su Hijo habia de cargar sobre sí con todos los pecados del mundo y pagar por todos ellos crucificando la inocente carne tomada en sus virginales entrañas? No hay palabras ni afectos con que espresarlo. Ya era ella el alma que mas haya amado á su Dios, pero en el momento de verse escogida para madre suya, su inmenso agradecimiento acreceria su amor hasta un punto inconcebible, y este amor aguzaria la espada de su terrible dolor. Pero nuestra invicta Corredentora se resigna humildemente y teniendo delante de sus ojos ese abismo de gloria y de amargura: «He aquí, responde, la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra.» Y así á costa del sacrificio de su adorado Hijo y á costa del sacrificio de sí misma que

ha de ser una victima de amor paciente durante toda la vida del Mesías, consiente en ser nuestra madre y en merecer el triste cuanto honroso titulo de reina de los mártires.

Los grandes favores de Dios suelen ir acompañados ó precedidos ó seguidos de acerbas pesadumbres. Vémoslo en María bendita entre todas las mujeres; pero esta idea es muy consolatoria porque si está nuestro corazon inundado por las aguas de la tribulacion, lejos de perder el ánimo y abandonarnos al abatimiento del dolor, podemos discurrir que acaso el Dios de la misericordia nos tiene reservada una superabundante compensacion de bien por el trabajo que nos envia.

Bastante comun es el ver descorazonarse á los atribulados hasta el extremo de persuadirse que Dios ha apartado de ellos sus paternales ojos y que no los oye ni atiende y solo trata de vengarse de los agravios que le han hecho. Lamentable situacion la de semejantes desdichados que olvidan que María la mas favorecida de Dios entre todas las criaturas fue al mismo tiempo la mas apesarada. Si lo reflexionáran, se disiparia esa noche de sus melancólicos pensamientos, que les abrumba la mente y les aproxima al temible precipicio de la desesperacion. ¡Qué sobrehumano sosiego sucederia á las tempestades de sus almas si como la divina Madre se resignáran diciendo: he aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra!



En el momento en que entró en el seno de María el Verbo eterno empezó á producir frutos de caridad y gracia y vida eterna. Movi6 á su Madre gloriosa á emprender un viaje á la montaña en que vivia su prima Isabel fecundizada en su esteril ancianidad y en cinta del Precursor, cuyo padre Zacarías á quien el escelso Gabriel prometió este hijo de bendicion, estaba mudo desde que se le reveló tan prodigioso suceso y anduvo titubeando para dar crédito al embajador arcangel. Con la visita de la soberana Madre y del adorable Niño que llevaba en su seno, se agolparon todos los bienes celestiales en casa de los ancianos esposos: Isabel se llenó del Espíritu Santo al saludarla la Reina de los ángeles: su mente se iluminó con altisimas verdades relativas al misterio de la Encarnacion, conoció de un modo sobrenatural la augusta maternidad de María y la proclamó bendita entre todas las mugeres reconociéndose por indigna de la honra de recibirle en su casa. Su regocijo no cabe en palabras humanas: fue inmenso: 1.º Porque veia cumplidos los deseos de todos los justos de la ley antigua y los suyos propios con el advenimiento del Mesías. 2.º Por la redencion del género humano que ya estaba á punto de verificarse. 3.º Porque su querida prima era la escojida entre infinitas princesas para madre del Salvador y el Salvador era de su propia familia. 4.º Porque el Dios encerrado en las virginales entrañas de María lo primero que hacia en el mundo era venir á visitarla como si le corriese priesa manifestarle lo mucho que la

amaba y distinguía. 5.º Por lo que no podía menos de esperar de tal visita que había de ser para ella una copiosa fuente de dulces bendiciones. 6.º Porque sintió saltar de alegría á su hijo dentro de su vientre como presagio de los favores y maravillas que con él había de obrar su adorado primo el Mesías. El niño de Isabel fue en aquel instante santificado en el seno de su anciana madre: sufrió el pecado su primer derrota; y el espíritu divino ocupó el lugar que dejara: tributáronse á Dios las mas cordiales alabanzas por los portentos de su misericordia, en cuya honra entonó la Madre-Virgen su admirable cántico, del cual ha hecho Mr. Combalot una paráfrasis digna de lo elevado y tierno del asunto, empleando en ella muchos capítulos de sus escelentes *Conferencias sobre las grandezas de la Santísima Virgen* predicadas en el mes de mayo en París en la iglesia de San Sulpicio.

Tres meses estuvo la Señora del cielo derramando gracias en casa de Zacarías, y Santa Isabel tuvo la dicha de que la asistiera en su parto y recibiera en sus brazos al Niño ya triunfante del pecado original. Soltóse entonces la lengua de Zacarías y cantó en el arrebató de su júbilo y gratitud. De estos dos cánticos inspirados el *Magnificat* y el *Benedictus* parece que debía inferirse que el Niño-Salvador del mundo gusta de la santa poesía y la inspira á los que andan á su alrededor. Pero el sol en esta vida nunca brilla constantemente sereno; opacas nubes velan su faz con bastante frecuencia y el claro día se tor-

na pálido y sombrío. Asi á las alegrías de casa de Isabel siguiéronse muy pronto las tinieblas de la tristeza y el quebranto del mas agudo dolor. Su esposo San José ignoraba el misterio de la Encarnacion del divino Verbo: María no le habia comunicado que el lirio de su virginal pureza florecia por obra sobrenatural del Espíritu Santo; y el varon castísimo á quien María empeñó en imitar su voto de perpétua virginidad, al verla volver de Hebrón en estado de preñez no pudo menos de sorprenderse estrañamente, de conmoverse en lo íntimo de su alma y de beber hasta las heces el caliz de la mas profunda y horrorosa amargura. La virtud de su Esposa inmaculada no admitia la menor duda: hubiera dado la vida en testimonio de que la creia inocente; pero sus ojos ¡ay! sus ojos hallaban á todas horas el cuerpo del supuesto delito. Es criminal, es infiel, gritábanle sus ojos, y la certeza que él tenia de la santidad de la Hija de Joaquin, no es verdad, no es verdad, respondia: volvian á afirmar los ojos, y el corazon de José se obstinaba penosamente en negar el hecho de la culpa de María. Entretanto ésta callaba y su silencio era para su confundido esposo nueva prueba del delito y un tormento imponderable. Lo que en tal situacion se angustiaba el corazon de María, yo no lo diré. Medítelo quien tenga pundonor de santa esposa, sensibilidad esquisita, régia sangre en sus venas, entrañable cariño á su marido, infinita estimacion de su honra, conciencia como de angel y santidad encumbradísima. Veia su honor perdido á los ojos de

su esposo, amaba á su esposo mas que á su propia vida, estaba viendo y palpando sus crueles angustias, su incesante tormento, su agitacion de zozobra inesplicable: veíale padecer y consumirse y que el dolor desgarraba su tierno corazon y le iba precipitando al sepulcro. ¿Qué no sentiria la mas santa de las esposas, la mejor de las mugeres?..... Yo no lo diré: mi lengua no sabe mas que enmudecer y mi corazon compadecer á mi Madre de amor y mi entendimiento admirarla y mi alma reverenciarla. Pero nadie dudará de que su tribulacion fue un mar insondable que la cubria toda y la ahogaba con sus olas de muerte. Y ella que con una palabra podia haber disipado tan negra tempestad, no hacia mas que callar, dejando en manos de su Dios la causa de su inocencia.

Muchos autores atribuyen este admirable silencio á la humildad de María; pero yo creo que su profunda humildad habria cedido el campo á su ardentísima caridad que le clamaba que sacára de aquel piélago de amargura á su santo esposo revelándole el inefable secreto. María maestra de la vida espiritual no ignoraba que en ciertos casos son algunas virtudes de precepto, mientras la práctica de otras en determinadas circunstancias no es mas que de consejo. Vindicar su honor, curar la honda llaga del corazon de su esposo, restituirle la paz perdida, evitar una resolucion estrepitosa y funesta á entreambos que el santo patriarca era consiguiente que tomase, derramar un consuelo y un regocijo extraordinario en el

alma del justo con quien la unia tan estrecho vínculo para que fuera partícipe de todas sus felicidades y de todas sus aflicciones, eran el piadoso blanco á donde en cierto modo estaba obligada á dirigirse la vehemente caridad de la Reina de la misericordia, y no puedo persuadirme que hubiese dejado de hacerlo sino por una particular inspiracion del Espíritu Santo, cuyos arcanos de eterna sabiduría son siempre adorables. De mí sé decir que en esta parte mi conviccion es muy profunda. La prudentísima Virgen gobernábase en un todo por las luces del Espíritu divino que con voz misteriosa hablaba incesantemente á su amante corazón; y el Espíritu divino fue quien por fines muy altos y muy sábios labró el tormento de las puras y sublimes almas de San José y María. Solo Dios sabe cuánto las hizo merecer de gloria acrisolando su virtud y ejercitando su heroica paciencia. ¡Ah! Si el Espíritu Santo no hubiese vedado á María el descubrir á su esposo el misterio de la Encarnacion del Verbo, hubiera faltado uno de los mas insignes fundamentos de la verdad de este adorable misterio y de la virginidad de la Madre sin mancilla; no hubiera sido preciso que otro angel bajara del cielo para revelar á San José lo que el arcangel Gabriel anunció gloriosamente á la que estando ya llena de gracia recibió en su seno al mismo Autor de la gracia sobreviniendo en ella el Espíritu Santo (\*). Pero

---

(\*) *Et Spiritus Sanctus superveniet in te.* (Luc. c. 1, v. 35.)

el silencio de María hizo que el Señor movido á piedad de la angustia estrema de las dos personas mas gratas á sus ojos enviase al dormido patriarca un celestial mensajero que le aseguró que por obra del Espíritu Santo habia concebido su fiel y virginal Esposa (\*). No fue burlada la confianza que la Señora puso en la bondad divina. Y su conducta en tan terrible tribulacion y el fin de ella embelesan, consuelan y enseñan á quien cual María padece en lo íntimo del alma.

Pesares hay que la misma conciencia prohíbe descubrir á persona alguna de este mundo; llagas hay en el corazon que no pueden curarse con ningun remedio humano; tinieblas hay y tempestades que por mas que se haga es imposible disipar. Sobre la tierra no se encuentra entonces ni amparo, ni remedio imaginable, ni solaz de ninguna clase y ni siquiera esperanza de alivio en el tormento que ahoga y consume las fuerzas del espíritu y como en la Troya de Virgilio no hay por todas partes mas que llanto, pavor y sombras de muerte. ¿Y qué hará en tal naufragio la víctima del dolor? ¿Á dónde se volverá? ¿Á quién pedirá auxilio? La que antes que nosotros apuró la copa del dolor, clavó sus inocentes ojos en el cielo y muerta á los consuelos de la tierra, solo en su Dios buscó refugio, solo á su Dios se abandonó confiada y no fue vana su esperanza. Siempre Dios

---

(\*) *Quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est.* (Matth. c. 1, v. 20.)

corresponde al alma que en él fia y de él espera el alivio ó el término de su trabajo. ¿Y entretanto? Entretanto la esperanza en Dios es un consuelo muy dulce.



La historia del divino Infante antes de su nacimiento tan íntimamente enlazada con la de su querida Madre termina con el viaje, que esta se vió precisada á hacer desde Nazaret á Belén en cumplimiento de la orden que publicó la vanidad de Augusto para que se empadronáran todos los súbditos de su vasto imperio. El Rey de gloria queria nacer en Belén y esta su voluntad la manifestó por medio de sus profetas y para que se cumpliera permitió que el romano emperador tuviese aquel caprichoso antojo de saber el número de sus vasallos. ¿Quién diria que un Niño encerrado todavía en el vientre de su Madre en una pequeña ciudad de la Judea permitia que para emprender él mismo un viaje lo mandase desde Roma el dominador del mundo sirviéndole de instrumento para la ejecucion de sus designios? Bello es sin duda ver al no nacido Niño gobernar secretamente y poner en movimiento todo el mundo, pero en un movimiento pacífico cual es el de los viajes simbolizando con esto que venia de lo alto á poner á los hombres en camino para el cielo, pero sin alborotos de guerra ni mas incomodidades que las consiguientes á un viaje. Quiso tambien demostrar

la accion de su providencia sobre los reyes, pues si no lo hubiera pretendido, para que se cumplieran las profecías que designaban á Belén por el lugar de su nacimiento bastábale haber dispuesto que José y María por cualquier otra causa hubiesen ido á vivir á Belén antes ó despues de su inefable encarnacion. Lo que padeció la Virgen-Madre en el molesto viaje déjase conocer por la consideracion de su tierna edad, de la pobreza que con ellos iba y del temor que llevaba pensando en su próximo alumbramiento. Al entrar en el establo que le sirvió de única guarida, acaso derretida en lágrimas esclamaría hablando con su Hijo: ¡Y es este, Hijo mio, hacedor del firmamento, el palacio que has escojido para nacer! Pero á su dolor profundo se mezcló bien pronto la inmensa alegría de verle nacido sin menoscabo de su virginal pureza, de recrearse y embebecerse contemplando su hermosura y de embriagarse dulcísimamente con el delicioso vino de su amor, adorándole é imprimiéndole tiernos ósculos encendidos en el amante pecho, en los bracitos preciosos, en uno y otro pie divino, en su rostro hechicero y en sus manitas delicadas. ¡Ó gozo, ó amor, ó gloria!

Pero ya vienen los pastores, á los cuales un angel ha avisado que les ha nacido un Salvador y que le encontrarian envuelto en pobres pañales en el regazo de su Madre. Ellos temieron al principio viendo el resplandor del angel; pero él les dijo que no temieran porque les anunciaba una alegría muy grande. Y luego juntándose al angel mensajero una mul-

titud de ángeles resplandecientes que con su claridad volvian dia á la noche, empezaron á cantar llenando los aires con su melodía: «Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» Solemne publicacion fue esta de la paz que en virtud del Hijo de Dios recién nacido se acababa de concluir entre el cielo y la tierra.

Los pastores fueron á la gruta en que estaba la delicia del empíreo teniendo un poco de paja y heno en vez de almohada y de blando colchoncito: hechizólos el Niño y ellos le adoraron como á su Dios.

No creo que haya un argumento mas poético ni en que concurren mas embelesadoras circunstancias: angel mensajero de la nueva mas alegre que pueda imaginarse, muchedumbre de ángeles vestidos de resplandores que cantan en los aires y anuncian á los hombres el término de una guerra tan antigua como funesta entre ellos y la Divinidad airada, pastores nada menos que visitados por ángeles y preferidos para tal embajada á los sábios y á los reyes, una gruta formada por la naturaleza en un peñasco y dentro de ella las tres personas mas nobles, mas augustas y mas santas, un anciano como fuera de sí de gozo porque no hay otro mas venturoso que él, una Virgencita que es madre del Inmortal, á quien acaba de dar por hermano á los de su linage, y un niño que es Dios y viene á abrir los cielos y á cerrar las puertas de los infiernos para todos los hombres de buena voluntad. Dificilmente se verán tan herma-

nadas como en el portal de Belén la sublimidad de los misterios con la encantadora y sencilla belleza de la escena. Aquella ha servido de tema á elevados y admirables discursos de predicadores, y ésta á una multitud de composicioncillas poéticas en todas las lenguas y en todas las naciones. Y en verdad que el amable Niño es allí el rey de las gracias y de los hechizos, el blanco del amor de los corazones que ha venido á conquistar para sí con su hermosura y cariño, el embeleso de los cielos, la gloria de la tierra, el dulce imán de los pastores, la delicia de su Madre enagenada de júbilo, y el Dios amable de los niños, que todos los años celebran su natividad bailando con festiva inocencia al son de la zambomba y de las bulliciosas panderas ante la representación del tierno espectáculo de Belén figurado con pequeñas efigies de pastores y pastoras con sus ovejuelas, sus vacas y sus jumentos cargados de regalos, con cantarillas de leche, cestos de fruta y flores; allí se ofrece á la vista el rústico peñasco y la gruta dichosa, los magos y su estrella y sus camellos y sus dones de oro, mirra é incienso, y el campo todo alfombrado de aromáticas y verdes plantas, y en él fuentes y rios y cristalinos arroyos y cascadas y colinas y prados y caminos poblados de frondosos árboles, y dentro del afortunado portálico el anciano á quien aman todas las gentes virtuosas, la divina Madre y el santo Niño objeto de la fiesta. Parece que nunca se muestra mas risueña nuestra hermosa religion. ¡Oh cuánto se insinua en los corazones sensibles con

el hechizo del Niño y la dulzura de la Madre!..... Nada tiene que desear la poesía cuando se halla como en una region de encanto entre esos cuadros en que la campiña ostenta todas sus naturales galas; en que los pastores se muestran inocentes, alegres, privilegiados por el cielo y como la mas viva imagen y como el mas bello ideal del candor y de la felicidad pastoril; en que una tierna madre está de rodillas ante un lindísimo niño que ha salido de su seno para ser la víctima del amor con que nos busca y está pidiéndole que nos dé mas muestras de ese su amor colmándonos de bienhechoras bendiciones; en que el precioso Infante con sus ojuelos de gloria y su rostro mas lindo que las estrellas, parece que nos está diciendo: «Amadme como yo os amo. Si estais tristes, tomadme por vuestro consuelo y solzaos con mis gracias, con mi hermosura y mi amor.»



---

---

## CAPITULO II.

### **Circuncision, adoracion de los Magos y presentacion en el templo.**



Maravillosos contrastes ofrece la infancia del Salvador: entró en el mundo en las tinieblas de la alta noche y él era el resplandor de la eternidad: es la palabra viva y eterna del Padre y nace á la hora en que reina universal silencio. Pero las tinieblas y el silencio tienen un no sé qué de sublime y augusto, que es mas propio para tributar supremos honores á una Magestad inefable é incomprensible. Así estuvo en el Sinaí rodeado de tinieblas y de nubes; así en el *Sancta Sanctorum* de su antiguo templo. Aquellas tinieblas son una imagen del estado moral en que se hallaba el mundo; y aquel silencio parece denotar que el universo calla de asombro en vista de la maravilla del nacimiento de un Dios; pero el género humano vuelve en sí y hace diez y nueve siglos que acompaña el canto de los ángeles sobre la cuna del niño Dios con músicas y cantares de inocente alegría. Nació á estramuros de Belén en desamparo y abatimiento un tierno Infante, á quien unos pastores hallaron en-

vuelto en pobres pañales; sabido es que venia á enseñorearse del mundo, y vemos que lo ha logrado, pues las naciones le obedecen no solo como á un gran rey, sino que tambien le adoran como á su verdadero Dios. Que tan pobrecito niño vea arrodillados delante de su pesebre á poderosos monarcas y delicadas reinas es cosa sobrenatural. Solo pudo llevarlo á cabo la omnipotencia de un Dios. ¿No es esta suficiente prueba de la divinidad de nuestra religion? Si hubiese sido rico y potente, á sus riquezas y poder se atribuiria su séquito y conquistas: quiso evitarlo la sabiduría del Escelso, y en pobreza y abatimiento puso el sello de su divinidad. De ahí salen los rayos de su gloria. ¿Y desplegando en su cuna un poder admirable no hubiera igualmente probado su Divinidad? Sí. Pero como el amor le habia hecho caer en nuestros brazos desde el sólio de su gloria, no pretendia atraerse admiracion, sino únicamente hacerse amar, no queriendo que en él fuese ostensiblemente admirable mas que su amor.

Su amor es lo que principalmente resalta en el doloroso misterio de su circuncision: no estaba obligado á ella porque no habia nacido con mancha de pecado y á ella le sujetó el amor: el amor fué el verdugo que hirió desapiadadamente su carne tiernecita: el amor quien vertió su inmaculada sangre: el amor quien descargó el fiero golpe que lastimando al Hijo, traspasó el corazon de la Madre, que le tenia estrechado á su sensible pecho y al raudal de la sangre de su Adorado mezclaba el de sus

lágrimas acompañadas de muy amargos suspiros. El amor le hizo comparecer cual hijo de pecado siendo quien viste de resplandores á las estrellas del firmamento: el amor impaciente por hacerle derramar la sangre de la redencion del mundo le entregó al cuchillo del sacerdote de la sinagoga para que á los ocho dias de nacido comenzase su carrera de víctima de amor y la obra insigne de la salvacion del género humano, por la cual habia ocultado su magestad omnipotente en la debilidad y pequeñez graciosa de tierno y apacible niño.

En la apariencia nada habia de particular en el hecho de recibir la herida de la circuncision, pues era una ceremonia y pena legal que á todos los niños obligaba; pero en el Hijo de María toma este acto un asombroso caracter de elevacion: los demás niños solo tenian en él una parte pasiva, mientras el hermoso y escojido entre millares se ofrece voluntariamente al sangriento sacrificio á impulsos de su amor, sufre una humillacion inmensa, muestra un valor admirable, da pasmoso ejemplo de obediencia á la ley, entra con denuedo en la guerra de los dolores, echa el primer cimiento de su nuevo imperio de mortificacion y penitencia, manifiesta la magnanimidad de amor que le ha de llevar al Calvario por culpas ajenas y enseña á la inocencia á padecer con generoso heroismo.

El nombre que se le da en la circuncision explica lo que es y lo que vale esta su hazaña de amor: se le llama Jesus, es decir Salvador. Este dulce dic-

tado encierra una grandeza, una sublimidad y una ternura superior á todo encarecimiento y una belleza inefable porque recae en un niño precioso que solo cuenta una semana de vida. ¡Qué dicha tener un Dios que habiéndose hecho hombre por nuestro amor, sin consideracion á su extrema delicadeza apenas nacido quiso ejercer en favor nuestro el doloroso oficio de salvador recibiendo una herida que nosotros merecíamos y él no, derramando una sangre que nosotros debíamos derramar y él no! Bien puede el mundo desecharnos y despreciarnos, los amigos volvernos las espaldas en nuestra desgracia y dejarnos solos en los férreos brazos del infortunio, oprimirnos el poderoso, calumniarnos el malvado, hartarnos de amargura el ingrato; bien puede el universo conjurarse contra nosotros, envolviéndonos el mar en sus tempestuosas olas, estremeciéndose la tierra bajo nuestras plantas, persiguiéndonos el ódio implacable, mordiéndonos la envidia mentirosa, sitiéndonos la pobreza, estrechándonos el hambre, huyéndonos la esperanza, acosándonos y martirizándonos las enfermedades, y desplomándose sobre nuestro indefenso corazon la inmensa muchedumbre de los dolores que inundan el ámbito de la tierra; en medio de tantas calamidades como única tabla que nos libra de muerte en el naufragio, sobrevive para nosotros el divino consuelo de tener un Salvador que es Dios y un Dios que es Salvador nuestro, un Dios-Salvador que tiene pendiente de tres dedos este universo que nos rodea, un Dios-Salvador nuestro, á cuya voluntad

obedecen todos los elementos y á cuyo único arbitrio está sujeto el dia de mañana y el siglo venidero, un Dios-Salvador nuestro que con solo quererlo enfrena el furor de los mares, hace callar á los vientos, y enmudecer á las tempestades y ahuyentarse á la muerte que ya tenia la presa entre sus garras.

Para el desdichado es en la noche de su dolor una aurora de dulce consuelo el saber que hay algun personaje poderoso, que otras veces ha socorrido á otros desventurados. Acaso, dice para sí, quiera tenderme una mano propicia; pues en su noble pecho se han hallado para otros sentimientos de compasion. Mucho mayor y mas seguro es nuestro consuelo, pues nuestra esperanza no está en un potentado piadoso sino en un Dios, cuya misericordia ha sido y es toda *para nosotros*, en un Dios que se hizo niño por nosotros, que se hizo salvador *nuestro* y fué tal su impaciencia por salvarnos, que no bien salió del seno de su Madre cuando ya fué herido por nuestro amor y derramó por nuestro amor la sangre de sus venas que vale mas que el cielo y mas que cielos mil. Este Dios tan amante, este niño tan enamorado de nuestra alma, es el regulador de todas las cosas, es el ordenador de todos los sucesos de nuestra vida, es el amigo fiel que enjuga nuestras lágrimas, es el Dios de la providencia, es el Dios glorificador que tiene un cielo y una eternidad para hacernos felices, el Dios que siendo ofendido ha tomado la naturaleza del ofensor para ser nuestra víctima, y se ha hecho nuestro hermano para juzgarnos

nos con piedad cuando la muerte lleve nuestro trémulo espíritu á su tribunal santo fundado en justicia y misericordia. Entonces podremos decirle: ¡Sálanos, porque nuestras culpas que detestamos de todo corazón, ya están borradas con la sangre de valor infinito que siendo tú niño de pocos días te hizo derramar nuestro amor con la inhumana cuchilla de tu circuncision!



Yo creo que en solo la adoracion de los magos hay mas belleza que en todas las fábulas de la mitología. La belleza de la Epifanía es de un género particular, nuevo y de todo punto original. Ni en los siglos que la precedieron ni en los que la han seguido es posible hallar cosa que se le asemeje. Lo primero que se presenta es un embajador de nueva especie, embajador nacido exprofeso para desempeñar esta mision sobrenatural, embajador del cielo que aparece en el firmamento con un brillo, hermosura, gala y escelsitud que no han tenido ni tendrán nunca los plenipotenciarios de los mas poderosos monarcas de la tierra, embajador que llena su cometido desde el mismo punto y lugar en que nace, que habla á su modo y se deja entender desde una distancia inmensurable, y obliga á tres reyes á emprender un largo viaje para adorar á un niño nacido en un establo; este embajador era una nueva y hermosísima estrella.

Desempeñada con feliz éxito su gloriosa embajada,

pasa la estrella á ser guia de unos augustos caminantes; ellos viajan por la tierra, y ella va al paso de ellos por el cielo. ¡Oh cuántas veces la contemplarian embelesados! ¡Oh cuántas veces le agradecerian la grata nueva que les habia dado, la compañía que les hacia y la bondad inaudita y la luz celestial con que los guiaba en su santa y estraña peregrinacion! ¡Oh cuántas veces bendecirian al Soberano que se la habia enviado! ¡Oh cómo regalarian sus ojos con sus resplandores! ¡Oh cómo observarían sus movimientos con plácido arrobamiento de sus almas! ¡Quién hubiera asistido á sus conversaciones salidas de lábios tan augustos como sábios! ¡Quién hubiera viajado con ellos!.....

Como eran reyes, natural es que llevaran consigo una lucida comitiva no solo de criados de segundo orden sino tambien de los primeros oficiales de sus palacios: venian del Oriente, es decir del pais mas famoso por su lujo y ostentacion, é iban á una corte estrangera, y nada menos que á visitar al Rey de reyes que se habia dignado bajar del cielo y participarles su nacimiento por medio de un embajador estraordinario; era pues muy puesto en orden que su séquito fuera brillante y numeroso. En Jerusalén nada se sabia del nacimiento del tantas veces prometido á los patriarcas, vaticinado por los profetas y contenido en las Escrituras, cuando he aquí que entran por las puertas de la populosa ciudad nada menos que tres reyes del Oriente con magnífico aparato y muchedumbre de vasallos acompañantes, y entran

preguntando por el rey de los judíos recién nacido, á quien ellos vienen á adorar porque han visto una nueva estrella en el Oriente. Sorprenderíase toda Jerusalén; y una nacion que esperaba al Mesías, no podia menos de imaginarse que acaso era llegado el dia de su anhelado advenimiento. Sería de ver la curiosidad de las gentes que se entrometian á conocer y hablar á los augustos viajeros, los varios y agitados pensamientos de unos, las conversaciones, conjeturas y ocurrencias de otros, y por último la sorpresa, el desasosiego y turbacion del rey Herodes, que habiendo oido lo que pasaba, hizo llamar á su palacio á los tres reyes sábios é inquirió de ellos con pérfida astucia la causa y objeto de su viaje, y enterado de todo, y habiendo preguntado á los doctores de la ley y escuchado de ellos los oráculos de los profetas acerca del lugar donde naceria el Mesías, dijo á los Magos que fueran á la pequeña ciudad de Belén y á su regreso le trajeran nuevas del Rey que habia nacido, porque tambien él queria ir á adorarle.

Todo esto era muy propio para que en los corazones de los viajeros y de los no viajeros se cruzaran y se encontraran las mas estrañas sensaciones. Dirian los venidos de lejos: «¿Cómo es que nada saben las gentes del pais?» Y los Jerosolimitanos diríanse á su vez unos á otros: «Es muy singular que nada sabemos nosotros y los de lejanas tierras nos vienen á contar que nos ha nacido un nuevo rey. Nosotros no le vemos, y tres magestades vienen á

rendirle sus coronas. Ó están locos, ó el cielo les ha hablado y les impele una irresistible fuerza de omnipotencia.»

En esto último está la verdad, porque si así no fuera, llenos de confusion y vergüenza hubiéranse vuelto á su pais al ver que en la capital de la Judea se ignoraba el nacimiento del que ellos venian á adorar comò á su Dios; porque, aun dado caso de que Belén y no la capital del reino habia de ser la cuna del divino Emperador, no era probable que en Jerusalén se ignorase un suceso de tanta magnitud. Estos reyes eran unos sábios y por eso tenian el sobrenombre de Magos; asi pues no era posible que dejase de ocurrírseles esta reflexion tan óbvia; empero á pesar de ella prosiguieron su camino, y la conductora estrella, que se les habia ocultado, volvió á mostrarse á sus ojos y á servirles de guia hasta la gruta de Belén, sobre la cual se detuvo señalando á los reyes el dichoso término de su viaje.

¡Venir tres soberanos de tanta distancia para entrar en una gruta ó cabaña! Los reyes no visitan sino á otros reyes que habiten en esplendorosos palacios, no acostumbran pisar con sus régias plantas los umbrales de casas particulares cual cosa impropia de su magestad; y estos monarcas no tienen el mas mínimo reparo en entrar á una cueva, y allí se postran en tierra y adoran de todo corazon con profundo respeto á un niño de pocos dias, que una Señora joven y pobre ha dado á luz en un establo y ahora tiene en sus brazos estrechándole con celestial ternura. Fijan

en él sus ojos maravillados y reconociéndole por su Dios y salvador, le ofrecen oro, incienso y mirra, la mirra como á hombre, el oro como á rey y el incienso como á Dios, enseñando con esto, como lo ha entendido toda la Iglesia, que quien adora á Dios debe ofrecerle algo y para ofrecerle cosa que le sea grata debería ofrecerle incienso de fe, mirra de esperanza y oro de caridad; además incienso de pureza, mirra de mortificacion y oro de observancia; finalmente incienso de oracion, mirra de ayuno y oro de limosna. El P. Zucconi, de cuyas luces pienso aprovecharme con alguna frecuencia en este bosquejo de la vida del Salvador, observa que la mirra, incienso y oro que los Reyes magos dieron al Niño Jesus no fue una limosna ó un regalo, sino un tributo, con el cual se reconocian por siervos y vasallos suyos, y un testimonio y prueba de verdadera y humilde adoracion; que fue un reconocimiento de su divinidad en medio de la mayor pobreza y abyeccion, y que tan sincero homenaje no se tributó á la pompa ó poderío, á las riquezas ni á las vanidades de la ostentacion mundana, de las cuales allí no habia ni sombra, sino únicamente á la persona del divino Infante.

Esta visita y adoracion de tres reyes fue sin duda para la Santísima Virgen sumamente consolatoria porque veia á su querido Hijo tan honrado cuando parecia que para su idolatrado Niño no habia sobre la tierra mas que pobreza y abandono de parte de los hombres. Ni á nosotros se nos escasea la honra

y el inefable consuelo de ser visitados, no ya por los magnates de este mundo, sino por el mismo Rey de los cielos, que cuando estamos en el abismo de la tribulacion viene á nuestra alma con su soberana asistencia, y se une por decirlo así mas estrechamente con ella. Y no contento el divino Señor con estar mas cerca del atribulado de una manera imperceptible á los sentidos, desde el augusto Sacramento de su amor cuando nos ve tristes y abatidos, anhelando entrarse en nuestros desmayados corazones á consolarnos, á vivificarnos y á alimentarnos de una vida sobrenatural con el manjar esquisito de su carne deificadora, se convida á visitarnos y á estrecharse íntimamente con nuestras almas en la mesa eucarística clamando con muy tiernos suspiros de infinita clemencia: «Venid á mí todos los que estais gimiendo bajo el peso de la tribulacion, venid á mí y yo os aliviare, os consolare y os dare nuevo aliento.» *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.* (Matth. 11.) ¡Oh cuántas almas que han acudido á este dulce llamamiento, han hallado para sus profundas llagas un bálsamo delicioso!



María la reina de los serafines á los cuarenta dias de su parto sobrenatural se dirije desde Belén al templo de Jerusalén á cumplir la ley de la humillacion de las madres, que se presentaban en la casa del Señor en concepto de inmundas para purificarse. Mas

ella que podia ofuscar los astros del firmamento con los resplandores de su pureza, no va al templo á limpiarse de mancha alguna, pues no la tiene, sino á engrandecer aquella santa morada con la visible presencia del Dios altísimo, á quien está consagrada y á quien ella lleva en sus maternales brazos embebida en la contemplacion deliciosa de su amor y de su divina hermosura; va porque su ardiente gratitud la impele á presentarse en el templo á tributar á Dios Padre el mas cordial y profundo homenaje de reconocimiento por el inmenso beneficio de su maternidad sobrehumana; va á ofrecerle la víctima mas preciosa que han visto los cielos y á glorificarle con el sacrificio mas heróico que se ha ofrecido á la admiracion de los ángeles. Sabe que su encantadora Prenda ha nacido para ser la espiacion viva de las culpas de todo el género humano, y que el Juez que ha de residenciarle es su Eterno Padre vestido de indignacion, levantada en alto la espada de su justicia, rodeado de los rayos de su ira, de las formidables armas de su celestial venganza y teniendo por último ministro de su furor la muerte espantosa y autorizada para descargar un golpe que hará estremecer al universo y enlutarse á los astros, y sin embargo le lleva al tribunal inexorable de ese Dios terrible que espera una víctima para apagar con su sangre la antigua hoguera de su provocada saña divina. No ha habido niño mas amable ni mas hechicero que ese niño que al mismo tiempo es un Dios, ni madre mas tierna, mas sensible y mas amante que la Hermosa á

quien el Espíritu Santo apellida en los Cantares tan afectuosamente su hermana, su esposa y su paloma. Nada es por tanto comparable al heroísmo de esta Madre toda amor y toda ternura, que no solo por cumplir con una ceremonia de la ley, sino con la abnegacion mas admirable, con el sacrificio mas verdadero ofrece en las aras del templo á su adorado Primogénito. Las demás madres pudiera decirse que hacian este ofrecimiento por mera fórmula, y que en realidad los rescataban con los siclos de plata. Pero á la Madre que en este misterio oculta toda su grandeza, toda su gloria y todas sus virtudes con el velo de la humildad confundiéndose entre impuras mugeres, sucede lo contrario. Inmola en realidad á su divino Hijo y le rescata solo por mera fórmula.

El dolor y la gloria se entrelazan maravillosamente en la vida del Salvador del mundo. Preséntase en el templo como un hijo de pecado; y una muger de ochenta y cuatro años que hablaba dia y noche con el cielo en la oracion y vivia en santidad, y era universalmente venerada y tenida por profetisa, le reconoce y confiesa por hijo de Dios y por el Mesías prometido, é invita á las mugeres del templo á que con ella le alaben y le bendigan publicando su divinidad y amorosa dignacion de mostrarse entre los hombres. Otro anciano, á quien se le habia revelado que no moriria sin ver la luz de Israel, interiormente movido por el Espíritu divino, coje al precioso Niño de entre los brazos de su Virgen madre, y enajenado de gozo, le estrecha entre los suyos, se lo

pone sobre su estático corazón y con los ojos bañados en dulce llanto, habla con el pequeñuelo Infante como con su verdadero Dios, pidiéndole que le deje ya salir del mundo en paz, puesto que sus ojos han visto ya la salud de los mortales, la luz que debe iluminar á todas las gentes y la suprema gloria de Israel. Este santo anciano se llamaba Simeon y aquella anciana profetisa llamábase Ana: ambos pregonan á voz en grito que están viendo al esperado por tantos siglos, que aquel lindo niño es el hacedor del universo, que aquella humilde muger, que le ha traído es madre de un Dios y que la grande obra de la redencion ha empezado y que la gloria del empíreo está en el segundo templo, haciéndole segun la profecía de Ageo mucho mas noble y memorable que el primero. Pero á esta luminosa ráfaga de gloria siguen las sombras del dolor mas acerbo, porque el Santo Simeon profetiza á la Madre inmaculada que aquel niño así como ha de ser resurreccion para muchos, será tambien ocasion de que muchos perezcan eternamente por su incredulidad y por no aprovecharse de los tesoros de gracia que les ofrece; profetízale que será puesto por blanco de contradiccion; profetízale que á ella misma le traspasará el alma una espada de dolor. Cuantos han escrito acerca de la Virgen Nuestra Señora se han detenido á ponderar lo inmenso de su amargura y la viveza de su dolor al oír de boca de Simeon tan tristes profecías, que ella ciertamente no ignoraba, pero que sin embargo ahondaron la llaga de su alma y despedazaron de nuevo

su maternal corazón mostrándole con nueva luz que la vida de su Amado sería una vida de persecuciones y de incesantes tormentos, y que su misma existencia había de ser á manera de un caudaloso río de lágrimas y á manera de una muerte continua viendo padecer al idolatrado imán de su alma, que en sus virginales entrañas tomó su carne y su sangre purísima para redimirnos con el destrozo y bárbaro martirio de aquella y con el generoso derramamiento de ésta. Tormento igual no lo ha padecido madre alguna: dolor tan prolongado no lo ha sufrido criatura alguna: angustia tan vehemente ninguno de los mortales hubiera podido resistir. Pero yo no entraré á meditar esta espada de dolor que atravesó el delicado corazón de la apasionada Reina de los mártires. Ella y su Hijo adorable padecieron por nuestro bien y para consuelo nuestro; y esta idea sublime al paso que inflama la gratitud y el amor, requiere que no desperdiciemos por descuido los inapreciables tesoros de consuelo eterno y temporal que encierra y nos prodiga con largueza inagotable. Cuando el caliz de la tribulación nos tenga como embriagados, acórdemonos de las siguientes reflexiones que pueden reanimar nuestros corazones en medio del letargo de la mas opresora pesadumbre.

Esa tierna Señora, en quien estaba el modelo y toda la belleza de la inocencia, sabe de un modo indudable que la ha de abismar el furibundo piélago del mas espantoso infortunio. Nosotros en esta parte somos mucho menos desdichados. Es verdad que con

frecuencia prevenimos grandes males; pero nuestra funesta prevision no es infalible, no es certeza como la de María. Nuestras desgracias futuras no se nos han profetizado, no se nos han revelado, no sabemos que acerca de ellas haya un espreso decreto de Dios; antes bien, la esperiencia nos muestra que acaso la mitad de nuestros temores son vanos, vanas muchas veces nuestras lúgubres predicciones, vanas muchas de las amenazas que se nos hacen por parte de los hombres. Disípanse los nublados que ya parecia que iban á romper en lluvia inundadora, disípanse las tempestades que ya iban á estallar sobre nuestras cabezas, disípanse los ejércitos enemigos que ya se disponian á devorar nuestras haciendas y nuestras vidas, disípanse las enfermedades que ya nos arrastraban á la tumba, disípanse las pestes que ya dirigian su formidable vuelo hácia nuestros pueblos y ciudades despavoridas. Muchas calamidades se atajan con la oracion. Un suspiro enviado al trono de la infinita misericordia puede obrar una revolucion maravillosa hasta en las leyes de la naturaleza, y siempre queda la esperanza de que el Omnipotente que es nuestro padre, tiene arbitrio para librarnos aun de las mismas garras de la muerte. Es una felicidad el que ignoremos los males que realmente han de sobrevenirnos y no deja de ser gran fortuna el que sea tan falible la prevision de nuestras desventuras. ¿Qué habia hecho la Reina de la inocencia para ser en esto de peor condicion que nosotros, que estamos cargados de culpas y somos merecedores de graves castigos?

¿Y qué delito había cometido su santo Niño para que el profeta Simeon le anunciase que había de ser el blanco de las contradicciones de los hombres, es decir el blanco de sus injurias y persecuciones, el objeto de su animadversión, la víctima de su odio, de su ingratitude, de su perfidia y de su inhumana crueldad? Si somos perseguidos, no somos tan inocentes como el Hijo de Dios, ni como á él se nos ha predicho una vida de incesantes trabajos. Lo que nuestros ojos ven en el mundo es una continua inestabilidad tanto en la próspera como en la adversa fortuna: el pobre pasa á ser rico muchas veces cuando menos lo piensa: el enfermo desahuciado por los médicos halla una medicina que le cura cuando ya no esperaba mas que muerte; el desvalido á quien parecia haber abandonado todo el mundo, sin saber cómo se encuentra con una mano propicia que le levanta del abismo de su abatimiento: la muger que ya se ha despedido de la esperanza de tener un hombre que la guarde y la ame, se halla gustosamente sorprendida al encontrar un esposo que le renueva la vida y la hace partícipe de todos sus bienes y poseedora de su corazón. Todo esto es muy frecuente. Hay dias amargos y dias venturosos. Cuando estamos envueltos en la nube del dolor, podemos esperar que la piedad divina la rompa con los rayos de un hermoso dia. No así la vida del Salvador. Comenzó en el desamparo de un establo y acabó en el suplicio de la cruz.

---

---

### CAPITULO III.

#### Huida á Egipto.—Jesus niño en el templo de Jerusalén.



Concluida en el templo de Jerusalén la ceremonia de la purificacion de la Virgen sin mancilla y de la presentacion del divino Jesus dejando en él dos tortolillas y los siclos señalados por la ley para el rescate de los primogénitos, se retiró la sagrada Familia á Nazaret, donde un angel avisó en sueños á San José que estaba en gran peligro la vida del adorado Infante porque Herodes le buscaba para matarle y le mandó que huyese á Egipto. Justo era que el Eterno Padre se mostrase tan solícito en salvar á su Hijo muy amado hecho pequenuelo infante. Pero á mí me agrada sobre manera el ver que es un angel quien viene con esta embajada de salvacion, porque es un encanto el figurarse á los ángeles cuidando de los niños como otras tantas madres celestiales, y aunque parezca estravagancia he dicho como otras tantas madres, porque estoy en la firme persuasion de que la bienhechora solícitud, cariño y ternura de los ángeles para con los niños por lo menos no es inferior al esmerado amor de las mismas que los engen-

draron, ni creo posible que de otra suerte se librasen los niños de tantos peligros como les rodean. Bien merece su hechizadora inocencia la continua protección de los ángeles de su guarda; ¡y oh cuánto deberían empeñarse para no perderla, aunque no fuera mas que por no disgustar á sus celestiales amigos que tan buenos son para ellos! Pero si en cualquier niño inocente se recrean los ángeles y le quieren como á hermanito suyo, ¡con cuán ardiente amor no servirían al bellissimo Infante que encerraba en sí todas las perfecciones de su divinidad! Si me fuera permitido hablar con los ángeles, la conversacion que entablase con ellos habia de ser acerca del Niño que adoraron en Belén y acompañaron en su viaje á Egipto. Yo me figuro mil cosas que no puedo decir, y ruego al lector que él mismo se las figure, pues ya tiene idea de lo que son los ángeles y de lo que era para ellos el lindísimo Jesus. Considere tambien el sobresalto del patriarca José al oír al angel, el afán y la prisa con que saltando del lecho despertó á la divina Madre, la angustia de esta Señora y aquel improvisar un largo viaje ordenado por el cielo, poniéndose en camino para un pais extraño y desconocido llevando oculto al Dueño del orbe entero en las mas altas horas de la noche cuando solo velaban en la bóveda del firmamento los astros que en un mismo instante fabricó de la nada el delicado Niño que con tanta admiracion están contemplando fugitivo.

Pues que le contemple fugitivo quien quiera consolarse cuando esté perseguido, cuando se vea en la

dura necesidad de huir, cuando se halle en pais extraño con el recuerdo de la cara patria atravesado como una espada en el corazon y sin ninguna de las ventajas é inolvidables dulzuras que se han dejado en el lejano pais en que alumbró sus ojos por vez primera la luz del sol. Quien padeciere trabajos en los caminos, contemple á la Princesa del cielo, á su tierno Niño y á su anciano Esposo en su dolorosa peregrinacion á Egipto; contemple, y con la mano puesta sobre el pecho, diga si se atreve á acusar á la Providencia porque le envia estos ó aquellos contratiempos, en los cuales se vieron penosamente envueltos el Salvador del linaje humano, su inocente Madre y su Padre putativo, las tres personas mas augustas, mas dignas de feliz suerte, mas puras, mas venerables, mas sublimes, mas sábias y mas santas que hayan pisado la tierra.

Á la fuga del adorable Infante siguióse la degollacion de los inocentes ejecutada en Belén y sus contornos por orden del impío Herodes. Este príncipe cruel esperaba que los Magos volviesen á darle cuenta de su estancia en Belén y de todas las particularidades del Rey recién nacido que ellos habian ido á adorar: vióse burlado en su maligno intento porque el cielo advirtió á los Magos que á su vuelta no pasáran por Jerusalén, y temiendo insensatamente por su corona, resolvió deshacerse de aquel Rey-Niño y á fin de que no se le escapara sacrificar á todos los niños de la comarca de Belén que tuvieran menos de dos años. Concibió el horrible proyecto y

se encontró entre los hombres una legion de verdugos que lo ejecutó con inaudita barbarie acuchillando en el seno y entre los brazos de sus madres á una muchedumbre de niños que fueron las primicias de los mártires, y dieron su sangre en vez de la del Salvador, cuya muerte pretendia Herodes.

Este suceso capaz de estremecer de horror á toda la naturaleza, es una irrecusable prueba de la atroz tiranía que reinaba en el mundo antes del cristianismo. Dificulto que un tirano de entrañas tan feroces como el mismo Herodes se atreviese á hacer otro tanto en las naciones regeneradas por la Iglesia católica. Es cierto que la historia de los horrores de las guerras hace varias veces mencion de niños acuchillados por la soldadesca furiosa; empero hay que observar que esto sucede siempre en casos de universal matanza cuando las sangrientas espadas se dirijen indistintamente en la embriaguez de la ira á los pechos de los ancianos, de las mugeres y de todo el que respira auras vitales. Semejante carnicería casi nunca se hace á sangre fria: siempre es la vergüenza de las pasiones ciegas y desatentadas, la ignominia de las victorias, el escándalo de la historia y la condenacion de sus execrables ejecutores. Pero los anales del mundo no ofrecen otro ejemplo de matanza ordenada esclusivamente contra los niños.

No ha habido niños mas desgraciados á primera vista, pero tampoco los ha habido mas felices. Ellos cojieron los primeros frutos de la redencion humana y fueron los primeros á quienes se adjudicaron los

merecimientos del Dios encarnado, que habia de ser el gran amigo de los niños manifestándoles su ternura con limpiarlos de la mancha original en las aguas del bautismo, vestirlos de esplendorosa inocencia, hacerlos hijos de Dios, adornarlos con su gracia santificadora y darles derecho á la gloria de los cielos á las pocas horas de haber nacido. Mucho mas hizo con los inocentes de Belén, pues queda al arbitrio de los niños bautizados el perder el tesoro de su inocencia y el derecho á la eterna gloria mancillando sus almas con el pecado cuando llegan al uso de la razon, mientras á los martirizados por Herodes no les fue posible perder ni la inocencia ni la gloria. Su dicha no está espuesta á vicisitudes ni á los caprichos de su veleidosa voluntad. Y en esta distincion particularísima no parece sino que el divino Jesus siguió los instintos de la infancia, que prefiere para sus juegos, conversaciones, caricias y regalos á los de su misma edad, puesto que en su niñez á nadie hizo bienes mas visibles que al niño Juan Bautista antes de nacido y á estos célebres infantillos de la comarca de Belén. Con mucha razon los niños y las niñas tienen un especial afecto al Niño Jesus besándole el hermoso piececito en sus sagradas imágenes, y haciendo que sus madres los levanten en alto para hacer caricias al santo Niño, que en devota pintura está en los brazos de la Reina del cielo. Con sobrada razon muchas madres piadosas profesan encendido cariño al divino Infante, porque él es el amigo mas tierno de sus pequenuelos hijos.

¡Pero ay! ¡Cuántas se quejan amargamente de él en el exceso de su dolor cuando les arrebató al cielo alguna de sus idolatradas prendas! Vino la muerte y trasladó al niño á la mansion de la dicha perdurable; sus padres le lloran sin consuelo y consideran la muerte del niño como la mayor de sus desgracias. Mas no es así: el niño está en la gloria: se ha liberado de todos los males de esta vida de lágrimas, ya no es capaz de perder su inocencia, ya es un angel en la gloria que posee para siempre. He aquí lo que ha hecho la muerte. He aquí lo que hizo Herodes con los niños de Belén. Y esto mismo puede hacer la muerte con nosotros. ¿Por qué la tememos tanto si es la puerta del cielo?.... Se engañó Herodes creyendo hacer un gran mal á aquellos niños. Tambien se engañan nuestros enemigos juzgando causarnos graves perjuicios con su odio y persecuciones, pues se nos convertirán en otros tantos grados de gloria si triunfa nuestra paciencia de semejantes pruebas. Y aún hay mas: muchas veces un infortunio libra de otro mayor: arruínase una ciudad y los que estaban desterrados de ella se libran de perecer bajo sus escombros: enférmase un oficial en campaña, y se libra de morir en la batalla en que sucumben todos los de su regimiento. Murieron los niños inocentes; y si hubieran vivido, acaso hubiesen sido de los que delante del pretorio de Pilatos pedian desafortadamente que fuese crucificado el que habia venido á salvarlos y que su sangre cayese sobre ellos, como cayó en efecto para condenacion eterna de sus almas, para

ruina de Jerusalén, para esterminio de aquel reino y para oprobio indeleble y dispersion continua de sus miserables restos por todo el ámbito de la tierra.



El Evangelio nada dice acerca de la mansion que hizo en Egipto el adorable Jesus: no hay en él una sola palabra que indique cuál fué la suerte de la sagrada familia durante su destierro. La tradicion ha conservado algo de lo que pasó en su viaje á Egipto, y designa aunque con alguna variedad el lugar en que habitaron los santísimos emigrados; pero á decir verdad, nada se sabe de un modo positivo, y la misma discordancia de los autores que consignan estas tradiciones, por otra parte muy venerables, me obliga á no mezclarlas entre las verdades evangélicas, por mucho que esta obra pudiera ganar con su adopcion, pues muchas de ellas son altamente poéticas y algunas no admiten duda, como la que enseña haberse hecho pedazos los ídolos de Egipto cuando llegó á las márgenes del Nilo el Redentor del universo. Yo admiro al Evangelio en este su silencio, porque juzgo que con nada podia realizarse la idea. Trátase de unos pobrecitos fugitivos: uno de ellos es un niño Dios, el otro es el mas respetable anciano que ha habido en el mundo: va con ellos una muger y esta es una joven la mas querida del cielo, la reina de los santos, la madre de Dios. ¿No está dicho todo? ¿Qué hará en Egipto María? Lo que es propio

de una madre de Dios..... ¿Qué hará José? La respuesta debe ser como la anterior. ¿Qué hará Jesus? Lo que es propio de un niño Dios..... ¿Cuánto padecerán? Cuanto pueden padecer unos corazones sumamente sensibles, tiernos é inocentes bebiendo hasta las heces el caliz de la persecucion y del destierro en un pais muy lejano de su pátria, desconocido y poblado de enemigos. Sí, por enemigos de la santa familia debian reputarse aquellos pueblos entregados á la idolatría, encenagados en la culpa y sumergidos en las tinieblas del abismo. Para los santos peregrinos no habia allí ni amistad valédora, ni recurso alguno de los que ofrece el dinero en un pais estraño, pues la riqueza del cielo quiso peregrinar sobre la tierra pobre y muy pobre. Uno solo de los muchos trabajos que pasaron en Egipto estos augustos personajes bastaria para que toda la vida anduviésemos querellándonos de lo infausto de nuestra suerte.

Mas en medio de ese piélago de aflicciones tenían José y María una dicha inefable, la de estar en compañía de su Dios. No sé que pueda imaginarse mayor consuelo. Esta es la dicha de los atribulados, el tener á su Dios mas cerca de sí. El Señor está con los que padecen, y hasta ha llegado á decir que padece en ellos y por ellos. Así lo ha asegurado á varios santos mártires comunicándoles con esto una extraordinaria fortaleza para inmolarsé á los tormentos y á la muerte como sucedió con el denodado martir San Victor de Marsella. Todo nos lo puede

quitar el mundo, menos á Dios; los padres, los hijos, los bienes y la salud abandonan al alma en la tempestad de la desolacion; pero sin padres, sin hijos, sin amigos, sin bienes y sin salud tiene á su Dios. ¡Su Dios no le desampara! ¡Ah! Quien posee á Dios tiene infinitamente mas que si fuera señor de todo el universo: Dios es mas dulce que todos los placeres, mas poderoso que todas las riquezas, mas fuerte que todos los reyes, mas consolador que todos los parientes y amigos. Y si se le ha perdido por el pecado, se le puede hallar con un solo suspiro salido del corazon. Este es cabalmente el objeto con que envia las tribulaciones, el de hacerse enconradizo á las almas atribuladas, poniéndolas en precision de que le llamen y le busquen como al único médico de sus llagas. He aquí por qué son un gran bien las tribulaciones, porque en ellas suele encontrarse á Dios. Y esto acontece muchas veces hasta en el sentido mas material, pues una persona que ha mucho tiempo que no recibe en su miserable pecho á su Dios sacramentado, es acometida de una grave y prolongada enfermedad, dolores suceden á dolores, el cuidado que en un principio tuvo su familia, se convierte en consternacion y alarma por el peligro de morir en que está ya el enfermo, menester es que se reconcilie con su Juez á quien tenia olvidado é irritado, el ministro de la divina clemencia le absuelve en nombre del Altísimo, y el Señor de cielos y tierra que no le habia visitado en su prosperidad, viene á su lecho de dolor y entra en su corazon abismado

de angustia á estrecharse con él en un abrazo de paz, de amor y de íntima union deliciosa. El enfermo recobra la salud, y su enfermedad le ha proporcionado la dicha de haber vuelto á la gracia de su Dios y de haber tenido su corazon hecho un cielo con la visita del Rey de reyes.

El angel del Señor habló otra vez á José en sueños y le mandó que volviese á Egipto con la Madre y el Niño, porque ya habian muerto los que le buscaban para matarle. En efecto, pocos años despues de la degollacion de los inocentes, Herodes bajó al sepulcro despues de una enfermedad horrorosa muy semejante á la que ya acabó con la detestable vida de Antíoco perseguidor de la antigua religion judáica y con la del impío Galerio, que fué uno de los tiranos que con mas furor derramó sangre de mártires por esterminar el cristianismo. La espantosa enfermedad de Antíoco puede verse en el libro 2.º de los Macabeos, la de Herodes en el historiador Josefo y la de Galerio en la historia eclesiástica. Hay entre ellas una semejanza demasiado notable, como si Dios hubiese querido marcar con un sello particular á estos tres mónstruos de impiedad y de bárbara tiranía. El fin de la vida de un tirano es una aurora de consuelo y una verdadera misericordia de Dios para con los perseguidos. Cosa terrible es la muerte, pero sin ella la tierra no se libraria de los mónstruos que de cuando en cuando la oprimen y ensangrientan. Si una muerte suele ser principio de una guerra, otra muerte puede ponerle término,

como sucedió á principios del siglo pasado en la célebre guerra llamada de sucesion: el fallecimiento de Carlos II hizo que una mitad de Europa luchase contra la otra con encarnizada porfia, y los dos bandos depusieron las armas al espirar el Emperador Aleman José I, cuyo puesto ocupó su hermano el Archiduque Carlos abandonando sus sangrientas pretensiones á la corona de España. Una muerte hace no pocas veces que se abran los calabozos y los desterrados vuelvan al seno de su madre pátria. Cosa triste es la muerte, pero muchas veces por medio de ella obra el Señor un cambio favorable en las naciones. La de Mahomet II hizo que el mundo cristiano respirara cuando su angustia llegaba al estremo por estar mas en peligro de ser presa de aquel sanguinario y terrible conquistador. Dura cosa es la muerte, pero su existencia devoradora hace que sean menos subsistentes los males de esta vida trastornando continuamente el teatro del mundo y poniendo sin cesar á unos hombres en lugar de otros, como un capitan que muda de hora en hora las centinelas en los puestos militares. Esta consideracion de la volubilidad de todas las cosas humanas por medio de la muerte debe introducir un rayo de consolatoria esperanza en la profunda noche de dolor en que yacen los corazones oprimidos por adversa fortuna. La muerte es un arbitrio que está en manos de un Dios infinitamente bueno. Las vidas de los dominadores de la tierra son en su mano como otras tantas piezas del gran tablero del mundo en que el Altísimo

juega con una sabiduría inescrutable *ludens in orbe terrarum*.

La muerte de Herodes restituyó á su pátria la prófuga familia del Patriarca José, que por otro aviso del angel del Señor evitó el entrar en la Judea propiamente dicha, donde reinaba el cruel Arquelao y volvió á establecerse en la dichosa Nazaret que estaba enclavada en la provincia de Galilea fuera de los dominios de aquel tirano. Justo era que los ángeles libráran de peligros á su Hacedor, á su Rey y á su Reina la Virgen María. Pero por la divina bondad no somos nosotros menos felices en esta parte, pues tenemos nuestro angel de guarda, que nos liberta de innumerables peligros, nos consuela en las aflicciones y nos enseña el camino del cielo que es nuestra verdadera pátria y el centro de toda bienaventuranza.



Hombres ha habido en el mundo dignos de nuestra admiracion: doctas plumas se han empleado en escribir sus vidas. ¿Pero de cuál de ellos se refiere en su infancia una cosa tan grande, una cosa ni remotamente parecida á la magnífica escena que ofrece en el templo de Jerusalén el divino Infante? Sentadito entre los venerables doctores á la edad de doce años los llena de admiracion y asombro con la sabiduría de sus preguntas y respuestas. ¡Sublime Niño! ¡Incomparable Niño! Si recordaron aquellos doctores

de la ley el extraño alboroto movido en Jerusalén con la llegada de los Magos, y lo que dió margen al degüello de los niños de Belén, no podrian menos de considerar al que tenian delante como á su prometido Mesías al ver que los ofuscaba con los rayos de una ciencia celestial. Pero si así lo sintieron interiormente, no pasó de aquí, como suele suceder cuando acontece algun milagro; es admirado por de pronto, produce emociones profundas, mas luego cae en olvido y pasa y desaparece la impresion que hubo causado.

Bajo el aspecto literario, es decir bajo el de la imaginacion y del corazon, hay en el Evangelio una gran belleza que en el orden moral es un gran consuelo. Siempre está el dolor al lado de la gloria y la gloria junto al dolor. Toda la vida de Jesus parece una cadena de glorias y de pesares: la de María es una copia de la de su adorado Hijo. Mientras él está en el templo como un campeón del cielo, manifestando que en su niñez es mas que todos los sábios de la tierra y arrancando aplausos de asombro, su Madre que se alimenta de su amor, está mas muerta que viva, destrozadas de angustia sus amorosas entrañas. Ha perdido á su divino hechizo, corre en su busca, desanda largo camino, pregunta á todos y nadie le responde: le he visto. ¡Ay triste madre! ¡Ay madre desolada! En tres dias no le encuentra, y en cada minuto de ellos entra en su corazon un océano de amargura que los hombres no pueden comprender. Algo columbran las mugeres que son madres, pero

nada mas que algo. A estos tres dias de muerte sucedió un instante de indecible regocijo. Halló á su amado en el templo, y su maternal corazon se desahogó diciéndole: «¡Hijo mio! ¿Por qué lo has hecho así con nosotros? Tu Padre y yo penetrados de dolor hemos andado buscándote.»

Espressiones fueron estas de afectuosa ternura, y de una inimitable naturalidad. Virgilio mismo no las hubiera encontrado tan propias de un corazon de madre. No largas exclamaciones, no convenian á la dignidad de tal Hijo. Era preciso hablar, pero muy poco; únicamente lo que habló María. Sus palabras fueron tan nobles como sencillas, tan dulces como patéticas: fueron un suspiro de su trislísimo, immaculado é ingénuo corazon.

El sábio Niño respondió á su Madre: «¿Por qué me buscábais? ¿No sabeis que debo ocuparme en los intereses de mi Padre?» El Ilmo. Sr. Martini en sus notas al capítulo 2.º de San Lucas dice que con esta respuesta no quiso el soberano Infante desaprobador la amorosa y pia solicitud de María y José en buscarle sino únicamente escusarse del dolor que les habia causado su ausencia, manifestándoles que no los dejó sino por los intereses de su Padre celestial, y que desde luego debian haberse persuadido que solo por este motivo sobrehumano habia de haber obrado tranquilizándose con esta consideracion. Yo no dudo que el endiosado entendimiento de María reina de los espíritus angélicos hubiese desde luego conocido que en la pérdida de su idolatrado Niño habia un arcano

adorable, una disposicion de lo alto llena de sabiduría y ordenada á fines muy elevados; pero su corazon era un corazon de madre sensibilísima, y aunque su voluntad se conformaba omnímodamente con la voluntad divina, su vehemente amor la abismaba en una tempestad de sentimiento, y acaso, acaso atribuiria á descuido propio aquel doloroso suceso, siendo asi que ninguna culpa habia tenido la Señora, pues era costumbre que las mugeres salieran del templo separadas de los hombres y que los niños fueran indistintamente con aquellas ó con estos, de modo que el santo José creyó que el Hijo de Dios iba con María y María creyó que iria con su purísimo Esposo.

He aquí un verdadero dogal que se forjan muchas almas inocentes cuando les sucede alguna desgracia: creen que ellas mismas se la han ocasionado con su imprevision, descuido ó torpeza en el manejo del malhadado negocio, y muchas veces no es esto verdad: la persona que tanto se culpa á sí misma ha procedido con prudencia, destreza y actividad: mereciera mas bien un premio por su conducta; pero Dios, cuyos designios son inescrutables y que tiene nada menos que una eternidad de gloria para premiar al justo, ha dispuesto que la tribulacion le visite para acrisolarle en la virtud, y así son vanas y de malísimo resultado todas las precauciones, toda la sagacidad y acertadas medidas que se emplearon en el desventurado asunto. Los sucesos humanos casi nunca dependen de un solo hombre, y Dios está en el

cielo dirigiendo el concierto de los ángeles, la carrera de los astros y todo cuanto pasa en este valle de lágrimas que nosotros habitamos. Ciegos y dignos de lástima los hombres, que cuando ven caer el infortunio sobre sus hermanos, solo fijan sus miradas en las cualidades de estos ó en su modo de conducirse, y con irreflexiva crueldad los acusan haciendo que pese sobre sus agobiadas cabezas toda la causa del mal éxito y de la grave desgracia que los aflige. Ciegos tambien y dignos de lástima los que no hallando en su conciencia cosa alguna que les remuerda, sin embargo atribuyen á culpa suya la desventura que los abrumba. Pudieran consolarse con el recuerdo de que probablemente la inmaculada Virgen de Nazaret en el exceso de su amargura se culparia de la pérdida de su amado Hijo, aunque es indudable, es de fé que jamás fué culpable del mas leve pecado ni de la mas mínima imperfeccion, y cierto que hubiera incurrido en ella si en aquella ocasion hubiese tenido algun descuido en guardar mas que á su alma al Rey del cielo que en sus entrañas tomó su carne y su sangre. Imiten los atribulados á María que corrió al templo á buscar al que era toda su dicha, que sin duda como María hallarán su consuelo en el templo donde está el Dios de toda misericordia escondido en nuestros sagrarios para enjugar nuestro llanto, oir nuestros suspiros y dársenos á sí propio por consuelo y riqueza, vida y sustento del alma.

Casi inmediatamente despues de haber referido

el sagrado Evangelio la afliccion acerbísima de María, muestra una de sus mas insignes glorias cual es la de que el Salvador del género humano vivia sujeto á ella y á su santo esposo; consecuencia natural era esta de su divina maternidad, pero que á mayor abundamiento quiso el Señor que quedára consignada en las infalibles páginas de la revelacion para honrar á su querida Madre, darle un testimonio público del amoroso dominio que sobre él le habia otorgado, proponerse por modelo del respetuoso cariño y fidelidad con que deben obedecerla los hombres sus hijos adoptivos, y al mismo tiempo señalarles el camino de la felicidad en esta y en la otra vida cifrado en la sujecion á la voluntad divina, que es el mas poderoso remedio de todas nuestras inquietudes, melancolias y pesadumbres; verdad reconocida por todos los sábios, la cual he procurado espresar en la siguiente composicion.

*Dicha del justo que se conforma con la voluntad  
de Dios.*

¡Cuán dichoso el camino  
Del que su voluntad en todo ajusta  
Con el querer divino!  
Ni tempestad le asusta,  
Ni el torvo ceño de la muerte adusta.  
Rebrame cuanto quiera  
El mar del mundo fiero y levantado  
A la celeste esfera,  
El se verá azotado  
Por sus terribles ondas, no inquietado.

Su pecho está seguro  
 En medio á la borrasca que le bate,  
 Pues duerme dentro el muro  
 De Dios, al cual no abate  
 Ni puede estremecer ningun combate.

Alli goza tranquilo  
 De una paz deliciosa no rompida,  
 Que á tan sublime asilo  
 La horrenda arremetida  
 No alcanza de la gente foragida.

¿Le altera ni conmueve  
 Del bronce matador el estampido?  
 No, pues sabe que mueve  
 Cuanto en el mundo ha sido  
 Es y será su Dios, con él unido.

Sabe que está pendiente  
 De esta Causa primera y soberana  
 Buena infinitamente  
 Toda natura humana,  
 Y escepto el crimen, todo de ella mana.

Sobre este fundamento  
 Estriba el vivir dulce de los santos,  
 Que es vida de contento  
 E inefables encantos,  
 Mientras la mia ¡ay misero! es de llantos.



---

---

## CAPITULO IV.

### **Bautismo de Jesus.—Su ayuno y tentaciones en el desierto.—Bodas de Caná.**



Juan Bautista que habia pasado toda su vida en la soledad entregado al ayuno y á la contemplacion, salió de ella á predicar penitencia porque ya se acercaba el reino de los cielos: conmovióse toda la Judea al oírle, se le reunieron muchos discípulos y bautizaba en el rio Jordán. Aquí es donde vuelve á aparecer el divino Salvador ya adulto despues de haber vivido sepultado en el retiro de la casa paterna hasta la edad de treinta años en que se presenta á pedir el bautismo de Juan. Su humilde Precursor que anunciándole á las gentes habia protestado que no era digno de desatarle la correa de su zapato, sobrecojido de asombro rehusa bautizarle, pero insistiendo el Señor, le obedece y las aguas quedan santificadas con el contacto del sagrado cuerpo de Jesucristo y en aquel instante queda instituido el sacramento de la regeneracion, por el cual entramos en el seno de nuestra madre la Iglesia limpiándonos de la mancha de origen: ábrense los cielos, se oye la voz del Eterno

Padre publicando que aquel es su hijo querido en quien tiene todas sus complacencias, y el Espíritu Santo descende sobre él visiblemente en forma de paloma. Manifiéstase de esta suerte el misterio de la inefable Trinidad hasta entonces desconocido en el mundo; revelacion digna de que se abrieran los cielos como sucedió en efecto premiando Dios Padre la humildad de su Hijo, que se abatía á recibir un bautismo propio de pecadores, con la solemne promulgacion de su divinidad y descendiendo sobre su cabeza el Espíritu Santo en forma de paloma para expresar el caracter dulce y amable de Jesus con la apacible índole de la paloma.

Acerca de esto dice el P. Zucconi en el tomo 3.º de sus *Lecciones sobre la sagrada Escritura* que el Hijo de Dios quiso bautizarse para dar ejemplo de muchas virtudes con aquel acto de sublime humildad, para autorizar la predicacion de su Precursor, para manifestar que el modo de entrar en el reino de su Iglesia es lavarse de todas las inmundicias del alma, para santificar las aguas, para sepultar en ellas al viejo Adán y para instituir el verdadero bautismo, cuya forma se espresó en la manifestacion de las tres Personas divinas y cuya materia se declaraba en las aguas del Jordán. «Abriéronse los cielos, continúa, »y las palabras que de allí salieron mostraron que así »como los Israelitas hallaron paso abierto en el Jordán para la tierra prometida, los Judios y Gentiles »habian de hallarlo en el bautismo para el prometido »reino de Dios. El Espíritu Santo bajó en forma de

»paloma para denotar que ya la paz se mostraba ri-  
 »sueña en el horizonte del género humano y que es-  
 »taba muy cerca la renovacion del mundo, así como  
 »otra paloma anunció á Noé que ya la tierra se ha-  
 »llaba libre de la invasion del diluvio. El Eterno Pa-  
 »dre declarando hijo suyo al humilde penitente Jesus  
 »con la uncion interior del Espíritu Santo que bajó  
 »visiblemente, le consagró tambien por sacerdote,  
 »rey y pontífice del nuevo reino; y añadiendo desde  
 »entonces el nombre apelativo de Cristo al suyo pro-  
 »pio de Jesus el Hijo de María principió á llamarse  
 »Jesucristo, es decir salvador ya ungido y consagra-  
 »do. De suerte que cuando Jesus se abate hasta mos-  
 »trarse por los hechos cual pecador arrepentido, los  
 »cielos se abren, revélase la Trinidad, comparece  
 »sobre el mundo náufrago en el océano de la culpa  
 »la paloma mensajera de salvacion, y el humilde pe-  
 »nitente es constituido pontífice, rey y legislador de  
 »nueva monarquía.»

Todo lo que es glorioso para Jesucristo debe ser-  
 lo tambien para los redimidos con su sangre; por  
 tanto su glorificacion en el Jordán y todas sus gran-  
 dezas han de ser para nosotros otras tantas fuentes  
 de regocijo y consuelo, porque los cristianos estamos  
 identificados con él como los miembros con la cabe-  
 za; su gloria es nuestra, y meditando en ella desa-  
 parecen las nubes de tristeza. Cuando el ánimo está  
 abatido por la presencia de los males que nos rodean,  
 es preciso levantarlo con la consideracion de los bie-  
 nes de nuestra casa y familia; nuestra casa es la Igle-

sia católica, y en cuanto á nuestra nobilísima familia, Dios es nuestro padre, la Reina de los cielos nuestra madre; sus bienes son nuestros y el cielo mismo en que reinan es nuestra herencia. La Iglesia es la barca de salvacion en que navegamos hácia el puerto de la eterna dicha, y á ella se entra por el bautismo instituido por Jesus cuando lo recibió de Juan Bautista. Solo este beneficio pesa mas que todos nuestros contratiempos, dolores é infortunios, y así debiera ser el primero en la enumeracion de nuestras glorias y ventajas contrapuestas con nuestros males. No hay duda en que el haber sido bautizado vale mas, infinitamente mas que el empuñar el cetro de Inglaterra ó de Prusia, mas que el poseer todos los tesoros del mejicano emperador Motezuma, mas que el tener la sabiduría de Platon y la elocuencia de Tulio, mas que la gloria militar de César y mas que las prodigiosas conquistas de Alejandro devorador del mundo. Pues si cualquier bautizado es mas que esos grandes hombres que admira el universo y no habia de trocarse por ninguno de ellos; ¿por qué nos quejamos de nuestra suerte? ¿Por qué acusamos á la Providencia cuando nos sobreviene algun trabajo? ¡Ah! En vez de volvernos contra ella deberíamos bendecirla con incesante alabanza, repasando y estudiando sus beneficios para agradecerlos y consolarnos con su memoria, pues el antídoto del abatimiento en que nos sumerge el pensar en nuestras cuitas es el recuerdo y meditacion de las gracias que hemos recibido de la bondad divina.

Después de su bautismo se retiró el Señor llevado por el Espíritu Santo á un desierto, donde en continua oracion ayunó cuarenta días sin probar bocado alguno. Un Dios en la soledad, un Dios en oracion incesante, un Dios mortificando una carne con la cual estaba hipostáticamente unida su divinidad..... ¡Espectáculo sublime!.... Así de una manera tan solemne instituyó nuestro Salvador el ayuno de la cuaresma; y quiso sentir hambre el que con su providencia inagotable en sus recursos y en su bienhechora generosidad alimenta á los peces de los mares, á las aves y pajarillos que surcan por los aires, á todos los animales, á todos los hombres y á los ángeles que cantan su gloria en la escelsitud del firmamento. Uno de los fines del Redentor en este retiro, ayuno y oracion de cuarenta días fue el enseñarnos el modo con que nos habíamos de preparar para pelear sus batallas y vencer con tales armas al enemigo de nuestra alma. Con el mismo objeto tuvo el Señor la humilde y soberana dignacion de permitir que el príncipe de las tinieblas le hiciera atrevida guerra de tentaciones para debilitarle con la victoria, quebrantar su ardimiento y poderío, alcanzarnos con el mérito de su triunfo mayores fuerzas para combatir y descubrirnos en su lucha la fraudulenta arteria del enemigo y el modo de vencerlo.

Acercándose el tentador le dijo: «Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes.» Y respondiendo Jesus dijo: «Escrito está: no vive el hombre de solo pan, sino de toda palabra que sale

de boca de Dios.» El diablo entonces le trasportó á la santa ciudad y le puso sobre el pináculo del templo y le dijo: «Si eres hijo de Dios, échate abajo, pues está escrito que te encomendó á sus ángeles y te tomarán en palmas para que no te se lastime el pie dándote en alguna piedra.» Y respondiendo Jesus le dijo: «Tambien está escrito: no tentarás al Señor tu Dios.» Trasportóle de nuevo Satanás á un monte muy alto y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos y le dijo: «Yo te daré todo esto si postrándote me adorares.» Entonces le dijo Jesus: «Vete, Satanás, porque está escrito: adorarás al Señor tu Dios y á él solo servirás.»

El antiguo dragon se propuso descubrir si Jesucristo era verdaderamente el hijo de Dios que le lanzó de los cielos al calabozo de una eternidad abrasadora. Y nada logró el protervo. El Señor le venció y le hizo huir avergonzado de su derrota. Despues de su triunfo se le acercaron los ángeles y le sirvieron á la mesa.

Cuantos padecimientos pueden afligir al hombre sobre la tierra quiso tomar sobre sí el divino Reparador del humano linage á fin de que nada padeciésemos nosotros que él no lo hubiese padecido antes por nuestro amor. Glorioso y consolatorio es para el soldado en la guerra el ver á su general participar de todas sus fatigas, privaciones y peligros marchando á pie por sendas escabrosas, durmiendo á la intemperie en medio del campo, soportando la sed y el hambre estenuadora, hecho indefenso blanco de los

ardores del sol, de los aguaceros, de las tempestades, del frio y de la nieve, arrostrando mil peligros de muerte y recibiendo á su lado heridas sobre heridas. Nosotros somos durante todo el tiempo de nuestra peregrinacion unos guerreros que dia y noche tenemos que sostener fieras lides con el poderoso ejército empeñado en la ruina de nuestra alma; y es dicha nuestra y altísimo consuelo ver al caudillo de nuestra salvacion ir delante de nosotros abriéndonos paso por el sendero de las tribulaciones y acometido por los mismos enemigos que nos persiguen y asaltan con obstinado furor. Todos nuestros combates los sufrió Jesus en el desierto; todas nuestras privaciones las tuvo Jesus en el desierto. Si nos angustia el hambre; con el hambre luchó Jesus en el desierto; si nos faltan comodidades, á Jesus en el desierto faltó casa, faltó lumbre, faltó mueblaje, faltó cama, faltó alimento, faltó agua, faltó el socorro y la compañía de los hombres, y no hubo cosa alguna que no le faltara. Si nuestro espíritu se ve envuelto en pertinaces guerras de tentaciones; el impecable Jesus tambien se vió en valía de Satanás rey de las tentaciones, al cual permitió que siendo él la santidad por esencia le arrebatára consigo ya al pináculo del templo de Jerusalén, ya á la eminencia de un monte y que le insultára haciéndole unas propuestas tan horrendas como indignas de su adorable Persona. El Hijo de Dios no tenía necesidad de ser probado. Nosotros sí la tenemos para ser coronados, que en llegando al uso de la razon, el triunfo es un requisito indispensable

para entrar en posesion de la gloria y sin batalla no hay triunfo. Además los autores místicos han llegado á demostrar que el ser tentado tiene sus ventajas, pues hace humilde al alma, la acrisola en la virtud, la obliga á recurrir á su Dios y á desconfiar de sí misma y á conocer que sin el auxilio divino se precipitaria en el fango del pecado. Pero esta interior batalla se diferencia mucho de las guerras que entre sí tienen los hombres: en estas el enemigo puede ser mas poderoso; en las del espíritu nunca: es de fe que jamás permitirá el Señor que nos sobrevengan tentaciones superiores á nuestras fuerzas auxiliadas por su gracia omnipotente. En las guerras de los militares no se consiguen victorias sin experimentar al mismo tiempo alguna pérdida; en las del espíritu se obtiene el triunfo sin lesion y sin el mas mínimo menoscabo: en las de los soldados la victoria no depende de la propia voluntad; en las del espíritu cuando de veras se quiere vencer se vence; solo el resistir es un triunfo y como tal se corona en el cielo; en las del espíritu siempre tenemos á Dios de nuestra parte, y así nunca perdemos sino cuando abandonándole nos pasamos voluntariamente al campo enemigo como viles traidores á buscar la recompensa de nuestra perfidia en el servicio de un rey que para sus vasallos no tiene mas tesoros que fuego eterno en sus dominios de horror y de tinieblas.



Vuelve el Señor del desierto á lo poblado, déjase ver mas de una vez de su precursor San Juan Bautista, quien le confiesa públicamente por hijo de Dios y da repetidos testimonios de su divinidad siempre que le descubre prorumpiendo en las mas patéticas exclamaciones y llamándole con una fe vivísima *Cordero de Dios que quita los pecados del mundo*; empiezan á reunirse algunos discípulos y luego nos le presenta el sagrado Evangelio en un convite nupcial. Tambien se hallaba en él su querida Madre y advirtiéndole que habia faltado el vino, le dice: «No tienen vino.» Insinuacion y súplica sumamente modesta, pues la Reina de la caridad se contenta con indicar la afliccion y vergüenza de aquella familia, dejando el modo de remediarla al arbitrio de la clemencia de su adorado Hijo. Jesus, que acto continuo iba á obrar su primer milagro por darle gusto, sin duda espresando con la amabilidad de su semblante y con la cariñosa modulacion de su voz que estaba muy lejos de enfadarse con ella, le respondió de una manera que parecia evasiva. «Muger, le dijo, ¿qué tenemos tú y yo? Aún no ha llegado mi hora.» Doctos intérpretes afirman que la palabra que nuestra Vulgata traduce por *muger*, en la lengua en que Jesucristo hablaba queria decir *señora* y que los hijos en aquel pais solian llamar así á sus madres. En esta ocasion para instruir á los circunstantes acerca del misterio de su divinidad, á cuyo poder correspondia el obrar milagros, quiso el Señor hacer notar que en cuanto Dios no estaba sujeto á la que le habia dado

el sér de hombre en sus entrañas y á quien estuvo obedeciendo cual hijo amantísimo en el largo espacio de treinta años. Otras varias esplicaciones dan los espositores á aquellas palabras del Señor desvaneciéndose la aparente dureza, que á primera vista juzgaríase que encerraban; pero el hecho mismo es el argumento mas irrecusable del propicio amor y bondadosa deferencia con que miraba á su divina Madre el Redentor del mundo. Dijo pues la Reina de serafines á los sirvientes: «Haced lo que él os diga.» Y Jesus mandó llenar de agua seis tinajas, y el agua de ellas por su virtud omnipotente quedó convertida en esquisito vino. Acerca de este lugar dice el Ilmo. Martini en sus notas al capítulo 2.º de San Juan: «Es  
 »prueba de la grande fe de María el modo con que  
 »habla á los que servian á la mesa. No se dió por  
 »ofendida, ni se desanimó por la respuesta de su Hi-  
 »jo, sino que llena de justa y humilde confianza en  
 »su caridad, estoy por decir, esperando en quien pa-  
 »recia quitarle toda esperanza, habló, ordenó como si  
 »hubiese estado segura del milagro que se le habia  
 »negado. Así el primer milagro de Jesucristo fue efec-  
 »to de la intercesion de María á fin de que de un  
 »prodigio tan célebre aprendiese la Iglesia á confiar  
 »muchísimo en la caridad de tan buena Madre, por  
 »cuyo medio, dice San Bernardo, quiso el Eterno  
 »Padre que lo recibiésemos todo, habiendo querido  
 »que por ella recibiéramos á su mismo Unigénito, en  
 »quien todo nos lo ha dado.» Á la verdad que res-  
 plandecieron sobre manera y se dejaron ver muy de

lleno la bondad y el poderío de la que es reina y madre de misericordia. No se lee que se le hubiese suplicado para que intercediera con su Hijo, ni era posible que nadie tuviera semejante pretension, pues hasta entonces no habia obrado el Señor milagro alguno; asi es que para dar principio á su oficio de intercesora no tuvo la Señora mas movil que el compasivo impulso de su amoroso corazon, que anhelaba remediar el apuro de aquella buena familia, apuro que los demás comensales no habian advertido como se ve por el contesto de la narracion del Evangelio. Era necesario un milagro para subvenir á aquella urgente necesidad con la presteza que el caso requería, y obtuvo un milagro cuando todavía no habia llegado la hora de los prodigios con solo manifestar sencilla y lacónicamente la falta de vino. ¿Y qué no podrá alcanzarnos esta divina Madre ahora que en el cielo, como dice San Alfonso de Liguori, está á su arbitrio todo el reino de la misericordia? He aquí uno de los mas dulces consuelos del cristiano, el de tener por madre á la misma Madre de Dios, que ejerce sobre su divino Hijo un dominio de amor y de ternura influyendo constantemente para librarnos de mil males y conseguirnos multiplicados beneficios. La Iglesia la llama *Consoladora de los afligidos*, y todo el orbe católico la invoca incesantemente en su letanía con tan dulce dictado: no hay muger piadosa que no recurra á ella para que la consuele en sus amarguras: no hay reino, provincia, ciudad ni pueblo que no haya experimentado la eficacia de su interce-

sion poderosa para librar de calamidades á cuantos imploran su amparo en las tribulaciones. Las bibliotecas están llenas de obras en que se demuestra palpablemente de mil y mil maneras la piedad inagotable, el poderío inmenso y la inveterada costumbre de socorrer á los menesterosos con que la Madre del hermoso amor y de la santa esperanza tiene por incumbencia y ocupacion especialísima el ser consoladora. ¡Qué dicha la nuestra, vivir en el seno de una Religion que enseña como dogma infalible que la Madre de Dios es nuestra madre, madre siempre dispuesta á consolarnos!.....

Jesus honró y favoreció extraordinariamente el matrimonio asistiendo á las bodas de Caná y obrando en ellas su primer milagro. Al pasar desde el ayuno y oracion de su desierto á sentarse en un banquete nupcial parece que se propuso manifestar que la santidad no es incompatible con el estado conyugal; y al levantarse de la mesa servida por los ángeles en el desierto para ir á unas bodas ¿no se diria que con este hecho queria simbolizar lo que despues estableció en su Iglesia, es á saber que cuando entre los cristianos se celebrase un desposorio, los esposos habian al mismo tiempo de celebrar otro desposorio mas augusto uniéndose y estrechándose divinamente con su Dios sacramentado en el banquete de la adorable Eucaristía servido por los ángeles? Sí, el Señor siempre que hay bodas quiere ser el primer convidado á ellas, porque su piadoso corazon sabe que sin él habia de faltar muy pronto en los matrimonios

el vino de la mútua caridad y de la apacible alegría. Tal es la condicion de los hijos de Eva, tanta la diversidad de ideas, de índole, de sentimientos, de educacion, de inclinaciones y de antojos, tanta la variedad é inconstancia del humor, de los caprichos del corazon y hasta de la virtud misma en la mísera descendencia de Adán que creo indispensable la gracia de Dios para que subsista la paz del mejor matrimonio. Son innumerables las causas que pueden turbarla, y no se diga que son pocas las graves, pues en materia de disgustos y desabrimientos pudiera decirse que no hay mas que precipicios, porque una pequeña injuria es imán de otra grande: esto lo demuestra la esperiencia de todos los dias y el conocimiento del corazon humano: no hay cosa mas sabida que la impetuosa marcha de la ira: un fósforo no se enciende con mas velocidad, y por eso como lo hace patente el profundo Balmes en el segundo tomo de su *Protestantismo*, es admirable la sabiduría de la religion en atajar los primeros pasos de las pasiones. Por ese continuo peligro de rompimiento que hace tan necesaria la asistencia de lo alto para que no se verifique, dedúcese cuán inestimable beneficio hizo Jesucristo al matrimonio elevándole á sacramento de su nueva ley que confiere á los casados gracia para amarse y vivir en paz. Paréceme que la real existencia de esta gracia se prueba con lo que se observa diariamente en muchos matrimonios en que son continuas las desazones, las disputas y aun los agravios de palabra. Cansado estoy de ver casa-

dos que siempre están voceando en altercados mas ó menos iracundos. ¿Pues cómo alguna vez no llegan á las manos y dan mayor escándalo? Lo que en tales matrimonios vemos que sucede es cosa contraria al curso natural de las pasiones de la ira y del ódio. Es un verdadero fenómeno el que á cada momento se restablezca la perdida paz entre esa clase de esposos. Este hecho tiene mucho de sobrenatural y no se esplica satisfactoriamente sino por el imperio de la gracia conferida en el sacramento del matrimonio.

El tiempo que todo lo muda y destruye, es una de las cosas que mas necesaria hacen esta gracia venida de arriba. Una joven de pocos años, de esmerada educacion, de finos sentimientos, hermosa, noble y rica se ha enlazado con un hombre de regular edad, de gallarda presencia, de buenos modales, juicioso, honrado con uno de los primeros empleos de la nacion, lo cual le proporciona consideraciones, amistades y dinero. ¿Quién no auguraria á aquella joven todo género de felicidades? Pasan pocos años, y aquel hombre de mediana edad y de tan recomendables prendas ha ido trasformándose velozmente en un viejo, cuya obesidad le ha hecho perder su antigua gallardía, cuyo rostro se ha demudado con las arrugas y el mal color, cuya cabeza ha necesitado cubrirse con pelo ageno, cuyo espíritu se ha amortiguado con los trabajos, cuya salud ha desaparecido y cuyo empleo y posicion brillante ya no son mas que un amargo recuerdo; hasta su caracter parece que se ha mudado de dulce y jovial que antes era,

en seco y melancólico, pues casi nunca se le cae de los labios el ay del dolor y el triste lamentar sus males físicos y su mudanza de fortuna. La joven á quien se auguraba todo género de felicidades y que al dejar la casa de sus padres se prometia ser venturosa mientras viviese, aún conserva la flor de su hermosura, aún se mantiene vigorosa, su corazon está aún muy entero para sentir; pero sus esperanzas de duradera felicidad han huido y desvanecidose como sombra, sueño ó humo; las enfermedades y los contratiempos imprevistos han anticipado de una manera casi increíble la vejez de su esposo, que ha perdido para ella todo atractivo humano, haciéndola partícipe de innumerables pesadumbres y comunicando á su alma sensible los crueles padecimientos que á él le atormentan el cuerpo: casi, casi podria decirse que ella mas que esposa ya no es mas que la desdichada enfermera de aquel prematuro anciano, cuya compañía á cualquier otra persona sería intolerable. En tal situacion terrible como la muerte ¿quién otro que Dios puede consolar á esta muger desventurada y hacerle dulce un yugo tan pesado y amable á un hombre que acibara su vida? ¿Quién otro que Dios puede poner un dique saludable á la maligna vehemencia de sus tentaciones dándole gracia y fortaleza para resistirlas? ¡Ay! ¿Qué sería de ella si el Señor no fuera su poderoso sosten, su amparo y su consuelo? Pero el divino Salvador asistió á sus bodas para renovar el milagro de las de Caná y convertirle en vino de amor y de caridad conyugal las aguas

de sus tribulaciones. ¿No hay verdad en este cuadro? ¿No se ofrece todos los dias á nuestros ojos bajo estas ó aquellas formas, con estas ó las otras circunstancias? ¿No son muchas veces los hijos inocente ó culpable causa de acerbísimos pesares en el estado del matrimonio? Pero en las bodas de Caná todos los concurrentes reconocieron en Jesucristo á un Dios que obraba milagros por consolar á los esposos ofreciéndose desde entonces por blanco de todos los suspiros que exhalaran demandando consuelo, pues mostró que lo hallarian en la generosa compasion de su pecho divino.



---

---

## CAPITULO V.

**Principio de la predicacion del Salvador. — Los Apóstoles. — La Samaritana. — Pesea milagrosa. — San Pedro y su navecilla.**



Con el prodigio de Caná se hizo Jesus reconocer como hijo de Dios por todos los convidados á aquel festin; y luego se retiró con su querida Madre y los discípulos que ya se le habian juntado, á la populosa Cafarnaum ciudad de Galilea, en la cual dió principio á su predicacion con las mismas palabras que su santo Precursor clamando que se hiciese penitencia porque se acercaba el reino de los cielos. Dos partes tiene la penitencia, el arrepentimiento y la expiacion de la culpa. El Señor nos envia tribulaciones para que reconociendo la mano divina que nos azota, investiguemos la causa de su enojo y descubriéndola en el pecado, lo detestemos con verdadero arrepentimiento, al mismo tiempo que nos ha compelido á entrar en la senda de la espiacion descargando sobre nosotros los golpes de su justicia debidos á nuestras culpas, las cuales por nuestra pusilanimidad ó cobardía hubiéramos dejado sin espiar, esponiéndonos en la otra vida á castigos mas recios y formi-

dables. Así pues, el Juez divino dirige á los atribulados estas palabras de profundo y altísimo consuelo: «Haced penitencia, porque se acerca para vosotros el reino de los cielos.» El vehemente deseo que su misericordia tiene de darles el cielo le ha hecho precipitarlos en ese camino de penitencia, que conduce á la inmortal bienaventuranza. Pero á los que pasan por él está acechando el demonio de la desesperacion, que les propone mil negros pensamientos y entre ellos el horroroso designio de romper con el suicidio la cadena de la tribulacion; funesto engaño con que en nuestros dias ha lanzado á muchos en el abismo de la muerte eterna. Para despreciar su malévola propuesta será excelente medio el levantar los ojos al cielo, á donde se camina por el sendero del dolor, y volverlos á la region de los tormentos inacabables donde se arroja el infeliz suicida.

Desde Cafarnaum pasó el Señor á Jerusalén á celebrar la festividad de la pascua, en la cual obró la hazaña admirable de arrojar del templo á los que en él compraban y vendian sin mas arma que un azote compuesto de cordeles.

Jesucristo probó con este hecho su divinidad, porque si no hubiera sido un Dios no era posible que huyesen de él y de su improvisado látigo tantas gentes interesadas en la conservacion del puesto que ocupaban; y con semejante demostracion delante de los ojos se acreditaron de muy necios los que le preguntaban qué prodigio le autorizaba para hacer

aquello. El Señor les respondió: «Destruid este templo, y yo lo reedificaré al tercer día;» y hablaba entonces del templo santo de su mismo cuerpo, que conforme lo dijo, se levantó de entre los muertos vivo, entero y resplandeciente.

El corazón de los buenos católicos se quebranta de sentimiento cuando ve que en la Iglesia de Dios se ha introducido gente profana con fines muy torcidos. ¡Ó corazón justamente afligido! Acuérdate que un azote hecho de unos cordeles bastó en manos del Omnipotente para ahuyentar del antiguo templo las turbas profanadoras. Acuérdate que ese mismo brazo irresistible es quien defiende á su Iglesia. Acuérdate que despues de horrorosas persecuciones que parecian su muerte, la ha como resucitado muchas veces en diversos siglos y naciones con aquel poderío y maravillosa fortaleza con que hizo renacer en la tumba á su difunta adorable humanidad. Destruid, dice el Altísimo á los enemigos de su Iglesia, destruid este templo, y yo lo reedificaré al tercer día.

No todos se mostraron incrédulos en Jerusalén, contándose entre aquellos que se rindieron al sobrehumano encanto de las palabras y prodigios de Jesus, uno de los hombres mas respetables del Sane-drin llamado Nicodemus, el cual tuvo la dicha de conferenciar una noche largamente con la increada Sabiduría venida al mundo para disipar sus tinieblas y revelar altísimas verdades de vida eterna á doctos y á ignorantes. Volvió el divino Maestro á Galilea y al atravesar por tierra de Samaria, mientras sus dis-

cipulos fueron á la poblacion á comprar comestibles, fatigado el Salvador de andar á pie y por los ardores del sol á la hora en que con mas fuerza abrasan la tierra, sentóse á descansar en el borde del célebre pozo de Jacob poco distante de Sicar, que en otro tiempo se llamó Sichem, ciudad famosa sentada entre dos montes en fertil valle, donde el Señor se apareció á Abrahám y donde Jacob levantó sus tiendas y enterró los ídolos. Mas que á descansar estaba allí para esperar á una pobre pecadora Samaritana, que en efecto vino con su cántaro á sacar agua del pozo. ¡Qué bondad la del Redentor ocupado en aguardar en medio de un camino á una muger de mal vivir para enseñarle á adorar á Dios en espíritu y en verdad y hacer de ella una santa! El diálogo que con ella tuvo, prescindiendo de la inefable sabiduría que encierra, y considerado únicamente en su parte literaria, es para mí de lo mas bello que pueda imaginarse: forma en él un hermoso contraste la rústica sencillez de la Samaritana con la elevacion y misteriosa profundidad de las palabras del Señor: dificulto mucho que se halle ningun otro que le iguale en la rapidez y viveza con que marchan las ideas al término maravilloso de aquella conversacion: la dignidad de la persona que habla se va dando á conocer, se va como desarrollando y desenvolviendo con una gradacion que no seria impropio llamar lírica: tambien es vuelo lírico el de las sensaciones diversas que conmueven el docil corazon de la Samaritana, observándose en él la misma gradacion que

en el sublime desenvolvimiento de la sabiduría y divinidad del Hijo de Dios: por último no puedo menos de llamar la atención de los lectores sobre el principio y fin de este diálogo incomparable: en el V. 7.º del capítulo 4.º del Evangelio de San Juan, en donde debe verse entero este suceso, se lee lo siguiente: *Venit mulier de Samaria haurire aquam. Dicit ei Jesus: da mihi bibere: viene una muger Samaritana á sacar agua. Jesus le dice: dame de beber.* En el V. 26, habiendo la muger hecho mencion de la venida del Mesías que creía próxima, dícele Jesus: *Ego sum, qui loquor tecum.* Yo soy el que hablo contigo. Quien tenga delicadeza de gusto juzgará del mérito de aquel humilde y sencillísimo principio y de este fin patético y divino que recuerda y escede (porque aquí se trata de un Dios Salvador) á aquel otro *Ego sum Joseph* del Génesis dicho por el vi-rey de Egipto á sus hermanos.

Los literatos deben hallar mucho que admirar en el diálogo de Jesus con la Samaritana; y los atribulados encontrarán honda mina de consuelo en el V. 43, en que Jesucristo dice: «Todo el que beba de esta agua, aún tendrá sed: pero quien bebiere de la agua que yo le daré, no volverá á tener sed eternamente.» Aquella agua material de que Jesus hablaba, en sentido místico significa los placeres y bienes de este mundo que nunca satisfacen; despues de conseguidos, aún se tiene sed, y no son capaces de hacer la felicidad del hombre sobre la tierra. ¡Amarga verdad para los ricos, los poderosos y los entregados á

todo género de voluptuosidades! Mas el saber que tales bienes son de tan mala condicion, es un consuelo para los que lloran y se afligen por su ausencia: con el conocimiento de esta antigua verdad, que con tanta energía enseña aquí el Mesias, se disminuye el atormentador deseo de adquirirlos y se templa por consiguiente el dolor ocasionado por su falta.



La cronología de los hechos que el Evangelio refiere, ha sido siempre en muchos puntos objeto de las investigaciones y controversias de los mas profundos maestros de sagrada Escritura; de modo que habiendo diversos pareceres, quien escriba la vida del Salvador no puede tener una entera confianza en el orden con que cuente los sucesos en el periodo de la predicacion y vida pública del Hombre-Dios: en cuanto á mí creo no hallarme en este caso porque bien claro está que esta no es una historia; y así no tengo reparo en hablar aquí de la vocacion de los apóstoles, aunque no todos fueron llamados á un mismo tiempo, siguiendo las huellas del sábio P. Zucconi que hace lo mismo en sus lecciones sobre los Evangelios. Este profundo autor dice que los impíos filósofos Porfirio y Juliano el apóstata tratan de bobería la prontitud con que los apóstoles lo abandonaron todo por seguir á un maestro pobre á

quien no conocian. Mostráronse muy poco filósofos con semejante asercion: si lo eran debieron haber investigado la causa de ese hecho raro y extraordinario, y buscádole una esplicacion satisfactoria y la hubieran encontrado en la irresistible fuerza de la Divinidad del que hacia el llamamiento á que ellos correspondian, en la sobrenatural eficacia con que obraban sobre los ánimos los milagros de Jesus, en lo sublime y nuevo de su doctrina, en su reputacion incomparable, en los testimonios de ese venerado personaje que predicaba y bautizaba en el Jordán y finalmente en el conjunto de prendas singularísimas que habian de concurrir en un Dios humanado.

Dejando á otros la prueba de la divinidad de nuestra augusta Religion que se deduce de este hecho, á mí me toca decir que es muy bello porque hay en él grande novedad. Sabidas son las maneras con que reclutan gente los que enarbolan una nueva bandera para hacer guerra á un poder constituido: nada se perdona, ni las amenazas, ni las promesas: escítase la noble pasion de la gloria, se atiza el fuego del ódio, la elocuencia despliega todos sus recursos para lograr el intento de conmovier y hacer prosélitos, y la fuerza brutal la secunda logrando con el imperio del brazo armado lo que aquella no pudo conseguir con sus fogosas declamaciones. Tal es el modo de juntar hombres que abandonan sus casas para correr peligros, pero con menos trabajo material para mantenerse y con vivas esperanzas de mejorar de fortuna. Levántanse otras banderas que no

exijen el que los afiliados abandonen sus bienes, sus casas y mugeres: el alistarse bajo de ellas no consiste mas que en dar cabida en el entendimiento á una idea, á un sistema, á una opinion, y esto no exige sacrificios materiales y suele ser muy cómodo y halagüeño. Jesus para reunir sus discípulos es evidente que no echó mano de ninguno de los medios usados por las facciones de guerra, ni sus inmediatos secuaces tenian las ventajas de los que se afilian en un bando literario, científico, ó político sin dejar ninguna de sus comodidades y conveniencias. Por tanto es maravilloso y muy nuevo todo lo que el Evangelio refiere acerca de la vocacion de los apóstoles y su instantánea resolucion de dejarlo todo por seguir á un Señor, que en este mundo ningun bien material les prometia. Los dos primeros fueron Andrés y otro cuyo nombre se calla y se cree haber sido San Juan Evangelista: eran estos discípulos del Bautista, y en una ocasion en que el santo Precursor al divisar á Jesus exclamó segun su costumbre: ¡He aqui el cordero de Dios que quita los pecados del mundo! separándose de su antiguo maestro se pusieron á seguir al Redentor, quien volviéndose á ellos les preguntó ¿qué buscais? Maestro, ¿dónde habitas? le contestaron; y ved aquí el principio del apostolado de estos dos atletas de la fe. Andrés santamente apasionado de la adorable persona de Jesus fué al otro dia á buscar á su hermano Simon y le dijo: «Hemos hallado al Mesías.» Y llevóle consigo á la presencia de Jesus.

*Intuitus autem eum Jesus, dixit: Tu es Simon filius Jona: tu vocaberis Cephas, quod interpretatur Petrus.* (Joan. c. 1. v. 42.)

Pónese de Jesus en la presencia  
 El pescador Simon, y de hito en hito  
 Jesus le mira, pues le tiene escrito  
 En el libro inmortal de su presciencia:  
 En el hombre de rústica apariencia  
 Ve de su Iglesia al príncipe bendito,  
 Primer columna de su nuevo rito,  
 A quien ha de fiar su omnipotencia;  
 Y mudándole el nombre sábiamente,  
 Le revela que es Dios, pues le adivina  
 Su descendencia y nombre de repente.  
 Llámale *Cephas* piedra ó fundamento,  
 Que á serlo de su Iglesia le destina.  
 ¿E hizo Dios con tal nombre un vano invento?

Al dia siguiente quiso Jesus ir á Galilea y halló á Felipe y le dijo: «Sigueme.» Felipe era de Betsaida patria de Andrés y de Pedro. Felipe halló á Nathanael y le dijo: Hemos hallado á aquel de quien escribió Moisés en la ley y los profetas, Jesus de Nazareth hijo de José. Y Nathanael le respondió: ¿puede salir algo bueno de Nazareth? Felipe le dijo: ven y ve. Vió Jesus á Nathanael que venia á su encuentro, y dijo de él: He aquí un verdadero Israelita en quien no hay dolo. Nathanael le dijo: ¿por dónde me has conocido? Jesus le respondió. Antes que Felipe te llamase, te ví yo cuando estabas debajo de la higuera. Nathanael respondió y díjole: Maestro, tú eres hijo de Dios, tú eres el rey de Israel.» En estos términos cuenta el sagrado Evangelio la voca-

cion de Felipe y la de Nathanael. He aquí un ejemplo de la sencillez incomparable con que escriben los Evangelistas. ¡Y con qué apacible y suave omnipotencia Jesus se atrae discípulos y se hace reconocer por el verdadero Mesías! San Mateo en el capítulo 9.º de su evangelio ¡cosa particular! no emplea mas que tres líneas en contar su propia vocacion, reducido todo á que al pasar Jesus por delante de su banco le dijo: «Sígueme.» Y él le siguió. ¿Quién hablaria de sí mismo con tanta parsimonia en semejante caso? Los cuatro historiadores que el Señor se escogió no son como los demás hombres. Habian de escribir la historia de una Persona divina, y así no aprendieron en la tierra á redactarla.

Ya haria como un año que la eterna Sabiduría andaba difundiendo su celestial doctrina, cuando hallándose á la orilla del mar de Tiberiades y viendo en su derredor muchedumbre de gentes que se agolpaban por oírle, embarcóse en la dichosa navecilla de Pedro para predicar como lo hizo desde el mar á las turbas que le escuchaban en la ribera.

Pescadora barquilla,  
Que Simon Pedro rije,  
¿Por qué Jesus te elije  
Saltando de la orilla?

En tí pone su silla,  
Y desde allí corrije  
Y su sermon dirige  
A la turba sencilla.

¡O venturosa barca,  
El Hijo de María  
Tan solo en tí se embarca!

¡ Tan solo en ti se encuentra  
Alta sabiduría,  
Pues solo en ti Dios entra!

Luego que el Salvador acabó de hablar, dijo á Simon: Voga hácia alta mar y echad vuestras redes para pescar. Y respondiendo Simon le dijo: Maestro, trabajando en vano toda la noche nada hemos cogido; pero en tu nombre echaré la red.

Ya internarte en el mar, ó Pedro, puedes  
Con tu pequeña barca, pues el hombre  
Que te lo manda, tiene gran renombre  
De obrar prodigios y de hacer mercedes.

Nota que ya en su imperio le sucedes,  
Sin que tan alta dignidad te asombre,  
Pues te permite en su divino nombre  
Echar al agua las capciosas redes.

Toda la noche trabajaste en vano,  
Porque en esa fatiga pescadora  
Humana voluntad movió á tu mano.

Empero ya no así, pues desde ahora  
Obrarás por impulso sobrehumano  
Y en el nombre del Dios que el cielo adora.

Fué tal la muchedumbre de peces cojida en esta pesca con las redes tiradas por Pedro en nombre de Jesus que tuvo que llamar en su ayuda para levantarla á Santiago y Juan que estaban en otra nave. Y las dos barcas se veian en inminente peligro de naufragar por el excesivo peso de la pesca. Maravillado Pedro se arrojó á los pies de Jesucristo diciéndole que se apartase de él porque era un hombre pecador.

En nombre de Jesus las redes tira  
 Al agua Pedro, y tantos peces coje  
 Que apenas con ayuda los recoje,  
 Y siendo antiguo pescador se admira.

Y tal veneracion Jesus le inspira  
 Que ya no puede estar sin que se arroje  
 A sus divinos pies, sin que los moje  
 Con lágrimas de amor que allí suspira.

Alli de asombro y confusion se cubre,  
 Pues siendo pecador se ve delante  
 De ese Dios que el portento le revela.

Pero el Señor que nada á Pedro encubre,  
 ;O en cuán alto pronóstico brillante  
 Con su futuro imperio le consuela !.....



De su potencia milagrosa alarde  
 Hace Cristo en la pesca repentina  
 A los ojos de Pedro, á quien destina  
 A que su Iglesia inmaculada guarde;  
 Para que el pescador no se acobarde  
 Cuando investido de virtud divina  
 Eche la red de celestial doctrina  
 Al mar del mundo que en tormentas arde.

Y en aquella de peces muchedumbre  
 Le descubre en figura las naciones  
 Que del abismo sacará su celo.  
 ;Cuántos corren millones de millones  
 A la red santa de celeste lumbre,  
 Que á los hombres cautiva para el cielo!

Dijo el divino Salvador á Pedro: No temas, por-  
 que desde ahora serás pescador de hombres.

Simon Pedro, no caigas en desmayo  
 Porque contigo Dios hace un portento,

Pues ya te anuncia su divino acento  
 Que este prodigio es tu primer ensayo;  
 Cuando traslade ese corpóreo sayo,  
 Que su Madre le ha dado, al firmamento,  
 De su escelsa palabra en cumplimiento  
 Te dará potestad aun sobre el rayo.

En su admirable profecía advierte  
 Que de hombres pescador te constituye  
 De tu humildad profunda en recompensa.

A tu nave su Iglesia sustituye;  
 Del pez al hombre tu atencion convierte;  
 ¿Y no ha de darte potestad inmensa?

Al oír la palabra del Señor que les mandaba irse con él, aquellos honrados pescadores arrimaron á tierra sus navecillas, y abandonándolo todo, le siguieron hasta derramar su sangre por él en testimonio de que era verdadero Dios el Maestro que les envió á predicar su celestial doctrina á todos los pueblos del universo.



Parece que el Salvador no quiso elevarlos á la dignidad de apóstoles suyos á los que escogia para tan escelso ministerio hasta que le hubiesen dado algunas pruebas de amorosa fidelidad, pues no recibieron de sus augustos lábios esa nueva denominacion de apóstoles ni fueron separados de los demás discípulos á mas estrecho trato y familiaridad con el Señor hasta despues de haberle seguido por algun tiempo en sus santas peregrinaciones, lo cual se verificó de una manera solemne. Los bienhechores milagros que obraba por do quiera el Hijo del Altísimo curan-

do todo género de enfermedades, le atrajeron una muchedumbre de gentes venidas de la Galilea y de sus diez ciudades, de Jerusalén y de toda la tierra de Judá y del otro lado del Jordán, es decir de entre los Amonitas, Idumeos, y Moabitas y de la alta Siria y de los pueblos marítimos de Tiro y Sidon situados en la Fenicia: todas estas turbas le siguieron por el desierto hasta la falda de un monte á donde las dejó el soberano Fundador de nuestra Religión, adelantándose con sus discípulos á la cima de la montaña. Allí pasó una noche entera en oracion, y cuando los rayos del nuevo dia iluminaron al mundo eligió entre sus discípulos doce para darles el empleo y el hasta entonces desconocido titulo de apóstoles que significa embajadores.

Segun Zucconi estaba allí representada toda la Iglesia con sus diversos órdenes y su gerarquía eclesiástica. Las turbas que permanecieron al pie del monte simbolizaban al pueblo cristiano, los setenta y dos discípulos al clero y los apóstoles al episcopado, hallándose á la cabeza de ellos San Pedro que en su mismo nombre que le fue impuesto por el Señor llevaba el titulo de *Fundamento de la Iglesia Cephas*. Los tres Evangelistas que hablan de este suceso le dan el primer lugar en el catálogo de los apóstoles. Permitaseme detenerme á hacer una observacion que juzgo importantísima, por mas que el primado y potestad de San Pedro ninguna necesidad tenga de nuevas pruebas. Narrando San Marcos en el capítulo 3.º la institucion de los apóstoles hecha por el Señor so-

bre aquel monte, despues de haber dicho que escogió doce para que estuviesen con él y para enviarlos á predicar y que les dió poder para curar las enfermedades y para arrojar los demonios, añade inmediatamente, v. 16: *Et imposuit Simoni nomen Petrus*: y á Simon le puso el nombre de Pedro. Erasmo anotando este versículo se espresa asi: *Hic apparet impletum esse nunc quod prius futurum dixerat Jesus apud Joannem: Tu vocaberis Cephas; clarè enim dicitur hic quòd imposuit illi nomen Petrus quando instituit apostolos*. Tiene razon Erasmo: el Señor quando vió por primera vez á Simon, como se lee en el capítulo 1.º de San Juan habló en futuro pronosticándole que se llamaria Pedro; y ahora en el acto de elegir los apóstoles es quando se verifica este vaticinio imponiendo Jesucristo á Simon el nombre de Pedro. Yo repetiré: ¿É hizo Dios con tal nombre un vano invento? ¿Y por qué aguardó para la imposicion de este nombre altamente significativo y misterioso á esta ocasion en que establecia el orden de la gerarquía de su Iglesia? Creo que para dar al mundo otra prueba del primado de honor y jurisdiccion de los sucesores de San Pedro.

Pero ah! ese monte que se dice haber sido el célebre Tabor, ese monte en cuya cima está orando envuelto en las mas espesas sombras de la noche el Redentor de mi linage, merece que le contemple con atónitos ojos. En su falda multitud inmensa compuesta de personas de todas clases y de diversas lenguas y naciones. Á nadie escluye de su reino el Dios que

tiene misericordia para todos los vivientes. Diferenciense cuanto quieran unos de otros los hombres en las cosas que están entregadas á sus disputas, todos caben en la casa del Dios de la infinita clemencia con tal que estén bautizados y obedezcan á la voz de su vicario el romano Pontífice. Los de diversas lenguas, los de diversas ideas, los de diversas costumbres con tal que estén unidos en el afecto á ese Señor que está orando por ellos en la cumbre del monte, tienen parte en sus merecimientos, y si ellos mismos no ponen obstáculo, tambien la tendrán en su gloria. Sus discípulos que representan á nuestro venerable cleero, están mas cerca de él. Zucconi dice que su elevacion ha de consistir en estar mas cerca de Jesus, mas cerca de él en la virtud y en la doctrina. Sus discípulos fueron los que con él subieron al monte: he aquí la preparacion para el sacerdocio. A los apóstoles, es decir á los obispos dió el Señor el cargo de predicar, de curar enfermedades y lanzar demonios, lo cual equivale á enseñamiento de virtudes, á ejercicio de caridad y á persecucion de los vicios y de las doctrinas depravadas. Hacer incesante bien á los hombres pudiera decirse que fue la mision que dió el Salvador á sus apóstoles, y su retribucion en esta vida todo género de trabajos sentándose sobre la yerba del campo con el Rey de los siglos, padeciendo hambre y cansancio en los caminos y en los desiertos, tempestades en la mar, y en tierra persecuciones. Pobres, ignorantes y en su mayor parte pescadores fueron los discípulos y apóstoles del divino

Maestro, por lo cual nadie atribuye la conversion del mundo ni á su sabiduría ni á su poder; mas esto quiere decir que cualquiera puede aspirar á un elevado puesto cerca de Jesucristo tanto en este valle de lágrimas como en la eterna gloria. ¡Gran motivo de consuelo!.....

No solamente en la barca de Simon Pedro entra-  
ba el Señor sino tambien en su casa á disipar los ma-  
les de ella. ¡Con cuán hermoso candor y rapidez  
refiere San Lucas la curacion de la suegra del prin-  
cipe de los apóstoles! Dice de esta manera:

38. «Y saliendo Jesus de la sinagoga, entró en casa de Simon: y la suegra de Simon padecia recias fiebres: y le rogaron por ella.

39. É inclinándose hácia ella, mandó á la fiebre: y la fiebre la dejó. Y ella se levantó luego, y les servia.»

Pasemos de la casa á la nave de Pedro como lo hizo el Salvador despues de haber curado una muchedumbre de enfermos. Obedecianle las enfermedades y obedecianle las borrascas del mar. Nada mas bello, nada mas sublime, nada mas pintoresco y poético que el imperio ejercido por Jesus sobre las ondas de los mares en dos horrorosas tempestades. Embarcóse en la navicilla de Pedro, caida ya la tarde, y otros varios bateles iban haciéndole la corte y conduciéndole como en triunfo al otro lado del mar.

Y se levantó una furiosa tempestad de viento, que impeliendo las olas dentro del barco, llenábalo de agua.

Y el Rey del cielo estaba en la popa dormido sobre una almohada; y le despiertan diciéndole: «Sálvanos, Señor, que perecemos.»

Y levantándose amenazó al viento, y dijo á la mar: «Calla; enmudece.» Y cesó el viento, y sobrevino plácida bonanza.

Y díjoles: ¿Por qué temeis, hombres de poca fe? Y tuvieron grande miedo, y se decian unos á otros. ¿Quién es este, á quien el viento y la mar obedecen?

¿Quién imaginaria que unos pocos versículos del Evangelio, prescindiendo de toda consideracion religiosa, habian de esceder el eminente mérito de uno de los mas celebrados pasajes de Virgilio? Yo los prefiero á la tempestad apaciguada por Neptuno en el libro primero de la *Enéida*. Ó no entiendo lo que es bello y sublime, ó es superior á todo encarecimiento aquello de levantarse Jesus, amenazar al viento y decir á la mar: *Calla, enmudece*. Y cesó el viento y sobrevino una grande bonanza. ¿Pudo hablar menos el Señor? ¿Pudo ser mas pronta la obediencia de los mares? Hasta el dormir sobre cubierta cuando las olas del piélago enfurecido hervian dentro de la nave es sublime, es muy sublime. Magnanimidad del dormido. A su imperturbable quietud en medio del espantoso peligro corresponde la reprension que hace á sus apóstoles porque temieron estando en compañía del que es árbitro de la naturaleza. He aquí el trozo de Virgilio á que he aludido: compare el lector si gusta.



Entretanto Neptuno, que á su oído  
 Del alterado mar llegó el estruendo  
 Del temporal en él introducido  
 Y el de su íntimo fondo, despidiendo  
 El agua de sus senos, conmovido  
 Gravemente el Monarca, y proveyendo  
 A templar de los mares la braveza,  
 Saca de entre las aguas la cabeza.

Ve la flota de Eneas dispersada  
 Por el mar, á los Teucros fatigados  
 De las olas, y lluvia disparada  
 De granizo, y de rayos alternados:  
 No estaba el Dios ageno, en su morada,  
 De las iras y dolos proyectados:  
 Llamar al Euro, y Zéfiro previno,  
 Y esto les dice el árbitro marino.

¿Tanta es, ó vientos, ya la confianza  
 De vuestra temeraria descendencia  
 Que osais turbar, con tanta destemplanza,  
 Cielos, tierras, y mar sin mi licencia?  
 Yo os prometo.... Pero antes la bonanza  
 Dispone establecer mi providencia,  
 Que despues no será el castigo vuestro  
 Con la propia blandura, que ahora os muestro.

Dejad el reino mio prontamente,  
 Y esto decid al Rey que os ha enviado:  
 Que el imperio, del mar, y el gran tridente  
 No fue á él, sino á mi por suerte dado:  
 El tiene un monte cóncavo eminente,  
 Moradas vuestras, Euro, á su mandato:  
 Allí Eolo ostente sus alientos,  
 Reine en la oscura carcel de los vientos.

Dijo: y mas breve que esto proferia,  
 Los encrespados mares aplacaba,  
 El temporal ahuyenta, el sol volvía:  
 Cimótoe con Triton desencallaba,  
 Y el Dios con su tridente sostenía,

Las naos, desde un escollo en que estribaba ;  
 Templa el mar, en las Sirtes lo introduce ,  
 Y por él en su carro se conduce.

Y así como en un pueblo tumultuado,  
 En que el infame vulgo se enfurece ,  
 Vuela el fuego con piedras alternado,  
 (Que el furor da las armas) si aparece  
 Por acaso un varon bienquisto , amado ,  
 Pio, y á quien el mérito ennoblece ,  
 Callan, lo escuchan, y él con blandas voces  
 Les mitiga los ánimos feroces :

No de otra suerte el piélago insondable  
 Calmó todo el estruendo pavoroso,  
 Luego que su monarca miró afable  
 El tumulto del mar, tempestuoso.

(Traducción de D. Francisco Vargas Machuca.)

Aquella nave de Pedro violentamente azotada por la bramadora borrasca es una magnífica imagen de la Iglesia en tiempo de adversidad. San Agustin lo dice. Parece que el Señor está dormido y que se desentiende del peligro, sobresalto y pavor de su Iglesia: agítanla los vientos de la persecucion, se em-  
 bravecen contra ella las olas de este siglo; pero el divino Piloto se levanta é impone profundísimo silencio á los revueltos mares. Esta grandiosa escena se ha repetido en casi todos los siglos y se irá repitiendo hasta el día de la muerte del mundo. Sin embargo nosotros temblamos siempre que brama el viento, siempre que se hinchan las olas, olvidándonos de la consoladora reprehension que hizo el Señor á sus discípulos llamándolos hombres de poca fe y echándoles en cara su cobardía.

Y como si no fuera suficiente el preclaro ejemplo

que habia dado de su dominio sobre las tempestades, mandó en otra ocasion á sus discípulos que se embarcaran, quedándose él en tierra para pasar en oracion solitaria la mayor parte de la noche sobre la cima de un monte. El viento contrario hacia furiosa guerra á la nave en que iban los apóstoles, y al piadoso Jesus no le sufrió el corazon el verlos en tal peligro y angustia; y asi bajando de su cumbre sin mas testigo que la luna y las estrellas, despues de haber pasado largas horas en inefable conversacion con su Eterno Padre, se dirigió á la playa, y sus azorados discípulos vieron un bulto que andando sobre el mar se encaminaba á su nave. Sobrecogiólos el espanto y se pusieron á esclamar: «¡Fantasma, fantasma!» El que juzgaron fantasma era su divino Maestro que les gritó: «Yo soy; no temais.»

Pedro como fuera de sí de alborozo al reconocerle, «Señor, le dijo, si eres tú mándame ir hácia ti sobre las aguas.» Ven, le contestó el Señor. Pedro saltó de la nave y caminaba sobre las ondas en direccion á donde estaba su amado Maestro; mas tuvo miedo á un recio viento y principiando á sumergirse exclamó: «¡Señor, sálvame!» Jesus al instante le alargó la mano, le libró y le dijo: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?» Y le llevó como en triunfo á la nave, en la cual entraron juntos, aquietándose repentinamente la furia del mar y cesando el viento. Los de la embarcacion todos le adoraron diciendo: «¡Verdaderamente eres tú Hijo de Dios!»

Muchas veces permite Dios que los suyos se vean

en grande aprieto; pero nunca se olvida de tenderles la mano salvadora en el mayor peligro. Á nadie distinguió tanto como á San Pedro concediéndole que caminase milagrosamente sobre el mar cual sobre tierra firme, y sin embargo el escogido entre todos los apóstoles se vió por un momento de desconfianza en un apuro peligrosísimo de que los demás no participaron.

Consuelo es el saber que los mas predilectos, los mas favorecidos por el cielo suelen ser los mas probados en la tribulacion. Y para que á los tales no se les figurase cuando se viesen en tempestad que los habia abandonado su Señor, quiso que tempestad hubiese en la nave de Pedro, en la cual únicamente se lee que reposó y durmió como en su propia casa, como en su propio lecho.



---

---

## CAPITULO VI.

### **Confesion de San Pedro. — Mision de los apóstoles. — Doctrina de Jesus.**

---

Hallábase ya el Señor en el año tercero de su predicacion cuando preguntó á sus discípulos qué pensaban acerca de él los hombres: respondiéronle con variedad pero siempre con desatino. Y Jesus volvió á preguntarles: «Y vosotros, ¿quién juzgais que soy?» Pedro como cabeza de todos ellos, á todos se adelantó y en nombre de todos dijo: «Tú eres el Hijo de Dios vivo.» Así se anticipó á hacer pública confesion de la Divinidad del Verbo humanado dando un solemne testimonio de su fe ardorosa y mereciendo que su adorado Maestro le llamase por ella dichoso y descubriese al mundo que tan sublime verdad la habia revelado á Pedro su mismo divino Padre. Sí, el Autor y origen de toda felicidad temporal y eterna llamó *dichoso* á su apostol porque mostraba tener fe. He aquí una infalible idea y nocion infalible acerca de lo que forma la verdadera dicha. Preciso es confesar que en punto á felicidad así como en todo

lo demás el Hijo del Dios vivo debe saber mas que nosotros míseros mortales que pasamos por este valle de lágrimas corriendo siempre en pos de la vana sombra de una felicidad que jamás alcanzamos. Pues bien; con arreglo á esta doctrina del Salvador que á Pedro llamó feliz por su fe y la revelacion que se le habia hecho, seremos felices si tenemos fe aunque nuestra vida esté perpétuamente envuelta en tempestuosas olas de amargura. Nuestras desgracias nos acompañarán á lo sumo hasta las puertas del sepulcro; y la fe nos abrirá las de la gloria eterna, cuyas llaves dió Jesucristo al iluminado creyente Pedro cuando inmediatamente despues de su confesion volvió á decirle: «Tú eres piedra y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y te daré las llaves del reino de los cielos.»

No hay infortunio humano que pueda compararse á la dicha de haber nacido en la Iglesia encomendada al pastoral cuidado de San Pedro. Por eso la amamos y sentimos sus contratiempos; pero el Señor proveyó de gran consuelo y dichosa seguridad á la flaqueza de nuestros débiles, asustadizos corazones, con asegurar que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Repitamos mil veces las palabras salidas de la boca del Salvador, repitámoslas noche y dia, repitámoslas sin cesar cuando nos atribule el horroroso espectáculo de los males de la Iglesia. Pasarán los cielos y la tierra; pero no pasará sin entero cumplimiento la palabra del Rey de cielos

y tierra que dijo: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

Todas las generaciones cristianas de mil y mil maneras han reconocido que en las citadas palabras del divino Redentor á su apostol está clara y terminante la potestad suprema que se dignó conferirle á él y á sus sucesores los romanos pontífices (\*); empero por entonces esta no era mas que una promesa que habia de tener su cabal cumplimiento cuando pendiente de la cruz exhalase por nuestro amor el último suspiro fundando su nuevo reino con la sangre de sus venas. Hasta entonces no hacia el Señor mas que disponerlo todo para el magnífico establecimiento de su Iglesia. La gloria de su deidad, la publicacion de ella en el mundo la reservó para despues de sus padecimientos. Así nuestra dicha completa está al otro lado del sepulcro despues que hayan triunfado de nosotros la muerte y sus dolores. Sobre los dolores y la muerte del soberano Mediador se fundó el reino de Dios que es la Iglesia, la

---

(\*) El Señor confirmó á San Pedro en esta suprema potestad cuando despues de su resurreccion, habiéndole preguntado por tres veces si le amaba y respondidole afirmativamente el principe de los apóstoles, le dijo: *Apacienta mis corderos. Apacienta mis ovejas.* Los *corderos* son los fieles: las *ovejas* son los Pastores ó Prelados, que por la generacion espiritual aumentan el rebaño de Jesucristo. Todos están al cargo de San Pedro y sus sucesores. Aunque cada Prelado tiene su rebaño de que cuidar, el Papa, sucesor de San Pedro, tiene el cargo de todos, no solo de las ovejas, sino tambien de los Pastores de ellas. (*San Bernardo.*)

cual brotó tan hermosa y vivificante de un abismo de humillacion y amargura. Inefables y desconocidas son las riquezas que la Providencia encierra en las tribulaciones. Las del Santo de los santos produjeron el imperio de paz y de amor y de santidad, á cuya cabeza fué colocado San Pedro. ¿Y con las nuestras cuál reino se establecerá? El de nuestra alma en la gloria, el de nuestra eterna salvacion y felicidad infinita.

Entre tanto el adorable Jesus puso en su Iglesia una suerte de riqueza divina, la cual pudiera decirse que es el patrimonio de los justos. Hablo de los Sacramentos, fuentes de gracia que el Señor dejó en el mundo para que á sus aguas vivificas acudiesen todos los hombres para subir por medio de ellas al reino de los cielos; pero los impíos lejos de saciar su sed en ese manantial de vida, huyen de él dejando á los buenos cristianos el gozar de esa dicha que ellos no conocen. ¿Y aún hay quien envidie á los pecadores su opulencia y aparente prosperidad mundana? No es raro ver que los placeres y las riquezas sobreabundan en la casa del malvado, mientras en la del justo hay llanto y desolacion. Para no escandalizarse en vista de tal espectáculo se acostumbra recurrir al saludable pensamiento de lo que aguarda en la eternidad al que camina por sendas de justicia y al que se precipita por el funesto derrumbadero de los vicios. Reflexion altamente filosófica y santa que endulza los trabajos del justo y derrama una negra sombra sobre el falso brillo del impío. ¡Ojalá se

recurriera á ella con mas frecuencia! Mas aun en esta morada de infortunio en que el pan cotidiano suele ser de acibar para los que han de reinar en la gloria por siglos inacabables, llevan inmensa ventaja á los enemigos de Dios los que se le unen en los torrentes de su gracia por medio de los santos sacramentos. Para quien tenga alguna idea de los bienes que proporcionan no es necesario que me detenga á indicar sus escelencias. Son innumerables los libros en que se demuestran su utilidad é inestimable precio. Me basta recordar que con ellos es el cristiano, por muy atribulado que se halle, verdaderamente mas dichoso que el prepotente y robusto pecador que no lava las iniquidades de su alma en las aguas del sacramento de la penitencia ni gusta las delicias del manjar de los ángeles. Para él son como si no fueran los beneficios que dispensa á los fieles el orden sacerdotal ejerciendo los oficios de maestro, de padre, y de medianero entre el cielo y la tierra; ni para él subsiste la gracia que en las bendiciones nupciales se da á los esposos para vivir en paz y amor, porque cuando el pecado invade el reino del alma, la gracia se retira y en su lugar entra el desorden de las tinieblas y la perturbacion del crimen. Así es muy lamentable error el envidiar los buenos á los malos una efímera sombra de fugitiva felicidad, cuyo término es el sepulcro, y cuyas apariencias no pueden ponerse en parangon con la verdadera ventura que para los suyos legó el amable Redentor al instituir sus sacramentos tan ricos de gra-

cia como llenos de la consoladora esperanza de gozar gloria sin fin en la mansion del reposo de los escogidos.

Ni ha de olvidarse que cuando el celestial Maestro envió á sus doce apóstoles á hacer en la Judea un ensayo de su futura predicacion por el universo, les encargó que al entrar en las casas saludasen diciendo: paz á esta casa: *Pax huic domui*. Esta paz que anunciaban los apóstoles es la paz del alma con Dios y consigo misma: sus sucesores, los sacerdotes de la ley de gracia convidan con ella incesantemente á todos los hombres; pero no la quieren recibir sino los de buena voluntad, mientras los malvados rehusándola y despreciándola se quedan sin ella viviendo en la agitacion de las tempestades. No sé que haya cosa mas envidiable que la paz del alma que el mundo no puede dar, y que en el Sacramento de la penitencia introducen los ministros del Señor con aquella potestad con que los autorizó para arrojar de los corazones á los espíritus inmundos que estaban moviendo cruda guerra y á todas las enfermedades del alma que la tenian abatida entre continuas angustias, pues lo que en sentido literal dice San Mateo en el v. 1.º del capítulo 10 que confirió á sus apóstoles el Fundador de una religion divina, espresa la potestad espiritual que él mismo dejó en su Iglesia á los que administran sus Sacramentos. En el v. 8 del citado capítulo están con admirable concision recopilados los oficios de caridad que les confirió y ejercen en su nombre, anunciando que se acerca el

reino de los cielos, curando á los enfermos de la peste del pecado, resucitando á los que estaban muertos por la culpa, limpiando á los que infectaba la lepra de la iniquidad, arrojando á los demonios y dando gratis lo que gratis recibieron.

7. *Euntes autem prædicate, dicentes: quia appropinquavit regnum cælorum.*

8. *Infirmos curate, mortuos suscite, leprosos mundate, dæmones ejicite; gratis accepistis, gratis date.*

Magnífico espectáculo consolatorio es el ver perpetuamente sobre la faz de la tierra y estendido por todos los ángulos del mundo un sacerdocio santo, que por divino mandato predica á la mísera y doliente humanidad el reino de los cielos, el reino de los cielos como pensamiento vivificante en medio de nuestra agonía, el reino de los cielos como término de nuestra trabajosa peregrinacion, el reino de los cielos como blanco de nuestros suspiros, el reino de los cielos como galardón y corona de la virtud, el reino de los cielos como consuelo de todos nuestros pesares. El clero es quien de mil maneras nos habla del cielo y nos dirige al cielo. Por él vive y se perpetúa en este valle de lágrimas la esplendorosa luz del pensamiento del cielo. Por eso tambien el mismo Salvador dijo á sus apóstoles y en ellos á todos sus ministros: «Vosotros sois la luz del mundo.» Tanto el Señor los enriqueció de potestad y sabiduría para que disipando las tinieblas del infierno alumbraran cual refulgentes antorchas de consuelo. Quiero suponer

por un momento que desaparecen del mundo todas las luces difundidas por el clero verbalmente ó por escrito. ¿En qué estado quedan las ciencias y la literatura? Estremece la sola idea de semejante suposición. ¿Quién trocaría el mundo de ahora ni aun por el siglo de Augusto? La verdadera civilizacion y la verdadera sabiduría empieza en Jesucristo y se difunde en el universo por medio de los apóstoles y de sus sucesores, á todos los cuales dijo el Verbo humanado: «Vosotros sois la luz del mundo.» ¿La luz del mundo unos pobres é ignorantes pescadores? Sin duda alguna. De pobres é ignorantes se hicieron sábios y ricos de gracia con estar al lado del divino Maestro y con recibir al Espíritu Santo: los que les han sucedido en el augusto ministerio tienen para enriquecerse en sabiduría y santidad la sagrada Escritura y la meditacion: en la sagrada Escritura que es su tesoro está el divino Maestro tanto en el antiguo como en el nuevo Testamento, y en la meditacion se halla al Espíritu inspirador de todo buen pensamiento. Sublime empleo el de ser luz del mundo, pero que no se adquiere á poca costa y hace esperar sobre la tierra toda clase de trabajos segun el pronóstico del Redentor, que á sus mas queridos discípulos al enviarlos á predicar les anunció que los enviaba como ovejas en medio de lobos y que serian perseguidos y hasta azotados por su causa. Pero al mismo tiempo los animaba y consolaba proponiéndoles implícitamente por modelo en el padecer con aquello de no ha de ser el discípulo de mejor condi-

cion que su Maestro ni el siervo ha de tener mas descanso que su Señor: *Non est discipulus super magistrum, nec servus super Dominum suum.* ¡Y oh con cuánta solitud y ternura les repite que no teman, porque ellos son mejores que los pajarillos del aire de quienes tanto cuida el Padre celestial y porque todos sus cabellos están contados y no se les caerá uno solo sin que Dios lo disponga! Prometíales que si le confesaban delante de los hombres, él los confesaría por suyos delante de su Padre que está en los cielos y que premiaria á cualesquiera que les hiciese bien por su amor. Mostrábales lo fino y entrañable de su tierno cariño al decirles: «Quien os recibe, á mí me recibe.» Pero en lo que sobre todo se ostentó Jesus verdadero rey de la inmortalidad fué al pronunciar estas palabras: «No temais á aquellos que matan el cuerpo, pero que no pueden dar muerte al alma; temed antes al que puede sepultar el alma y el cuerpo en el infierno.»

En este discurso del Señor á sus apóstoles, está en profecía pintado el período de los mártires particularmente desde el v. 16 hasta el 23. Léanse las actas de los mártires de los tres primeros siglos de la Iglesia y el citado capítulo 10 de San Mateo y se verá que semejante indicacion no ha sido aventurada, ni soy yo el primero que la hago.



Demasiado sabido es que el mundo intelectual antes de Jesucristo era un verdadero caos de tinieblas, de errores y de impías y absurdas extravagancias: el deforme politeísmo dominaba la tierra, y esto basta para denotar cuál era el estado de las ideas acerca de lo mas importante, acerca de Dios, acerca de aquella Causa primera por quien fueron hechas todas las cosas. No solo habia ignorancia aun en los hombres de mas elevado entendimiento, sino que este se hallaba degradado y envilecido en todas sus imaginaciones y pensamientos relativos á la religion, á los eternos destinos del alma, á las reglas de su conducta y á su comercio con los seres de otros mundos invisibles. Mas bien que discurrir sobre esta materia y presentar el negro cuadro de las aberraciones de nuestro linage, me place levantar el corazon al cielo para dar gracias á la bondad divina por haber nacido cuando el que es Lumbre de Lumbre ya tenia disipadas con su resplandor tan ominosas tinieblas. Este imponderable beneficio debiera ser en nosotros un continuo pensamiento de gratitud y consuelo..... La época en que vivimos es calamitosa; no hay que dudarlo porque un clamoreo lúgubre que se levanta por donde quiera, la acusa de inquieta, tumultuosa, triste y llena de zozobra y de peligros. ¿Pero qué católico querria trocárla por las tinieblas que envolvian al universo antes de la venida de Jesus? Muchas veces se da á este divino Redentor en el Evangelio el nombre de maestro; y á la verdad que á nadie le cuadra tan magníficamente este

honroso título. El entendimiento se ofusca y se pierde al considerar lo que enseñó la Sabiduría del Verbo.

En la Judea era donde al menos se tenían algunas nociones del verdadero Dios: la sinagoga poseía el libro de la revelación antigua, pero no lo entendía; ni es aquella comparable con la más clara y más sublime enseñanza del nuevo Testamento. Los que estén versados en la ciencia de la religión podrán recordar que nada sabía el pueblo escogido de esa admirable Trinidad que adoramos y de sus inefables comunicaciones *ad intra*. Recuérdese lo más elevado que se haya estudiado ó leído acerca de la Divinidad, y téngase por cierto que todo ello es doctrina que trajo de los cielos el Hijo de la Virgen madre. Y todo lo concerniente á este soberano Maestro y todos sus misterios de salvación y vida para los redimidos ¿pasaba de ser un enigma poco entendido en la ley antigua? Escelsa dicha la nuestra, á cuyo conocimiento llegan tan augustas verdades aun antes que el uso de la razón haya acabado de desarrollarse en nuestra tierna infancia. ¡Ah! Cuando como caballos de guerra corriendo en pos de nosotros nos alcanzan las tribulaciones en este campo de batalla que llamamos vida, y nos hieren y se bañan en nuestra sangre cebándose cruelmente en nuestros doloridos corazones como rabiosos tigres en su presa, ¡oh cuán profundo y eficaz consuelo es traer á la memoria el dogma de nuestra gloriosa resurrección enseñado por Jesucristo! ¡Oh cuán dulce es alzar los ojos á ese cielo, con el cual nos puso en comunica-

cion el Rey de gloria que nos enseñó á llamar padre al Eterno! ¡Oh cuán íntima fruicion siente el alma en enviar dolorosos suspiros al alma querida, cuya muerte la vistió de luto y de amargura y creer por la enseñanza de Jesucristo que aquellos suspiros llegan al cielo y al purgatorio!.....

Insignes plumas se han empleado en manifestar la escelencia, la utilidad y alteza de la doctrina dogmática del Hijo de Dios: consúltelas quien desee llenar el vacío que hallare aquí sobre este punto; pero además de que conozco mi insuficiencia para tratarlo de una manera digna, creo que para lectores de una regular ilustracion es tarea inutil detenerse á probar lo que ellos tienen sobradamente sabido. La plenitud de la luz acerca de lo que habia de creerse de Dios y sus adorables misterios era muy natural que no bajase del cielo á la tierra sino con la sabiduría del Verbo; lo que parece algo extraño es que habiendo el Criador impreso en el hombre la ley moral llamada por esta causa ley natural y confirmádola despues en las tablas que entregó á Moisés, estuviese su inteligencia aun en el pueblo escogido tan ofuscada y por decirlo así tan perdida que los doctores de la sinagoga, preciándose de observarla, estaban encenagados en los vicios que aquella condenara. Fue preciso para que se restaurase el derruido trono de la ley moral sepultado entre escombros amontonados por los mismos que se llamaban sus doctos sostenedores, fue preciso digo que el Reparador del humano linage pusiera una nueva cátedra hablando en un

monte con la autoridad de un Dios y el magisterio de una sabiduría divina. Muy bien pudiera compararse lo que era el antiguo Testamento para los hebreos con la grosera inteligencia que tenían de los mandamientos del decálogo: el antiguo Testamento es una mina de misterios que nosotros los hijos del Evangelio vemos y gozamos, pero que el pueblo Judío no sabía leer sino á medias: sucediale lo mismo con los preceptos de la ley de Dios: no veía en ellos mas que las letras mas gordas. Entre sus manos estaba como en embrion esa ley tan completa y tan santa. Jesucristo la fue desarrollando y descubriendo en ella toda la estension de justicia y caridad que encerraba en breves palabras. Así dilató con muy especial ahinco el reino de la caridad hasta prohibir los malos juicios contra el prójimo y hasta intimar el amor á los enemigos. La medida del amor al prójimo quiere Jesus que sea el amor con que á nosotros mismos nos amamos, y era tal el empeño que tenía por inculcarnos la caridad que echó mano en su discurso de cuanto podia mover el entendimiento y la voluntad; razones, promesas, amenazas hasta de fuego eterno, nada, nada olvidó. Léanse en confirmacion los capítulos 5, 6 y 7 de San Mateo y se verá cuán espresivo, cuán terminante y hasta minucioso estuvo el Salvador hablando de su entrañablemente amada caridad.

Tal bienhechora doctrina, que corta de raiz toda especie de disensiones entre los hombres, es como el cimiento de la paz del alma y el saludable antídoto

de una de sus mas horrorosas desventuras, que ciertamente el aborrecer es para el corazon una muy funesta desgracia. El odio es una espada de dos filos; con el uno hiere á la persona aborrecida y con el otro al aborrecedor. La ley de caridad arranca del corazon esta maldita espada; disipa en gran parte la tribulacion de las ofensas, y bien observada haria reinar sobre la faz de la tierra una celestial fraternidad acompañada de dulcísima bienandanza.

Esta ley de caridad tan enérgicamente promulgada por Jesucristo es para todos los que padecen una fuente de consuelo y de esperanza no solo en ese Dios, que á todos los hombres queria comunicar y como transfundir su bondad indeficiente, su inmensa ternura y su infinita compasion y liberalidad, sino tambien en nuestros semejantes que esta ley de amor, de perdon y misericordia deben tener por regla de su conducta. Sí; es innegable que hay en las sociedades cristianas muchas almas, que deseando agradar al divino Legislador, hallan una verdadera satisfaccion en que se les presente un triste á quien consolar, un desvalido á quien amparar, un pobre á quien socorrer, un enfermo á quien asistir, un caído á quien levantar y un desesperado á quien reconciliar con el amor de la vida. Lo estamos viendo: do quiera que haya buenos cristianos no faltará consuelo al desdichado. Por eso encuentran un padre y una madre muchos pobrecitos huérfanos; por eso se viste el que nada posee; por eso come el menesteroso que no puede trabajar; por eso prolonga sus dias la infeliz

viuda que no cuenta con mas riqueza que la de sus lágrimas; por eso sobrevive á sus dolencias el enfermo que no tiene mas dinero ni mas parientes que la caridad agena. Cuanto bien se hace en el mundo es fruto de esa ley amorosa dictada por Jesucristo, y el que sabe que subsiste entre los hombres y que no faltan corazones virtuosos que anhelan cumplirla, puede esperar de alguno de ellos el socorro de su necesidad ó el remedio de su tribulacion, y esta esperanza ya es por sí sola un consuelo. ¿A quién se debe tamaño bien? Al Regenerador santísimo que nació de las piadosas entrañas de una tierna Doncella, que es tambien nuestra madre.



Si no fuera cosa tan averiguada que el Eterno bajó de las alturas celestiales para hacer la felicidad de los hombres que quisiesen seguir su bienhechora doctrina, bastarian para evidenciar esta verdad los santos consejos que nos dejó en su Evangelio. Uno de ellos es que siempre hablemos con el corazon, de modo que todas nuestras palabras sean un espejo de lo que hay en nuestra alma. Sí, sí, no, no; tal dice el Salvador que debe ser nuestro lenguaje. Con esto trató de recomendarnos encarecidamente la ingenuidad, la franqueza y sobre todo la buena fe. He aquí puesta la segur al arbol que produce tantos y tan funestos frutos de discordia. Con solo cumplir perfectamente este consejo del divino Maestro se evitaria

una muchedumbre de males ocasionados por el doblez y las malas artes, que con tanta frecuencia hacen odioso y denigran el trato de los que viviendo en sociedad para auxiliarse mutuamente, parece que no tuvieran otra mira que la de engañarse y defraudarse encendiendo muchas veces una hoguera devoradora con el pequeño combustible de una palabra ambigua. Los lábios que siempre proceden con lealtad, jamás tienen que arrepentirse, y el alma que no conoce artificios no teme comparecer á la mas clara luz del dia ante todo el universo, y goza de una paz desconocida á los que se alimentan de enredos y de arterías. Las ventajas del consejo de Jesus pueden verlas en sí mismos los que lo siguen; y los acerbos disgustos nacidos de no observarlo tambien se dejarán palpar facilmente de cualquiera que no lo practique, si echa una mirada á su interior y al nada tranquilo curso de su vida.

Germen de infinitas inquietudes, ó mejor dicho, continuo tormento es el pensar demasiado en el dia de mañana, y el que vino á dictar una ley que no solo nos abriese las puertas de los cielos sino tambien labrase nuestra dicha sobre la tierra, no habia de dejar sin remedio tamaño mal. Así pues para desterrarlo dió consejos de una filosofía divina. San Mateo los refiere en su capítulo 6 en estos términos:

25. Por tanto os digo que no esteis solícitos, por lo que toca á vuestra vida, sobre lo que habeis de comer; ni por lo que toca á vuestro cuerpo, sobre con qué os habeis de vestir. ¿Por ventura la vi-

da no es mas que la comida y el cuerpo mas que el vestido?

26. Mirad las aves del cielo que no siembran, ni siegan, ni entrojan: y vuestro Padre celestial las mantiene. ¿Por ventura no sois vosotros mucho mas que ellas?

27. ¿Y quién de vosotros puede con sus pensamientos añadir un codo á su estatura?

28. ¿Y por qué estais solícitos por el vestido? Mirad cómo crecen los lirios del campo; no trabajan ni hilan;

29. Y yo os digo que ni Salomon en toda su gloria estaba tan bien vestido como uno de estos.

30. Pues si Dios viste así al heno del campo, que hoy es, y mañana se echa en el horno, ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fe?

31. No esteis, pues, solícitos, diciendo: ¿Qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos cubriremos?

32. Porque los gentiles andan en busca de todas estas cosas: y vuestro Padre celestial sabe la necesidad que de ellas teneis.

33. Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia; y todas estas cosas se os darán de aumento.

34. No esteis, pues, solícitos sobre el día de mañana; porque el día de mañana estará solícito por si mismo: bástale al día su afán.

*(Traduccion del P. Petite.)*

No ha habido consolador alguno como el que vi-

no á salvarnos. Conocia este Señor el origen de nuestros males, y ningun otro podia curarlos mejor. Sus palabras de consuelo tienen una autoridad que ningun hombre puede dar á las suyas: sus razones gozan del derecho de una infalibilidad divina: su ternura es la de un Dios amante. Su providencia y su infinito amor para con los hombres son como el eje ó como la base de su persuasivo discurso. Cual padre de bondad suma se propone infundir en los corazones de sus hijos una dulce y tranquila confianza en su continua y vigilante solicitud por cuidarlos y mantenerlos, mostrándoles hasta dónde se estiende y cuán bien se porta con objetos de mucho menos valer, y dejando deducir de aquí cuánto mayor será su esmero en conservar y regalar á los hombres que son el blanco de su fina predileccion y con los cuales tiene sus delicias. Enseñando otras muchas verdades casi no hizo mas que indicarlás el soberano Legislador para que despues las desenvolvieran los doctores de la Iglesia: acerca de otras se espresó como en enigma, quedando á sus apóstoles el cargo de aclararlás; pero en esta materia que parecia la predilecta de su compasivo corazon, ¡oh cuánto insiste! ¡Oh cuánto anhelo muestra en ser bien entendido! Su razonamiento es tan claro y tan perfectamente encadenado que casi no necesita comentario, de modo que los espositores apenas hacen mas que recordar que el bondadoso Consolador con tanto inculcar sobre que ha de tenerse una absoluta confianza en su providencia y no atormentar el pensamiento con lo del dia de ma-

ñana, estaba muy lejos de vituperar el trabajo necesario para el sustento de la vida y los cálculos dirigidos á proporcionarse un porvenir satisfactorio. Mas sin embargo de tanta claridad, lo que deja que pensar es mucho mas de lo que dice; así por ejemplo cuando pregunta ¿por ventura la vida no es mas que la comida y el cuerpo mas que el vestido? nos da á entender que habiéndonos Dios dado el cuerpo y el alma, debemos inferir que no se olvidará de darnos lo necesario para el mantenimiento de la vida de entrambos. ¡Cuán tierno está el Señor en el versículo 26! Mirad, nos dice, las avechillas que surcan por los aires, mirad cómo no siembran, ni siegan ni guardan la cosecha en sus graneros; y no obstante, vuestro Padre celestial las mantiene. *¿Por ventura no sois vosotros mucho mas que ellas?* En el versículo 27 destruye todas las objeciones que podrian hacerle los hombres acerca de su consejo de no pensar en el dia de mañana, y echa por tierra las disculpas de los que pretendiesen defender sus melancólicos pensamientos sobre el dia venidero, pues les muestra la inutilidad de su afán arguyéndoles de esta manera: ¿y quién de vosotros puede con sus pensamientos añadir un codo á su estatura? Una cosa es de notar en este bellísimo discurso del Redentor: está comprendido en solo los diez versículos que llevo copiados, y en tan corto espacio se hallan seis interrogaciones. La interrogacion es una figura de elocucion contada por los retóricos entre las mas fuertes y vehementes, por manera que cuando mas la suele emplear el orador

es cuando está acalorado. Yo diría que por lo regular se usa cuando el que habla está tan seguro de la justicia de su causa que pone por testigo y juez de ella la conciencia del mismo á quien trata de persuadirla. Así en este lugar el Rey del cielo despues de haber asegurado por medio de otra interrogacion que valiamos mucho mas que los pajarillos del aire y mostrádonos cómo crecen los lirios del campo que no trabajan ni hilan y dichonos con un *yo* muy enfático que ni Salomon en toda su gloria estaba tan bien vestido como uno de ellos, y contraponiendo implícitamente nuestra inmortalidad con la breve vida de las flores, en el versículo 30 nos hace deducir la consolatoria consecuencia de este argumento con una interrogacion digna de su inefable bondad: pues si Dios viste así, nos dice, al heno del campo que hoy es y mañana se echa en el horno, ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fe?

Harto célebres son aquellos otros tres consejos del Salvador, que con voto se obligan á guardar los religiosos de todas las órdenes que ilustran y hermo-sean la Iglesia como fragantes flores á los amenos jardines. Pobreza, castidad y obediencia forman como la esencia de los institutos consagrados á la perfeccion evangélica: esto denota que las tres virtudes mencionadas entrañan una grande importancia para la adquisicion del cielo. Y á la verdad que los mas sábios maestros de la santidad las han creído sobre manera convenientes para facilitar á las almas la subida al monte de la vida eterna. Se las podria reputar por

la muerte del hombre mundano, al cual trasforman en un sér de todo punto espiritual. La pobreza voluntaria libra á quien la abraza de los cuidados de la tierra, los cuales ó provienen de la solicitud por adquirir el sustento necesario para la propia manutencion y bienestar ó de las inquietudes originadas de las mismas riquezas, que han menester de parte de sus dueños para conservarse de la suspicaz vigilancia y desvelo con que una madre se afana por cuidar á sus ternezuelos hijos. ¿Quién contaria los afanes de una madre? ¿Quién los de un padre? ¿Quién todas las cuitas que consigo trae el matrimonio? Ninguna de ellas alcanza al que se ha comprometido por consejo de Jesucristo á guardar perpétua castidad. La obediencia á la voluntad agena sustrae al hombre de un yugo pesado para ponerle otro mas suave, y no sin reflexion he llamado yugo pesado al del libre albedrío, porque muchas veces es un tormento el de haber de resolverse á una cosa en tantas y tan difíciles circunstancias que son como las espinas esparcidas en el camino de este mundo. Con la obediencia se evita la responsabilidad en un cúmulo de negocios en todas las acciones, que forman la cadena tejida por los mortales para que segun ella al llegar al último eslabon que es la muerte los destine el Juez eterno á gloria ó á tormento. El verdugo de la duda y de la irresolucion, que á muchos y con harta frecuencia martiriza, no existe para quien ha sometido su voluntad á la de un superior. Aún hay mas, quien por su poca disposicion todo lo habia de errar, obede-

ciendo puede proceder siempre con acierto. Bien claro está que al mencionar los consejos de pobreza voluntaria, castidad y obediencia, únicamente he tocado y muy de paso las ventajas materiales que proporcionan á quien con un acto de libertad que dispone de toda su vida, se entrega á ellas para lograr la bienaventuranza celestial y esa pacífica felicidad de los claustros tan libre de cuidados y que tan á menudo suelen envidiar aun los que viven mas engolfados en las ruidosas vanidades del mundo.



¿Quién no corre en pos de la felicidad? Pero la felicidad es el gran duende de la tierra: todos la buscan y ninguno la encuentra. En la juventud se sueña en hallarla algun dia; á cierta edad se pierde la esperanza de encontrarla sobre la tierra, y sin embargo no nos abandona el ansia de ser felices. ¡O dicha! ¡O dicha! ¿Adónde estás? ¿Dónde te escondes?.....

El divino Salvador se dignó hablar sobre esta materia, señalando las verdaderas fuentes de la bienaventuranza posible mientras somos peregrinos moradores del valle de las lágrimas. Esta bienaventuranza está cifrada, segun su augusto testimonio, en la práctica de la virtud; no en las riquezas, no en el mando, no en el poderío, no en la adulacion de los hombres, no en los placeres sensuales; consiste en la paz del alma, y esta deliciosa quietud nace del

mas perfecto ejercicio de las virtudes cristianas. También consiste en esperar el cielo; y el cielo está prometido á los que Jesucristo llamó bienaventurados cabalmente porque lo habian de ser en los años de la eternidad, y los llamó de una manera solemne cuando habiéndose sentado en el monte de su predicacion, teniendo en su rededor á sus discípulos la adorable sabiduría del Verbo humanado, no ya por medio de sus profetas, sino desplegando sus propios divinos lábios dijo:

3. Bienaventurados los pobres de espíritu (1) porque de ellos es el reino de los cielos.

4. Bienaventurados los mansos (2) porque ellos poseerán la tierra.

5. Bienaventurados los que lloran (3) porque ellos serán consolados.

6. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia (4) porque ellos serán saciados.

---

NOTAS DEL P. PETITE.

---

(1) V. 3. Pobres de espíritu son aquellos que lo son de corazón y afecto: que si no tienen riquezas, no las desean: si las tienen no se apegan á ellas. (*Duam.*)

(2) V. 4. Mansos ó clementes son los que sufren los trabajos é injurias, sin inquietud ni impaciencia. La tierra, que poseerán, es el cielo, que se suele llamar en la Escritura la tierra de los vivos. (*San Agust. in Ps. 36, Serm. 1.*)

(3) V. 5. Los que lloran son los que, renunciando los placeres, llevan una vida penitente y mortificada. (*S. Geron. in Matth.*)

(4) V. 6. Tener hambre y sed de la justicia es tener un deseo ardiente y vivo del servicio de Dios. (*S. Chrisost., Hom. 5 in Matth.*)

7. Bienaventurados los misericordiosos (1) porque ellos alcanzarán misericordia.

8. Bienaventurados los limpios de corazón (2) porque ellos verán á Dios.

9. Bienaventurados los pacíficos (3) porque ellos serán llamados hijos de Dios.

10. Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia (4) porque de ellos es el reino de los cielos.

11. Bienaventurados sereis cuando por causa mia os maldijeren y persiguieren, y dijeren con mentira todo mal contra vosotros:

12. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa es muy grande en los cielos, porque así persiguieron á los profetas que hubo antes de vosotros.

Bajo tan distintas denominaciones ofrece el adorable Legislador su cielo á los que tienen los hábitos de las virtudes que forman esta clase de bienaventurados, pues en el cielo se encuentra todo cuanto

(1) V. 7. Misericordiosos son los caritativos y compasivos con el prójimo. (*Natal. Alex.*)

(2) V. 8. Limpios de corazón son aquellos á quienes la conciencia no arguye de pecado alguno. (*S. Ger. ib.*)

(3) V. 9. Pacíficos son los que domando sus pasiones se procuran á sí mismos la paz interior, y trabajan por entablarla entre los demás. (*S. Geron. ibid.*) Estos son llamados hijos de Dios, porque no hay en ellos cosa alguna que resista á Dios. (*S. Agust. de Serm. Dñi. in monte, lib. 1, cap. 2.*)

(4) V. 10. Por la justicia: esto es por la virtud: porque son virtuosos.

aquí se promete. Sin embargo, es indudable que aun en esta vida de miserias se disfrutan los bienes de un orden no material ni grosero sino espiritual y muy elevado que Jesús anuncia á sus escogidos. Conociendo hombres virtuosos se toca y se palpa el cumplimiento de las promesas del Señor, algunas de las cuales á la fría razón destituida de fe en la palabra infalible del supremo Ordenador de los mundos visibles é invisibles parecerían irrealizables. Y en efecto que es cosa propia únicamente de un Dios el hacer que sea una bienaventuranza vivir llorando por las culpas propias y ajenas y padecer persecucion por la justicia; y para que así sucediera eran requisitos indispensables todas las condiciones de nuestro ser. Un alma inmortal y espiritual que está en comunicacion mas ó menos mediata con su Dios, el cual influye en ella y en su íntima naturaleza y modo de existencia y en su sensibilidad y obra sobre ella como árbitro del contento y del pesar al mismo tiempo que respeta de una manera admirable su libre albedrío, bien se comprende que goce de cierto grado de felicidad interna aun en medio de las tribulaciones. En esto reconozco la accion invisible pero real de la Providencia. Con todo, creo que para explicar este aparente fenómeno no es preciso remontarse siempre sobre la esfera de lo humano. La vista y presencia de lo bello no solo agrada sino que hace de tal suerte las delicias del espectador que le crea una especie de paraíso durante todo el tiempo de la enagenadora contemplacion de la belleza. Ahora bien,

la belleza de la virtud es superior, es de un orden mas sublime que todas las otras de debajo del sol; por lo mismo su atractivo debe ser mucho mayor y mas dulce, á lo cual hay que añadir una circunstancia esencialísima, cual es la de que el bien poseido es mucho mas grato que el bien admirado ó visto en otra persona ó fuera de nuestra posesion. En este caso está el hombre virtuoso, á quien Jesucristo, el sábio de la eternidad, da el glorioso título de bienaventurado. Las virtudes enseñadas por el Evangelio y los hábitos de ellas son un bien, una belleza inherente al alma que las posee, están dentro de ella, llegan á formar su índole y su caracter y á ser como el sello que la distingue; por manera que un poeta hablando de que el misericordioso cuando muere no abandona sus riquezas espirituales, con la fuerza de expresion que le caracterizaba pudo decir «que las lleva tejidas en el alma.» Esto se entenderá mejor reflexionando lo que sucede con la imaginacion: quien la tiene activa, inventora, valiente y dada á figurarse espectáculos divertidos, goza de ella y con ella una especie de placeres casi desconocidos para quien la tenga fria, perezosa, infecunda y dormida. Esta especie de fruiciones interiores pertenecen á la vida íntima del alma y no son fáciles de explicar; mas por eso no dejan de ser muy reales y positivas; de tal suerte que en aquellos secuaces de la virtud, á quienes el Hijo del Eterno llama bienaventurados, muchas veces se trasluce en los ojos y en el semblante un espresivo rayo de esa inefable dicha y ale-

gría que rebosa en sus corazones: parecen unos ángeles revestidos de carne humana, y hasta en sus trabajos se advierte un no sé qué admirable que revela en medio de sus padecimientos gran fondo de apacible gozo.

Poderoso estímulo á la práctica de la virtud debe ser sin duda alguna el llamar el mismo Dios bienaventurados á los que han contraído los hábitos de ella y deben serlo las magníficas promesas que les hace de riquísimos galardones. Ningun otro legislador pudo prometer tanto. Ningun filósofo de la antigüedad adivinó en qué mina estaba encerrada la ventura del hombre. La adquisicion de esta felicidad solo depende de nosotros mismos, y estando dentro de nuestra alma, es una riqueza que nadie puede arrebatarlos por fuerza. Cualquiera sin escepcion puede optar á ella. Ni escita esa codiciosa envidia que suelen producir los bienes materiales: estos están continuamente espuestos á mil peligrosas contingencias de perderse: para aquella no hay mas peligro que el de la inconstancia en la virtud de quien la posee: estos ocasionan mil cuidados: aquella para su conservacion no requiere mas que vigilancia para no desviarse del camino del cielo: estos abandonan á su dueño á la entrada del sepulcro: aquella entonces al modo que la ténue luz del crepúsculo matutino se convierte en un océano de claridad esplendorosa, al entrar el alma del justo en el cielo se desarrolla hasta lo infinito y adquiere una nueva vida inmortal que es vida de gloria.

---

---

## CAPITULO VII.

### Oracion y Parábolas.

---



Hablando de Jesucristo y de su Evangelio no es posible dejar de decir algo de la oracion, la cual es una de las mas sublimes bellezas del reino espiritual que vino á establecer entre los mortales. Orar es levantar el alma á Dios, contemplarle, implorar su misericordia y pedirle beneficios: en una palabra, es ponerse la criatura en íntima comunicacion con su Hacedor y acudir á la fuente de todo bien. Poco entendimiento manifiesta quien no conozca que esto ennoblece y eleva nuestro espíritu al mismo tiempo que nos proporciona un remedio á nuestros males y un celestial consuelo en las tribulaciones. Pues esta honra y esta dulzura nos intimó que buscásemos el Hombre-Dios cuando dijo: «Conviene orar siempre;» y en San Mateo, capítulo 7, v. 7.

V. 7. Pedid y se os dará: buscad y encontrareis: llamad y se os abrirá.

8. Porque todo aquel que pide, recibe: y el que busca, halla: y al que llama, se le abrirá.

9. ¿Ó qué hombre hay entre vosotros que dé una piedra á su hijo cuando le pide pan?

10. ¿Ó qué le dé una serpiente si le pide un pez?

11. Pues si vosotros siendo malos sabeis dar buenas cosas á vuestros hijos ¿cuánto mas vuestro Padre que está en los cielos, dará cosas buenas á los que le piden?

Es muy notable el que cuando trata de inspirar dulce confianza en Dios usa el amoroso Salvador de un género de argumentacion tan tierno, tan claro, tan persuasivo y al mismo tiempo tan suavemente enérgico como el que empleó para convencernos de que su Providencia cuida mucho de nosotros recordándonos lo que hace con los pajarillos del aire y como el que ahora acabamos de ver. Ciertamente es imposible producirse con mas elocuente ternura. No se contenta con asegurar formalmente que se dará al que pidiere y se abrirá al que llamare: no se satisface con mandar llana y sencillamente que se le pida, ni con repetir lo que acaba de decir, á saber que el que pide recibe y el que busca halla, sino que echando mano de sus vehementes interrogaciones y hablando al corazon y penetrando en la naturaleza del amor paterno, insta así. ¿Ó qué hombre hay entre vosotros que dé una piedra á su hijo cuando le pida pan? ¿Ó que le dé una serpiente si le pide un pez? Pues si vosotros siendo malos sabeis dar buenas cosas á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre que está en los cielos, dará cosas buenas á los que le piden?

Es mucho lo que han escrito los autores místicos acerca de la oracion tanto vocal como mental, y las

:

personas piadosas lo habrán leído en las obras de aquellos. Facil sería acotar su doctrina para dar á este capítulo mas importancia y jugo; pero no me hallo en ánimo de desviarme notablemente del objeto de estas observaciones, y así no haré mas que insertar aqui las líneas en que el muy piadoso Zucconi comentando las citadas palabras del Salvador, responde á la vulgar objecion de que la esperiencia acredita que no se consiguen todas las gracias que se piden. «No mas, dice, no mas: he comprendido lo que pretendes objetar, porque todos sulcamos estas mismas aguas; ¿pero has contado las gracias que te han venido del cielo y que jamás pediste? ¿Sabes las que te están preparadas y que tú no esperas? ¿Ves lo que te hubiera sucedido si al instante hubieses alcanzado lo que pedias? Además, ¿serías capaz de decirme cuál es el tiempo oportuno para enviar el rocío á los campos, los vientos á los mares, el frio y el calor en las diversas estaciones y las nieves y las lluvias cuando y como convienen para el admirable orden del universo? Ahora bien, si nada sabes, si todo lo ignoras ¿por qué te quejas de no ser oido, siendo así que casi sin advertirlo recibes otras mil y mil gracias mayores, mas convenientes, mas útiles y mas adecuadas? Acaso estés muy lejos de convencerte de esta verdad, pero yo creo con firmeza de fe que nada has pedido sin que Dios te haya dado mas de lo que pedias; y primero creeré que falte luz al sol que verdad á las palabras de Jesucristo.»

No contento el Señor con cuanto tenia dicho

acerca de la oracion, quiso enseñarnos una muy excelente que es la que todos los dias repetimos y se usa hasta en el augusto sacrificio de la misa. Como quiera que el *Padre nuestro* está á todas horas en los labios del pueblo cristiano, la Iglesia ha creido muy conveniente difundir entre sus hijos el sentido y significacion elevada de cada una de sus palabras, asi es que su esplicacion mas ó menos lata se halla en todos los catecismos y en todos los comentadores del sagrado Evangelio, y á mayor abundamiento se ha escrito exclusivamente sobre él, como lo ha hecho el célebre P. Segneri.

El principio de esta oracion es un arranque de amorosa y filial confianza, *Padre nuestro*. Solo un Dios de infinito amor que tomó nuestra carne y nuestra sangre para hacerse hermano nuestro, pudo habernos enseñado á llamar padre al Altísimo que domina sentado en el trono de la eternidad. Los sentimientos que inspira esta palabra y las relaciones que establece entre el Eterno y los hijos del polvo no caben en pequeño discurso. *Nuestro* es pronombre que espresa posesion en la persona que habla ó indica mancomunidad con el objeto á que *nuestro* se refiere. De tal suerte en esta invocacion aseguramos que estamos en posesion de tener á Dios por padre; y este es verdaderamente un consuelo inefable particularmente para los pobres y los huérfanos y los que en vez de cariño y socorro hallan en sus parientes desvío y acritud. Tambien es consuelo, y muy grande, porque asi como al rezar esta oracion subli-

me reconocemos por hermanos á todos los hombres y por todos ellos pedimos, sabemos que del mismo modo estamos comprendidos en la oracion de todos los cristianos que piden para nosotros lo mismo que para ellos.

*Que estés en los cielos.* Aquí se nos recuerda el término dichoso de nuestra peregrinacion sobre esta tierra tan fecunda en espinas. En los cielos nos espera con los brazos abiertos Dios nuestro padre. En los cielos tenemos un buen padre, que sabrá enjugar nuestras lágrimas y que dirige á nuestro bien todos los acontecimientos del mundo. *Santificado sea tu nombre:* es decir conocido y confesado por los hombres, adorado y temido, loado y ensalzado. ¡Qué dichosos seríamos si todos los que componen la sociedad en que vivimos, santificasen en sí el nombre de Dios con no ofenderle nunca! Jamás recibiríamos de nadie desprecio alguno, jamás seríamos agraviados, jamás se nos haria la menor injusticia, porque el ofenderse los hombres unos á otros es ofender á Dios. Por eso se vive tan bien y con tanto sosiego entre personas virtuosas, que aman y temen á nuestro Padre celestial.

*Venga tu reino:* establézcase entre nosotros el imperio de tu gracia, dilátase por todo el universo la luz de tu Evangelio y las banderas de tu única verdadera religion triunfen de todas las potestades del infierno. *Hágase tu voluntad asi en la tierra como en el cielo.* Esta peticion pudiera afirmarse que es la mejor y la mas sábia, porque la voluntad de

Dios es un conjunto divino de infinita bondad, de infinita sabiduría y de infinita justicia. Nada mas conforme á razon que el que cumpla la criatura la voluntad de su Criador: nada mas consolatorio que someterse con amor á esa voluntad tan justa, tan sábia y tan misericordiosa: nada tan capaz de tranquilizar al alma en la tempestad de las tribulaciones como el engolfarla por decirlo así en ese misterioso océano siempre tranquilo, puro y resplandeciente de la voluntad divina.

*Danos hoy el pan nuestro de cada dia.* El Señor tiene en su mano nuestra vida y nuestra subsistencia: su cotidiana misericordia es nuestro tesoro; y él mismo nos enseña que todos los dias debemos acudir á ella como á la fuente de nuestro sér y de todo nuestro bien. En vano sería buscarlo en otra parte, porque cuando Dios no quiere se cierran las entrañas de la tierra para producir y las puertas del cielo para que no caiga sobre aquellas la lluvia que las fecundiza. Pero en el mero hecho de enseñarnos Jesus esta peticion concerniente á nuestro sustento temporal nos manifiesta no solo que este depende de su providencia, sino tambien nos muestra su vehementemente deseo de darnos el pan diario, supuesto que nos manda que se lo pidamos.

*Perdónanos nuestras deudas asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores.* Las deudas que tenemos con Dios son las ofensas que le hemos hecho quebrantando su ley santísima. El ofendido es todopoderoso; por consiguiente no hay otro modo de eva-

dir su venganza que el de pedirle perdon; ni él mismo puede detener el rayo de su ira sino moviéndonos á que le pidamos perdon, porque es justo y su justicia le obliga á castigarnos si no en el tiempo que vuela, en la eternidad que jamás pasa. Para perdonarnos nos pone una condicion, y es la de que perdonemos á nuestros enemigos y á todos los que nos han hecho algun daño.

*Y no nos dejes caer en tentacion, mas libranos de mal.* En tan breves palabras está todo el hombre. Su vida es una batalla continua con las tentaciones que le asedian y á las cuales debe resistir. ¿Pero cómo? Implorando el auxilio divino cual nos lo enseña el celestial Maestro en esta oracion. El hombre es ignorancia y flaqueza. Ignora los males que le pueden sobrevenir; y por tanto hablando en general y sin especificacion alguna pide al Omnipotente que le libre de mal. Y acude á la clemencia del Escelso, porque él por sí solo es incapaz de evitar las desgracias y contratiempos que le amenazan como ejércitos emboscados para asaltarle de repente cuando mas descuidado repose entre los precipicios del camino de la vida.



El Hijo del Altísimo unas veces enseñó su doctrina santa y sublime de una manera muy clara y terminante y otras por medio de hermosas parábo-

las, con lo que dió á su celestial magisterio amena variedad. En cierta ocasion dijo.

V. 19. Habia un hombre rico que se vestia de grana y holanda, y todos los dias comia espléndidamente.

20. Y habia un pobre llamado Lázaro echado á la puerta del rico, todo lleno de llagas,

21. Y que deseaba saciarse con las migajas que caian de la mesa del rico, y nadie se las daba y los perros venian á lamer sus llagas.

22. Y sucedió que murió este pobre, y fue llevado por los Angeles al seno de Abrahám. Murió tambien el rico, y fue sepultado en el infierno.

23. Y levantando los ojos cuando estaba en los tormentos, vió de lejos á Abrahám y á Lázaro en su seno;

24. Y exclamó diciendo: Padre Abrahám, ten compasion de mí, y envia á Lázaro, para que mo-  
jando en agua la punta de su dedo, me refresque la lengua, porque soy atormentado en estas llamas.

25. Y le dijo Abrahám: Hijo, acuérdate que durante tu vida recibiste bienes, y Lázaro al contrario males: y ahora es él consolado y tú atormentado.

26. Además, que entre nosotros y vosotros hay un abismo muy grande: de suerte, que los que quisieran pasar de aquí allá, no podrian, ni tampoco venir de ahí acá.

27. Y dijo el rico: Padre, ruégote que le envies á casa de mi padre,

28. Porque tengo cinco hermanos, para que les advierta de esto, y no les suceda el venir tambien á este lugar de tormentos.

29. Y le dijo Abrahám: Tienen á Moisés y los profetas, escúchenlos.

30. Y él dijo: No, Padre Abrahám, mas si fuere á ellos alguno de los muertos, harán penitencia.

31. Y respondióle Abrahám: Si no escuchan á Moisés y los profetas, tampoco creerán, aunque resucitase uno de los muertos.

*(San Luc., cap. 16, traduccion del P. Petite.)*

Sobre si esta es parábola ó historia verdadera hay entre los espositores diferencia de pareceres, pero sea lo que fuere, salió de los labios de la increada Sabiduría para enseñarnos cuán diversa es en el otro mundo la suerte de los malos ricos que aquí gozan de opulencia y hartura, y cuán distinta la de los buenos pobres que aquí se alimentan de dolor y de lágrimas. Los justos que padecen en la vida transitoria, bien pueden bendecir sus tribulaciones porque son una prenda de la gloria que les espera en la eternidad, y los avaros debieran temblar porque en la eternidad sucederá lo que á este rico del Evangelio á quien imitáre su conducta.

Tambien dijo el Salvador.

2. El reino de los cielos es semejante á un rey que celebró las bodas de su hijo.

3. Y envió sus criados á llamar á los convidados á las bodas, y ellos no querian venir.

4. Segunda vez envió otros criados, diciéndoles:

Decid á los convidados, que digo yo: Ya he preparado mi banquete, mis toros, y los animales cebados están muertos, y todas las cosas están preparadas: venid á las bodas.

5. Mas ellos no hicieron caso, y se fueron uno á su quinta, y otro á su negociacion.

Y los demás prendieron á sus criados, y despues de hacer muchas burlas con ellos los mataron.

7. Mas el rey, habiéndolo oido, se irritó, y enviando sus ejércitos, perdió á aquellos homicidas, y quemó la ciudad.

8. Entonces dijo á sus criados: Las bodas, á la verdad, están dispuestas, pero los que estaban convidados no fueron dignos.

9. Id pues, á las salidas de los caminos, y á todos los que halláreis, llamadlos á las bodas.

10. Y habiendo salido sus criados á los caminos, juntaron todos los que encontraron, malos y buenos: y la sala de las bodas se llenó de gentes que se pusieron á la mesa:

11. Y entrando el rey á ver los que estaban á la mesa, vió allí un hombre, que no tenia vestido de gala,

12. Y le dijo: ¿Amigo, cómo has entrado aquí sin tener vestido de gala? Pero él enmudeció.

13. Entonces dijo el rey á los ministros: Echadle á las tinieblas exteriores atado de pies y manos: allí habrá llantos y crugido de dientes.

(San Mat., cap. 22, traduccion del P. Petite.)

Lo mas hermoso y grande de estas parábolas es

su escelso significado. En la que acabamos de ver el rey padre que envia á sus criados á convidar al banquete de las bodas de su hijo es el Padre Eterno: el príncipe esposo es el Verbo divino que hecho hombre se desposó con la Iglesia, y el banquete de las bodas es la mesa de la adorable Eucaristía y todas las demás riquezas con que brindan á los convidados el esposo y la esposa, Jesucristo y su Iglesia. Los primeros convidados son los del pueblo antiguo, que no solo rehusaron el convite sino que dieron muerte á los criados que fueron á invitarles; y los ministros que por do quiera corrieron á traer gente á las bodas son los apóstoles, los predicadores del Evangelio, las interiores inspiraciones de la gracia, los buenos libros, el buen ejemplo y todo cuanto en algun modo llama á los hombres al camino de la salvacion. El espositor de quien tomo esta esplicacion, discurrendo sobre tan interesante parábola dice que ve en ella el sistema de nuestra predestinacion. Dios á nadie exceptua del llamamiento universal, que por orden suya se hace á todas las criaturas racionales para que asistan al banquete de su verdadera Iglesia en la tierra y al de su gloria en la eternidad: quien quiere rehusarlo lo rehusa, y quien quiere aceptarlo lo acepta. El vestido nupcial que faltó á aquel mísero convidado que fue arrojado á las tinieblas exteriores, significa la observancia de la ley de Dios, sin la cual aunque se haya entrado en el seno de la Iglesia, como aquel infeliz en las bodas, no se consigue la salvacion eterna. Á esto mismo alude esotra parábola

que refiere San Mateo en el capítulo decimotercio de su Evangelio. Y es como sigue.

V. 47. También es semejante el reino de los cielos á una red echada en el mar, y que junta todo género de peces:

48. Que, despues de llena, sacándola, y sentándose cerca de la orilla, escogieron los buenos para echarlos en sus vasijas, y los malos los echaron fuera.

49. Así será en la consumacion del siglo: Vendrán los ángeles y separarán los malos de en medio de los justos,

50. Y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y crugido de dientes.»

La red es la Iglesia: los peces somos los hombres: los buenos se reservan para el cielo, los malos aun despues de haber entrado en la red son arrojados de ella.

La parábola de las diez vírgenes que debian acompañar al esposo y á la esposa, ofrece unas imágenes muy vivas de lo que sucede en punto de muerte á las almas que viven olvidadas de que Dios ha de llamarlas á juicio en la hora que menos se lo imaginan. Está concebida en tales términos.

V. 1. Entonces el reino de los cielos será semejante á diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa.

2. Y cinco de ellas eran necias y cinco prudentes.

3. Pero las cinco necias, tomando las lámparas, no llevaron aceite consigo:

4. Mas las prudentes llevaron aceite en sus vasos con las lámparas.

5. Y tardando en venir el esposo se adormecieron todas y se durmieron.

6. Y al medio de la noche se oyó gritar: Mirad que viene el esposo, salidle al camino.

7. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y dispusieron sus lámparas.

8. Y las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan.

9. Respondieron las prudentes diciendo: Por si acaso no hay bastante para nosotras y vosotras, mejor es que vayais á los que le venden, y compris para vosotras.

10. Y mientras que iban á comprarle, vino el esposo; y las que estaban dispuestas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta.

11. Últimamente vinieron las otras vírgenes diciendo: Señor, Señor, ábrenos.

12. Pero él respondió diciendo: En verdad os digo, que no os conozco.

(S. Mat., cap. 25, traduccion del P. Petite.)

Todo el capítulo decimotercio de San Mateo es un tejido de muy bellas parábolas que el Hijo de Dios pronunció acerca del reino de los cielos, que es la salvacion eterna y la perseverante justificacion del alma. No temo copiarlo casi entero sin comentarios, porque el mismo adorable Maestro se dignó hacer á sus apóstoles la esplicacion de muchas de ellas y habrá pocas personas que no las hayan oido comentar

en el púlpito á los ministros del Evangelio. Lo que mas particularmente hay que admirar es que un Dios, á quien los cielos no pueden comprender, por su inmensa bondad se acomodase tanto á la pequeñez del hombre que se pusiera de propósito á inventar para instruirle preciosos cuentecitos ó parábolas de alta y profunda significacion. Dice así San Mateo:

V. 4. En aquel dia, habiendo salido Jesus de la casa, estaba sentado cerca del mar.

2. Y se juntaron á él muchas gentes, por lo que subiendo á una barca, se sentó: y toda la gente estaba en la ribera.

3. Y les habló muchas cosas en parábolas diciendo: He aquí sale el sembrador á sembrar.

4. Y cuando siembra, unos granos cayeron cerca del camino, y vinieron las aves del cielo y los comieron.

5. Y otros cayeron en lugares pedregosos en que no tenian mucha tierra; y luego nacieron porque no tenian profundidad de tierra.

6. Y salido el sol se abrasaron, y como no tenian raiz se secaron.

7. Y otros cayeron en las espinas; y crecieron las espinas y los sofocaron.

8. Y otros cayeron en buena tierra, y dieron fruto uno como ciento, otro como sesenta, otro como treinta.

9. El que tiene oidos para oir, escuche.

10. Y llegándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas en parábolas?

41. Respondiendo él, les dijo: Porque á vosotros se os ha dado conocer los misterios del reino de los cielos, y á ellos no se les ha dado.

42. Porque al que tiene se le dará, y tendrá mas; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.

43. Por eso les hablo en parábolas; porque viendo, no ven, y oyendo, no oyen ni entienden.

44. Y se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dice: oireis con los oidos y no entenderéis; y viendo, vereis y no vereis.

45. Porque el corazon de este pueblo se ha endurecido, y se han hecho tardos de oidos, y han cerrado sus ojos; para no ver con los ojos, ni oír con los oidos, ni entender con el corazon, y no convertirse, ni sanarlos yo.

46. Pero bienaventurados vuestros ojos porque ven, y vuestros oidos porque oyen.

47. Porque en verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver las cosas que vosotros veis, y no las vieron; y oír las cosas que oís, y no las oyeron.

48. Vosotros, pues, oid la parábola del sembrador.

49. Cuando uno oye la palabra del reino, y no hace atencion á ella, viene el malo y roba lo que se sembró en su corazon: este es el que recibió la simiente cerca del camino.

20. Y el que recibió la simiente en lugares pedregosos, es aquel que oye la palabra, y al principio la recibe con gozo:

21. Pero no tiene raiz en sí, sino que es de corta duracion, y cuando se levanta alguna tribulacion y persecucion por causa de la palabra, luego se escandaliza.

22. Y el que recibió la simiente en las espinas, es aquel que oye la palabra, pero los afanes de este siglo, y el engaño de las riquezas sofocan la palabra, y queda sin dar fruto.

23. Pero el que recibió la simiente en buena tierra es aquel que oye la palabra y la entiende y da fruto uno como ciento, otro como sesenta y otro como treinta.

24. Otra parábola les propuso diciendo: El reino de los cielos se ha hecho semejante á un hombre que sembró buena simiente en su campo.

25. Pero cuando los hombres estaban durmiendo vino su enemigo, y sembró cizaña, en medio del trigo, y se fué.

26. Y habiendo crecido la yerba, y echado fruto, entonces apareció tambien la cizaña.

27. Y viniendo los criados del Padre de familias, le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? ¿Pues cómo tiene cizaña?

28. Y él les dijo: El hombre enemigo hizo esto. Y los criados le dijeron: ¿Quieres que vayamos y la cojamos?

29. Y él dijo: No; no sea que cogiendo la cizaña arranqueis tambien con ella el trigo:

30. Dejad crecer uno y otro hasta la siega y en el tiempo de la siega diré á los segadores: Cojed pri-

mero la cizaña, y atadla en haces para quemarla; y el trigo recojedle para mi granero.

31. Otra parábola les propuso diciendo: El reino de los cielos es semejante á un grano de mostaza, que tomándole un hombre, le sembró en su campo.

32. El cual á la verdad es el mas pequeño de todas las semillas; pero en creciendo es mayor que todas las legumbres, y se hace arbol, de suerte que vienen las aves del cielo, y habitan en sus ramas.

33. Otra parábola les dijo: El reino de los cielos es semejante á la levadura; que tomándola una muger la envuelve en tres satos de harina hasta que todo ha fermentado.

34. Todas estas cosas habló Jesus al pueblo en parábolas: y sin parábolas no le hablaba.

35. Para que se cumpliera lo que estaba dicho por el profeta: Abriré mi boca con parábolas, publicaré cosas que están ocultas desde la creacion del mundo.

36. Entonces, habiendo despachado las gentes, vino á casa; y se llegaron á él sus discípulos diciendo: Esplicanos la parábola de la cizaña del campo.

37. Respondiendo él, les dijo: El que siembra buena simiente es el Hijo del Hombre.

38. El campo es el mundo. La buena simiente son los hijos del reino: la cizaña son los hijos del maligno.

39. Y el enemigo que la sembró es el diablo. La siega es la consumacion del siglo. Y los segadores son los Ángeles.

40. Así, pues, como se coje la cizaña y se quema en el fuego, así será en la consumacion del siglo.

41. Enviará el Hijo del Hombre sus Ángeles, y quitarán de su reino todos los escándalos, y á aquellos que cometen la maldad,

42. Y los echarán en el horno de fuego. Allí habrá llanto y crugido de dientes.

43. Entonces resplandecerán los justos como el sol, en el reino de su Padre: el que tiene oidos para oír, escuche.

44. El reino de los cielos es semejante á un tesoro oculto en un campo, que hallándole un hombre, le esconde; y con el gozo de él va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo.

45. Tambien es semejante el reino de los cielos á un hombre negociante que busca perlas preciosas.

46. Y habiendo hallado una perla preciosa, fué y vendió todo lo que tenia, y la compró.

(Traduccion del P. Petite.)

Estas dos últimas parábolas manifiestan la suma importancia, que debe darse á la adquisicion del reino de los cielos. Por una corona de gloria y felicidad perdurable bien pueden perderse todos los bienes transitorios si fuera necesario abandonarlos por lograr aquella inmarcesible laureola, como lo hicieron los mártires de todos los siglos, y como lo hacen los del nuestro, los cuales prefieren la muerte á una dicha terrena, que les privase del reino de la eternidad. Heróicos ejemplos de un desprendimiento universal de cuanto halaga al hombre sobre la tierra nos pres-

sentan á cada paso las biografías de los santos; ni es posible contar la muchedumbre de cuantos con el voto de pobreza por aspirar en religion á vida mas perfecta han renunciado honores, riquezas y comodidades de todo género. No ha mucho que admiró el mundo la desaparicion de Roma de un cardenal y príncipe que corrió á encerrarse en un claustro cuando en la capital del orbe cristiano generalmente se le designaba como al mas digno por sucesor del gran pontífice Gregorio XVI. Sabido es que para salvarse, escepto en ciertos casos en que la tiranía de los perseguidores ú otras circunstancias extraordinarias ponen en la precision de optar entre la ofensa de Dios ó la pérdida de todo cuanto se posee, ó cuando inspiraciones del cielo impelen á abrazar los consejos evangélicos, sabido es que fuera de estos casos, por lo comun no es necesaria á la generalidad de los cristianos mas que una pronta y continua disposicion de ánimo á perderlo todo antes que enemistarse por el pecado con ese Dios que es el autor de nuestro sér, el soberano fin de nuestra existencia y el juez omnipotente de cuyo tribunal á nadie es dable evadirse. Empero, supuesto que el reino de los cielos es cosa de tanto valer que sería poco el dar por él la honra, la hacienda y la vida, no será mucho el aceptar de mano de Dios para la adquisicion de ese inmortal imperio algunas tribulaciones, las cuales segun el concepto que de ellas nos hacen formar los santos y los escritores religiosos son moneda con que se compra el reino de los cielos. Bienaventurados los

que lloran porque ellos serán consolados, dijo el Rey de la gloria. No ignoro que los sagrados espositores generalmente dicen sobre este lugar que serán consolados los que lloraren los pecados propios ó ajenos; mas respetando cual es debido esta interpretacion, me parece que no hay en nuestros dogmas nada que se oponga á que la sentencia del Salvador se entienda tambien llana y sencillamente conforme sueña, con tal que no se crea que basta la tribulacion para salvarse á quien está en pecado, lo cual sería un absurdo y una grosera herejía. Toda tribulacion puede reducirse á la pérdida ó carencia de algún bien, cual es la paz del alma, el honor, la libertad, el amor, la riqueza, la salud, &c. Y si todo habia de perderse con gusto por ceñirse la corona de la gloria eterna ¡cuán consolatorio no debiera sernos el pensamiento de lograr aquella dicha con la transitoria pérdida de alguno ó de algunos de los enunciados bienes perecederos!

Pero hay otro género de tribulacion infinitamente mas amarga, que es la tribulacion del pecado, la de haber perdido el derecho á la gloria, la de estar en inminente peligro de caer en abismo eterno de tormentos, la de haberse apartado del sumo bien, la de haberse constituido enemigo de un Dios que está presente á todas horas en todas partes, que todo lo llena con su inmensidad y todo lo avasalla con su omnipotencia. Funestísimo estado es el del hijo del polvo que pasando con la rapidez de una sombra por este mundo, que tambien es reino de Dios, está en

guerra con el omnipotente Rey de la eternidad, cuya ira le espera al otro lado del sepulcro con una espada de fuego que por siglos inacabables le ha de estar despedazando sus entrañas de víctima perpétua..... ¡Ay! ¡Ay!..... ¿Cuál consuelo para tan espantosa tribulacion? El de la inefable misericordia del Altísimo. Por ella vino á ponerse en garras de la muerte desde su sólio de gloria. Solo este hecho el mas admirable entre las hazañas divinas bastára para que formásemos una infinita idea de su clemencia. ¿Pero quién habia de pintarla ni hablar de ella dignamente? Los hombres no. Por eso él mismo cuando estuvo entre nosotros la espresó con celestial ternura en tres parábolas que San Lucas refiere de esta manera en su capítulo decimoquinto.

V. 1. Y los publicanos y pecadores se acercaban á Jesus para oirle ;

2. Y murmuraban los Fariseos y Escribas diciendo: Este recibe á los pecadores, y come con ellos.

3. Y Jesus les propuso esta parábola :

4. ¿Quién de vosotros, teniendo cien ovejas, y habiendo perdido una de ellas, no deja en el desierto las noventa y nueve, y va á buscar la que se ha perdido hasta que la hallé?

5. Y despues de hallarla, la pone sobre sus hombros lleno de alegría ;

6. Y llegando á casa, llama á sus amigos y vecinos, y les dice: Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se habia perdido.

7. Así os digo yo que habrá en el cielo mayor

júbilo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos, que no tienen necesidad de arrepentirse.

8. ¿Ó qué muger, teniendo diez dracmas, y habiendo perdido una, no enciende una luz y barre la casa, y la busca con diligencia hasta encontrarla?

9. Y despues de hallarla, llama á las amigas y vecinas, y les dice: Alegraos conmigo, porque hallé la dracma que habia perdido.

10. Así os digo yo que habrá gozo entre los Ángeles de Dios por un pecador que haga penitencia.

11. Dijo tambien: Un hombre tuvo dos hijos,

12. De los cuales el mas mozo dijo á su padre: Padre, dame la parte de hacienda que me toca. Y el padre repartió entre los dos sus bienes.

13. Y pocos dias despues, habiendo el hijo mas mozo juntado todas sus cosas, marchó á un pais muy distante, y allí disipó toda su hacienda viviendo disolutamente.

14. Y despues que lo consumió todo, sobrevino una grande hambre en aquel pais, y empezó á tener necesidad.

15. Y fué, y se puso á servir con un ciudadano de aquella tierra, que le envió á guardar puercos á una granja suya.

16. Y él deseaba llenar su vientre de las algarobas que comian los puercos, y nadie se las daba.

17. Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen pan en abundancia, y yo estoy aquí pereciendo de hambre!

18. Me levantaré é iré á buscar á mi padre, y le diré: Padre, pequé contra el cielo y contra ti.

19. Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo: trátame como á uno de tus jornaleros.

20. Y levantándose, caminó á la casa de su padre. Y cuando aún estaba lejos, le vió su padre, y se movió á compasion, y corriendo á él, se echó á su cuello, y le besó.

21. Y dijole el hijo: Padre, pequé contra el cielo y contra ti: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.

22. Y dijo el padre á sus criados: traed luego el mejor vestido, y ponédsele, y un anillo en el dedo, y los zapatos en los pies.

23. Y traed un becerro cebado, y matadle; y comamos, y tengamos banquete;

24. Porque este hijo mio estaba muerto, y ha resucitado: se habia perdido y ha sido hallado: y empezaron el banquete.

25. Y estaba en el campo el hijo mayor; y cuando venia, y estaba cerca de la casa, oyó la música y la danza.

26. Y llamó á uno de los criados, y le preguntó ¿qué era aquello?

27. Y éste le dijo: vino tu hermano, y tu padre mandó matar un becerro cebado, porque lo recobró con buena salud.

28. Y el hermano se indignó, y no queria entrar. Pero saliendo su padre, empezó á rogarle.

29. Y respondiendo él, dijo á su padre: hace

tantos años que yo te sirvo sin haberte jamás desobedecido, y nunca me has dado un cabrito para comer con mis amigos:

30. Y apenas ha venido este tu hijo que gastó cuanto tenia con rameras, luego le mandaste matar un becerro cebado.

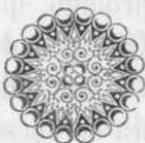
31. Y él le dijo: hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas:

32. Pero era cosa justa tener banquete y fiesta, porque este hermano tuyo habia muerto, y ha resucitado; era perdido, y ha sido encontrado.

*(Traduccion del P. Petite.)*

Acerca de esta parábola se han pronunciado y escrito, como era natural, sermones escelentes que se hallan en las obras de célebres predicadores. Y á la verdad que el argumento no podia ser mas bello ni mas tierno. Su belleza y su ternura la reconoce cualquiera, y así no hablaré de ella; y por lo mismo que es materia que tratan en los púlpitos oradores sagrados no es ignorada su patética significacion. Sea cual fuere el estado de nuestra alma apliquémonos la parábola del hijo pródigo, que algun papel hemos de hacer en ella. ¿Qué pecador arrepentido no ve en ella su historia? Y sobre todo ¿á quién no encanta la bondad y ternura de nuestro Dios representado por aquel padre, que sale al encuentro del hijo que le abandonára y le echa al cuello los amorosos brazos para estrecharle á su seno? Esta parábola era muy buena para leida á los que han estudiado en autores alimentados con la leche de Jansenio. ¡Pero

cuánta verdad y profundidad de sentimiento no hallará en ella el filósofo que medite sobre las aciagas consecuencias de la culpa! Predicando en París en 1837 dijo Mr. Convalot que la Europa se veía tan inundada de plagas, porque la Europa era el hijo pródigo que se había alejado de la casa de Dios su padre. Quiera el cielo que las grandes tribulaciones de la Europa la hagan volver á la casa de Dios. Tal fué el efecto que produjo en el hijo pródigo su estremada miseria, y tal es el fin con que el Señor envia tribulaciones á los que yacen lejos de él en el abismo del pecado. Bajo este aspecto es la tribulación el mayor bien imaginable, porque hace levantarse al pecador del cieno de su perdicion eterna para correr á los brazos de un Dios que le espera con un banquete de gloria y con un nuevo vestido de nueva inocencia para sentarle en la mesa de los Ángeles y hacerle objeto de la fiesta del cielo.

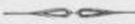


---

---

## CAPITULO VIII.

### **Observaciones sobre el caracter del Salvador. — Sus milagros.**



En las vidas de los varones célebres se proponen los lectores hallar diversas cosas: á unos llaman la atencion particularmente los hechos: á otros el anhelo de adquirir un conocimiento íntimo del personage que es objeto de su curiosidad ó de su estudio; y acabo de nombrar los dos móviles que con mas frecuencia nos incitan á la lectura de las biografías. Estas pintan hombres que ya desaparecieron de la tierra y cuya existencia dista acaso de la nuestra siglos enteros (\*); por consiguiente nuestros asuntos é intereses personales ninguna relacion tienen con señores que viven solo en historias: pertenecen los tales al reino de lo especulativo, y la mayor parte de los vivientes lleva adelante sus negocios ignorando hasta los nombres de los que otros admiran con afec-

---

(\*) En nuestros dias se escriben tambien biografías de vivos; pero estas por incompletas no merecen hacer un papel importante en la república de las letras.

tuoso entusiasmo. Estoy bien penetrado de la utilidad de la historia y de las biografías, pero la exageraría si desconociera sus límites, los cuales se ofrecen de bulto conforme ahora mismo los indico al poner los ojos en la suprema importancia de conocer á fondo el caracter de nuestro Salvador, de nuestro Legislador, de nuestro Juez, de nuestro Dios, árbitro de nuestra suerte en el tiempo y en la eternidad..... Aun en nuestras relaciones con los demás hombres importa sobre manera conocerlos..... ¡Cuánto mas al único con quien son eternas nuestras relaciones!.....

Descubrir su caracter es uno de los mas hermosos frutos, que pudieran sacarse de la lectura de los Evangelios. El caracter es la espresion de la persona; es el resultado de su temperamento, de su educacion, de sus estudios, de sus vicisitudes, de su suerte próspera ó adversa, de su moralidad, de sus ideas y hasta del trato que ha tenido con otros hombres, porque todas estas cosas aunque de una manera imperceptible contribuyen á formar el caracter, el cual muchas veces padece sus modificaciones segun las circunstancias, de modo que apenas hay cosa mas difícil que el lograr una cabal y exacta idea del caracter de los mismos con quienes estamos viviendo con estrecha intimidad. Así estoy en la persuasion de que se conocen muy poco unos á otros aun los que se precian de amigos, lo que me consta por esperiencia; además de que será facil convencernos de esta verdad si reflexionamos que para conocer

perfectamente á una persona se requiere: 1.º que esta descubra todo su corazón, y que toda su vida esté patente á los ojos de quien la estudie: 2.º que quien ha de formar el juicio posea dos cualidades rarísimas, cuales son una esquisita penetración, y una suma imparcialidad, la que depende en gran parte de que la voluntad se halle enteramente libre de toda inclinación en pro ó en contra del que es objeto del juicio; por manera que solo este último requisito basta para manifestar cuánto se engañan los que pretenden tener un claro conocimiento de los sujetos de que con frecuencia hablan en tono muy afirmativo y con falta de datos. Mas si esto pasa con gentes á quienes se oye y se ve ¿qué no sucederá con los personajes que solo pertenecen á la historia? En primer lugar, el historiador por las mismas razones que vengo indicando es bastante probable que no conozca perfectamente al hombre cuya vida escribe; en segundo lugar, puede tener algun interés en desfigurar los hechos ó las intenciones de su héroe. En cuanto al lector, me parece que no debe fiarse mucho de la idea que el historiador quiera darle del carácter de la persona de quien se trata. Además, aun suponiendo que sean tal cual se cuentan todos los hechos, no le bastan solo estos para juzgar: son menester hechos y palabras. Por eso suelen ser mas conocidos que los reyes los escritores, porque en sus escritos vemos la mayor parte del hombre, de modo que quien haya leído la vida y los escritos de Bossuet conocerá su carácter mucho mejor que el de

Luis XIV por mucho que haya tratado de escudriñar y deducirlo de cuanto refiere acerca de él la historia.

Veamos ahora con qué elementos contamos para investigar el caracter del adórbale Salvador. Tenemos de él una infinidad de palabras y hechos consignados indeleblemente en escritores infalibles, que además de su ciencia propia escribian por inspiracion divina. Y entre los muchos fines con que el Espíritu Santo dictó los Evangelios fue uno de ellos el darnos á conocer la persona y caracter del que vino á enseñar doctrina augusta, á ofrecerse por modelo, á instituir religion divina y á restaurar y redimir la degenerada prole de Adán. La ciencia de las ciencias es conocer á Dios. El Hijo del Eterno bajó de las alturas para enseñar lo que era Dios y para mostrarlo en sí mismo. Ahí le teneis en las páginas del Evangelio. Su caracter, como caracter de un Dios, debe ser interesantísimo; debe ser un conjunto de perfecciones inefables; debe ser una manifestacion de divinidad; debe ser..... No es posible espresarlo.

Empero muchas cosas se conciben en globo que acercándonos á mirarlas á su inmediacion como que se desarrollan á nuestra vista en magnífica perspectiva y con muy bellos pormenores. Así el caracter de Dios en la vida de Jesus. Sin embargo, mucho llevamos adelantado con saber de antemano lo que enseña de la divinidad la filosofía ó sea la teología natural; y por lo mismo el caracter del Hombre-Dios nos ha de ser tanto mas interesante cuanto es mas

propio de la curiosidad el procurar completar los conocimientos que se tienen sobre cualquier objeto.

Es envidiable la monarquía que obedece á un excelente rey, envidiables las provincias y ciudades en que mandan magistrados rectos y bienhechores, envidiable la familia cuya cabeza tiene por principales dotes bondadosa condescendencia, benigna caridad, conciliadora prudencia y justiciera firmeza, envidiable la muger á quien el cielo ha dado esposo fiel, apacible y amante, envidiable el hijo á quien Dios ha señalado un padre de caracter dulce, franco, sincero y generoso. Y envidiables nosotros los que vivimos en el reino espiritual cuyo monarca es el divino Salvador, los que habitamos en la mística ciudad, cuyo juez y primer magistrado es el portentoso Amigo de los pobres, los que pertenecemos á la gran familia de la Iglesia católica, apostólica y romana, cuya cabeza invisible es el Hijo de María, los que tenemos por esposo de nuestras almas al que lloraba y resucitaba á Lázaro difunto, los que somos verdaderamente hijos de aquel tierno Padre que como el buen pastor por sus ovejas dió la vida por nosotros, y tan benigno, afable, caritativo, perdonador y milagroso en pro de todos los desvalidos se mostró mientras vivía en el mundo. Bajo este aspecto es inefable consuelo el observar su caracter en los Evangelios. Para esto bastará fijarnos en algunos hechos, y á fin de proceder con algun orden tomaremos por guia al evangelista San Marcos. Principia San Marcos su capítulo segundo contando la milagrosa curacion

de un paralítico, en la cual, singular y graciosa por el modo de introducirlo á presencia del Redentor, se ve que su bondad inmensa se adelanta á nuestros deseos, pues no solamente le curó el cuerpo que era lo que se pretendia, sino tambien el alma perdonándole sus pecados. Pasó el portento de la manera siguiente.

1.º Y despues de algunos dias volvió á entrar en Cafarnaum,

2. Y corrió la voz que estaba en una casa, y concurrieron tantos que no cabian, ni aun en el espacio del alrededor de la puerta; y él les anunciaba la palabra.

3. Y vinieron á él unos que traian un paralítico que era llevado entre cuatro.

4. Y no pudiendo presentárselo por causa de la mucha gente, levantaron el techo de donde estaba, y haciendo una abertura, descolgaron la cama en que estaba echado el paralítico.

5. Y viendo Jesus la fe de ellos, dijo al paralítico: hijo, tus pecados te son perdonados.

6. Y habia alli algunos Escribas sentados, que decian en sus corazones:

7. ¿Por qué habla este asi? Blasfema. ¿Quién puede perdonar los pecados, sino solo Dios?

8. Jesus, conociendo luego con su Espiritu, que pensaban asi dentro de sí mismos, les dijo: ¿Por qué pensais esas cosas en vuestros corazones?

9. ¿Cuál es mas facil decir al paralítico: tus pecados te son perdonados: ó decir: levántate, toma tu cama, y anda?

10. Mas para que sepais que el Hijo del Hombre tiene potestad sobre la tierra de perdonar los pecados (dijo al paralítico)

11. A ti te digo: levántate, toma tu cama, y vete á tu casa.

12. Y se levantó luego; y tomando su cama, marchó á presencia de todos; de suerte, que todos se admiraban, y daban gloria á Dios diciendo: nunca hemos visto cosa semejante.

Repárese cómo aprovecha el piadoso Taumaturgo la ocasión de probar su divinidad con un argumento muy ingenioso y muy sólido. En su reprehension á los Escribas hay una dignidad y un laconismo admirable. No se muestra con ellos acre ni irritado. Y sin embargo, ¡cuánto no los confundiria en su interior descubriéndoles lo que pensaban en sus adentros y manifestándoles con esto mismo que se las habian con un Dios! ¿Y cuál fue el argumento que empleó contra ellos el ofendido Mesías? Un prodigio de su omnipotente misericordia para con aquel desdichado paralítico.

Poco despues murmurando los Escribas y Fariseos de que el Señor comia con publicanos y pecadores, dijoles Jesus: «No son los sanos, sino los enfermos, los que tienen necesidad de médico; no he venido pues á llamar á los justos sino á los pecadores.»

Un sábado entró el Señor en una sinagoga en que se hallaba un hombre que tenia seca la mano derecha; y los Escribas y Fariseos buscando pretexto para

poderle acusar le preguntaron si era lícito curar en sábado, y él dijo al hombre de la mano seca: «Levántate y ponte en medio:» y levantándose se puso en pie. Y Jesus les preguntó: «¿Es lícito en los sábados hacer bien ó mal? ¿Salvar la vida ó dejarla perder?» También les dijo como refiere San Mateo: ¿quién habrá de vosotros que teniendo una oveja, si esta cae en un hoyo en sábado, no la tome y la saque? ¿Cuánto mejor es el hombre que la oveja? Luego es lícito hacer bien en los sábados.» Callaban Escribas y Fariseos. Y el Dios revestido del sayo de nuestra humanidad, mirándolos atentamente con ojos de ira, contristado por la ceguera de sus corazones, dijo al hombre: «Estiende tu mano» y la estendió, y le quedó sana la mano. Y habiendo salido los Fariseos, tuvieron luego consejo con los Herodianos sobre el modo de quitar la vida al divino Maestro.

Este pasage es bellissimo, porque en él me parece que estoy viendo al hombre de la mano impedida levantarse con alegre presteza de su asiento y ponerse en medio de la sinagoga esperando confiadamente que la disputa se ha de decidir bien pronto con su milagrosa curacion. Pero entre tanto ¿cuál sería el estado de su ánimo? Cada palabra que el Señor pronunciaba arguyendo á los Fariseos afirmaria su esperanza y haria palpitar su corazon con mas vivo regocijo hasta que dirigiéndose á él el Rey de la naturaleza le dijo: «estiende tu mano» y la estendió. Sí; me parece que estoy viendo ese escelso señorío y ce-

lestial superioridad con que Jesus habla y manda como en su propia casa hallándose en una asamblea de gente enemiga; me parece que estoy viendo en su augusto semblante esa espresion de severa firmeza con que hace frente á la protervia de sus adversarios y ese dulce imperio de omnipotencia con que obra los prodigios de su bondad. ¡Qué suaves y rápidas transiciones! ¡Cómo sin perder nada de su gravedad pasa velozmente de una reprension á un portento de misericordia, de una mirada de ira á un arranque de taumaturga clemencia! ¿Y no es otro prodigio infernal la inícuca contumacia y deicida saña de aquellos doctores hebreos? Asombra la dureza producida por la corrupcion de la voluntad. Pero esto muestra hasta dónde ha dispuesto Dios que llegue el libre albedrío en el hombre. El que nació aclamado por los ángeles ejercia sobre toda la naturaleza un imperio absoluto haciendo que desaparecieran súbitamente incurables enfermedades, que de pronto se tornára en bonanza la furia de los mares, que los espíritus malignos salieran como cohetes de los cuerpos que poseían y que volviera á entrar la vida en llorados cadáveres, y no subyugaba con sus maravillas el adverso ánimo de aquellos taimados y rabiosos hipócritas. Pero la imponderable fuerza del libre albedrío es un requisito necesario á la justicia de Dios para con sus amigos y enemigos.

Con el suceso que acabo de mencionar principia el capítulo 3.º de San Marcos y concluye contando que la Madre y los parientes inmediatos de Jesus,

:

llamados en el Evangelio sus hermanos, vinieron á verle y se quedaron esperándole fuera de la habitacion donde él se hallaba. Le fue anunciado que le buscaban su Madre y sus hermanos, y él respondió: «¿Quién es mi Madre y mis hermanos? Y mirando atentamente á los que estaban sentados á su alrededor, he aquí, dijo, mi Madre y mis hermanos; porque el que hiciere la voluntad de Dios, es mi hermano y mi hermana y mi madre.»

¡Cuán consolatoria satisfaccion para los que cumplen la voluntad divina el oír al Verbo humanado que los tiene por hermanos y que los ama tanto como si fueran su madre! Pero en semejantes palabras como que mostraba despego á su verdadera Madre. ¡Ah no! ¡Ah no! Lejos de nosotros semejante suposicion. ¿Podia ensalzarla mas que declarándola dos veces madre suya? ¿Porque quién como María por cumplir la voluntad divina mereció ser llamada hermana y madre de Jesus? Admirable conducta la de este soberano Salvador; parece que hiere y desprecia, y en realidad lo que hace es ensalzar y favorecer extraordinariamente. No olviden este aparente rigor los amigos de Dios en la visita de la tribulacion, porque con razon se diria que esa apariencia de severidad con los que mas quiere mostrarse benigno y pródigo de gracias es uno de los distintivos de su misterioso caracter.



San Marcos en el quinto capítulo de su Evangelio pinta admirablemente ese conjunto y mezcla indefinible de escelsa autoridad omnipotente y de dulzura bienhechora, que en los tres años de su vida pública mostró el Salvador divino. Nos le presenta haciendo soberana ostension de su poder sobre el infierno en el hecho de arrojar á una legion de demonios, sobre las enfermedades sanando con solo el contacto de sus vestiduras á una muger, cuyo mal habia resistido toda medicina, y sobre la misma muerte en la magnífica hazaña de restituir viva á sus padres á una niña, cuyo fallecimiento habia hecho resonar aquella casa en estrepitosos alaridos de dolor. Por manera que el Evangelista parece haber bosquejado con rápidas pinceladas los triunfos de Jesus sobre toda especie de males para que siempre espere-mos en su piadosa omnipotencia, sea cual fuere el género de tribulacion que nos agobie. No sé decir qué es lo que resalta mas en el mencionado capítulo, si el imperio omnipotente ó la piedad suma y la suavidad del caracter del Hombre-Dios. Véalo el lector y juzgue.

V. 4. Y llegaron al otro lado del mar, á la tierra de los Gerasenos.

2. Y al salir Jesus de la barca, luego le salió al encuentro un hombre poseido del espíritu inmundo que venia de los sepulcros:

3. El cual tenia en ellos su domicilio, y nadie le podia ya atar, ni aun con cadenas:

4. Porque habiéndole aprisionado muchas veces

con cadenas y con grillos, habia quebrantado las cadenas, y despedazado los grillos; y nadie le podia domar.

5. Y siempre de dia y de noche estaba en los sepulcros, y en los montes gritando, y maltratándose con piedras.

6. Y viendo de lejos á Jesus, corrió y le adoró:

7. Y clamando en alta voz dijo: ¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesus, Hijo de Dios altísimo? Por Dios te pido que no me atormentes.

8. Porque Jesus le decia: Sal de ese hombre, espíritu inmundo.

9. Y preguntó Jesus: ¿Cuál es tu nombre? Y él le respondió: Me llamo Legion porque somos muchos.

10. Y le pedia con instancia que no le echara fuera del pais.

11. Y habia allí cerca del monte una gran piara de puercos paciendo.

12. Y los espíritus le suplicaban diciendo: Envíanos á los puercos para que entremos en ellos.

13. Y Jesus se lo permitió al instante. Y saliendo los espíritus inmundos, entraron en los puercos: y la piara que era hasta de dos mil, se precipitó impetuosamente en el mar, y se ahogaron en el agua.

14. Y los que los guardaban huyeron, y fueron á contarlo á la ciudad y á los campos: y salieron á ver lo que habia sucedido.

15. Y fueron á donde estaba Jesus, y vieron al que era atormentado del demonio, sentado, vestido, y en su sano juicio; y se llenaron de temor.

16. Y los que habian visto lo que habia sucedido al endemoniado y á los puercos, les contaron lo que habia pasado.

17. Y empezaron á pedirle que se fuera de su tierra.

18. Y cuando subia á la barca, le suplicó aquel que habia sido atormentado del demonio, que le permitiera estar en su compañía;

19. Mas Jesus no le admitió, sino que le dijo: Vete á tu casa con tus parientes, y anúnciales lo que el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti.

20. Y fué, y empezó á publicar en Decápoli las maravillas que Jesus habia hecho con él, y todos se admiraban.

21. Y habiendo Jesus vuelto á pasar del otro lado del mar en la barca, concurrió á él mucha gente, y estaba cerca del mar.

22. Y vino uno de los Arquisinagogos, llamado Jayro; y luego que le vió, se echó á sus pies,

23. Y le suplicaba encarecidamente diciendo: Mi hija está á los últimos: ven, pon la mano sobre ella para que sane y viva.

24. Y Jesus fué con él, y le seguia mucha gente que le comprimia.

25. Y una muger que estaba con un flujo de sangre doce años hacia,

26. Y la habian dado mucho que sufrir varios médicos, y habia gastado sus bienes, sin aprovechar nada, antes se hallaba peor;

27. Habiendo oído hablar de Jesus, vino por detrás entre la gente, y tocó su vestido:

28. Porque decia: Si toco, aunque no sea mas que su vestido, quedaré sana.

29. É inmediatamente se secó la fuente de su sangre; y sintió en su cuerpo que habia sanado de su mal.

30. Y conociendo Jesus al instante en sí mismo la virtud que de él habia salido, vuelto á la gente, decia: ¿Quién tocó mis vestidos?

31. Y los discípulos le decian: Ves la tropa de gente que te comprime, y preguntas: ¿Quién me ha tocado?

32. Y Jesus miraba á todas partes para ver la que habia hecho esto.

33. Y la muger temblando de miedo, porque sabia lo que habia pasado consigo, vino á echarse á sus pies, y le dijo toda la verdad.

34. Y Jesus la dijo: Hija, tu fe te ha sanado, vete en paz, y goza la sanidad de tu mal.

35. Estando él todavía hablando, llegaron de casa del Arquisinago, diciendo: Tu hija ha muerto; ¿para qué das al Maestro el trabajo de ir mas lejos?

36. Y oyendo Jesus lo que se decia: dijo al Arquisinago: No temas: solamente ten fe:

37. Y no permitió que nadie le siguiera, sino Pedro, y Santiago, y Juan hermano de Santiago.

38. Y llegan á la casa del Arquisinago, y ve el alboroto, y la gente que lloraba, y daba grandes alaridos:

39. Y entrando les dice: ¿Por qué os turbais y llorais? No está muerta la niña sino dormida.

40. Y ellos se burlaban de él. Pero Jesus, echándolos fuera á todos, tomó consigo al padre, y á la madre de la niña, y á los que estaban con él, y entró á donde la niña estaba echada.

41. Y tomando á la niña de la mano, la dijo: Talitha cumi, que quiere decir: Niña (yo te lo mando), levántate.

42. Y al instante se levantó la niña, y empezó á andar (y era de edad de doce años), y ellos se llenaron de un grande espanto.

43. Y Jesus les mandó encarecidamente que á nadie se lo hicieran saber: y dijo que la dieran de comer.

*(Traducción del P. Petite.)*

No solo está aquí el augusto caracter del Todopoderoso humanado: tambien se ve el de los fieros demonios en el primer pasaje. Su gusto es rugir entre sepulcros á lo que están acostumbrados porque el infierno es un inmenso sepulcro de eternidad, de donde jamás se sale y en el cual se vive para la muerte y para la desesperacion como aquel infeliz obseso que sin cesar ardia en furor espantoso: su fiereza es tal que allí donde están ellos reina el pavor y la desolacion como en aquella comarca lúgubre de donde huian las gentes temiendo la ferocidad del rabioso endemoniado: su espíritu es un espíritu de tétrica melancolía consejera del suicidio, como la de aquel desdichado que despedazaba sus vestidos y se golpeaba

con piedras y se escondia entre los sepulcros. Triste cosa debe ser pasar los dias y las noches de la eternidad entre las garras de los demonios. Pero si queremos librarnos de ellas busquemos á aquel en cuya presencia se convierte en miedo y temblor el formidable poderío del averno. ¡Bello espectáculo ver á esa indómita fiera cómo corre á postrarse ante el Señor y le suplica que no le atormente y no le eche fuera de aquel pais! No resiste á su voz imperiosa que le manda salir del hombre, pero como al árbitro de su libertad le ruega que le permita emplear su insaciable furia en una piara de puercos, porque le es muy duro estar un instante sin hacer daño á las criaturas. Y aquí hay que admirar la benigna condescendencia del Salvador con el espíritu inmundo, condescendencia que se concilia y se hermana con su justicia que debia castigar á los dueños de los puercos, porque eran estos unos animales de carne prohibida por la ley. ¡Y cuánto, cuánto de novedad, y argumento de asombro! Cierto que si la curiosidad de ver dos animales furiosos, tigre y toro, atrajo al desusado espectáculo á una gran parte de la poblacion de la corte de España al recinto en que habia de mostrarse el furor de uno y otro combatiente, mucho mas digno de correr á presenciarlo sería aquel transformarse repentinamente en locos furibundos nada menos que dos mil puercos, y saltar por los montes con inaudita celeridad y despeñarse con ímpetu y precipitarse en el profundo piélago y desaparecer y hundirse ahogado en un momento un ejército de cer-

dos, que por lo regular son pesados y gordos y perezosos. Terror produjo en los habitantes de la comarca este hecho maravilloso. Pero ah! ¡Cuán otra, cuán hermosa, cuán grata, cuán salvadora y celestial fue la transformacion que en sí experimentó el morador de los sepulcros al verse libre de una legion de espíritus infernales! Su gozo, su gratitud, su amor al que obró en él el insigne prodigio sin duda alguna que serían superiores á todo encarecimiento. ¡Ay! Mil veces ha obrado con nosotros igual maravilla este Dios de misericordia siempre que en el sacramento de la penitencia nos ha absuelto de nuestras culpas el sacerdote encargado de perdonarnos: han desaparecido las tempestades de nuestra conciencia, y del dominio feroz del príncipe de las tinieblas hemos pasado á la dulce tranquilidad de los hijos de Dios. ¿Y ni siquiera pensamos en tan consolador beneficio? ¿Y no lo agradecemos cual es justicia hacerlo? ¿Y no sentimos en nuestro corazon una llamada de amor al que tanto bien nos hizo?.....

Tambien me parece muy bello el que á un suceso de tal estrépito y asombro siga inmediatamente el de la Hemorroisa, en el cual todo es plácido, suave y apacible. Encanta la viva fe de esta pobre muger. ¡Cuánto no se alegraria con el venturoso éxito de su santo atrevimiento! Pudorosa y modesta contaba ya con disfrutar en silencio del milagro obtenido; pero el Señor burla su sigilo y descubre su fe y la gracia que ha sacado con solo tocar furtivamente sus vestiduras. Esta muger era verdaderamente humilde, por-

que despues de haber alcanzado el milagro aún temblaba de miedo y fue á echarse á los pies de su Bienhechor. Jesus viendo su humildad la ensalza sobre manera atribuyendo á su fe su repentina curacion y dándole el dulce nombre de hija. ¡Cuán amable estaria el semblante y cuán suave todo el aspecto y hasta la modulacion de la voz en el benigno Salvador cuando le dijo: «¡Hija, tu fe te ha sanado!» Estas palabras muestran la dulzura de su corazon y lo blando de su caracter. Mas no olvidemos que la enferma sin lograr curarse habia gastado en médicos todos sus bienes, y que así son vanos para curar la inmoralidad de un pueblo todos los razonamientos de los escritores, todas las instituciones, reglamentos, policias y tribunales de los gobiernos si la Religion con sus remedios celestiales no corta de raiz el mal. Vanos son todos nuestros afanes para cicatrizar las heridas que el dolor ha abierto en nuestra alma si no vamos á que nos cure radicalmente ese Dios de bondad, que es la única fuente del verdadero consuelo. Los que han escrito acerca de la adorable Eucaristía, con mucha razon y oportunidad recuerdan el suceso de la feliz Hemorroisa; porque en efecto, si esta con solo tocarle el vestido alcanzó tanto ¿qué no podrá esperar quien le reciba en su pecho y le coma sacramentado y se le estreche consigo y se haga una misma cosa con él?

«No es V. hombre de gusto: V. no lo entiende» era lo único que podria decirse á quien no reconociera y admirara la belleza de la resurreccion de la

hija de Jairo. Sin embargo, notaré la delicadeza de estas palabras del Señor: *Puella non est mortua; sed dormit*: la niña no ha muerto: está *dormida*: bellísima espresion, que en boca del Autor de la vida produciría en los corazones de sus padres una emocion inesplicable. Figurémonos que esto sucede con una hija nuestra..... Hasta la edad de doce años, edad interesante en las niñas, edad de hermosura, edad en que se siente infinito su muerte, edad en que aún se trasluce en el virginal semblante el hechicero brillo de la inocencia, realza con respecto á la niña aquel tan misterioso y suave *está dormida*, porque el sueño de una niña parece mas hermoso y mas apacible que el de una muger adulta. Pero es el sueño de la muerte..... ¿Qué importa si á quien lo dice le es tan facil como despertar á un dormido el resucitar á un muerto? «Niña, levántate.» Y la niña se levanta y anda. ¡Ah! ¿Qué sería lo primero que hiciese? Yo me la figuro precipitándose en los brazos de su madre enloquecida de gozo.....



---

---

## CAPITULO IX.

### **Continuacion del mismo asunto.**



Los milagros de Jesus nos revelan la benignidad y dulzura de su caracter: los portentos del antiguo Testamento eran en su mayor parte terribles y producian espanto y muerte: los de Jesus son todos de bondad; y aun las dos veces que airado arrojó del templo á los profanadores que en él vendian y compraban, no les hizo daño alguno, pues el instrumento de su furor fueron unos cordeles que formaban una especie de azote, y cuando con un prodigio en el huerto de Getsemaní derribó en tierra á la cohorte romana que iba á prenderle, acto continuo le permitió volverse á levantar para proseguir la tragedia del inhumano deicidio. Verdad es que la naturaleza se trastornó en su muerte; pero ni el sol que se vistió de luto produjo alteracion dañina, ni la tierra que se estremeció de espanto, arruinó ciudad alguna, ni pueblo ni aldea, ni los montes que abriéndose descubrieron sus entrañas, devoraron á nadie, ni con partirse las piedras hicieron daño á nadie, ni los sepulcros

con soltar su presa reclamaron nuevas víctimas; muchos resucitaron, pero de nadie se ha escrito que muriese por milagro. Todos los del Mesías se dirigian á hacer bien. Muchas veces se murmuró de él, se desoyó su doctrina, se le tendieron ruines asechanzas, se conspiró contra su vida, y el Obrador de infinitos portentos ni uno solo hizo para vengarse de sus enemigos. Repito que sus maravillas eran otros tantos beneficios. Hablen los hechos; hable San Marcos en su capítulo sexto.

V. 30. Y volviendo los Apóstoles á Jesus, le contaron todas las cosas que habian hecho y enseñado.

31. Y él les dijo: venid aparte á un lugar desierto, y descansad un poco. Porque eran tantos los que iban y venian que ni aun para comer tenian tiempo.

32. Y subiendo á una barca, marcharon á un lugar apartado en el desierto.

33. Pero los vieron ir y lo supieron muchos, y concurrieron de todas las ciudades yendo por tierra á aquel sitio y llegaron antes.

34. Y al salir Jesus, vió muchas gentes, y se compadeció de ellos, porque estaban como ovejas sin pastor, y empezó á enseñarles muchas cosas.

35. Y haciéndose ya muy tarde, se llegaron sus discípulos diciendo: este lugar es desierto, y la hora ya ha pasado:

36. Despáchalos para que yendo á las granjas y lugares próximos compren alimentos que comer.

37. Y respondiendo él, les dijo: dadles vosotros de comer. Y ellos le dijeron: pues vamos á comprar pan con doscientos denarios, y les daremos de comer.

38. Y Jesus les dijo: ¿Cuántos panes teneis? Id y vedlo. Y habiéndolo mirado, dijeron: cinco y dos peces.

39. Y Jesus les mandó que hicieran sentar á todos sobre la yerba verde, divididos en ranchos:

40. Y se sentaron en ranchos, unos de ciento y otros de cincuenta.

41. Y tomando Jesus los cinco panes y los dos peces, mirando al cielo, bendijo, y partió los panes, y los dió á sus discípulos para que los pusieran delante de ellos: y repartió á todos los dos peces.

42. Y todos comieron y quedaron satisfechos.

43. Y recojieron de lo que sobró doce cestos llenos de pedazos de pan, y de los peces;

44. Y eran los que habian comido cinco mil hombres.

45. Y luego mandó á sus discípulos que subieran á la barca, y pasasen antes que él del otro lado hácia Bethsaida, mientras que él despedia al pueblo.

46. Y habiéndole despachado, subió á orar al monte.

*(Traduccion del P. Petite.)*

Con mil amores hubiera yo seguido al Señor á su desierto, porque en tal sitio y sobre la verde yerba sería cosa muy esquisita saciar el hambre con los panes y los peces del milagro y en compañía de tanta gente venida de lejos y de buen corazon puesto que

se alimentaba con la doctrina del cielo salida de los divinos lábios del Verbo encarnado. A tal convite hubiera yo asistido de mejor gana que al de Asuero; pues habia de ser espectáculo plácido el ver á los alegres apóstoles que iban ordenando aquel banquete y recorrían la populosa pradera distribuyendo á viejos encorvados, á jóvenes festivos, á hombres de juicio, á piadosas mugeres y á niños bulliciosos panes y peces improvisados y no esperados. Santo asombro pintado en los semblantes de todos daría á aquella comida una novedad, un aspecto y una importancia indefinible. ¡Oh quién hubiera oído lo que decían tantos y tantas como se regalaban con el prodigio! ¡Oh quién hubiera visto lo que pasaba en sus corazones! ¡Oh quién hubiera gustado la delicia que sentía su paladar! ¡Oh quién hubiera participado de sus sentimientos de amor y de encendida gratitud á su bienhechor Maestro! Y este entre tanto se retira á un monte á orar.....

San Marcos termina su capítulo séptimo con la relacion de un milagro muy notable. Presentaron al Señor un sordo y mudo rogándole que le impusiera las manos. Tan seguros estaban los testigos de sus maravillas de que la mano de Jesus do quiera que tocase habia de hacer desaparecer todo género de males. El Hijo de la Virgen, dice un espositor que sacó de entre la turba y llevó consigo aparte al sordo mudo para denotar que los males del alma difícilmente se curan entre el estrépito del siglo y entre el tumulto y confusion del mundo. Con solo leer el

Evangelio se echará de ver la hermosa variedad de escenas y circunstancias que ofrecen las admirables curaciones que hacia Jesus, variedad llena de profundos misterios y de utilísimas enseñanzas que en gran manera contribuye á hacer mas grata y amena su historia. En esta ocasion metió sus divinos dedos en los oidos del sordo mudo y le tocó la lengua con saliva de su adorable boca como para comunicarle mas inmediatamente la poderosa virtud de su sagrada humanidad; y luego alzó los ojos al cielo para indicar que de allí bajaba toda gracia, y dió un gemido para mostrar su compasion amorosa, porque ciertamente no le arrancaria suspiros la dificultad que hallase en obrar el milagro puesto que en el momento que dijo *Epheta*, ábrete, se abrieron los oidos del sordo y se desató el impedimento de su lengua y comenzó á hablar claramente el mudo.

¿Quién hubiera contado el milagro de la multiplicacion de los siete panes con la sencillez del Evangelista Marcos en su capítulo octavo sin la menor señal de admiracion y sin acompañar el suceso de una sola reflexion? Pero tal es la inalterable costumbre de los Evangelistas. En este pasage se leen algunas palabras del Señor que manifiestan la compasiva ternura de su bondadoso corazon y por tanto interesa copiarlo.

V. 4. En aquellos dias sucedió segunda vez, que habiendo muchas gentes con Jesus, y no teniendo que comer, llamó á sus discípulos, y les dijo:

2. Tengo compasion de este pueblo porque ha

ya tres dias que están conmigo; y no tienen que comer:

3. Y si los despidio en ayunas para su casa, desfallecerán en el camino; porque algunos de ellos han venido de lejos.

4. Y sus discípulos le respondieron: ¿De dónde les podrá nadie saciar de pan aquí en el desierto?

5. Y él les preguntó: ¿Cuántos panes teneis? siete, respondieron ellos.

6. Y Jesus mandó á la gente que se sentase sobre la tierra: y tomando los siete panes, dando gracias, los partió y los dió á sus discípulos para que los pusieran delante de la gente, y los pusieron:

7. Tenian tambien unos pocos pececillos, y tambien los bendijo, y mandó dárselos.

8. Y comieron y quedaron satisfechos: y de los pedazos que sobraron se recogieron siete espuertas.

9. Y los que habian comido eran como cuatro mil: y los despidió.

No he hecho mas que indicar la variedad de escenas que presenta la vida de Jesus aun concretándose á solo sus milagrosas curaciones, pero en verdad que la de ningun otro personage puede compararse con ella bajo este punto de vista; asi es que en los Evangelios resalta esta cualidad preciosa hallándose en un mismo capítulo una sorprendente diversidad de cosas. ¡Qué contraste no forma en el noveno de San Marcos la pintura de los padecimientos de aquel joven poseido por un espíritu mudo con lo de abrazar Jesus á un niño diciendo á sus discípulos:

cualquiera que recibiere á uno de estos niños en nombre mio, á mí me recibe! En el décimo vuelve á ofrecérsenos la patética escena de otro abrazo á los niños y en el mismo capítulo está aquel terrible anatema en que el Juez eterno afirma que es mas facil que un camello pase por el ojo de una aguja que el que entre en el reino de los cielos el hombre que se deja avasallar por sus riquezas, y poco despues se halla la lúgubre profecía que al subir á Jerusalén hace de sí mismo y de su pasion y muerte el que con el derramamiento de su sangre adquirió el noble título de redentor nuestro. He aquí los versiculos que espresan la predileccion con que el Señor ama á los niños.

V. 13. Y le presentaban unos niños para que los tocase. Pero los discípulos amenazaban á los que los presentaban.

14. Viendo lo cual Jesus, lo llevó muy á mal, y les dijo: dejad venir á mí los niños, y no se lo estorbeis, porque de estos tales es el reino de Dios.

15. En verdad os digo: Cualquiera que no recibiere el reino de Dios como un niño, no entrará en él.

16. Y abrazándolos y poniendo sobre ellos las manos, los bendijo.

En el capítulo undécimo de San Marcos promete Jesus que se recibirá todo lo que se pidiere en la oracion y aconsejando el perdon, es decir desterrando el ódio, promueve uno de los mayores bienes cual es la paz del alma que no puede vivir en compañía

del aborrecimiento. En el duodécimo es muy consolatoria la alabanza que hace el Señor de la pobre viuda que echó su limosna en el gazofilacio. Muchas almas están pesarosas porque no pueden trabajar mucho en servicio de su Dios, y el Salvador las consuela manifestando con este ejemplo que quien hace lo que puede, aunque sea muy poco, es digno de loor y recompensa en el reino de los cielos. Y en el siguiente capítulo que es el decimotercio, donde todo parece terribilidad y espanto porque en él se discurre largamente del juicio final y de las formidables señales que han de precederle, hallo yo profundo argumento de consuelo. El Señor es quien habla y sus discípulos le dan ocasion admirando la magnificencia del templo de Jerusalén. El Hijo de Dios les contesta: «No quedará piedra sobre piedra:» No envidien los pobres los palacios de los ricos, porque de ellos algun día no quedará piedra sobre piedra. Consuélense todos los atribulados porque sus trabajos, por grandes que sean, son mucho menores que aquellas espantosas tribulaciones que han de afligir á los hombres que vivan al fin del mundo. Consuélense los inocentes cuando se vean calumniados, porque vendrá un día de juicio universal en que el soberano Juez de vivos y muertos haga patente su inocencia á la faz de todas las generaciones disipando con sus rayos de gloria las melancólicas sombras de la alejosa calumnia. Así se encuentra dulzura y consuelo aun en las mas terribles palabras de Jesucristo, de modo que con razon se diria que en el caracter del

Hombre-Dios se descubre una mina de bondad aun en medio de los mayores rasgos de su tremenda justicia. Al lado de esta vemos siempre á la misericordia y el amor y la ternura en medio de los mas asombrosos rayos de la majestad divina. De tal suerte en el monte de la transfiguracion en que se ostenta la soberanía de Jesus sobre todos los tiempos y sobre todos los mundos, pues vienen de lejos á hacerle la corte los personajes mas sublimes de los siglos antiguos, y su divinidad se manifiesta en medio de un océano de gloria, se trata de los misterios de amor y de dolor con que ha de obrarse la redencion de los hombres. Con solo tres apóstoles habia subido el Legislador y Maestro á la cima del Tabor á la hora en que la noche principiaba á enseñorearse de la tierra, y Pedro, Juan y Santiago se rindieron al sueño mientras Jesus hablaba con su Eterno Padre en oracion solitaria. Despertaron antes de amanecer, pero en aquella cumbre ya habia salido el sol de la Divinidad y la tenia inundada en vivísima luz de gloria. Moisés y Elías estaban al lado del Señor transfigurado. ¡Moisés y Elías! ¡Oh qué hombres!..... Y el coloquio del Hijo del Altísimo con estos personajes de otros mundos en aquellos solemnes momentos en que se hacia magnífica ostension de gloria divina, versaba sobre dolores, sobre ignominia y muerte como para enseñar que en la cumbre de la gloria mundana está el mayor peligro de caer en un abismo de infortunio, y como para señalar el camino de la gloria eterna que es la cruz y mostrar la íntima

conexión de los padecimientos con la dicha inmortal. Los tres apóstoles entraron en un éxtasis de asombro y una voz de amor venida del cielo en que el Eterno Padre declaraba que aquel era su hijo muy amado en quien tenía todas sus complacencias, los derribó por tierra como absorbiéndolos en un nuevo éxtasis de religioso terror. ¡Pero ah! Este mismo Jesús que por su gloria y magestad los abismó en pavor, deponiendo la ostentación de su poderío se llega á ellos para curarlos de espanto y con bondad infinita les dice: «No temais.» He aquí en un solo punto de vista la gloriosa magestad de un Dios formidable y la dulce ternura de un padre bondadoso.

No he dicho todo lo que pasó en el monte de los prodigios para dejar que San Marcos complete con su sagrado testo la narración de este suceso admirable.

V. 1. Y seis días después tomó Jesús á Pedro, y Santiago y Juan; y separadamente los llevó solos á un monte alto, y se transfiguró delante de ellos.

2. Y sus vestidos se pusieron resplandecientes y muy blancos como la nieve, y como ningún lavadero puede blanquearlos en la tierra.

3. Y se les aparecieron Elías y Moisés que hablaban con Jesús.

4. Y hablando Pedro, dijo á Jesús: Maestro, bueno es estarnos aquí: Hagamos tres pabellones, uno para ti, otro para Moisés y otro para Elías:

5. Porque no sabía lo que decía, por estar espantados de temor.

6. Y se formó una nube, que les cubrió, y salió de la nube una voz, que decia: este es mi Hijo muy amado: oidle.

7. Y mirando ellos luego á todas partes, á nadie mas vieron, sino á Jesus solo con ellos.

8. Y bajando del monte, les mandó que á ninguno contasen lo que habian visto, sino despues que el Hijo del Hombre resucitase de entre los muertos.

9. Y ellos tuvieron la cosa secreta en sí mismos, disputando entre sí sobre lo que querrian decir estas palabras: despues que resucitase de entre los muertos.



---

---

## CAPITULO X.

### Continuacion del mismo asunto.

---

San Juan el Evangelista de la caridad dice que si hubieran de escribirse todas las maravillas de Jesus, no cabrian en el mundo los libros que hablaran de ellas. Son muchas las que refiere el Evangelio, y entre tantas hasta es dificil elegir las mas notables. Hallábase en Caná de Galilea donde habia convertido el agua en vino. Y habia allí un ministro del rey, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaum. Este habiendo oido que venia Jesus de la Judea á Galilea, fué á estar con él, y le pidió que fuese á su casa, y curase á su hijo, que estaba para morir. Dijole Jesus: «Vosotros á no ser que veais milagros y prodigios, no creéis.» Díjole el ministro: «Señor, ven antes que muera mi hijo.» Díjole Jesus: «Anda, que tu hijo vive.» Creyó este hombre lo que le dijo Jesus, y marchó. Y cuando ya iba en el camino, le salieron al encuentro sus criados, y le dijeron que su hijo vivia. Preguntóles por la hora en que se habia hallado mejor: y le dijeron, ayer á la hora séptima le dejó la fiebre. Conoció por aquí el padre que esa era la hora en que le

dijo Jesus: Tu hijo vive: y creyó él y toda su casa. (*San Juan, cap. 4.*) El Señor contestó á la primera súplica de este potentado como reprendiéndole con cierta especie de aspereza: insistió el magnate en rogar, y aunque su fe era imperfecta, obtuvo mas de lo que solicitaba, pues sin tardar en ir el Dador de la salud á su casa como él lo pretendia, curó á su hijo diciéndole: «Anda, que tu hijo vive.» Bella apariencia de desabrimiento la que termina concediendo mas de lo que se pide. Y magnífico poderío el de aquel que sin moverse de donde se halla y sin mandar á nadie que ejecute sus órdenes y sin accion alguna visible cura á un moribundo que está lejos. Lo mismo hizo con el criado del Centurion, cuya fe ensalzó el Señor y cuyas palabras de humildad pronuncian los fieles cuando van á recibir en su pecho al supremo Hacedor de maravillas: «Señor, yo no soy digno de que entres debajo de mi techo; pero di solamente una palabra.....» En el primer suceso el Hijo del Eterno rehusaba ir á casa del Régulo á curar á su hijo, y en el segundo ya estaba en camino para curar al criado del Centurion: habia dicho: «Yo iré y le curaré.» Y entonces fue cuando aquel edificante capitán romano pronunció las célebres palabras que acabo de mencionar. Los pobres y los de baja esfera deben amar mucho al adorable Redentor, porque está vista la predileccion con que los mirã. Pero tampoco niega sus favores á los grandes de la tierra, que unos y otros son criaturas suyas y todos le deben el sér y la redencion obrada con su sangre. Solo con los que le

resisten es severo el Hijo de la Virgen Madre. Repárese en el modo con que habla á los Fariseos que le habian convidado y en la generosa prontitud con que espontáneamente cura á un hidrópico, que por dicha se puso delante de sus ojos. San Lucas lo cuenta en los términos siguientes.

V. 1. Y sucedió que entrando Jesus en casa de uno de los principales Fariseos á comer en un dia de sábado, ellos le estaban acechando.

2. Y he aquí que un hombre hidrópico se hallaba delante de él.

3. Y Jesus, tomando la palabra, dijo á los doctores de la ley, y á los Fariseos: ¿Es lícito curar en el sábado?

4. Mas ellos callaron. Y él, tomando con la mano al hidrópico, le sanó, y le despachó.

5. Y dirigiéndose á ellos, les dijo: ¿Quién de vosotros no sacará luego del pozo á su asno ó su buey, si ha caido en él el dia del sábado?

6. Y no podian responderle á esto.

7. Y reparando que los convidados escogian los primeros asientos, les propuso una parábola, diciéndoles:

8. Cuando fueres convidado á algunas bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que otro mas honrado que tú, esté tambien convidado;

9. Y viniendo el que á ti y á él os convidó, te diga: Da tu lugar á este; y entonces tengas la vergüenza de ser puesto en el último lugar.

10. Mas cuando fueres convidado, ve, y ponte

en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube mas arriba. Entonces serás honrado en presencia de todos los que estuvieron á la mesa,

11. Porque todo aquel que se ensalza será humillado, y el que se humilla, será ensalzado.

12. Y decia tambien al que le habia convidado: Cuando des alguna comida ó cena, no convides á tus amigos, ni á tus hermanos, ni á tus parientes, ni á los vecinos que son ricos: para que no suceda que te conviden tambien ellos á ti, y quedes recompensado.

13. Mas cuando tuvieres algun banquete, convida á los pobres, á los tullidos, á los cojos y á los ciegos:

14. Y serás bienaventurado, porque no pueden recompensarte; pero se te recompensará en la resurreccion de los justos.

15. Habiendo oido esto uno de los que estaban á la mesa, le dijo: Bienaventurado el que comiere pan en el reino de Dios. (*Luc. cap. 14.*)

Pero aún es mas notable la enérgica firmeza de Jesus y su piedad para con los desvalidos enfermos en el siguiente pasage, en el cual se advierte que él mismo llamó para curarla á una infeliz muger, lo que manifiesta que le basta ver miserias para compadecerse y desear remediarlas. San Lucas dice en su capítulo decimotercio.

V. 10. Y enseñaba Jesus en la sinagoga los sábados.

11. Y he aquí que había una muger poseida de un espíritu, que hacia diez y ocho años la tenia enferma, y andaba encorvada, y no podia mirar hácia arriba.

12. Viéndola Jesus, la llamó á sí, y la dijo: Mugger, estás libre de tu enfermedad:

13. Y puso sobre ella las manos y al instante se enderezó, y daba gloria á Dios.

14. Y el presidente de la sinagoga, indignado porque Jesus habia curado en el sábado, dijo al pueblo: Seis dias hay destinados para trabajar: venid, pues, en ellos á ser curados, y no el dia del sábado.

15. Y respondiéndole el Señor, dijo: Hipócritas, ¿cada uno de vosotros no desata del pesebre su buey ó su asno en el sábado, y le lleva á beber?

16. ¿Pues por qué esta hija de Abrahám, á quien Satanás tenia atada diez y ocho años hace, no debia ser desatada de este lazo en el dia del sábado?

17. Y á estas palabras quedaron avergonzados todos sus contrarios: y todo el pueblo se alegraba de todas las obras gloriosas que él hacia.

Aunque no todos los milagros del Redentor de nuestro linage puedan tener aquí facil cabida, el de la curacion súbita de aquel paralítico de la piscina, cuyo espíritu hacia treinta y ocho años que vivia en solo piel y huesos detenido, está reclamando un lugar honroso en estas páginas, porque en aquella piscina, á cuyas aguas bajaba un angel á restituir la salud al primer enfermo que lograra introducirse en el prodigioso estanque, representaba el salutífero baño

del bautismo como tambien el sacramento de la penitencia, y los cinco pórticos por donde se entraba á ella eran una imagen de las cinco llagas del divino Mediador. Este Rey de misericordia viendo tantos infelices al rededor de la piscina esperando la bajada del angel para disputarse el prodigio de su curacion, puso los ojos en el mas desdichado y le preguntó misteriosamente si queria sanar, para dar á entender, segun dice un piadoso intérprete, que es necesaria la voluntad del enfermo para librarse de los males del alma. «No tengo hombre,» respondió el desvalido; y cabalmente por eso, porque no habia quien mirára por él el de entrañas misericordiosas se habia llegado á hablarle. ¡Ah! El que no encuentra quien le socorra en este mundo, tiene de su parte á Dios. Tambien me llama la atencion la brevedad de los diálogos entre Jesus y los desventurados á quienes cura. Son notabilísimos los tales diálogos, á los que cuadra perfectamente el epíteto de divinos. Ni es menos admirable por su laconismo, sencilla rapidez, limpieza y orden la forma de las narraciones evangélicas. Tengo por bellísima (atendiendo á estas preciosas cualidades) á la que del mencionado caso del paráltico hace San Juan en su capítulo quinto. Hable el apostol que se reclinó dulcemente sobre el pecho de su divino Amigo.

V. 1. Despues de esto era dia de una fiesta de los Judíos, y fué Jesus á Jerusalén.

2. Y hay en Jerusalén la Piscina probática, llamada en hebreo Bethsaida, que tiene cinco pórticos,

3. En los cuales yacia gran muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos, y paralíticos que estaban esperando que se moviese el agua.

4. Porque un angel del Señor bajaba en cierto tiempo á la piscina, y movia el agua. Y el primero, que despues de movida el agua entraba en la piscina, quedaba curado de cualquiera enfermedad que tuviese.

5. Y habia allí un hombre que hacia treinta y ocho años que estaba enfermo.

6. Viéndole Jesus echado, y conociendo que ya tenia mucho tiempo de enfermo, le dijo: ¿Quieres ser curado?

7. Respondióle el enfermo: Señor, no tengo hombre, que despues de revuelta el agua, me meta en la piscina: y mientras que yo llego, baja otro antes que yo.

8. Díjole Jesus: Levántate, lleva tu cama, y marcha.

9. Y al instante quedó sano aquel hombre, y tomó su cama, y empezó á andar. Y era sábado aquel dia:

10. Y los Judíos decian al que habia sido curado: Hoy es sábado, no te es lícito llevar tu cama.

11. Respondióles él: Aquel que me curó, me dijo: Toma tu cama y anda.

12. Preguntáronle ellos: ¿Quién es ese hombre que te dijo: toma tu cama, y anda?

13. Pero el que habia sido curado no sabia quién era: porque Jesus se habia retirado del tropel de gente que estaba en aquel lugar.

14. Despues le halló Jesus en el templo, y le dijo: Mira que ya estás sano: no peques en adelante, para que no te suceda alguna cosa peor.

15. Fué aquel hombre, y contó á los Judíos que era Jesus el que le habia sanado.

Véase en el divino original la curacion de aquel leproso que adorando á Jesus desde lejos le decia: «Señor, si quieres me puedes limpiar» y quedó limpio con solo tocarle la mano de Jesucristo, la de aquellos otros diez leprosos, de los cuales solo uno volvió á darle las gracias, la del lunático, la del energúmeno que estaba en la sinagoga, la del endemniado á quien no pudieron curar los discípulos, y otras varias que sería prolijo enumerar y á las cuales puede aplicarse cuanto en las anteriores he venido observando.

El Salvador acababa de obrar el prodigio de una resurreccion, cuando dos infelices ciegos sintiendo que pasaba cerca de ellos empezaron á clamarle: «Compadeceos de nosotros, hijo de David.» Y verdaderamente que un ciego es digno de compasion profunda, porque para él está muerta toda la belleza del universo. En vano se esconde y al otro dia despliega el sol su manto de esplendores; para él no hay mas que eternas tinieblas. En vano se viste la naturaleza de floridas galas en la risueña primavera; para él no hay mas que eternas tinieblas. En vano ostentan los árboles sus ricos y variados frutos, su pomposo follaje y lozanía, las flores sus delicados matices, el horizonte sus purpuradas nubes de caprichosas figuras,

la tierra sus colinas, sus valles y sus prados y la mano del hombre las obras de su ingenio y los atrevidos primores del arte, encantadoras pinturas, admirables estatuas, magníficos edificios, todo, todo es en vano; para él no hay mas que eternas tinieblas. ¡Ay, la vista del cielo con el océano de luz que lo inunda de dia y con el ejército de estrellas que lo puebla de noche, y la beldad de los niños y el interesante aspecto de los hombres y de las mugeres no es para él! Para él no hay mas que tinieblas, inconsolable tristeza, lastimosa ignorancia de cuanto le rodea y continuo peligro porque todo cuanto le circunda es un enemigo con quien puede tropezar y matarse. ¡Ay, con cuán hondo sentimiento clamarian aquellos ciegos: «Compadeceos de nosotros!» Y el Hijo de David se compadeció de ellos é hizo que para ellos resucitara de repente ese mundo de hermosura que para ellos estaba muerto. ¡Pero qué dicha! La primer belleza que se presentó á sus ojos fué la del Hombre Dios, cuya piedad les dió una nueva vida disipando aquella triste noche en que vivian como en tétrico sepulcro.

Ni fué menor la ventura y regocijo de aquel otro ciego, á quien á medida de su fe creciente fue Jesus dando vista por grados, de modo que al ponerle la portentosa mano sobre los ojos y preguntado si veia, respondió: «Veo á los hombres como si fuesen árboles» hasta que llegándose de nuevo á sus párpados la diestra que derramaba prodigios, salió de ella la clara luz, cuya ausencia tanto le habia afligido.

En otra ocasion entraba en Jericó el Hijo de Dios y dos ciegos, que pedian limosna cerca de la puerta de aquella ciudad famosa por sus palmas, advirtiendo que estaba cerca de ellos el que es lumbrera de la eternidad, en vez de pedirle pan pidiéronle luz diciéndole que se compadeciera de ellos. ¿Cómo no habia de compadecerse el Hijo de María? Movióse á piedad de ellos, pero no les otorgó la gracia acto continuo para enseñarnos, dice el Padre Zucconi, que Dios oye nuestras oraciones y nos concede las gracias que le pedimos, aunque nuestros deseos no se cumplan tan pronto. Cuando los ciegos conocieron que el Salvador salia de la ciudad, volvieron á su demanda clamando para que se compadeciera de ellos aquel Señor que á todos los infelices mostraba un corazon de tierna misericordia: las turbas que rodeaban al Redentor juzgando erradamente que el triste clamoreo de los ciegos sería molesto al que solo habia venido al mundo para remediar nuestras miserias, pretendian hacerlos callar reprendiéndoles ásperamente: pero ellos insistian, y hacian muy bien en insistir, porque de su perseverancia en confiar y pedir dependia el favor que obtuvieron. Llamólos Jesus, tocó sus ojos y vieron al instante y para no perder la luz venida del cielo le siguieron hechos discipulos suyos. ¡Cuán dichosa su suerte! Y parecia que Jesus no quisiese oirlos. Lo mismo sucedió con la Cananea: como que la desechaba con desusado desabrimiento y al fin concluyó aquella escena alabando el Señor á la muger humilde por la grandeza de

su fe y librando á su hija del demonio conforme ella lo deseaba.

No tuvo menos resolucion que estos dos venturosos ciegos para seguir y confesar la verdad aquel otro que lo era de nacimiento, y á quien hizo el Hijo de María Virgen el singular favor de darle vista refregándole los ojos con un poquito de lodo hecho con la saliva de su boca divina y mandándole que se lavara en la piscina de Siloé. Presentado ante los fariseos confesó que Jesus le habia curado y los confundió con la fuerza y claridad de sus razones. Este portentoso suceso llena todo el capítulo noveno de San Juan, y allí debieran verse sus interesantes pormenores. Su curacion no fué un efecto de agenas súplicas que intercedieran por él, ni de las suyas propias. Paróse el Señor á mirarle deseoso de mostrar en él la magnificencia de su poderío y misericordia, y sus discípulos le preguntaron por qué pecados habia nacido ciego, si por los propios ó por los de sus padres; y el Señor les contestó que ni él habia pecado ni tampoco sus padres, enseñándonos con semejante respuesta que no debemos atribuir á culpa las desgracias que veamos, pues estas caen tambien sobre los justos que no han pecado como el ciego de nacimiento, el cual segun respetables espositores representaba la gentilidad que el Verbo humanado vino á buscar para iluminarla cuando estaba sentada en las sombras de la muerte; y el polvo con que el Señor hizo el lodo significaba la muchedumbre de los errores del mundo, y su celestial

saliva con que le dió virtud para curar ceguera simbolizaba su doctrina, y el baño de Siloé era una figura de nuestro bautismo, en cuya fuente se abren los ojos del alma á la luz de la fe y desaparece la ceguedad propia del pecado de origen.

Si hasta los ciegos son en la sagrada Biblia personajes interesantes, creo que mas ha de serlo una madre. La que ahora ocupa mi mente y corazon lo es de un joven que era el único que habian producido sus entrañas: el único en quien vivia su esperanza, su amor y su alma; su esposo al bajar á la tumba se lo habia dejado por herencia de cariño y consuelo; pero la muerte se lo arrebató, y ella ya se ha despedido de toda esperanza, de todo consuelo, y va con él á dejarlo junto con su corazon en un sepulcro. Numerosos amigos forman el cortejo melancólico acompañando á la mansion del fúnebre reposo aquella hermosa flor cortada por la guadaña de la inexorable muerte en la primavera de su vida. La triste comitiva acaba de salir con el cadaver por las puertas de la ciudad de Naim, y se encuentra con otra comitiva que rodea á Jesus de Nazaret deseosa de oirle y de ver sus milagros y participar de la efusion de sus gracias. Al pasar junto á la inconsolable viuda le dice el divino Consolador: «No llores.» ¿No ha de llorar una madre junto al cadaver de un hijo único que lleva al cementerio? ¡Ah! lo manda quien es Señor de la vida y de la muerte, y para que al instante se cumpla su extraño mandato, se llega al ataud y lo toca, y se paran los que llevan sobre sus

hombros el féretro; y Jesus dice: «Joven, yo te lo mando, levántate.» ¿Quién habla con un muerto y exige de él nada menos que el que se levante? ¡Y esto sin invocar el auxilio del cielo y con un imperio y una inaudita magestad de lenguaje! Pero á lo extraordinario del mandato corresponde lo prodigioso de la obediencia; el difunto al oír su voz velozmente se sienta en su féretro y empieza á hablar. Así al resonar en el origen de los tiempos la voz de este mismo Señor, de improviso se levantaron del seno de la nada los cielos y la tierra. Luego alargándole Jesus la portentosa diestra le ayuda á ponerse en pie y á saltar del féretro y se lo entrega á su madre para cuyo consuelo venció á la muerte, y el joven en compañía de su madre enagenada de gozo vuelve por sí mismo con ligero paso á su casa de duelo, de donde habia salido para no volver nunca inmóvil y exánime y pálido y helado. Su tierna madre aquel dia se sentaria con él en un banquete de gloria cuando ya no esperaba tener consigo mas que el perpétuo dolor de haberle dejado encerrado bajo una losa hasta el fin de los siglos.

Todo el Evangelio está lleno de señales de haberlo dictado el Espíritu Santo: para mí una de ellas es que los historiadores de Jesus no dicen cómo se llamaban esta viuda de Naim y su hijo resucitado. Semejante asercion parecerá una paradoja á quien no reflexione que los hombres no escriben así. En suceso de *tanta importancia* ¿quién hubiera callado el nombre y apellido de la viuda y de su hijo?..... Tal

omision de nombres propios no hay duda que podrá verse en historias profanas tratándose de acontecimientos de menos valer ó de personas que no representen un papel tan principal en la escena; pero en este caso y en otros varios del nuevo y del antiguo Testamento es un fenómeno el que no se lean nombres propios, porque es contra la natural inclinacion que tiene el hombre á no dejar circunstancia alguna de tanto interés cuando refiere sucesos de agigantada magnitud. Pero Dios no ha de manejarse como nosotros: ha de mostrar en todo una escelsa superioridad é independenciam y no pararse á satisfacer nuestra inutil curiosidad. Sin embargo, las narraciones bíblicas tienen su conveniente plenitud. ¿Pues qué importa para la cabal inteligencia de los sucesos y para la deduccion de las consecuencias el saber cómo se llamaba esa otra viuda de Sarepta, la muger que mató al tirano Abimelech, la otra de Thécua que habló á David en favor de Absalon, la sábia de Abela que arrojó por el muro la cabeza de Seba, ó la muger adúltera del Evangelio, á quien Jesus libró de la muerte en el templo de Jerusalén ahuyentando á sus acusadores y despidiéndola en paz con solo encargarle que no volviese á pecar? Llámese como se quiera aquella pecadora tan benignamente absuelta por el Salvador, el caso no varía de especie y siempre será la misma la grandiosa idea que nos hace formar de la misericordia inmensa de nuestro Juez y Redentor amable.

Y aún fué mayor la caritativa afabilidad con que

perdonó sus muchas culpas á otra famosa pecadora pública, la cual arrepentida corrió á postrarse á sus pies en un banquete, y los besaba y los regaba con sus lágrimas y los enjugaba con sus hermosos y destrenzados cabellos ungiéndolos con odorífero unguento. Célebre por su belleza y por su vida relajada era esta muger, pero noble y rica; en aquel convite estaba el Dios de la santidad, y verla aparecer allí suscitaria en los circunstantes diversas sensaciones. ¡Mas cuál el asombro de ellos cuando vieron que abrazándose á las divinas plantas del Maestro de todas las virtudes se deshacia en lágrimas con muy humilde y muy tierna efusion de amor santo y de profundo dolor! Esta escena de tanta novedad en cualquiera parte apareceria harto singular y rara y patética; pero en casa de un Fariseo y en medio de un banquete habia de ser mas notable. Ella no era de los convidados, ni era esperada, ni era regular que allí se aguardasen sucesos de esta clase donde solo se trataba de comer y de obsequiar al que tan afamado se habia hecho por su enseñanza y prodigios. Sorpresa para los espectadores. El Señor le dijo: «Tus pecados te son perdonados. Tu fe te ha salvado. Vete en paz.» Esta pecadora convertida se llamaba María Magdalena, y Jesus arrojó siete demonios de su pecho. Esmeróse en adelante en amar mucho al Señor que favorecia su casa con su divina presencia. Tenia una hermana y un hermano célebres en la historia del Dios humanado, que se mostró tan amigo de aquella virtuosa familia como se verá en

la siguiente composicion en que he copiado del Evangelio uno de los hechos mas importantes de sus sagradas páginas.

Cuán envidiable Marta porque tiene  
 Por huesped al Señor de tierra y cielo,  
 Al que los orbes hizo de la nada  
 Y los conserva en paz y los sostiene  
 Y de los astros rije el rauda vuelo  
 Y á todo ser da vida regalada,  
 Al que del seno de su Padre vino  
 A hacerse nuestro mediador divino.

Por huesped le recibe y le agasaja  
 Con solícito afan yendo y viniendo  
 De una á otra estancia por servirle ansiosa  
 Y prepararle la comida..... Ataja  
 Su impaciente inquietud reconviendo  
 Su santo Amigo á Marta bulliciosa ;  
 Y ella desde el instante mas atenta  
 Las palabras de vida oye contenta.

¡Qué gozo, qué dulzura, qué delicia  
 Estarse con Jesus en suave calma  
 De su coloquio celestial gustando!  
 Absorta allí la angélica milicia,  
 Que en amar á su Dios lleva la palma,  
 Está de Marta el gozo contemplando,  
 Que embebecida en su amoroso Dueño  
 Como que duerme de la gloria el sueño.

Ya sabe que una cosa solamente  
 Es necesaria de absoluto modo,  
 Y á ella sola atendiendo, sus sentidos,  
 Su corazon y su alma dulcemente  
 Fija en ella, y entrégase en un todo  
 A su contemplacion, desposeidos  
 De su afecto quedando los mortales,  
 Que ama solo los bienes eternos.

Mas el amor divino no es tirano,

Que el cariño legítimo destruya,  
 Ni vínculos de sangre desbarate;  
 Así que viendo á su querido hermano  
 Caer enfermo, la asistencia suya  
 Ni su amor falta á Lázaro, y se abate  
 Su tierno corazón, gime y suspira  
 Porque su muerte aproximarse mira.

Marta afligida y triste Magdalena

¿Qué harán, qué harán? ¿Hay quien enjague el llanto  
 Que corre por sus pálidas mejillas?  
 El que apiadado de su amarga pena  
 Disipára de Lázaro el quebranto  
 Cual supremo obrador de maravillas,  
 Está lejos. ¿Qué harán las infelices?  
 Tú, divino Evangelio, tú lo dices.

Un mensajero envían á su Amado

Que estas mismas palabras fiel le diga:  
 Enfermo está, Señor, el que tú amas.  
 El nuncio desempeña su recado.  
 ¿Pero la infausta nueva no te obliga,  
 Sublime amigo, al que tu amigo llamas,  
 A correr á librar de la embestida  
 Que da la muerte á su indefensa vida?

¿A volar en su auxilio no te mueve

La que ponen en ti tierna confianza?  
 Mira que el mal progresa. Ya en la tumba  
 Entra cadáver el enfermo, y llueve  
 El llanto de las dos por tu tardanza  
 Y su alarido lúgubre retumba  
 En el hogar del funerario duelo,  
 Do se aguardó de ti dulce consuelo.

Ya vas, Señor. ¿Y á qué? ¿A ser testigo

De su inmenso dolor? ¿No merecía  
 Otra cosa su fe, su amor sincero?  
 Esperaban que hicieras con tu amigo  
 Lo que con tantos haces cada día  
 Con solo una palabra su mal fiero

Al abismo lanzando. ¡Y enlutada

¡Ay! á tu encuentro sale Marta amada!

Y al verte esclama con suspiro hondo:

«Si tú, Señor, hubieras aquí estado,

A mi hermano la muerte no le habria

Rendido y puesto en el sepulcro hediondo!»

Cual quien eres, Señor, tú le has hablado.

Marta muestra lo mucho que aún confia

En tu inmensa bondad, y su fe ardiente

Por su Dios te confiesa omnipotente.

Y luego corre á dar la feliz nueva

De tu llegada á su amorosa hermana.

Y ambas vienen seguidas de judios,

Ambas vienen gimiendo y se renueva

Delante tu presencia soberana

La escena de los llantos, hechos rios

Los ojos de las dos suspiradoras.

¿Y tú tambien, ó Salvador, tú lloras?

¡O infinita piedad, piedad sublime!

¡O amor, ó fino amor, amor paterno!

¡O corazon de celestial ternura!

Llora Jesus y conmovido gime

Mezclando su dolor, su dolor tierno

De Marta y Magdalena á la amargura;

Y haciéndose llevar donde reposa

El cadaver, quitar manda la losa.

Y alzando al cielo los divinos ojos

De compasivas lágrimas henchidos,

«Sal del sepulcro, Lázaro,» en voz alta

Con un ay clama, y miembros que despojos

De la muerte eran ya, miembros podridos

Se reaniman, y con vida salta

El que cadáver fue. Todos le miran

Vivo y hablando y el portento admiran.

¡O dicha la de Marta, ó regocijo!

¡O ardiente gratitud la de su pecho!

¡O amor el suyo al que favor tan raro

Le dispensa, que siendo de Dios hijo,  
 Y Dios él mismo, bajo de su techo  
 Hospedarse se digna amigo caro,  
 Dulce amigo del alma, padre, esposo,  
 Que á su muerto da vida generoso!

¡Y hace menos contigo, ó alma mia,  
 Hace menos tu Dios cuando te llama  
 A la oracion, cuando tu mente alumbra,  
 Cuando te da en la augusta Eucaristia  
 Todo su sér divino y busca cama  
 En tu mezquino corazon que encumbra  
 A la vida de gracia cuando ha estado  
 ¡Ay dolor! en la tumba del pecado?.....



---

---

## CAPITULO XI.

### **La vida de Jesus se aproxima á su doloroso término.**



Todo pasa..... Todo se acaba..... Todo espera un término mas ó menos inmediato. Sobre toda criatura está escrita una irrevocable sentencia de muerte. El universo es un morir continuo, un morir de cuanto nace, yerbas, flores, árboles, producciones de toda especie, plantas de toda clase, obras de la mano del hombre, el hombre mismo, el género humano está incesantemente pereciendo, y si aún subsiste naturaleza y si aún hay habitantes sobre la faz de la tierra es porque á los difuntos hace Dios que sucedan otros que están de viaje para la eternidad. ¿Qué somos todos nosotros sino unos caminantes que vamos á la tumba ignorando el dia de nuestra llegada? Las tribulaciones son las piedras que lastiman nuestras delicadas plantas en el sendero de la vida. Mas como el movimiento en que estamos es incesante y cada minuto arrebatá al sepulcro una porcion del tiempo que se nos ha dado para respirar trabajo-

samente el aire de este mundo que huye, al fin llegará el último momento de nuestra peregrinacion que tambien será el último para los acerbos disgustos que nos rodean, para todos los dolores que atormentan nuestros huesos y para todas las aflicciones que angustien nuestra alma. Para quien vive en este valle de lágrimas como en cruel destierro y en duro cautiverio la muerte es el mas dulce bálsamo que apeetece un corazon mortalmente herido, es la suprema esperanza, es el remedio radical. En la noche de la melancolía á veces no se divisa mas aurora que la muerte..... Sí. ¡La muerte! ¡La muerte!.... El pensamiento de la muerte es un opio escelente que adormece, mitiga y calma toda clase de dolores. ¡Ah! ¿Qué le importa á quien piensa en que ha de morir, qué le importa ser rico ó pobre? ¿Qué le importa tener aduladores ó ser menospreciado? ¿Qué le importan las honras, los empleos, el mando y el poder que tan pronto han de acabarse? ¿Qué le importa el que se le agravie y ofenda si el ofensor y el agraviado no han de tardar en desaparecer y ha de acabarse hasta la memoria de uno y otro? El descenso del hombre al sepulcro es la roca en que se estrellan todos sus perseguidores. Acabad de clavar ese puñal en mi pecho, y en adelante ya no podreis hacerme daño alguno.

Pero al salir de este mundo el alma inmortal tiembla porque va á lanzarse en otro en que hay dos estremos, uno de eterna dicha y otro de inmenso y sempiterno infortunio. Además, si la muerte es un

angel de paz que liberta de todos los males, que cura todas las llagas y serena todas las tempestades, tambien es un tirano formidable que viene á arrebatarnos todas las dulzuras de que gozamos aquí, inocente recreo, antiguas aficiones, agradables paseos, joviales conversaciones, amable trato de amigos y parientes, honores, riquezas, comodidades, lisonjeras esperanzas, todo, todo de un solo golpe nos lo quita la muerte. Y viene con aspecto feroz y con ojos de ira y con el brazo levantado para despedazar á su víctima. Y viene rodeada de dolores y acompañada del espanto y del temblor y de la agonía. ¡Ay! Viene, viene infaliblemente, y no es posible huir, y hay que entregar el cuello á su inexorable guadaña que no perdona á los reyes ni á las hermosas. Viene, y viene á llevarnos al tribunal de la eternidad. Contra sus garras no vale arma alguna, ni al caer bajo su dominio vale consuelo humano. Tan solo el Crucifijo, solo el Dios-Salvador es consuelo, esperanza, tesoro, escudo, salud y vida cuando el dardo de la muerte destroza las entrañas del que el mundo abandona. Siempre se teme y se ha temido trance tan espantoso; plaga que siempre amenaza, tremenda sentencia que sin cesar se pregona, inminente peligro que se corre en todos los instantes de la vida; ¡oh cuán acerbo sería su recuerdo sin la pasion y muerte de Jesus redentor!..... Por eso es tan dulce contemplarle y oirle cuando estaba mas cerca de la tumba en que venció á la muerte. En tal periodo de su historia todo es consuelo para el atribulado, para el pecador

arrepentido, para el cristiano moribundo. ¿Quién no gime bajo el peso de alguna tribulacion? ¿Quién no tiene que llorar algun pecado? ¿Quién no está cerca de la incierta hora de su muerte? Nadie. Así es que á todos conviene oir y ver al Héroe de nuestro amor en los postreros dias de su existencia. Todo en ellos respira lúgubre sentimiento, suave caridad, amor prodigioso, valor invencible y heroismo de inmolation magnánima. Diganlo sus palabras y los hechos de aquellas últimas semanas. San Juan nos servirá de guia.

Su capítulo octavo concluye de una manera sorprendente. Sostenia el Señor con los Judíos un altercado en que por una parte se veia la ceguera de los hijos de Satanás con todas sus tinieblas y por otra la alteza de una argumentacion sublime, pues Jesus hablaba de su Divinidad, defendiéndose con una magestad inefable y manifestando sus íntimas relaciones con el Eterno Padre hasta que en la disputa llega á hablarse de Abrahám, y dice á los Judíos: «En verdad, en verdad os digo: antes que Abrahám fuese hecho, soy yo.» Entonces cogieron piedras para tírrárselas; y Jesus se escondió y salió del templo. Una cláusula de admirable sublimidad salida de los augustos lábios del Eterno humanado en vez de penetrar de asombro los entendimientos suscita contra él una furiosa tempestad: Y Jesus desaparece de en medio de ellos. ¡Qué antítesis de cosas y de personas! ¡Qué desenlace!.....

En el capítulo noveno se exagera la rabia de los

Fariseos con la curacion del ciego de nacimiento, y en el décimo el Dios que ha de ser víctima de amor dentro de poco, «Yo soy, dice, yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas..... Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas, y mis ovejas me conocen, como me conoce el Padre y yo conozco al Padre y pongo mi vida por mis ovejas. Y tengo otras ovejas que no son de este aprisco; y es menester que yo las traiga: y oirán mi voz y no habrá sino un aprisco y un pastor. Por eso me ama el Padre, porque yo doy mi vida para volverla á tomar. Ninguno me la quita; sino que yo la doy por mi propia voluntad; y tengo poder para darla y tengo poder para volverla á tomar. Este mandamiento lo recibí de mi Padre..... Y volvió á decir en la fiesta de las Encenias: Os lo digo y no me creéis. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre esas dan testimonio de mí: pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz: y yo las conozco y ellas me siguen. Y yo les doy la vida eterna: y no perecerán eternamente, ni las arrebatará alguno de mi mano. Lo que mi Padre me dió, es mayor que todas las cosas: y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos una misma cosa.» Al oír esto cogieron piedras los Judíos para apedrearle; y Jesus les dijo: «Muchas obras buenas he hecho en vuestra presencia por el poder de mi Padre: ¿por cuál de estas obras me apedreais?» Nada diré de la celestial ternura con que habla nuestro buen Pastor de sus ovejas que somos nosotros y

de aquel amor verdaderamente divino con que pasa del recuerdo de su Padre al de sus ovejas y del de sus ovejas al de su Padre (en lo cual como que parece declarar que él mismo es el misterioso lazo y vínculo y vehículo de comunicacion entre su Padre y sus ovejas), porque á decir verdad, quien no la vea y la sienta ó no tiene corazon, ó no se penetra de lo que lee, ó no halla mas que palabras donde hay tanto amor y alteza de profundo sentido.

Ciegos estaban los Judíos que no comprendian la sublimidad de estas palabras: «Si no hago las obras de mi Padre, no me creais. Pero si las hago, cuando no me querais creer á mí, creed á mis obras; para que conozcais y creais que el Padre está en mí, y yo en el Padre.» Pero los Judíos trataban de prenderle, y él se escapó de sus manos, y se retiró otra vez al otro lado del Jordán, á aquel paraje donde Juan bautizaba al principio y permaneció allí hasta que la muerte de Lázaro le trajo á Bethania. Y muchos de los Judíos que habian venido á ver á María y á Marta y habian visto lo que hizo Jesus, creyeron en él. Pero algunos de ellos fueron á los Fariseos y les dijeron lo que Jesus habia hecho con Lázaro. Y con esto los Pontífices y Fariseos se juntaron en consejo, y decian: «¿Qué hacemos? Este hombre obra muchos milagros. Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los Romanos y destruirán nuestro país.» Y uno de ellos llamado Caifás que era Pontífice aquel año, les dijo: «Conviene que muera un hombre por el pueblo y no perezca la nacion entera.»

Mas esto no lo dijo de suyo; sino que como era Pontífice de aquel año, profetizó que Jesus habia de morir por la nacion; y no solamente por la nacion, sino tambien para juntar en un cuerpo los hijos de Dios que estaban dispersos. Y asi desde aquel dia pensaron en quitarle la vida. Y Jesus no andaba ya en público entre los Judíos; sino que se retiró al pais cercano al desierto, á una ciudad llamada Ephren; y allí moraba con sus discípulos. Y estaba cerca la pascua de los Judíos y fueron muchos de aquella tierra á Jerusalén antes de la pascua para purificarse. Buscaban pues á Jesus: y estando ellos en el templo, se decian unos á otros: ¿qué juicio haceis de que no haya venido á la fiesta? Y los Pontífices y Fariseos habian dado orden de que si alguno sabia dónde estaba, lo denunciase para prenderle.

Pero seis dias antes de la pascua volvió Jesus á Bethania, donde habia resucitado á Lázaro, y cenando con él la hermana de éste María Magdalena con una libra de unguento de purísimo nardo y de subido valor, amorosamente compungida tornó á ungir los pies divinos del adorable Maestro y los enjugó con sus cabellos y la casa se llenó del olor del unguento. Pero llevólo á mal Judas Iscariote haciendo como que abogaba por los pobres. Entonces (sin duda en tono lúgubre y con muy grave expresion de semblante) pronunció Jesucristo estas fatídicas palabras: «Dejadla que lo guarde para el dia de mi sepultura. Porque á los pobres los teneis siempre con vosotros, pero á mí no me teneis siempre.» Delante

de sus entrañables amigos Lázaro, María y Marta y de sus queridos apóstoles y en una mesa de convite y de afectuosa hospitalidad hablaba así el Señor con el pensamiento fijo en su próxima muerte. ¡Ay! ¿Qué no sentirían los amantes corazones que le escuchaban?.....

En medio de tan amarga tristeza al día siguiente había de entrar con gran triunfo en Jerusalén. Movidas sin duda por el Espíritu divino salieron á recibirle con palmas en las manos turbas de devoto pueblo que clamaban: «Hosana: bendito el Rey de Israel que viene en el nombre del Señor.» Y la festiva muchedumbre alfombraba de odorífera yerba, de flores y de ropas la senda donde había de poner sus pies el jumentillo en que el Salvador iba montado. Entre tanta alegría y fiesta improvisada por el amor y la admiración, el que era objeto de ella parece que no abrigaba en su mente divina sino ideas de luto, ruina y muerte. ¿No es asombroso, profundamente melancólico y sentimentalmente magnífico este contraste? Jesucristo que venía á morir en Jerusalén ingrata y deicida, al verla lloró por ella en medio de la alegre algazara que le rodeaba y así esclamando dijo á la ciudad que tenía delante: «¡Ah, si á lo menos en este día que se te ha dado, conocieses tú lo que puede traerte la paz! Pero ahora está oculto á tus ojos. Porque vendrá para ti un tiempo en que tus enemigos te cercarán de trincheras, y te cerrarán á la redonda y te estrecharán por todas partes: y te echarán por tierra á ti y á tus hijos que están dentro

de ti y no te dejarán piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo en que fuiste visitada.»

Fué en derecho al templo el que era Dios y víctima de Dios, y al ver profanada la casa de su Padre se encendió en ira y volvió á arrojar de ella á los que vendian y compraban. Y prosiguiendo en hablar de su próxima muerte, llegó la hora, dijo, que el Hijo del hombre sea glorificado. En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra, no muere, queda él solo: mas si muere, da mucho fruto. . . . Ahora está turbada mi alma. ¿Y qué diré yo? Padre, librame de esta hora. Mas para eso he venido á esta hora. Padre, glorifica tu nombre.» Y vino esta voz del cielo: yo le he glorificado, y todavía le glorificaré.» Y el pueblo que estaba allí y le habia oido, decia que habia dado un trueno y otros decian: un angel le ha hablado. Respondió Jesus y dijo: «No vino por mí esta voz, sino por vosotros. Ahora es el juicio del mundo: ahora será echado afuera el príncipe de este mundo. Y cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré á mí todas las cosas.» Y esto lo decia para dar á entender de qué muerte habia de morir.

En el capítulo décimotercio de su Evangelio habla San Juan de la última cena de Jesus; y yo para mí tengo por cierto que no hay elegía alguna que se le pueda comparar en la profundidad de tristeza y en la profundidad de ternura que todo él respira, y en lo vivo é interesante de los diálogos, y en lo misterioso y augusto de las palabras que el Señor pro-

nuncia y en el inefable contraste del porte de Jesus con el de Judas que se levanta á consumir la traicion infausta mientras el amado discípulo está dulcemente reclinado como en sueño de caridad divina sobre el tristísimo corazon de su entrañable Amigo, á quien al dia siguiente ha de ver exhalar el último suspiro en un patíbulo. El lector notará la impresion que hace en su alma sensible el v. 24 en que el Señor con repetida aseveracion dice á sus comensales predilectos que uno de ellos le ha de entregar á los que le buscan para darle muerte. *Amen, amen dico vobis quia unus ex vobis tradet me.* ¡Oh qué espada de dolor traspasaria los corazones de los amantes apóstoles que rodeaban á Jesus y despues dieron la vida por él! *Uno de vosotros*, decia Aquel cuyas palabras eran verdad eterna. Pues el v. 27 ¿quién podría decir cuánto encierra?..... ¡Ah, quién podría decirlo sin pedir su divina elocuencia á los ángeles que allí presentes al gran banquete del Dios humanado se estremecerian de horror y llorarían lágrimas muy amargas al ver que entraba Satanás en el alma de Judas inmediatamente despues de haberle Jesus alargado el pedazo de pan mojado! Luego el Señor le dijo, impaciente por principiar la carrera de su sacrificio: *Quod facis, fac citius: Lo que haces hazlo pronto.*» He aquí el capítulo que merece meditarse.

V. 4.º Antes del dia de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesus que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre; habiendo amado á los suyos que estaban en este mundo, los amó hasta el fin.

2. Y acabada la cena; como el diablo hubiese ya puesto en el corazon de Judas, hijo de Simon Iscariote, el designio de entregarle:

3. Sabiendo Jesus que el Padre le habia puesto en sus manos todas las cosas; y que él habia salido de Dios, y volvía á Dios,

4. Se levantó de la cena, y dejó sus vestidos; y habiendo tomado una toalla, se ciñó con ella.

5. Despues echó agua en un barreño y empezó á lavar los pies de sus discípulos, y limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido.

6. Vino, pues, á Simon Pedro. Y Pedro le dijo: ¿Señor, tú me lavas á mí los pies?

7. Respondió Jesus, y le dijo: lo que yo hago, no lo entiendes tú ahora; pero lo entenderás despues.

8. Díjole Pedro. No me lavarás los pies jamás. Respondióle Jesus: si no te lavo, no tendrás parte conmigo.

9. Díjole Simon Pedro: Señor, no solamente los pies, sino tambien las manos, y la cabeza.

10. Díjole Jesus: el que está lavado, no necesita sino de lavar los pies: en todo lo demás está limpio. Y vosotros estais limpios, pero no todos.

11. Porque sabia quién era el que le habia de entregar; por eso dijo: no estais limpios todos.

12. Y despues que les lavó los pies, y tomó sus vestidos, habiéndose recostado otra vez, les dijo: ¿Sabeis lo que he hecho con vosotros?

13. Vosotros me llamais Maestro y Señor, y decís bien porque lo soy.

14. Pues si yo, siendo Señor y Maestro he lavado vuestros pies: tambien vosotros debeis lavaros los pies unos á otros.

15. Porque os he dado el ejemplo, para que conforme yo lo hice con vosotros, así lo hagais vosotros tambien.

16. En verdad, en verdad os digo: no es mayor el siervo que su Señor: ni el apostol es mayor que aquel que le ha enviado.

17. Si comprendeis estas cosas, sereis bienaventurados, como las cumplais.

18. No hablo de todos vosotros: yo sé los que escojí. Mas es necesario que se cumpla la Escritura: el que come conmigo, levantará contra mí el talon de su pie.

19. Desde ahora os lo digo, antes que suceda: para que cuando hubiera sucedido creais quién soy yo.

20. En verdad, en verdad os digo: el que recibe á aquel que yo envio, me recibe á mí: y el que me recibe á mí, recibe á aquel que me envió.

21. Habiendo Jesus dicho esto, se turbó en el espíritu, y protestó, y dijo: en verdad, en verdad os digo: que uno de vosotros me entregará.

22. Mirábanse unos á otros los discípulos, dudando de quién hablaria.

23. Y uno de los discípulos, á quien amaba Jesus, estaba recostado sobre el seno de Jesus.

24. Y con esto Simon Pedro le hizo señas á este, y le dijo: ¿Quién es de quien habla?

25. Y habiéndose reclinado aquel discípulo so-

bre el pecho de Jesus, le preguntó: Señor, ¿Quién es?

26. Respondió Jesus: es aquel, á quien yo diere el pan mojado. Y habiendo mojado pan, se lo dió á Judas, hijo de Simon Iscariote:

27. Y despues de este bocado entró en él Satanás. Y Jesus le dijo: lo que haces, hazlo cuanto antes.

28. Pero ninguno de los que estaban á la mesa entendió por qué le dijo esto.

29. Porque, como Judas tenia la bolsa, pensaban algunos que Jesus le habia dicho: compra las cosas que nos son necesarias para el dia de la fiesta: ó que diese alguna cosa á los pobres.

30. Habiendo, pues, él tomado el bocado, salió inmediatamente. Y era ya noche.

31. Y despues que salió Judas, dijo Jesus: ahora ha sido glorificado el Hijo del Hombre; y Dios ha sido glorificado en él.

32. Si Dios es glorificado en él, Dios le glorificará tambien á él en sí mismo, y le glorificará luego.

33. Hijitos, aún estoy con vosotros un poco. Vosotros me buscareis; y lo que dije á los Judíos: donde yo voy, vosotros no podeis venir: os lo digo tambien á vosotros ahora.

34. Un nuevo mandamiento os doy: que os ameis unos á otros, como yo os he amado: que os ameis unos á otros.

35. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, en que os ameis unos á otros.

36. Díjole Simon Pedro: ¿Señor, dónde vas?

Respondió Jesus: donde yo voy, no puedes tú seguirme ahora; pero me seguirás despues.

37. Díjole Pedro: ¿Por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti.

38. Respondióle Jesus: ¿Darás tu vida por mí? En verdad, en verdad te digo: no cantará el gallo, antes que me niegues tres veces.

Esta conclusion de capítulo es fúnebremente patética.

Tambien son muy tiernas y de profunda tristeza y consuelo en la amarga despedida para morir estas otras palabras que pronunció el Salvador en aquel último discurso llamado de la cena, despues del cual fué su agonía en la oracion del huerto. «Porque yo voy al Padre: y haré todo lo que pidiéreis al Padre en mi nombre; para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pidiéreis alguna cosa en mi nombre, la haré. Si me amais guardad mis mandamientos: y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador para que esté con vosotros eternamente, el espíritu de verdad, á quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Mas vosotros le conoceréis porque habitará con vosotros y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos: vendré á vosotros. Todavía hay un poco de tiempo: y el mundo ya no me ve.....

Si alguno me ama guardará mi palabra; y mi Padre le amará, y vendremos á él, y moraremos en él..... Os he dicho estas cosas mientras estoy con vosotros. Mas el Espíritu Santo consolador, á quien enviará el Padre en mi nombre, os enseñará todas

las cosas, y os hará acordar de todas las cosas que os he dicho. Yo os dejo la paz. Yo os doy mi paz: no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo. Habeis oído que yo os dije: me voy, y vengo á vosotros. Si me amárais, os alegraríais ciertamente de que voy al Padre..... Levantaos, vamos de aquí.

Y prosiguió diciendo: Como mi Padre me ha amado, así os he amado yo. Permaneced en mi amor. Si guardáreis mis preceptos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los preceptos de mi Padre, y permanezco en su amor. Os he dicho estas cosas, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea perfecto. El mandamiento mio es este: que os améis mutuamente, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor, que el de quien da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si haceis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos; porque el siervo no sabe lo que hace su Señor. Mas á vosotros os llamé amigos, porque os he manifestado cuanto oí de mi Padre. No me escojisteis vosotros, sino yo á vosotros: y os he destinado para que vayais, y deis fruto, y vuestro fruto permanezca: á fin de que mi Padre os conceda todo lo que le pidiéreis en mi nombre. Lo que os mando es, que os améis unos á otros. Si el mundo os aborrece, sabed que primero me aborreció á mí que á vosotros. Si fuérais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo: mas porque no sois del mundo, sino que yo os escojí del mundo, por eso os aborrece el mundo. Acor-

daos de la palabra que yo os dije: no es el siervo mayor que su Señor. Si me han perseguido á mí, os perseguirán tambien á vosotros: si han guardado mis palabras, guardarán tambien las vuestras. Pero harán todas estas cosas con vosotros por causa de mi nombre, porque no conocen al que me envió.»

No contento el amante Salvador con haber derramado en su último discurso que San Juan refiere en los capítulos 14, 15 y 16 de su Evangelio, no contento con haber derramado un tesoro de infinito consuelo y de ternura en medio de las mas altas enseñanzas de una doctrina toda de amor, toda divina, levantando los ojos al cielo poco antes de llegar al monte de los olivos, hace á su Padre Eterno una oracion de sublimes afectos, entre los cuales se halla esta deprecacion. «Padre Santo, guarda por tu nombre á aquellos que me diste, para que sean una sola cosa como nosotros.»

Semejantes profundidades de divina ternura, dolor, amor y consuelo inefable solo en la meditacion, solo pensando largamente y contemplando en ellas pueden conocerse, gustarse y aprovechar, consolar eficazmente, embelesar y enagenar en medio de una santa y lánguida melancolía. Por eso mismo, y porque en todas partes abundan libros en que se habla estensamente de la institucion del adorable Sacramento del cuerpo y de la sangre de Jesus, que aquella noche en que habia de ser entregado, dió á comer á sus apóstoles, á su amorosa Madre y á sí mismo, consolándose con este manjar tan digno de él y

en el cual habia compendiado todas sus maravillas, porque acerca de este misterio de amor se predica, se ha predicado elocuentemente y se predicará mientras subsista el universo en todos los ángulos do brilla el sol del catolicismo, guardaré respetuoso silencio sobre tan alto asunto de admiracion para los espíritus celestiales, de amoroso raptó para los santos de la tierra y de encantador consuelo para los verdaderos cristianos que llevan sus tribulaciones al pie de los altares de su Dios Sacramentado. ¿Qué podria decir que no esté dicho? ¿Qué podria escribir que no esté escrito? ¿Qué podria meditar que no esté meditado? ¿Qué panegírico podria formar de esa institucion, con la cual, como decia el Señor en aquella misma mesa de su testamento, no nos dejaba huérfanos, que no fuese inferior á los sermones de tantos oradores sagrados, de cuyos labios debe oirse y en cuyas obras debe estudiarse lo que aquí falta? Lleno está el mundo de las alabanzas de este misterio divino, llenos los corazones piadosos del imponderable aprecio que merece este manjar de vida eterna, llenas las mentes, que saben elevarse y vivir en su Dios, del pensamiento de las grandezas y escelencias de la Eucaristía adorable, llenas por último las almas virtuosas de la profunda conviccion de que en Jesucristo Sacramentado que uniéndose y estrechándose á nosotros nos deifica soberanamente, está el mayor consuelo que en nuestras cuitas podemos hallar en esta morada de infortunio. Para eso se ha quedado entre nosotros, para ser nuestro consuelo, para ser

nuestro endiosamiento y nuestra vida eterna, que nos la ha de dar como lo tiene prometido por medio de esa union exquisita inventada por el exceso de su amor la víspera de su muerte.



## CAPITULO XII.

### La Pasion.



Cuanto acabo de indicar acerca de la adorada Eucaristía es aplicable á la pasion y muerte de Jesus, porque hablar de ella sería lo mismo que añadir al océano una gota de agua, como que este es el pensamiento que mas ha ocupado á los santos y sobre el cual mas han oido y leído los cristianos piadosos. Así en vez de trazar el cuadro de los padecimientos de la divina Víctima del Calvario, debia esclamar: ¿Qué buskais en esta página? Apartad del libro los ojos. Cerradlos. Cerrad tambien la ventana de vuestra habitacion: no entre luz alguna. Contemplad..... Traed á la memoria, á la imaginacion y al corazon cuanto habeis leído, oido y meditado. Recordad cuanto habeis sentido de asombro, de dolor y de amor y de compasion y tristeza y de esperanza y arrepentimiento y de consuelo y celestial dulzura en los solemnes y lúgubres dias de la Semana Santa que la Iglesia consagra á meditar y celebrar patéticamente esa historia de dolor que abrió los cielos al humano linage. Recordad. Meditad. Vuestro entendimiento y cora-

zon verán mas y sabrán mas y sentirán mas que cuanto yo pudiera demostrar en abultado volumen. Vuestro entendimiento y corazon os serán el mejor libro. Y si quereis verdaderos libros, teneis innumerables sobre tan alto, tan util, tan santo y misterioso argumento. Tratado está de mil maneras y considerado bajo todos sus aspectos.

Una coleccion de magníficos sermones de Pasion de los mas sobresalientes oradores del cristianismo sería una obra que pusiese de manifiesto la importancia, la grandeza, las gigantescas bellezas, las consecuencias, los encantos, las dulzuras y la gloria de esa divina tragedia que ningun siglo olvidará y el dia del juicio del universo será para los que de ella se aprovechen proceso de salvacion y anatema de eterna condenacion para los que no hayan querido beber los raudales de vida eterna que derrama á torrentes. ¿Y no son una demostracion de sus divinas bellezas los poemas que se han escrito sobre este lúgubre asunto? Para mí lo son indudablemente. Jamás se ha remontado la poesía hasta la altura en que Klopstock la puso cantando al Mesías paciente; ni la moderna Musa latina se aproximó á Virgilio tanto como en la *Cristiada* de Gerónimo Vida, ni la epopeya española desplegó tan alto vuelo como en la *Cristiada* de Fr. Diego de Hojeda; y para no hablar de la *Cristiada* francesa impresa en Bruselas en 1753, ni de la *Nueva Mesíada* de Mr. Alletz y de otros varios poemas antiguos y modernos, en España y en Italia se han publicado poco ha dos dignos de estimacion y ala-

banza, *Il Salvatore* de David Bertolotti, obra maestra en su género, epopeya evangélica en la cual un distinguido crítico italiano casi nada ha encontrado que censurar y muchísimo que elogiar y admirar, y *La muerte de Jesus* de Don Manuel Azcutia poema histórico de que he hecho el merecido encomio en el tomo anterior, aunque por lo reducido de su plan no pueda compararse con el del insigne Bertolotti.

Yo puse años atrás la atrevida mano en el de Hojeda, que se habia hecho rarísimo y adolecia de varios defectos nacidos, entre otras causas, de su demasiada estension: redújelo á breve cuadro tomando el plan, casi todos los pensamientos, muchísimas imágenes y la mayor parte de los versos del Dominico de Lima, haciendo en ellos todas las alteraciones que requeria la índole de mi trabajo, á que di el título de *Nueva Cristiada*. La circunstancia de no hallarse en la actualidad ejemplares de dicha obra me sugiere la oportuna idea de coronar con ella estas observaciones sobre las bellezas de la vida del Salvador, porque cabalmente principia donde yo he llegado en el anterior capítulo y me parece que comprendiéndose en el poema la resurreccion y ascension de Jesus, no se echarán de menos las reflexiones correspondientes á las últimas páginas del Evangelio.



---

---

## LA NUEVA CRISTIADA.

---

---

### CANTO PRIMERO.

---

**C**anto al Hijo de Dios paciente y muerto  
Por la gloriosa redencion del hombre.  
Virgen divina, en su costado abierto  
Baña mi lengua y muévela en su nombre.  
Suene mi voz con fúnebre concierto;  
Compunja al pecador, al justo asombre.  
Dame tu llanto, desolada Madre,  
Para que pechos de dolor taladre.

Con manto pavoroso el firmamento  
La noche melancólica cubria,  
Y con zumbido ronco el vago viento  
En la celeste bóveda gemia,  
Y lúgubre clamor de sentimiento  
Aun el monte mas duro despedia,  
Cuando á Getsemaní Jesús llegaba,  
Y en ondas de dolores se anegaba.

¡Ah, que de pecador tragedia triste  
 En figura de todos representa,  
 Y de sus culpas una ropa viste  
 Tejida en maldicion, odio y afrenta!  
 Intrépido vistióla, y no resiste  
 Ser por ella arrojado en la tormenta:  
 La vestidura siete fajas tiene:  
 Pecado grave cada cual contiene.

En la primera está la vanidosa,  
 Libre *Soberbia*, fiera y empinada,  
 En ancha silla de marfil-preciosa,  
 Con régia pompa de ambicion, sentada.  
 Ciñe su adusta frente nebulosa  
 Aurea corona de humo vil tiznada,  
 Y su garganta erguida collar rico,  
 Y para su arrogancia el mundo es chico.

La insaciable, tenaz, seca *Avaricia*,  
 De tristes ojos y coraje hambriento,  
 Cercada de oro y llena de codicia,  
 Cien bocas abre, tiende manos ciento.  
 Da con aquellas paz á la injusticia,  
 Con estas de su bien busca el aumento;  
 Con sangre de pequeños se mantiene,  
 Y en la ropa el lugar segundo tiene.

Los treinta escudos con que al ciego Judas  
 Por la sangre de Cristo gratifican,  
 Están pintados, y con lenguas mudas  
 Su nefanda maldad allí publican.

¡Ó buen Dios! ¿que á pagar por él acudas  
 ¡Ay! con tus venas que tu amor esplican?

¿Y él que te venda por tan bajo precio?  
 ¡El sublime Hacedor en tal desprecio!

Entre lascivos fuegos abrasada,  
 Como en incendio de alquitrán terrible,  
 En la tercera parte dibujada  
 Se mira la *Lujuria* incorregible:  
 Ostentando su faz desvergonzada,  
 Su mano carnicera, vientre horrible  
 Y altivo cuello, con inmunda boca  
 A la encendida juventud provoca.

Con arrugada frente y secos lábios,  
 Lanzando llamaradas por los ojos,  
 Y por la boca horrisonos agraviós,  
 Y con las manos prometiendo enojos,  
 Y despreciando los consejos sábios,  
 Y entre guerras, puñales y despojos,  
 Está la *Ira* fatal de brazo fuerte;  
 Da voces, tira piedras, sangre vierte.

Una mesa riquísima, de flores  
 Y manjares diversos adornada,  
 Cercando están valientes comedores  
 De ufano gesto y vida regalada.  
 Preciosos vinos, árabes olores  
 Rodean á la *Gula* destemplada,  
 Que en los palacios ricos de los reyes  
 Contrarias á razon impone leyes.

Sirven de rubias y tendidas hebras  
 A la *Envidia*, de aspecto formidable,  
 Ensortijadas, hórridas culebras,  
 Que circundan su cuello abominable.

Torva los hierros ve, mira las quiebras  
 De la gente en virtudes admirable,  
 É imperceptibles faltas desentierra  
 Que el hombre, fragil aunque justo, encierra.

El postrero lugar ocupa ociosa  
 Lánguida la *Pereza* en torpe lecho:  
 Allí en calientes sábanas reposa,  
 Puestas las manos en el muelle pecho;  
 Allí sueña, allí duerme pegajosa,  
 La noche prolongando sin provecho,  
 Y aunque despierte al retemblar la tierra,  
 Luego los ojos nuevamente cierra.

Con tan pesada, horrenda vestidura,  
 El Redentor está quejidos dando,  
 En su pasión acerba la figura  
 De pecador vilísimo tomando.  
 ¡Ó clara fuente de inocencia pura!  
 El dolor que padeces sollozando  
 Declárame, porque de amor suspire,  
 Y en ti la pena que merezco admire.

Clama al Padre, y el Padre no responde  
 Aunque la ropa estraña le atormenta,  
 Y su rostro suavísimo le esconde,  
 Que al fin cual pecador se le presenta.  
 ¿Huyes adónde, Padre eterno, adónde  
 Si el Hijo de tu gloria se alimenta?  
 No vas huyendo dél, mas del pecado  
 Que por misericordia se ha cargado.

De mirar por los suyos con el celo  
 Jesus lloroso su oración suspende;

Vélos dormidos en el duro suelo,  
 Y quejándose de ellos les reprende:  
 Tórnase á la oracion con vivo anhelo,  
 Y en ella amante á Dios y al hombre atiende;  
 Y con acento dolorido clama,  
 Y arde en pura, amorosa y viva llama.

Suspira flébil, y su muerte horrible,  
 Sumergida en torrentes de amargura,  
 Lívida, descarnada, en faz terrible  
 Se le ofrece á los ojos de ternura:  
 Vestida de pavor irresistible,  
 Con inmensa y horrífica figura,  
 Muerte que ha de pasar se le presenta,  
 Y con su vista ¡ay cuánto! le atormenta.

Á su aspecto letal de rudo espanto  
 Del Padre eterno el soberano Hijo,  
 Víctima infausta de tormento tanto,  
 Ya se desmaya con afán prolijo:  
 El mar aumenta de su acerbo llanto,  
 Y en la vision el pensamiento fijo,  
 Cada vez tiembla mas, y se acongoja,  
 Y rompe en tales quejas su congoja.

«¿Que esta cabeza mia venerada,  
 Do está el sol de los cielos encerrado,  
 Con diadema de espinas enlazada  
 Será ceñida y yo seré afrentado?  
 ¿Que estos ojos de vista regalada,  
 En donde el serafin mas alumbrado  
 El fuego enciende de sus luces vivas,  
 Serán oscurecidos con salivas?

»¿Que estas mejillas de adorable y pura  
Y sacra honestidad, y á Dios unidas,  
De afrenta descortés con mano dura  
Y vergonzoso ardor serán teñidas?

¿Que esta boca de inmensa donosura,  
Donde todas las gracias recogidas  
Aprenden á saber, con hiel amarga  
El rigor templará de sed tan larga?

»¿Que estas firmes espaldas, que sostienen  
Cielos poblados de altas magestades,  
Y orbes de eterna gloria en peso tienen,  
De azotes sufrirán viles crueldades?

¿Y que estas francas manos que mantienen  
Aquellas nueve angélicas ciudades  
Con pan de vida, me serán atadas,  
Y en cruz y entre ladrones y enclavadas?

»¿Y que los hombres, por quien tal padezco,  
No me han de agradecer este servicio?  
Por ellos á tan vil muerte me ofrezco;  
¿Y usarán mal de tanto beneficio?.....

¡Mas á mi Padre con morir merezco  
Que triunfe la virtud y muera el vicio!  
Alcance el hombre el premio inaccesible,  
Que yo me abrazo á ti, muerte terrible!»

Mas su angustia vehemente se duplica,  
Y en oracion altísima suspenso,  
Al caro Padre su congoja esplica  
Con largo lloro y con gemido intenso;  
Y en voces querrellosas le suplica  
Que el fatal caliz de dolor inmenso,

Que á tristeza de muerte le provoca,  
Aparte, si es posible, de su boca.

Sus amargasos, pávidas razones  
Tomó en su mano la virtud suäve,  
Que hace templos de Dios los corazones  
Y los retretes de la gloria sabe;  
La Oracion, reina ilustre de oraciones  
Que del pecho de Dios tiene la llave,  
Y hora deja el penoso, oscuro suelo  
Volando rauda al conmovido cielo.

En polvo, en sangre y en sudor teñida  
Aparece su grave vestidura:  
Como quien pies lavó sube ceñida,  
Y humildad debe ser quien la asegura.  
Vedla, que en santo amor está encendida,  
Y asi de amor el fuego la apresura:  
Cual humo de pebete es delicada,  
En ciencia, en gracia, en resplandor bañada.

Los príncipes supremos la reciben  
Con blandos ojos, con humildes frentes,  
Y los que en señorío eterno viven  
Le rinden sus coronas refulgentes;  
Los tronos de su gran valor conciben  
Altas empresas, hechos eminentes;  
Hónranla los amantes serafines  
Y la adoran los sábios querubines.

Penetra el cielo en giro arrebatado  
La férvida Oracion con viva lumbre;  
Llega del Padre al sólio levantado  
De los montes eternos en la cumbre;

Y aunque le ve de soles rodeado  
 No teme que su vista le deslumbre,  
 Y su ardimiento valeroso abona  
 Saber que es oracion de igual persona.

Desde el trono imperial de pompa grave,  
 Moviendo la severa y blanda vista  
 Que los ocultos pensamientos sabe,  
 Y con mirar los ánimos conquista,  
 Abrió su pecho con dórada llave  
 Jehová benigno; y su licencia vista,  
 La Oracion su rodilla en tierra puso  
 Ante quien orbes y ángeles compuso.

Hecha señal, se levantó llorosa  
 Mirando al Padre de piedad inmensa;  
 Limpióse luego y apacible, hermosa  
 Al sábio remedó que absorto piensa;  
 Blanda, humilde, rendida y animosa,  
 En Dios devota y en su amor suspensa,  
 Al pecho junta la siniestra mano,  
 Habló con baja voz y estilo llano:

«Altísimo Señor, embajadora  
 Soy del Dios que nació de tus entrañas,  
 Verbo que en tu divina esencia mora,  
 Del divino Obrador de tus hazañas:  
 A ti con afligidos lábios ora;  
 Sus voces no te deben ser estrañas,  
 Que son voces de Dios, clamor de un hijo  
 Que su agonía de dolor te dijo.

»¿Y quién al hijo de su amor no escucha?  
 ¿Y á un hijo de infinita gracia lleno

Y cuando con la fiera muerte lucha  
 Limpio de culpa y de pecado ageno?  
 ¡Su pena es mucha y su congoja es mucha!  
 ¡El alma no le cabe ya en el seno!  
 Oyele, que sus méritos presenta  
 El que de tu sér mismo se alimenta.

»El gremio puro de una Virgen santa  
 Le dió cuerpo mortal, carne pasible,  
 Y en él vivió con obediencia tanta,  
 Que parece á los hombres imposible.  
 ¿Á quién no maravilla, á quién no espanta,  
 Y quién no juzga cosa incomprendible,  
 Temporal el Eterno, Dios humano,  
 El hombre Dios, humilde el Soberano?

»Nació despues al riguroso hielo,  
 En portal destechado, en pobre cama,  
 En viles pajas, en desnudo suelo,  
 Este que padre natural te llama:  
 El Rey de gloria que sustenta el cielo,  
 Del pecho virginal de tierna dama  
 Rayos de leche recibió suaves;  
 Si te agradó con ello, tú lo sabes.

»Gloria al infante, gloria en las alturas  
 Los convecinos valles resonaron,  
 Y al hombre paces plácidas, seguras  
 En los cóncavos montes retumbaron;  
 Y tres monarcás con entrañas puras  
 Del tierno Infante el lindo pie besaron;  
 Mas al octavo dia de su aurora  
 Su sangre derramada ¡ay! le colora.

»Desterróse ¡ó dolor! aun del pesebre  
 Despues que se hubo á ti sacrificado.  
 ¿Habrá algun corazon que no se quiebre  
 Al verle á Egipto prófugo arrojado,  
 Sin que haya entre gentiles quien celebre  
 Pecho tan dulce, amor tan abrasado?  
 Hambre su vuelta fue, sed y tormento;  
 Labró madera el Rey del firmamento.

»Entre los publicanos pecadores,  
 Cual si lo fuera, bautizarse quiso:  
 Viéronse allí tus ínclitos favores  
 El Jordán convirtiendo en paraíso.  
 Sonó tu voz entre almos resplandores  
 Que le formaron rutilante friso,  
 Y la Paloma descendió superna  
 Que el universo próvida gobierna.

»Mas ¿quién olvidará de sus ayunos  
 Las noches largas, los prolijos dias?  
 Túvolos con rigores importunos,  
 Y tambien con Satán recias porfias:  
 No son estos instantes oportunos,  
 Ni suficientes son las voces mias  
 Para significar de su abstinencia  
 La menor parte en lumbres de elocuencia.

»Sublime en su divino magisterio  
 Discípulos juntó, movió ciudades,  
 Llenó de luz el ártico hemisferio  
 Ciego con sus hipócritas deidades:  
 De tu perfecta ley el sumo imperio,  
 Fundado con perínclitas verdades,

En la tierra estendió, ¡gloria eminente!  
De nacion en nacion rápidamente.

»¿Qué no sufrió de rigurosos males?

¿Qué no pasó de agravios insufribles?

Ya con calumnias negras é infernales

Sus prodigios negaron ser posibles:

Ya con las armas é ímpetus brutales

Opugnaron sus hechos invencibles.

¿Y al justo darán muerte pecadores

De una cruz inhumana en los dolores?

»Padre de la piedad, si es otorgable

A tu Verbo amantísimo perdona,

Que de tu misma lumbre inapagable

Por natural herencia se corona:

Líbrale de un morir tan formidable,

Pues la suya es igual á tu persona;

De los hombres remite los pecados,

Y los premios les da por él ganados.»

Dijo, y postró su cándido semblante,

De pura sangre y lágrimas cubierto,

Al pie del trono santo de diamante,

A la esperanza el corazon abierto:

Mas con paciencia y ánimo constante,

Imitando al que oraba desde el huerto,

Sujeta á los decretos bienhechores

Del sumo Emperador de emperadores.

Mirando, pues, de la Oracion divina

Aquellos mas que ilustres cortesanos

Postrada la belleza peregrina,

Y hechos rios los ojos soberanos,

La compasion sus ánimos domina,  
 Y cogiendo incensarios en las manos,  
 Ofrecen de aromáticos olores  
 Pardas nubes y blancos resplandores.

Empero el Padre de bondad inmensa,  
 A quien complace de su Verbo caro  
 El santo amor, la caridad intensa,  
 Y el sacrificio de su muerte raro,  
 A la sacra Oracion tuvo suspensa;  
 Y al fin con dulce vista y rostro claro  
 Hizola levantar, y asi le dijo  
 Del adorable arcano del Dios Hijo.

«De Redentor á la suprema gloria  
 Fué mi Verbo inmortal predestinado:  
 Por medio señalé de su victoria  
 Ser muerto en cruz y en ella deshonrado:  
 Mi voluntad no es de alma transitoria  
 Que muda el parecer una vez dado;  
 Cuando lo decreté, tuve presente  
 El que ahora gran dolor mi Verbo siente.

»Muera, que por su muerte y cruz gloriosa  
 A estas brillantes sillas despobladas,  
 Con alas de mi gracia valerosa,  
 Almas han de subir crucificadas:  
 Derrame pues la sangre generosa,  
 Que en ella estolas mil serán lavadas,  
 Que brillarán con puro y vivo lustre  
 En esta corte de esplendor ilustre.»

Dijo, y como á la cándida mañana,  
 Entre risueñas y aromosas flores,

Con lengua de placer y voz ufana  
 Hacen aplauso pájaros cantores;  
 Como al céfiro blando y luz temprana  
 Saludan amorosos ruseñores,  
 Al murmullo del agua cristalina,  
 Que con aljofarado pie camina;

Las altísimas voces de su boca  
 Los príncipes oyeron inmortales;  
 Quien áurea lira, quien el harpa toca;  
 Do quier retumban himnos celestiales;  
 La Oracion á entonarlos les provoca  
 Rendida á los decretos divinales,  
 Diciendo: «Santo el Padre, el Hijo santo,  
 Santo el Amor que al hombre estima tanto.

»El fuego bravo, el rigoroso estío,  
 El aire puro, el desgarrado viento,  
 La nieve empedernida, el crudo frío,  
 La luz bella, el diáfano elemento,  
 El seco ardor, el húmedo rocío,  
 La pacífica tierra, el mar violento,  
 Los días y las noches le bendigan,  
 Y siempre santo, santo, santo digan.

»Y las peñas y montes empinados,  
 Y los campos y vegas estendidas,  
 Y los bosques y valles dilatados,  
 Y las yerbas y plantas bien nacidas,  
 Y las fuentes y arroyos argentados,  
 Y las aves y fieras atrevidas,  
 Y los hombres y cielos, santo, santo,  
 Santo le digan en sonoro canto.»

Esta voz pura de alabanza doble  
 Retumbó en el sagrado, empíreo cielo,  
 Y el Monarca del alto mundo inmoble  
 Quiso dar á la Víctima consuelo:  
 Y á nuncio alado del linage noble  
 De los que con fogoso y justo celo  
 De Luzbel alcanzaron la victoria,  
 Llama, y así le informa la memoria.  
 «Parte, Gabriel; con vívidas razones  
 Al Redentor para la lid conhorta.  
 Declárale mis sábias intenciones,  
 Y á seguirlas con ánimo le exhorta:  
 Y tú, espejo de santas oraciones,  
 Véte, que tu despacho al mundo importa.»  
 Dijo, y de sus conceptos un abismo  
 Y un mar de gloria le mostró en sí mismo.  
 La sagrada cabeza en cortesía  
 Incliné la Oracion devotamente,  
 Y aquella soberana compañía  
 Hízole aplauso con humilde frente:  
 Rápido el mensagero la seguía,  
 Y su carrera ejército luciente  
 De angélico linage acompañaba,  
 Y con pompa solemne festejaba.  
 Yendo por la ribera deliciosa  
 Do está plantado el arbol de la vida,  
 A la Oracion con gracia donairosa  
 Hizo una reverencia comedida:  
 Tambien con murmulante lengua ondosa  
 El arroyo de plata derretida,

Música le entonó de voz suäve,  
Que, cual rio de gloria, cantar sabe.

Rindieron sus coronas almenadas  
Los muros á los dos legados bellos,  
Y humillaron las puertas encumbradas  
A su presencia los empíreos cuellos:  
Abriéronse, de inmensa luz tocadas,  
Y oscurecidas con la lumbre de ellos.  
Ya las celestes órbitas dejaron  
Y á la mansion del hombre caminaron.

Cuerpo y alas Gabriel toma aparentes  
De color vario y elegante forma,  
Y de vistosas piedras relucientes,  
Puestas á trechos, en sus hombros forma:  
Con la augusta embajada convenientes  
Ojos y trage y parecer conforma:  
Es morado el vestido rozagante,  
Y lagrimoso el juvenil semblante.

Cual de arco tieso rápida saeta  
Arrojada con ímpetu valiente;  
Cual apacible, cándida cometa,  
Que el aire rasga imperceptiblemente;  
Cual sábio entendimiento que decreta  
Lo que á su vista clara está evidente;  
Así con relumbroso y rauda vuelo  
Baja el sagrado embajador del cielo.

El aire ve de pavorosa niebla  
Y de sombra confusa rodeado;  
Opaca, mústia y hórrida tiniebla  
Lo ha de espantable lobreguez cercado:

De asombro y miedo y de terror se puebla  
 El huerto, ya de espinas coronado;  
 Detiéndose Gabriel, y atento escucha,  
 Y mira á Dios que con la muerte lucha.

Del cielo gemebundo el color prieto,  
 Del condolido arroyo el lento paso,  
 Del aire mudo el revolar secreto,  
 Del aura estremecida el soplo escaso,  
 De las aves y fieras el respeto,  
 (Y de ver triste á Dios el grave caso,  
 Como su pena y magestad comprende)  
 Las alas y la lengua le suspende.

Ve á Dios, á Dios, de quien se maravillan  
 Los coros de las nueve dignidades,  
 Y á quien sus cuellos trémulas humillan  
 Las soberbias terrestres magestades;  
 Y á cuya voz temblando se arrodillan  
 Del infierno las fieras potestades:  
 A Dios postrado mira. ¿Qué no hiciera  
 Quien conoce á Dios bien si así le viera?

Gabriel vuelto del pasmo con Dios llora,  
 Y en consolante bálsamo le baña:  
 Con ver que su pasion amargadora  
 Al hombre libra de la eterna saña,  
 Su atribulado corazon vigora  
 Cristo para cumplir su invicta hazaña;  
 Y al sumo Padre el sacrificio nuevo  
 Parte llevando el celestial mancebo.

Judas en tanto su maldad corona  
 Con la atroz venta de su tierno Amante,

Y en impío consejo le baldona  
 Con ominosa plática infamante;  
 Y porque prendan su reál persona  
 Junta soldados de ánimo arrogante,  
 Aliento dando á la voraz envidia  
 El despecho feroz de su perfidia.

¡Monarca de dolor! ¡Ay, mis pecados  
 Los poros abren de tu carne pura!  
 ¡Ellos son los cuchillos afilados  
 Ay, en mi corazon de roca dura!  
 ¡Ellos azotes de impiedad armados,  
 Corona horrible, que tu afan procura!  
 ¡Clavos agudos y mortales penas  
 Que desangrando están tus dulces venas!

De Jesucristo el ánima doliente  
 Entre varios afectos se fatiga;  
 El peso estraño de las culpas siente,  
 Y de su Padre el justo amor le instiga.  
 ¡O batalla de espíritu valiente,  
 Que al mismo Dios á tanto afan obliga!  
 El alma llueve como nube opresa  
 De viva sangre al cuerpo lluvia espesa.

Pero ya de la tierra se levanta:  
 Disimula el dolor que le devora  
 Y el amoroso pecho le quebranta:  
 Ve que los suyos duermen cuando él llora,  
 Y diceles con pesadumbre ¡ay cuánta!  
 «Dormid y descansad, que ya la hora  
 De mi acerba pasion está presente,  
 Y ya suena el rumor de armada gente.

«¡Adios, adios, idolatradas prendas  
 Y de mi corazon tiernos pedazos,  
 Que ya me lanzo á las horribles sendas  
 De la tribulacion! ¡Ya tiende lazos  
 A mis pies el autor de mis contiendas!  
 ¡Recibid ya mis últimos abrazos!»  
 Dice con blandas voces de ternura

Ahogadas en torrentes de amargura.

Ya llega el escuadron, con pasos lentos,  
 Ronco mormullo y sordos pies marchando,  
 Envolviendo en el polvo sus intentos,  
 Su traicion en las sombras ocultando.

¡O noche! tú que viste los portentos  
 De ese infiel, alevoso, inicuo bando;  
 Dime ¿qué capitán los gobernaba?  
 Un apostol, un mónstruo los guiaba.

Judas, de los torrentes caudalosos  
 De la gracia divina alimentado,  
 Y á los pechos de Cristo generosos  
 Con leche de su espíritu criado,  
 Es caudillo de hipócritas furiosos,  
 Y de homicidas capitán osado,  
 Y homicidas de Dios. ¡Ay, infelice!

«A quien yo diere paz, prended» les dice.

El protervo discípulo se atreve,  
 Con torpes labios, con nefanda boca,  
 Y da beso fatal de paz alevé  
 A Dios, y el rostro con el suyo toca;  
 Y porque dulce y tierno amor le cebe,  
 «Salve, salve» diciendo le provoca,

Juzgando que su intento á Dios esconde.

«Amigo, ¿á qué veniste?» él le responde.

Y vuelto á la cohorte sediciosa

Con blanda voz pregunta mansamente:

«¿A quién buskais?» Y dice clamorosa

La tropa de romanos insolente:

«A Jesus Nazareno.» Y fulminosa

La respuesta del Verbo omnipotente

Tres veces los derriba y les da brios

Para otras tantas levantarse impíos.

Pero el Señor con vista regalada,

Blandos ojos y término apacible,

Serena vista, mas de horror bañada

En lo secreto del mirar terrible,

Vista de justo celo acompañada

Que amenaza de Dios ira infalible,

Mirando á Judas dice: «¿Así me vendes?

»¡Ah! ¿Con beso de paz á Cristo prendes?»

Estaban los discípulos atentos

En torno del Maestro soberano,

Y al mirar ya los ímpetus violentos

Del temerario ejército romano,

Con firmes y justísimos intentos

De ampararle con presta y fuerte mano

Dijéronle: «Señor, dadnos licencia

»Para salvar aquí vuestra inocencia.»

Pedro por todos esto le decia,

Cuando vió que atrevido y diligente

Un siervo del pontífice venia

A poner en su Dios mano insolente:

En el añoso cuerpo y sangre fría  
 Amor vivo reinaba y celo ardiente;  
 Y así, abrasado el pecho corajoso,  
 Cortó una oreja vil al siervo odioso.

Y adelante pasára el viejo sabio  
 En el amor de Dios y en la defensa,  
 Si Jesus no moviera el dulce lábio  
 Para estorbar de su ofensor la ofensa.  
 Dícele pues: «No vengues hoy mi agravio,  
 »Y no des mal por mal en recompensa;  
 »Vuelve á su vaina el cortador acero.»  
 Dice, y la oreja restituye al fiero.

Cura blando la llaga, y luego mira  
 Despacio á los pontífices atroces,  
 Y de su encono pertinaz se admira  
 Porque entiende sus ánimos feroces.  
 Ve que arrojando están torrentes de ira,  
 Y él así esclama con sentidas voces:  
 «¿Cual á infame ladron en noche oscura  
 »A prenderme venís con armadura?  
 »Es empero llegada vuestra hora,  
 »La del ciego poder de las tinieblas:  
 »Cumplid, cumplid vuestros intentos ahora;  
 »La noche os tapa, cubren os las nieblas.»  
 Dijo el Señor á quien el cielo adora  
 Y ofende el mundo envuelto en sus tinieblas;  
 Y los fieros soldados con cordeles  
 El cuello y manos átanle crueles.

¡Quién fiero mil y mil le da empellones!  
 ¡Quién torpe y descortés le desconsuela!

¡Quién donaires le dice, quién baldones!  
 ¡Quién sus barbas santísimas repela!  
 ¡Quién le afrenta con duros bofetones!  
 ¡Quién con mayores ímpetus anhela  
 A mayor daño, y el Cordero manso  
 Calla, sufre y camina sin descanso!

Los medrosos discípulos temiendo  
 Aquel ciego furor incontrastable,  
 De la noche ayudados van huyendo  
 El mal que cerca ven irreparable,  
 Que el bramador tumulto y grande estruendo,  
 El alborozo y confusion notable  
 Del enemigo en su ganada presa  
 Les dió lugar á la cobarde empresa.



---

---

## CANTO SEGUNDO.

---

Del monarca infernal el furor sube  
Recelando que Cristo sea el Verbo:  
Torbellinosa la de incendios nube  
Mas le devora el corazon protervo:  
La frente impía del infiel querube  
Surcan mas rayos, y el dolor acerbo  
Desgarrándolas vierte en sus entrañas  
Todo el raudal de sus atroces sañas.

Una torre de sierpes y alacranes  
Sobre sus ígneas crines se encarama;  
En sus oidos zumban huracanes  
De alarido eternal que ronco brama;  
A sus plantas revientan cien volcanes;  
Le anega mar de hiel, betun y llama;  
Con lanzas de diamante agudas ciento  
Está clavado al monte del tormento.

Con la tartárea trompa hondisonante  
Sus rugidoras iras sempiternas,  
Estremeciendo en son horripilante  
Las pavorosas, lóbregas cavernas,

Llaman al escuadron centelleante,  
 Que de las claras bóvedas supernas  
 Cayó rodando á la mansion de llanto,  
 Do le horroriza perdurable espanto.

La hondísima region de la tiniebla  
 Un mar de sangre espumajosa inunda;  
 La retronante bóveda de niebla  
 Fuego devastador llueve iracunda:  
 Muchedumbre de crímenes la puebla:  
 La muerte con sus brazos la circunda;  
 Y de la eternidad la pesadumbre  
 Forma su férreo muro y su techumbre.

De Luzbel al acento soberano  
 De espíritus se junta el bando fiero:  
 Blandiendo un rayo en su vibrante mano  
 El altivo dragon llega primero  
 Que por Jove adoró ciego el romano;  
 Y el que Apolo fingióse palabrero,  
 Segundo viene envuelto en lumbre roja  
 Que cual sol infernal chispas arroja.

Y el que sañudo presidió á la guerra,  
 Llevando el mástil de un bajel por lanza,  
 Y á cuyo carro retembló la tierra,  
 Con ignívomos ojos de venganza,  
 Que al mas robusto corazon aterra,  
 Ya del oscuro rey llega á la estancia;  
 Y el que Chipre adoró por Venus bella,  
 Y el que culto exigió de la doncella.

Tambien el diligente mensajero,  
 Que falso padre fue de la elocuencia,

Alado en pies estuvo alli ligero,  
 Solemne ostentador de antigua ciencia,  
 Espíritu en delirios lisonjero,  
 Gran pintor de fantástica apariencia;  
 Y el que á sus hijos devoró tirano;  
 Y el que fingió enfrenar el mar insano.

Y el otro vil que presidió al becerro  
 Por Dios tenido y en crisol forjado,  
 Efecto pertinaz del loco yerro  
 Del pueblo de Israel desatinado,  
 El oro antiguo convertido en hierro,  
 Y de buey el aspecto conservado,  
 Bajó dando bramidos pavorosos  
 Con los dos de Samaría fabulosos.

Ni los dioses en Méjico temidos  
 De aquel horrendo cóncave faltaron,  
 De humana sangre bárbara teñidos  
 En que siempre sedientos se empaparon;  
 Ni del Perú los ídolos fingidos  
 Que en lucientes culebras se mostraron;  
 Ni Eponamon, indómito guerrero,  
 Deidad altiva del Arauco fiero.

Junto el senado con solemne pompa,  
 La boca, que parece catacumba,  
 Abre el tremendo rey: cual son de trompa,  
 Cual airado huracán, su aullido zumba:  
 Tormenta atroz que en trueno bronco rompa,  
 No con fragor tan hórrido retumba,  
 Ni terremoto que en tronante guerra  
 Cumbres derrumba desgarrando tierra.

« ¡Príncipes, dice, torcedor agudo  
 Hoy mas que nunca me traspasa el pecho!  
 Que Cristo sea el Verbo ¡ay de mí! dudo;  
 Y ¡ó dolor! ¡ó dolor! que lo es sospecho.  
 ¡Ay de Luzbel! ¡Ay de Luzbel sañado!  
 ¡Ay de Luzbel! ¡Ay de Luzbel! ¿Deshecho  
 Será mi imperio? ¿Cerrará mis puertas  
 Estando al hombre las del cielo abiertas?

» ¡Mas ay!..... ¡Deliro!..... Buscaré camino  
 De saber la verdad: id luego todos  
 Y notad si es humano ó si es divino  
 Por estos nuevos y terribles modos.  
 Si del trono de Dios escelso vino  
 Al cieno vil de los terrestres lodos,  
 Probado con deshonor y con violencia  
 Inhumana y atroz, tendrá paciencia.

» Volad, y por caminos diferentes  
 Afrentas procuradle nunca vistas,  
 Rudas mofas, oprobios indecentes,  
 A que tú, Cristo, con valor resistas.  
 Juntad soberbios pechos insolentes,  
 Manos y almas guerreras y malquistas.  
 Id presto, furias del estigio lago,  
 Y haced que sufra carnicero estrago.

» A los unos envidia mordedora  
 Y á los otros soplad soberbia altiva,  
 Y al vulgo adulador, que en Salén mora,  
 Lisonja infame y abyeccion nociva.»  
 Al punto aquella horrífica y traidora  
 Alada multitud se lanzó activa,

Llevando al Salvador sañosa guerra,  
Y en vivo infierno convirtió la tierra.

El aire con asombros ofuscaron,  
De fantasmas la opaca luz cubrieron,  
Con mentiras las almas perturbaron,  
De engaños los espíritus hinchieron:  
Entre la ruda plebe se mezclaron,  
Y en la gente mas noble se injirieron,  
Derramando do quiera sus furores,  
Cual lava los volcanes tronadores.

¡Ó vivo resplandor maravilloso  
Del Padre de las lumbres soberano,  
Sobre quien vino el ímpetu furioso  
Del infernal ejército tirano!

Dolor profundo, corazon piadoso  
¡Ó Jesus! dame con propicia mano,  
Para que sienta y llore en voz sensible  
El rigor de tus penas indecible.

Era Anás del colegio preeminente,  
Que de la ley juzgaba y del profeta,  
Gran sacerdote, príncipe insolente  
Con sumo imperio y potestad completa;  
Por eso la canalla inobediente  
A Dios y al mal pontífice sujeta,  
Arrebatado con tropel confuso  
Ante el soberbio juez á Cristo puso.

De contumelias lleno en esta parte  
Al príncipe Caifás fue remitido  
El Redentor, cuya bondad reparte  
Paz al turbado y gozo al afligido:

Aqui el contrario infierno toda el arte  
 Antigua de tentar puso en olvido,  
 Y á los verdugos inspiró feroces  
 Modos de atormentar nuevos y atroces.

Uno en el rostro, que respeta el cielo,  
 Con torpe, inmunda boca le escupia;  
 Y otro alzando el lodoso pie del suelo,  
 En su modesta frente lo imprimia;  
 Y otro por mas dolor y desconsuelo  
 Con un baston fortísimo le heria,  
 Y otros con rigurosos empellones,  
 Con befas otros y otros con baldones.

Estaba el Hombre Dios, que manda el cielo,  
 Con nudos corredizos maniatado,  
 Del aleve escuadron del lacio suelo  
 Y del judío pueblo rodeado,  
 Traido sin piedad al redopelo,  
 La barba y el cabello maltratado,  
 En la tierra los ojos, y el semblante  
 En calma augusta al Padre semejante.

Y el indigno prelado en silla estaba  
 Alta y pomposa, esquivo y desdeñoso,  
 Con faz sañuda y apariencia brava,  
 En ropa largo, en ánimo ambicioso:  
 Lisonjera familia le cercaba,  
 Y vulgo de agradarle codicioso,  
 Con gritos aplaudiendo sus razones,  
 Y admirando con gestos sus acciones.

Pregunta al Rey, que arcángeles domina,  
 Y está delante dél con sogas preso,

Por su colegio santo y su doctrina,  
 Por aqui comenzando su proceso.  
 Responde el Salvador con voz divina,  
 Exenta de hinchazon, libre de esceso:  
 «En el templo de Dios he predicado,  
 Y mi doctrina en público enseñado.

Tienes al pueblo todo por testigo.»  
 Dice y sus lábios el silencio sella.  
 ¿Quién de esta blanda voz de afable amigo  
 Formar podria la menor querella?  
 Formóla ¡ay Dios! un bárbaro enemigo  
 De la justicia y de la luz en ella,  
 Y del manso Jesus en el semblante  
 Estampó diestra de acerado guante.

¿En el rostro de Dios la mano airada  
 De un hombre vil? ¡Ó crimen espantable!  
 ¿Y míralo la máquina estrellada  
 Y su curso prosigue favorable?  
 ¿Hunde brutal, impía bofetada  
 La mejilla del Rey mas adorable?  
 ¿Y ardiendo brama y quéjase el cristiano  
 Si le toca al pasar viento liviano?

Jesus serena los honestos ojos,  
 Y mira al ofensor con mansedumbre  
 Llena de suavidad, libre de enojos,  
 Y envuelta en grata y generosa lumbre;  
 Pues vencido de amor da por despojos  
 Modestia, gracia y blanda dulcedumbre,  
 Y dice: «Muestra en qué, si he mal hablado.  
 Y si bien, ¿por qué así me has afrentado?»

En estas horas en que duerme el mundo,  
 No lastima al mendigo su indigencia,  
 Ni á la viüda su pesar profundo,  
 Ni al rico da cuidado su opulencia,  
 Ni consume el furor al iracundo,  
 Ni al pecador remuerde la conciencia;  
 ¿Y entre suplicios, ó Cordero manso,  
 Velais vos sin alivio y sin descanso?

Vuestros cabellos repelados fueron,  
 Y vendas vuestros ojos anublaron,  
 Golpes vuestras mejillas ofendieron,  
 Y afrentas vuestra cara avergonzaron;  
 Sedientos vuestros lábios estuvieron,  
 Voces vuestros oídos perturbaron,  
 Y á vuestras manos ásperos cordeles  
 Rompieron crudos las delgadas pieles.

Cual dura roca con gentil firmeza,  
 Descollada y altiva, escelsa y fuerte,  
 Las ondas, que la baten con braveza,  
 Al propio mar, que se las da, las vierte,  
 Mas con espuma de sutil belleza  
 Mejoradas y ricas; de esa suerte  
 Las penas que del hombre recibia  
 Jesus al hombre en méritos volvia.

Y asi la noche toda en peso estuvo  
 Afrentas padeciendo ignominiosas,  
 Y la batalla intrépido mantuvo  
 A las estigias furias venenosas;  
 Pero entre tanto que el Señor sostuvo  
 Los golpes de sus armas enconosas,

Sufriendo al hombre y al querub pasmando,  
Dióle tal guerra el enemigo bando.

El rey de sus apóstoles le niega,  
Quien ya por él desenvainó la espada;  
Pero al ingrato corazon le llega  
De su amante Jesus una mirada,  
Y le traspasa y de dolor le anega,  
Y se erige la piedra desplomada  
(Aquí se ha de admirar mas de un portento)  
De la Iglesia inmortal por fundamento.

En alas del dolor de allí se ausenta  
El compungido Pedro, derramando  
El agudo pesar que le atormenta;  
Con los lúgubres ayes que va dando,  
De la noche el pavor aciago aumenta,  
Y con trémula planta vacilando  
Triste á Getsemaní vuelve y se esconde.  
¡Ó huerto funeral, dime tú adóndè!

Allá en la cueva do Jesus gemia  
No ha muchas horas, do sangriento rio  
De sudor y de lágrimas vertia;  
En aquella mansion de espanto umbrío  
Entra Pedro; renueva la agonía  
Del que negó con juramento impío:  
Se postra, y palpa sangre ¡ay! en el suelo,  
Y su carne retiembla y se hace hielo.

Su corazon de angustia se desmaya,  
Y duerme el sueño del dolor; suspira  
Volviendo en sí del éxtasi; se ensaya  
En adorar la sangre que le inspira

Horror santo: levántase, y se esplaya  
 Su congoja en lamentos, y delira;  
 Vaga por aquel huerto de dolores,  
 Y difunde por él tales clamores.

«¡Ay! á quién, infeliz, he yo negado?  
 Al Hijo de Dios vivo, al Sempiterno.  
 ¡Al precipicio, ó Pedro, te has lanzado!  
 ¡Devorante á mis pies se abre el infierno!  
 ¡Horrendo, inescusable es mi pecado!.....  
 ¿Mas podría dudar del amor tierno  
 Del piadoso Jesus para conmigo  
 Si de su corazon soy fiel testigo?

»Por mí á su Padre en el Tabor pedia  
 Cuando el Padre eternal, aparecido,  
 Palabras de ternura le decia.  
 ¡El Tabor! ¡El Tabor!..... ¿Y que rendido  
 Al brillo y magestad que le ceñía,  
 No hubiese yo mi espíritu abatido  
 Allí exhalado en la gloriosa cumbre  
 De la vision feliz, vision de lumbre?.....

»Su ropa allí cual sol reverberaba;  
 En torno dél el rayo, el torbellino;  
 Una espléndida nube le cercaba;  
 Ostentábase allí su sér divino:  
 Allí de su pasion hablando estaba  
 Con quien en carro de centellas vino,  
 Con Elías que vuela, y otro anciano  
 A quien Dios hizo dios de su tirano.

»¿Cómo á la fe jurada, dulce amigo,  
 Ay de mí, te he faltado con negarte?

¡Oh cuán ingrato corazón abrigo!  
 ¡Corazón que ha podido atormentarte  
 De siervo tuyo haciéndose enemigo!  
 ¡Corazón infeliz, que olvidó amarte  
 Cuando por ti su postrimer aliento  
 Debíó exhalar en rígido tormento!.....»

»¡Oh cuántas prendas de tu amor me has dado!  
 Cabeza de tu grey santa me has hecho,  
 Y las llaves del cielo me has fiado;  
 Y de amarme tu amor no satisfecho,  
 Prodigio de endiosarme has inventado  
 En pan de vida entrándote en mi pecho.  
 ¡Quieres ser, ó Jesus, el alma mía  
 Haciendo mi manjar la Eucaristía!

»¡Dame que en el dolor contigo muera!  
 ¡Vivir sin ti cual muerte me lastima!  
 ¡Oh quién por ti dilacerar me hiciera!  
 ¿No hay quien el hierro fulminante esgrima  
 Contra mi pecho vil, que infiel te fuera?  
 ¡Ah, Señor! ¡Ah, Señor, antes me oprima  
 La eternidad de fuego y de dolores  
 Que renunciar de nuevo á tus amores!

»¡Ó Madre de Jesus, Virgen María,  
 Tu maternal misericordia imploro!  
 Al Hijo de tu amor, que en agonía  
 Ves padecer por mí con largo lloro,  
 Di que tenga piedad del alma mía,  
 Y de su gracia vuélvame el tesoro.  
 ¡No olvides que de niño le perdiste,  
 Y la desolacion cual mar bebiste!.....»

En tanto la region caliginosa  
 Con profundo pavor se ha estremecido,  
 Viendo la hazaña del Señor gloriosa,  
 Cuyos ojos á Pedro han convertido.  
 La asamblea de espíritus rabiosa  
 Se abrasa en nuevo encono foragido;  
 Del magnánimo Cristo la constancia  
 Exacerba su antigua petulancia.

«Si este nuestro enemigo es hombre puro  
 En tenerse por Dios pecado hubiera,  
 Dicen, y tan humilde, tan seguro,  
 Tan sereno y tan firme no estuviera.  
 El daño que esperábamos futuro,  
 La pena que temíamos postrera.  
 ¡O dolor! ya la vemos: no se halla  
 Tanto valor en hombre en tal batalla.

»Alguna traza en padecer oculta  
 Tiene para asolar nuestro gobierno,  
 Y en viles asperezas la sepulta  
 Porque el rey no la entienda del averno:  
 Si es traza suya, inmenso mal resulta  
 Al gran imperio de Luzbel eterno.  
 ¡Tal vez querrá muriendo dar la vida  
 A la prole de Adan envilecida!

»No consintamos, ángeles prudentes,  
 Que en cruz espire cual varon injusto:  
 Impidamos con ánimos valientes  
 Aun del morir infame su mal gusto»  
 Los espíritus dicen impacientes  
 Del viperino ejército robusto;

A Lucifer el caso se consulta,  
Y que no muera el Salvador resulta.

Procuraban los príncipes hebreos  
Que en infame patíbulo muriese;  
Mas cumplir no podían sus deseos  
Sin que Pilato la sentencia diese.  
Trazaron los demonios sus rodeos  
Porque á la ejecucion no se viniese,  
Temiendo ya perder su monarquía  
Si por el mundo el Salvador moria.

Pilato era gentil, y era casado;  
Y por aquí Luzbel urdió su enredo;  
A un demonio en fingir ejercitado  
Mandó que á su muger pusiese miedo.  
El angel, en Mercurio transformado,  
Su figura tomó gozoso y ledó,  
Mintiendo ser de Júpiter el nuncio,  
Que á darle vuela pesaroso anuncio.

Ya se aparece en hábito radiante  
A la dormida esposa de Pilato,  
Y así le dice: «Soy Mercurio, amante  
De la ciudad de Roma á quien acato;  
El mal deshago, el bien pongo delante;  
Y defenderla es mi primer conato:  
A ti Jove me envia presuroso  
Para ventura de tu amado esposo.

«Hoy el concilio de la gente hebrea  
A un justo va cual reo á presentarle,  
A quien muerte injustísima desea,  
Pues quiere siendo tal crucificarle:

Negra perfidia y falsedad emplea  
Su artificio fatal en arruinarle.

Dile que de la muerte á Jesus libre  
Antes que rayos el Tonante vibre.»

    Dice, y el aire disipado y suelto  
Del fantástico cuerpo que movia,

Y en invisible espíritu resuelto,  
Quédase allí esperando el nuevo dia,

Y del palacio entre la turba envuelto  
Para alcanzar el fin que pretendia.

Del presidente la dormida esposa  
Con la vision se pasma temblorosa.

    Atónita y con mente alborotada  
Despavorida súbito despierta,

Y de trémulo asombro enagenada,  
Qué hacer no sabe, qué decir no acierta:

Alza la frente al fin, y así esforzada  
Mueve el pie, deja el lecho, va á la puerta,

Abre, vocea, llama á su familia,  
Y amistad con sus dioses reconcilia.

    Despertaron las dueñas confidentes  
Que en dormitorios próximos estaban,

Y por saber el caso diligentes  
De la causa y efectos preguntaban:

Aquietóse la dama, á las sirvientes  
De cordura menor que mas instaban

Mandó salir, y á las de rueca y huso  
De su Dios la amenaza les propuso.

    Y despues inquirió para su intento  
De Jesus la doctrina y calidades:

Ellas por darle en su temor aliento  
 Le contaron diversas falsedades,  
 Que cual gentiles y sin fiel cimiento  
 Fábulas envolvieron en verdades.  
 Mas entre todas ellas una anciana  
 Hablando así dió muestras de cristiana.

«Escucha atenta, escucha los portentos  
 Del celestial varon, que á mi memoria  
 En confuso tropel vienen por cientos:  
 Te hablaré sin guardar orden de historia,  
 Que no son estos de ordenar momentos,  
 De los mayores de verdad notoria,  
 Pues muchos de ellos por mí misma he visto  
 Pasmada del poder de Jesucristo.

«Una muger que flujos padecia,  
 Sanó al tocar su túnica preciosa.  
 Un hombre, á quien el sol nada servia  
 Desde que recibió la vida odiosa,  
 Abrió sus ojos al brillante dia,  
 Muriendo de placer, cuando piadosa  
 La mano de Jesus á sus pestañas  
 Llegó, de grande amor vertiendo hazañas.

«En convite de bodas desventura  
 Fué la falta del nectar purpurino:  
 Su tierna Madre de sin par dulzura  
 Le hizo presente que faltaba el vino;  
 Y en licor convirtiendo el agua pura  
 Mostró cuál era su poder divino  
 El Hijo regalado de María,  
 Que á los esposos dió tanta alegría.

«Una obstinada pecadora bella,  
 Ardiendo en llamas de pasión maligna,  
 Llevaba á muchos jóvenes con ella  
 Al suplicio eterno; pero benigna  
 Del amor de Jesús le entró centella  
 En el impuro corazón, y digna  
 Fué de los cielos por la amarga pena  
 De sus antiguas culpas Madalena.

«Sanma infeliz dentro de sí tenía  
 Una legión de espíritus pécitos,  
 Y con furioso frenesí rugía:  
 Jesús, oyendo sus infandos gritos,  
 Movióse á compasión de su agonía,  
 Y dijo en voz altísima: «Malditos,  
 De ese cuerpo salid antes que vibre...»  
 Y quedó Sanma de demonios libre.

«En el desierto muchedumbre inmensa  
 Le circundaba, de escucharle ansiosa;  
 El angustia del hambre era ya intensa,  
 Ni se encontraba allí comible cosa;  
 Mas porque estuvo de su voz suspensa,  
 El hambre y sed sufriendo rigurosa,  
 Agradecido el Santo á sus afanes  
 A cinco mil sació con cinco panes.

«En la solemne Pascua al templo vino,  
 Y en él halló las tiendas asentadas  
 (O sacrilegio que estinguir convino)  
 De osados mercaderes rodeadas,  
 En donde el extranjero y el vecino  
 Como en las plazas á la feria usadas

Comprasen, espendiendo sus tesoros,  
Ovejas, codornices, vacas, toros.

»Viólas, y al punto ardió en furor sagrado  
Y un casi azote de un cordel compuso:  
Y encendido el color y el rostro airado,  
Mesas, bancos, dineros del abuso  
Trastornó, derrumbó, corrió irritado,  
Y él solo á todo el pueblo en fuga puso.  
«Es mi casa de ofrendas y oraciones,  
Dijo, y no cueva infame de ladrones.»

»Y magestad insólita admirable,  
Y de divinidad ciertas vislumbres  
Se vieron en su cara venerable,  
Y ardieron en sus dos radiantes lumbres;  
Y azotado el gentío indomeñable,  
Sin alegarle fueros ó costumbres,  
Huyó con vana fúria pavoroso.

¿Pudiera el triunfo ser mas portentoso?

»Ya mas de siete lustros padecía  
Un infeliz perlático tullido,  
Y en su penoso lecho residia  
De afliccion y dolores consumido.  
El desmayado espíritu vivia  
En solo piel y huesos detenido;  
El gran Profeta dijole: «Tu lecho  
Alza, y vete.» Y al punto así fué hecho.

»Exánime y helado podredumbre  
Era Lázaro ya: corre, deshecho  
El corazon de acerba pesadumbre,  
Su santo Amigo á su sepulcro estrecho;

Gemebunda con él va muchedumbre:

Llega, y arranca del profundo pecho

Hondo clamor que lúgubre retumba.

¡Vivo el muerto se lanza de su tumba!»

Sorprendida la esposa de Pilato

A la prudente anciana oye confusa

Y atónita no mueve en luengo rato

La lengua, que de asombro hablar rehusa:

Ya el Hombre Dios le es admirable y grato,

Ya á los judíos de maldad acusa.

«¡Si no le libras, Poncio, ay de ti!» esclama,

Y por su esposo lágrimas derrama.....



---

---

### CANTO TERCERO.

---

La blanca aurora con su rojo paso  
Escondida entre nubes caminaba,  
Y los celages del oriente raso  
De oro confuso y turbia luz bordaba.  
Gemia el aire, el sol del triste ocaso  
Semblante melancólico sacaba:  
El ave de dolor enmudecía,  
Y en los bosques del sol la fiera huía.

Solo Caifás, mas que las bestias bruto,  
No via de la aurora el paso lento,  
La escaseza del sol, del aire el luto,  
Y de las aves el callar atento,  
Del mar turbado el funeral tributo,  
De los peces el tardo movimiento  
Y de las bravas fieras los enojos,  
Porque la envidia le cegó los ojos.

Airado y diligente con estremo  
A consejo llamó. ¿Quién tal pensara  
Que para sentenciar al Dios supremo  
A consejo en la tierra se llamara?

Junto ya todo el cónclave blasfemo,  
 Reo de muerte al Salvador declara:  
 Manda que á su presencia atado venga,  
 Y hácele Caifás odiosa arenga.

Llaman luego testigos insolentes,  
 Y dice cada cual cien falsedades:  
 Unos que come con diversas gentes,  
 Y algunas de menores calidades;  
 Otros que en el lavarse negligentes  
 Sus discípulos son. ¡Ved qué maldades!  
 Otros que en Belzebut saca demonios;  
 Y no eran convenientes testimonios.

Mas vienen á la postre dos falsarios  
 Encaramando un grave mal ejemplo,  
 Y deponen que ha dicho en tiempos varios:  
 «Yo desharé de Dios el sacro templo.»  
 Mientras vosotros, pérfidos contrarios,  
 Así mentís, al Redentor contemplo  
 Con rostro humilde y mesurada vista,  
 Que amansa fieras y áspides conquista.

Presas están sus liberales manos,  
 Y con sogas ceñido el santo cuello.  
 ¿Manos tales á nudos tan tiranos  
 Entrega Dios y da cuello tan bello?  
 Desquiciense los polos soberanos,  
 Y si no llora el hombre, tiemble de ello.  
 Callaba el Salvador, y Caifás dijo:  
 «¿Por ventura eres tú de Dios el Hijo?»

Responde el Salvador grave y sereno:  
 «Tú dices la verdad, y aún mas te aviso

Que el Hombre-Dios, de resplandores lleno  
 Y en nube orlada de radiante friso,  
 Y á la del Padre inmensamente bueno  
 Diestra divina, con humano viso,  
 Vendrá sentado en retronante pompa  
 Cuando los orbes su venganza rompa.»

El pontífice impío ardió en furores  
 Que su vestido desgarrar le hicieron;  
 Y aquellos ominosos consultores  
 «Digno es de muerte, muera,» respondieron,  
 Y al rostro de divinos resplandores  
 Con sus horrendas bocas escupieron.  
 ¿Esa es cara, Señor, para salivas?  
 ¿Cara á quien debe el sol sus lumbres vivas?

Era el dia de Pascua venerable,  
 En que su ley negábales licencia  
 Para la ejecucion abominable,  
 Aunque se dió de muerte la sentencia;  
 Y el nefando concilio inexorable,  
 Escrúpulo fingiendo de conciencia,  
 Quiso á Pilato proponer la causa,  
 Por no hacer ni un instante en ella pausa.

Y todos juntos con ligero paso,  
 Con furia, con tropel, con alboroto  
 Cuenta le van á dar del grave caso,  
 De su antiguo temor el velo roto.  
 ¡Ó sol, en alumbrar muéstrate escaso;  
 Y tú, tierra, levanta terremoto,  
 Porque atadas las manos no se vean  
 Que mundos forman y querubes crean!

Y Del palacio del principe alevoso  
 Sacan al Redentor con sogas preso,  
 Que va con su magnánimo reposo,  
 Muestra de amor y de piedad esceso;  
 Corre admirado en pos pueblo curioso  
 A preguntar la causa del proceso;  
 Y unos heridos de dolor le siguen,  
 Y otros ardiendo en saña le persiguen.

Llega al pretorio ya del presidente  
 Lleno de oprobios y de golpes Cristo;  
 El romano se alegra interiormente  
 De haber al hombre portentoso visto:  
 Luego la hebráica venenosa gente,  
 Que no cede en maldad al Antecristo,  
 Con lenguas atrevidas y veloces  
 Vibra calumnias en horribles voces.

Y Preso, mas con semblante generoso,  
 Jesus estaba y con serena cara,  
 Grave, intrépido, escelso, valeroso  
 En medio al escuadron que le injuriara:  
 Notó aquel proceder maravilloso  
 Pilato, y vió con evidencia clara  
 Muestras de rey en él, y así miróle  
 Con asombro, y taimado preguntóle.

«¿Eres por dicha rey de los judíos?»  
 Y Cristo: «No es mi reino de la tierra,  
 Que si lo fuese, los vasallos míos  
 Vendrían á librarme de tal guerra;  
 Ellos mostrarán bien sus justos brios  
 Contra el senado que en prenderme yerra;

No es empero mi reino de este mundo.»

Y aqui calló el saber de Dios profundo:

«¿Luego rey eres?» dijo el presidente.

Y respondióle Cristo mesurado:

«Tú me dices que rey soy de esta gente,

Pero el sayal del hombre yo he tomado

Para dar testimonio conveniente

De la verdad que al mundo he predicado;

Y el que es de la verdad mi voz escucha,

Que es grande su valor, su fuerza mucha.»

Aqui Pilato dijo: «Yo no hallo,

Hablando á los injustos fariseos,

Razon que obligue á dar de muerte el fallo.»

Con lo cual se frustraron sus deseos;

Mas se cierran ¡ay Dios! en condenallo,

Fingiéndole adalid de galileos;

Y que alborota el mundo, le replican,

Y furiosos clamores multiplican.

Una secta se habia levantado

Que al César el tributo dar negaba,

Y tuvo su principio ya fundado

En gente galilea, inculta y brava:

Parecióle por esto al mal senado

Que al manso Salvador acriminaba

Porque de esta maldad á los autores

Poncio habia punido con rigores.

Esto quiso la turba farisea

¡Turba feroz! empero el presidente,

Entendiendo que Cristo en Galilea

Vertido habia plática elocuente,

Y que el monarca atroz de la Idumea  
 Se hallaba en la ciudad, mandó impaciente  
 Que llevasen al Hijo de María  
 De Herodes crudo á la presencia impia.

Sale bramando la enemiga y fiera  
 Horda de aquellos bárbaros fiscales,  
 Y llevan al Señor de una carrera  
 Del déspota Idumeo á los umbrales:  
 Prisa todos le dan, nadie le espera,  
 Gritanle los ministros infernales;  
 Y él preso, y jadeando, y con la carga  
 De nuestras culpas, ¡ay! el paso alarga.

¡Ó tú que asi le llevas, hombre duro,  
 Si no en peñasco, en tigre convertido,  
 Ya que no subes por tu ingenio oscuro  
 Al ser de Dios el ánimo abatido,  
 Y el trono escelso, llameante y puro  
 Donde habita, de soles mil vestido,  
 No contemplas; ¡ó bárbaro! siquiera  
 Advierte y mira ese varon quién era.

¡Mas ay que aprietan sogas su garganta  
 Alabastrina, y corredizo nudo  
 Esta y aquella mano ilustre y santa  
 Ciñe y desuella con dolor agudo!  
 El rostro, á quien el cielo salmos canta,  
 Con deshonoras ofende el pueblo rudo;  
 Polvo le cubre, y el sudor sangriento  
 Le tiñe, y cansa, y quita el sacro aliento.

El inefable Verbo poderoso  
 A la mansion real de Herodes llega;

Y alégrese de verle el ambicioso,  
 Mas con su sacra luz se ofusca y ciega:  
 Está el Señor callado y valeroso,  
 Ni su pro afirma ni su daño niega;  
 Y están los fariseos enemigos  
 Presentando ante el rey falsos testigos.

Acúsanle que á toda Galilea  
 Deja confusa y tiene alborotada,  
 Porque con esto el rey tirano vea  
 Su causa con envidia emponzoñada:  
 Réprobo Herodes su artificio emplea  
 En sondearle en voz desentonada,  
 Y exige del Señor del firmamento  
 Que ante sus ojos haga algun portento.

¡O magestad, ó magestad humana,  
 Que al mismo Dios despótica pretendes  
 Sujetar con desdén y alteza vana,  
 Y cuanto mas te elevas mas le ofendes!  
 Mira que es la potencia soberana,  
 Que en sagrado furor contra ti enciendes,  
 De infinita grandeza y poder sumo;  
 Y tú podre, ceniza, polvo y humo.

El Verbo con silencio venerable  
 No responde al tirano mal nacido,  
 Y él ya ostenta la vista y boca afable,  
 Ya el rostro y pecho en cólera encendido;  
 Ya le acaricia plácido y amable,  
 Ya le amenaza adusto y desabrido;  
 Ya de amor, ya de ódio es la batalla,  
 Y el Príncipe de paz á todo calla.

Mas su grave silencio humilde y sábio  
 El rey juzgó por cierta y gran locura,  
 Y mosó dél con desdeñoso lábio,  
 Necia fingiendo á la mayor cordura;  
 Y mandóle poner ¡injusto agravio!  
 Una blanca y luciente vestidura,  
 Porque burlasen dél tenido en poco  
 Mirándole cual rey, pero rey loco.

Y vase luego y déjale en las manos  
 De mil pajes al gusto aduladores,  
 Y de otros lisonjeros cortesanos  
 Que con injurias compran sus favores:  
 Agradarle apetece inhumanos;  
 Y al que visten eternos resplandores  
 Visten infame y afrentosamente,  
 Por escarnio, de ropa refulgente.

Ya le apellidan vil samaritano,  
 Ya revoltoso, ya de mal linage,  
 Ya pobre, ya soberbio, ya profano,  
 Ya de bajo y estólido lenguaje;  
 Y añaden ¡ó misterio soberano!  
 A tamañas injurias tal ultraje;  
 Y por loco frenético le cuentan.  
 ¿De qué te hinchas, polvo, si te afrentan?

Al presidente del latino suelo  
 Manda Herodes volverle despreciado:  
 Mas el Padre por dar algun consuelo  
 A su inefable Verbo baldonado,  
 Un estendido y reluciente cielo  
 Con infinitas luces dibujado,

Que ha merecido su ínclita paciencia,  
 Le hace ver con hondosa providencia.  
 «¡Ah, si por loco te desdeña el mundo,  
 Le dice, y por mi gloria lo padeces,  
 Innumerables de saber profundo  
 Varones á tu Iglesia le mereces!  
 En tus afrentas cual en polos fundo  
 Este cielo en que ufano resplandeces,  
 Cual sol divino entre las lumbres bellas,  
 Dando luz de doctrina á tus estrellas.  
 »Hijo, levanta los amables ojos  
 Oscurecidos con tan nueva injuria,  
 Y apártalos así de tus enojos,  
 Y ve de sábios esta ilustre curia,  
 Que son de tu victoria los despojos.  
 ¡O cuerdo vencedor de loca furia!»  
 Ve entonces en su Padre dibujado  
 Un cielo intelectual y estrellado.  
 Allí estaban los cuatro Evangelistas  
 Cual radiantes luceros alumbrando,  
 Del sol eterno sábios coronistas  
 De su inefable luz participando;  
 Y otros de aquella edad doctos salmistas  
 Que á Dios en dulces versos alabando,  
 De Jesus compusieron los cantares  
 Que hoy entona la Iglesia en sus altares.  
 Ignacio el martir digno de memoria,  
 De tradiciones santas puro archivo,  
 En mil rayos envuelto de alma gloria  
 Lanzaba resplandor gracioso y vivo;

Y el gran Dionisio en la feliz victoria  
 Que alcanzó del prefecto vengativo,  
 De antiguos escritores en el coro  
 Bañado estaba en piélagos de oro.

Y el azote de hereges arrianos  
 Grande Atanasio, de este lindo cielo  
 Estrella de fulgores soberanos,  
 Daba al oriente universal consuelo:  
 Y Basilio y sus dos sábios hermanos  
 Vense lanzar de vigoroso celo  
 Relámpagos que en luz al sol vencian;  
 Y entre sombras de injurias mas lucian.

El gran teólogo insigne de Nazancio,  
 En colores pintado milagrosas,  
 Enseñaba verdades en Bizancio,  
 Y afrentas padecia vergonzosas:  
 Y el que en destierro y con mortal cansancio,  
 Perseguido de lenguas envidiosas,  
 Murió y su boca fue de oro el mas fino,  
 Mostraba allí su resplandor divino.

Y á Cirilo, que al pérfido Nestorio  
 Contradice con ánimo valiente,  
 Uno de Egipcios ínclito auditorio  
 Veneraba escuchando atentamente;  
 Y de griegos un docto consistorio,  
 Como cerco de estrellas refulgente,  
 Con claridad augusta despedia  
 Vivos rayos de sacra teología.

Agustino tambien, inmensa lumbre,  
 Gran defensor de la divina gracia,

En aquella de sábios alta cumbre  
 Mostraba su dulzura y eficacia;  
 Y con fuerte y terrífico relumbre  
 El doctor penitente de Dalmacia  
 Que en Belén habitó, rayos lanzaba  
 Con que á Pelagio en sombras sepultaba.

Y Ambrosio, padre del valor discreto  
 Y asombro de tiranos formidable  
 A quien Milán guardó sumo respeto,  
 En ciencia relucía inestimable;  
 Y Gregorio, pontífice completo,  
 Sábio, prudente, justo, venerable,  
 De patricio linage y santa vida,  
 Con luz centelleaba esclarecida.

Y los de Pedro dignos sucesores  
 Desde su eterna cátedra invencible,  
 De la fe denodados protectores,  
 Con doctrina triunfaban infalible;  
 Y otros de la verdad claros doctores  
 Centellas de un ardor inestinguible  
 Daban al cielo con que el cielo ardía  
 Y en alma caridad mas se encendía.

Miró tambien el Verbo soberano  
 En sacra religion antorchas bellas  
 Tantas, que esceden al ingenio humano  
 Que pretenda seguir sus santas huellas:  
 Cual luna hermosa resplandor ufano  
 Entre el coro gentil de sus estrellas  
 El insigne Domingo despedía,  
 Y en ciencia y fuego, en luz y amor ardía.

Y el angel y doctor maravilloso,  
 Y de la teología verdadera  
 Rio de limpias aguas caudaloso  
 Reverberaba en la luciente esfera;  
 Y el mártir en el púlpito famoso  
 Que la fama pregona vocinglera,  
 De colores y lumbres retocado  
 Se mostraba en conceptos dibujado.

Y el apacible en santidad Jacinto,  
 Apostol incansable de Polonia,  
 Con clara luz y resplandor distinto  
 Alumbraba á la oscura Babilonia;  
 Y entre los grandes que en tu cielo pinto,  
 Alberto, el grande Alberto de Colonia  
 Favorecido de la Reina ilustre  
 Madre de Dios, daba á las ciencias lustre.

Y el alma de las leyes decretales,  
 Raimundo, espanto y honra de los reyes,  
 De la gloria mostraba los umbrales  
 Con sus rayos de luz y santas leyes:  
 Y Catalina de hechos celestiales,  
 A quien mil siguen religiosas greyes  
 En obras de virtud y en la doctrina,  
 Ciencia brotaba infusa y peregrina.

Y tú, padre de insignes agudezas,  
 Escoto, en argüir jamás vencido,  
 Meditabas profundas sutilezas,  
 De rayos cual pirámides ceñido.  
 Y otros que á la virtud dieron riquezas,  
 Y á las ciencias honor esclarecido,

Y á este cielo sublimes resplandores,  
Se mostraban allí claros doctores.

Y la gran religion de muchos sábios  
Que lleva de Jesus el dulce nombre,  
Contra los que á la fe lanzan agravios,  
Eternizaba su ínclito renombre:  
Con mil hoy habla venerables lábios  
Para que al mundo su esplendor asombre,  
La que allí dibujada se veía  
De tierna juventud piadosa guía.

Finalmente varones infinitos  
De este cielo gentil gloriosos astros,  
Cartujos, y Bernardos, y Benitos,  
Dejaban de su honor lucidos rastros,  
Y en lenguas dulces, tersos en escritos  
Mas que limpios y bellos alabastros,  
Con ciencia y con piedad la Iglesia honraban,  
Y con su luz allí lo declaraban.

Viéndolos iba el Salvador atento  
De su virtud y letras agradado,  
Y padecía su dolor contento  
Por verse de sus lumbres rodeado,  
Y con este subido pensamiento  
En éxtasis consolador alzado,  
Otra vez con la turba irreverente  
Al palacio llegó del presidente.



---

---

## CANTO CUARTO.

---

La Madre soberana, dolorida,  
Meditaba con llanto religioso  
De su entrañable bien la muerte urdida  
Por aquel pueblo en ceguedad famoso;  
Y en abismos de penas sumergida,  
Palpitando su pecho fervoroso,  
Partido de dolores cual puñales,  
Del corazon sacaba voces tales.

«¡Ay, su gracioso y apacible cuello  
Ciñen cordeles, sogas atormentan;  
La barba ilustre y el sutil cabello  
Manos arrancan, uñas ensangrientan!  
¡Ay, su frente serena y rostro bello  
Verdugos viles con rigor afrentan!  
¿Y tú, Padre, lo ves? Ó padre amado,  
¿Estás del Hijo igual á ti olvidado?»

Oyendo en tanto el Padre de la gloria  
Su lloro y oracion, blando y atento  
Llama á Gabriel, haciéndole notoria  
Su mente inescrutable en un momento:

Infórmale con ella la memoria,  
 Y le da luz de su divino intento,  
 Y plácido le envia y bondadoso  
 En María á verter solaz precioso.

Veloz rasgando el zafirino cielo,  
 Sus alas mueve el nuncio sacrosantas;  
 Rápido llega al espantable suelo  
 En que Jesus padece penas tantas,  
 Y con devoto y dolorido anhelo  
 Se postra de la Virgen á las plantas,  
 Que llevando la luna por chapines,  
 Gloriosas huellan altos Querubines.

Cual finas perlas sobre ardiente grana  
 Esparcidas á trechos con destreza,  
 Y como de la cándida mañana  
 El rocío en la flor de mas belleza;  
 Asi mira en la Reina soberana  
 De la maternidad y la pureza  
 El angel las mejillas milagrosas  
 Bañadas en sus lágrimas hermosas.

«Esfuérzate á sufrir del Hijo amado,  
 Le dice, la pasion y acerba muerte,  
 Que así lo tiene Dios predestinado,  
 Y no es dado trazarse de otra suerte:  
 Hoy será el Redentor crucificado.  
 ¡Ay dolor, ay dolor, ay dolor fuerte!  
 Mas su victoria, triste Madre, escucha  
 Para que temples tu congoja mucha.

»Jesus al limbo bajará triunfante,  
 Bañada en gozo su ánima gloriosa,

Y como sol de gracia rutilante  
 Dorará el centro de la noche umbrosa ;  
 Y romperá las puertas de diamante,  
 Y la cautiva gente jubilosa  
 Recibirá con alegre canto  
 Enagenada en delicioso encanto.

» Ya deja empero la mansion oscura  
 El alma del Señor, y tremolando  
 Gloriosos estandartes de luz pura  
 Mil ángeles le cercan, celebrando  
 Su escelsa magestad y su hermosura :  
 Los aires en fulgor arrebolando  
 Tambien le siguen las cautivas almas,  
 Que al aire agitan victoriosas palmas.

» Llegando al aura pura ¡ qué favores  
 Derramará en sus nobles prisioneros !  
 ¡ Cuál mostrará los férvidos amores  
 De que signos ha dado verdaderos !  
 Cercarlos ha de plácidos fulgores  
 Y ceñirlos de ángeles guerreros,  
 Y aguardará el instante en que glorioso  
 El yugo rompa de la muerte odioso.

» Pues apenas el alba placentera  
 Lloverá aljofar en el verde prado,  
 Y alegre esparcirá la primavera  
 Sus flores á la luz del sol dorado,  
 Cuando el sol vivo de la empírea esfera,  
 Que en el oriente de su Padre amado  
 Eternidades vive, al tercer día  
 Su cuerpo animará con alegría.

»La nube que á los cielos oscurece  
 Haciendo al occidente parda sombra,  
 Mientras la gran lumbrera no aparece,  
 De triste opacidad el aire alfombra;  
 Pero si el sol en ella resplandece,  
 Ni ya quita la luz, ni al cielo asombra,  
 Antes como preñada de mil soles  
 Se viste de gloriosos arboles.

»Asi en entrando el alma refulgente  
 En aquel santo cuerpo inestimable,  
 De oscuro lo pondrá resplandeciente  
 Con luz rara y belleza inimitable:  
 No hay acá semejanza conveniente  
 Á aquella perfeccion incomparable,  
 Que es tierra lo de acá y es mas que cielo  
 El cuerpo que es á Dios ornato y velo.

»Mas ¿qué diré de las heridas bellas  
 Que en los pies, en las manos y el costado  
 Conservará para mostrar con ellas  
 Su amor divino y corazon llagado?  
 Ni el terso relucir de las estrellas,  
 Ni el rayar de la luna plateado,  
 Ni el cielo empíreo con su llama pura  
 Es huella de su nitida hermosura.

»Asi, la grande losa penetrando,  
 Saldrá lleno de ilustres resplandores,  
 Y gracias y dulzuras desplegando,  
 Al dia prestará luces y flores;  
 Y al terrible escuadron y fiero bando  
 De los muchos soldados veladores

Que le habrán puesto allí los fariseos,  
Espantará admirable en sus trofeos.

»Pero ¡con qué placer las almas pias  
Humildes le darán dulces abrazos,  
Lanzando por sus ojos alegrías  
Y estrechándole á sí con dulces lazos!

Tenderán con devotas cortesías  
Sus invicibles, amorosos brazos,  
Cuál por los pies, y cuál por la garganta,  
Y cuál por la cintura sacrosanta.

»¡Y con qué besos tocarán gloriosas  
Aquellas de su amor seguras prendas;  
Que entonces le serán llagas hermosas,  
Y ahora le son heridas estupendas!

Y ellas como reliquias victoriosas  
De las que hoy sufren ásperas contiendas,  
¡Cómo se dejarán besar palpables!  
¡Cómo se dejarán gozar amables!

»He aquí deshechos, Reina, sus trabajos;  
He aquí su carne ya glorificada,  
Que afrentas viles y desprecios bajos  
Sufriendo va, del hombre enamorada.

Mas escucha los tiernos agasajos  
Que ha de hacerte ¡ó placer! Madre adorada,  
Y cómo en mar de gloria ahogará en ellos  
Esa tristura de tus ojos bellos.

»Ó Virgen, estarás entonces llena  
De dolor grave, de tormento amargo,  
De afán cercada, sumergida en pena,  
Y un punto juzgarás por tiempo largo;

Si bien con fuerte pecho y faz serena  
 Harás al Padre tu amoroso cargo,  
 Pidiendo que á Jesus te resucite,  
 Y su gloria y tu amparo solicite.

»Y cuando esté con mas pesar, Señora,  
 Tu ánima triste, oscuro tu aposento,  
 Antecediendo al paso del aurora  
 El sol te nacerá de tu contento:  
 Y con su lumbre, que los cielos dora,  
 Herirá tu semblante macilento,  
 Y llenará esta sala de mil rayos,  
 Causándote de amor dulces desmayos.

»Vendrá Jesus de Arcángeles ceñido,  
 Y puras almas en su luz ardiendo  
 Su cuerpo cercarán resplandecido,  
 Alborozo y clamores difundiendo:  
 Al Hijo que miraste fallecido  
 Le verás fuentes de placer vertiendo;  
 Diráte: «¡Ó Madre!» y tú dirásle: «¡Ó Hijo!»  
 Él en ti, tú en su rostro el rostro fijo.

»Abrazarásle y él daráte abrazos,  
 Besaráte y darásle dulces besos,  
 Echarásle á su cuello íntimos lazos,  
 Y contigo él hará suaves escesos.  
 ¡Oh quien dividirá tan lindos brazos  
 A tan gloriosos brazos tan bien presos!  
 Besarás de sus pies las nobles llagas,  
 Y allí recibirás gloriosas pagas.

»Sus manos cojerás, ó Virgen pura,  
 Y apretarás las con tus manos bellas!

Maravillada así de su lindura,  
 La tu lindura mirarás en ellas;  
 De su costado beberás dulzura  
 Y beberás de amor vivas centellas;  
 Y verás en su alegre y linda cara  
 Sol, luna, estrellas, cielo, lumbre clara.

»Pedirásle, Señora, que se quede,  
 Que se detenga mas, que no se vaya,  
 Que otra vez torne, pues hacerlo puede,  
 Y que de tu dolor compasion haya:  
 Dirásle que quien ama nunca escede  
 Aunque en el regalar pase la raya.  
 Mas ¿qué no le dirás de tus amores,  
 Y él qué no te dará de sus favores?

»Conversando con él afablemente  
 Preguntarás llorosa qué sentía  
 Cuando le vias de la cruz pendiente  
 Y él mas pendiente de su cruz te vía.  
 Y él ¡cuán meliflúo te hablará clemente  
 Del gran dolor que amando padecía,  
 Mas que sufriendo de la injusta muerte  
 El afrentoso afán y pena fuerte!

»Tú, Virgen, le dirás que la ancha herida  
 De su costado tú la recibiste,  
 Y aunque su pecho penetró sin vida,  
 Hizo herida mas honda en tu alma triste.  
 ¡Ah, mirando en su rostro enternecida  
 La atroz corona que de espinas viste,  
 Hecha corona de radiantes flores,  
 Qué gozos le dirás! ¡Oh qué de amores!»

Si Aquí llegó el devoto mensajero  
 Mientras la Madre Virgen, elevada,  
 Regalaba su espíritu sincero  
 Con la historia del Hijo dibujada;  
 Y aquí paró el legado noticiero,  
 Y para la ocasion mas apretada  
 Conservó lo restante en su memoria  
 De la no sucedida y cierta historia.

Y con la augusta Emperatriz del cielo,  
 Cual cortesano siervo diligente,  
 Quedóse para darle algun consuelo,  
 Si era posible, al caso conveniente,  
 Que habitaban los ángeles el suelo  
 Que la Madre del Verbo omnipotente  
 Pisaba, y vergonzosos la servian,  
 Y aun por indignos de ello se tenian.

Mientras el angel habla, el Rey divino,  
 Llevado al tribunal del presidente  
 Humilde asiste en trage peregrino  
 Y con albo ropage refulgente:  
 Pilato, al ver el pecho diamantino  
 De la obstinada y enemiga gente,  
 Delante de pontífices hebreos  
 Hablando así se opone á sus deseos.

«Causa de peso, culpa de importancia,  
 Ni Herodes la encontró ni yo la hallo  
 En vuestro rey, aunque con ruda instancia  
 Procurais arrancar de muerte el fallo.»  
 La farisea páfida arrogancia,  
 Cierta de que no quiere sentenciallo,

Ardiendo de furor el grito esfuerza  
Porque su decision Pilato tuerza.

Mirando el presidente su denuedo,  
Temeroso de ciega pertinacia,  
Muestra con pecho vil injusto miedo  
A aquella desmedida contumacia;  
Un punto se suspende, estáse quedo,  
Que del vulgo apetece al fin la gracia;  
Y por otro camino intenta el hecho,  
Juzgando que le guarda su derecho.

Ya fue costumbre de esa gente dura  
En la fiesta mayor que celebraba  
Dar á algun reo libertad segura,  
Y el pueblo todo la eleccion trataba:  
Escoger al mas digno era ventura,  
Pues en manos del vulgo el bien estaba;  
Pilato, aprovechándose del uso,  
A Barrabás y á Cristo les propuso.

Habiendo su perversa envidia visto,  
«¿Quereis que al preso Barrabás os libre,  
O que os libre á Jesus, que llamais Cristo?»  
Asi el prefecto del tirano Tibre:  
Esto lo hacia por quedar bien quisto  
Y sacar al Señor de muerte libre.  
¡O dolor, ó dolor, ay! ¿Quién creyera  
Que Dios con homicidas compitiera?

Como en horrenda lid torbellinosa,  
Entre polvo y fragor y sangre y muerte,  
Adonde la victoria está dudosa  
Y pendiente de un hilo está la suerte,

El adalid fogoso no reposa,  
 Y llamas vivas por sus ojos vierte,  
 Y á los soldados furibundo anima,  
 Al cobarde desprecia, al bravo estima;

Así la farisáica gente aguda  
 Corre, pretende, solicita, ruega,  
 Y del pueblo feroz el alma ruda  
 Con mil sofismas relumbrantes ciega;  
 Porque á sus fines pertinaz acuda  
 Al mas pequeño con amor se llega,  
 Y le pide, y le alaba, y le suplica,  
 Bienes propone y males multiplica.

Entre la turba popular mezclados  
 Atraviesan los príncipes hebreos,  
 Y en transfundir sus ímpetus dañados  
 Trabajan los inícuos fariseos,  
 Y en todo los escribas ocupados  
 Dan á beber sus pérfidos deseos  
 Al vulgo menos cauto y ambicioso,  
 Pero tan contumaz y tan furioso.

Preguntándoles pues ¿á quién eligen?  
 Dicen que á Barrabás el homicida:  
 Con su eleccion al presidente aflijen  
 Viendo el indigno á quien se da la vida;  
 Y para ver si en algo se corrijen  
 A la enmienda con maña les convida,  
 Y les pregunta: «De Jesus ¿qué haremos?»  
 Y ellos claman: «Que muera respondemos.»

«Pues ¿qué mal cometió? ¿qué culpa tiene?»  
 Confuso el presidente les replica;

Y ellos instan: «Hacerlo así conviene,  
Tu causa solo así se justifica.»

Y esta voz penetrando el aire viene:

«Presto muerte le da, le crucifica.»

Y en todos un espíritu malvado

Le pide puesto en cruz, en cruz clavado.

Pilato, de Jesus en el semblante,

En su grave dulcísima medida,

Y en su tranquilidad firme y constante

Notaba indicios de una gran cordura,

Cuando un aviso le llegó importante

Que él tuvo entonces por feliz ventura,

En el cual su muger dábale cuenta

Del sueño en que temió su mal y afrenta.

Mas en tanto el furor, ferina saña

Y cruda envidia de la hebráica gente

El popular estrépito acompaña:

Atónito y confuso el presidente

De aquel ímpetu loco y furia estraña

No se atreve á seguir el fuego ardiente,

Ni á poner muro á su feroz deseo

Y escoge un medio atroz, horrible, feo.

¡Ay! le manda azotar, imaginando

Templar así la rabia borrascosa

De aquel perverso y enemigo bando

Que ruge contra Dios y no reposa.

Juez indigno, ¡ay de ti! ¡ya estás sellando

Con la sangre del Justo generosa

Tu eterna damnacion! ¡Bajo tu planta

Ya abre voraz infierno su garganta!

Tú mismo ¿no juzgaste su inocencia,  
 Y en público por tal la confesaste?  
 ¿No viste, di, su célica prudencia,  
 Y con frígido espanto la admiraste?  
 Tú mismo ¿no tuviste reverencia  
 A aquel divino aspecto que alabaste?  
 ¿Cómo á tanto castigo le condenas  
 Si solo culpas son dignas de penas?  
 Pobre consideró Pilato á Cristo,  
 De condicion humilde y pecho afable,  
 Y con la turba popular mal quisto,  
 Y mas con el senado inexorable:  
 No hubo el romano de su parte visto  
 Un defensor siquiera favorable,  
 Y así entendió que nadie se quejára  
 Aunque fuese la injuria enorme y clara.  
 No Jesus, que silencio valeroso  
 Opuso en calma á su horrorosa ofensa,  
 Y un ánimo en sufrir maravilloso  
 Juzgó por ilustrísima defensa;  
 Ni aquel su apostolado religioso  
 Que á su amor dió tan mala recompensa.  
 ¡O juez inicuo! ¡Ay, usas de injusticia  
 Porque no hay quien reclame á tu malicia!  
 Mas quejaráse de ella el mismo cielo,  
 Y cubrirá su faz de horrible luto,  
 Y al orbe triste negará el consuelo  
 De la luz clara que es su propio fruto:  
 Quejaráse tambien sentido el suelo  
 Y á tan grande dolor dará en tributo

Piedras partidas con terrible espanto  
Que en ronquísimo son hagan su llanto.

Quejaránse las hondas sepulturas,  
Abriendo á los difuntos venerables  
Con fúebre pavor las cerraduras  
Por do giman en voces lamentables;  
Y quejaránse todas las criaturas  
Con signos de su pena memorables,  
Pidiendo contra ti la afrenta horrible  
De aquella Magestad inaccesible.

Manda el injusto que azotado sea,  
Y dice al pueblo impío que azotado  
Darle cumplida libertad desea,  
Con el castigo viéndole enmendado:  
Con esto su injusticia colorea  
Y complacer pretende al mal senado.  
¡Qué hallaste ¡ó ciego! en ese Dios benigno  
De dura correccion, de enmienda digno?

¿Los sermones que dice milagrosos,  
Que ablandan pechos, justifican almas?  
¿Los prodigios que acaba misteriosos,  
Merecedores de perpétuas palmas?  
¿Y que del mar los ímpetus sañosos  
Convierte en limpias y apacibles calmas?  
¿Que enfermos cura, resucita muertos,  
Y multiplica el pan en los desiertos?

Lo manda empero, y cúmplese al instante,  
Y Jesus va á sufrir tan dura pena.  
¿Dios á ser azotado? ¡Al orbe espante  
Humildad que de amor y asombro llena!

La ancha region del cielo rutilante,  
 Rica de gozo y de pesar agena,  
 Se estremeció, y el Rey omnipotente  
 Llamó á sus cortes á la empírea gente.

La muestra sola de su digno imperio  
 En su mente divina declarada  
 Al ártico y antártico hemisferio  
 Hizo temblar de la region sagrada,  
 Y el sol paró su carro al gran misterio,  
 Y turbóse la luna plateada,  
 Y el coro de astros en su etérea cumbre  
 Con reverencia suspendió su lumbré.

Vinieron los espíritus hermosos  
 Que el rio beben de la eterna gloria  
 Desde el punto que humildes y animosos  
 A Lucifer ganaron la victoria,  
 Y á los palacios de su Rey preciosos,  
 Donde vive del hecho la memoria  
 En dibujos, que de oro se formaron,  
 Las rodillas devotos inclinaron.

Y abrió el ínclito Padre su hondo pecho  
 Aun á los querubines escondido,  
 Que es de Dios propio y singular derecho  
 Ser de sí solamente comprendido;  
 Lo que habia en Jesus el mundo hecho  
 En una idea lo mostró esculpido,  
 Y la terriblemente amarga afrenta  
 Que en azotarle como á siervo intenta.

Encogieron sus alas admirados  
 Los millares de ardientes serafines,

Y sus ojos cubriendo avergonzados  
 Alto asombro embargó los querubines;  
 Los tronos abatieron espantados  
 Al suelo sus guirnaldas de jazmines;  
 Y las dominaciones esplendentes  
 Arrojaron sus cetros eminentes.

Los principados súbito se hundieron  
 En un abismo de humildad sensible;  
 Las sumas potestades voces dieron  
 Con justo celo y ánimo irascible;  
 Y las virtudes mas poder pidieron  
 Para vengar la ofensa intransigible;  
 Los arcángeles gloria á Dios clamaron  
 Y al hombre paz los ángeles cantaron.

Retumbó el cielo en fúnebre estampido  
 Con la triste estruendosa vocería,  
 Y por única vez se oyó gemido  
 En la feliz mansion de la alegría:  
 Mas ya al clamor silencio ha sucedido,  
 Y el que los mundos fabricado habia  
 Difunde tales ecos tronadores,  
 Envueltos en un mar de resplandores.

«El hombre azota á mi sagrado Verbo  
 Por el hombre á la tierra descendido:  
 Honrad el espectáculo de siervo  
 Que hacer á vuestro rey he permitido;  
 Le muestra el hombre corazon protervo,  
 Y él muestra al hombre corazon rendido;  
 Id á cantarle célicos loores  
 Para alivio y solaz de sus dolores.»

Dice, y ya baja por el aire á priesa  
 La multitud de espíritus al suelo,  
 Que de arreboles lindos lluvia espesa  
 Parece que despide el rubio cielo:  
 De amar á Dios y de cantar no cesa  
 En el discurso de su limpio vuelo  
 La brillante milicia voladora,  
 Como los ruseñores á la aurora.

Llegan y ven del Hacedor las manos  
 Atadas ¡ay dolor! las manos fuertes  
 Que adoran los gloriosos cortesanos,  
 Y donde están del bien las varias suertes,  
 Las que dan vida á todos los humanos,  
 Las que fulminan á su arbitrio muertes:  
 Ven al Omnipotente escarnecido  
 Como guerrero en la batalla herido.

Vénle y al verle quedan estasiados.  
 «¿Es este, claman, este el Rey eterno  
 Que á nosotros, espíritus sagrados,  
 Creó y mantiene con feliz gobierno?  
 ¿El que sobre planetas remontados,  
 Con pompa magna en trono sempiterno  
 Reina, y tiene á sus pies las tempestades  
 Que pulverizan montes y ciudades?»



CANTO QUINTO.

Y Luzbel en tanto en el profundo averno  
Su mal publica, su dolor pregonaba  
Entre abrasado estío y crudo invierno,  
Donde sustenta su infeliz corona:  
Las bravas furias del odioso infierno  
Junta; y así confuso les razonaba  
Con zozobra y furor y espanto horrible,  
En pensamientos y en la voz terrible.  
«Mucho se encubre el adalid humano,  
Se encubre por demás, no es conocido:  
Ya me parece un hombre soberano,  
Ya un Dios á mil bajezas abatido:  
Tierras y mares he revuelto en vano;  
Estorbarle la muerte he pretendido.  
¡Ó ruina de mi imperio! morir quiere.  
¡Muera pues con mil muertes ya que muere!  
» Tomemos de él terrífica venganza;  
En él hagamos espantable estrago:

De quitarle el morir no hay esperanza.  
 ¡Muera, y de sangre vierta inmenso lago!  
 Cada cual tiña en su dolor su lanza:  
 Lleve del mal que nos ha hecho el pago.  
 Arcángeles, volad, volad apriesa  
 Al mundo en hueste formidable, espesa.»

Dijo, y los furibundos escuadrones  
 De espíritus á rabia condenados  
 Suben á las diáfanas regiones  
 De los aires en clara luz bañados;  
 Y en centurias partidos y en legiones  
 Vertiendo van bramidos destemplados;  
 Y todos juntos al pretorio llegan,  
 Y allí alborotan cuerpos y almas ciegan.

Corren á los pontífices hebreos  
 Y se mezclan con ellos de repente,  
 Y para transfundirles sus deseos  
 Les dicen con astucia de serpiente:  
 «En fin, levantará grandes trofeos  
 De vosotros, ó noble y sábia gente,  
 Jesus ya sano y de prisiones suelto,  
 Y á su antigua grandeza y gloria vuelto.»

»Será con leve azote castigado  
 Y saldrá luego de la carcel libre,  
 Y á fe que del pequeño mal curado  
 En vuestro daño ardientes rayos vibre.  
 ¿Haráله por ventura estar callado  
 Ese gran senador del régio Tibre?  
 Pronto, pronto será que en vuestra mengua  
 Ensangrienta otra vez su mordaz lengua.

» Muera, muera el infame entre cordeles  
 Ya que no ha de morir crucificado,  
 A lo menos con látigos crueles  
 Y mortales azotes desangrado.»  
 Dicen, y los pontífices infieles  
 Van con vuelo de saña alborotado  
 De verdugo en verdugo, pretendiendo  
 Que Jesus muera en el suplicio horrendo.

Danles dinero y hácenles promesas  
 Con que á hervorosa furia los incitan;  
 Y ellos, movidos con las mandas gruesas  
 Y con los dones, mas y mas se irritan;  
 Y cual si fueran ínclitas empresas  
 Dar muerte á Dios, sus brazos habilitan:  
 Buscan azotes, látigos componen,  
 Y á la feroz hazaña se disponen.

Llegan pues los verdugos cohechados,  
 Y comienzan con ímpetu furioso  
 A desnudar los miembros delicados  
 Del Señor de señores poderoso;  
 Con modo vil y agravios nunca usados  
 El vestido le arrancan religioso,  
 Que hecho fue por las manos virginales  
 De la Reina de reyes inmortales.

Alli le dan sañudos empellones  
 Y le dicen palabras desmedidas:  
 Oféndenle con duros bofetones  
 Y desprecios y burlas atrevidas;  
 Afrentas buscan, buscan invenciones  
 Nunca pensadas y jamás oidas

Con que darle dolor, causarle pena,  
Y el infierno las halla y las ordena.

    Todo lo sufre con amor suave  
Y callando el mansísimo Cordero  
Que del supremo bien tiene la llave,  
Y es de Dios puro el resplandor sincero;  
Y con augusto rostro y pecho grave,  
Del mismo sér archivo verdadero,  
Con sumision á la canalla cruda  
Que desnudar le manda, se desnuda.

    Bien así cual doncella ruborosa  
Que al limpio estanque da su carne pura,  
En el agua se mira vergonzosa  
Cuando el agua retrata su figura;  
Y si turba de gente maliciosa  
Miróla codiciando su hermosura,  
Torna con la vergüenza que la mueve  
En subido carmin su tez de nieve;

    El Salvador, mirándose desnudo  
A los ojos de aquella infame gente,  
De la vergüenza el sentimiento agudo  
No reprimió, y brotó sensiblemente:  
Habló con lengua roja el licor mudo  
Que comenzó á teñir su blanca frente,  
Y cuerpo hermoso de marfil preciado  
Ya con ardiente púrpura ilustrado.

    Los ángeles que á Dios desnudo vieron  
Atónitos en tierra se postraron,  
Humildes gracias por su amor le dieron,  
Y dignas alabanzas le cantaron:

A aquella santa desnudez sirvieron  
 Y los miembros divinos adoraron  
 Con estas placidísimas razones,  
 Nacidas de admirados corazones.

«¡Salve tú, que de luz hermosa el cielo  
 Y de arreboles vistes la mañana,  
 De flores varias el pintado suelo,  
 Y de ilustre candor la nieve cana!  
 ¡Salve, desnudo divinal consuelo  
 Del alma pobre y con su Dios ufana,  
 Que por vestir al hombre despojado  
 Desnudas, ay, tu cuerpo venerado!

»Alabanzas te den los ruseñores  
 De ricas plumas viéndose vestidos,  
 Y los montes con bellos resplandores  
 Mirándose en el alba esclarecidos,  
 Y los campos de finos mil colores  
 Cual de ropas de fiesta revestidos,  
 Y el mundo que adornaste de tus bienes,  
 Pues tu cuerpo desnudo al aire tienes.»

Tal los aflictos ángeles decían,  
 Y mucho mas suspensos contemplaban,  
 Cuando á Jesus los bárbaros asian,  
 Y á la columna en peso le llevaban.  
 En el cuerpo y el rostro ¡ay, ay! le herian,  
 Y con nuevas injurias le afrentaban.  
 ¡Ó Dios, cuánto padeces por el hombre  
 Que huella allivo tu potente nombre!

Es cierta fama y tradicion constante  
 Que era el mármol tan grueso y ponderoso,

Que él solo cual robusto y firme Atlante,  
 Despues un templo sustentó espacioso:  
 Aqui la turba fiera y arrogante  
 Llevó al humilde, celestial Esposo,  
 Y le ligó con ásperos cordeles.....  
 ¡Mas oh! ¡tened, tened, brazos crueles!

¡No reventeis la sangre mas ilustre  
 Que ennoblecíó jamás hidalgas manos,  
 Que no son dignos de tan claro lustre  
 Esos cordeles que apretais tiranos!  
 Bastara que la cruz al fin se ilustre  
 Con sus rojos esmaltes soberanos  
 Y resplandezca así..... ¡Mas ay feroces,  
 Que ni aguardais razon, ni escuchais voces!

Llegan á la columna el cuerpo santo  
 Y átanle con rigor los brazos nobles,  
 Y ellos estiran y adelgazan tanto,  
 Que á fuerza tal rompieran secos robles:  
 El humor de las venas sacrosanto  
 Revienta y tiñe los cordeles dobles;  
 Y las manos se hinchan abrazadas,  
 Y gimen las muñecas apretadas.

La columna salpican venerable  
 Las gotas finas de la sangre roja,  
 Que ya con el licor inestimable  
 Mas se enriquece cuanto mas se moja.  
 Pero en ellos la saña inexorable  
 No se amansa por esto ni se afloja,  
 Antes le echan al cuello blanco y puro  
 Otro nuevo cordel mas grueso y duro.

Ciñenle de esta suerte al pilar frio,  
 Y por detrás le añudan de esta suerte:  
 No sé si el alba vierte su rocío  
 Mas apriesa que Cristo sudor vierte:  
 Suda, y levanta el rostro amable y pio,  
 Y ofrece al Padre Dios su pena fuerte,  
 Y sin mover los amorosos lábios  
 Así se espresa en pensamientos sábios.  
 «¡Ó Padre mio, por el hombre fiero  
 Que así me afrenta, mi afliccion recibe,  
 Que por el hombre que la da la quiero  
 Padecer, pues con ella el hombre vive!  
 ¡Azotes de su cruda mano espero,  
 Y á dárme los sañudo se apercibe;  
 Aunque son de tu Verbo dura ofensa,  
 Admitelos, ó Padre, en su defensa!»  
 Dijo, y ya dos verdugos rigurosos,  
 De fuertes hombros y robustos pechos,  
 Dos azotes alzaban espantosos  
 De gruesas varas cimbradoras hechos;  
 Mostrábanlos alegres y furiosos  
 En los brazos blandiéndolos derechos,  
 Y á la bendita carne amenazaban,  
 Y á los divinos miembros se encaraban.  
 Con bravo son crugieron sacudidos  
 De aquellas manos, por su mal valientes,  
 Y llegaron á dar descomedidos  
 En los miembros de Dios resplandecientes.  
 ¡Parad, parad, verdugos atrevidos,  
 Parad, parad los brazos insolentes,

Que no es razon que ese castigo infame  
 Su furia sobre el mismo Dios derrame!  
 ¡Mas ay, que baja por el aire apriesa  
 Sobre el cuerpo de Cristo el fiero azote!  
 ¡Ay Dios, que llueven cual de nube espesa  
 Golpes en el supremo Sacerdote!  
 ¡Ay Dios que de sacar sangre no cesa,  
 Para que toda en el dolor se agote,  
 La cruel disciplina! ¡Ay Dios amado!  
 ¡Ay Jesus por mis culpas azotado!  
 ¡Yo pequé, mi Señor! ¿y tú padeces?  
 ¡Yo los delitos hice! ¿y tú los pagas?  
 Si yo los cometí; tú ¿qué mereces  
 Que así te ofenden con sangrientas llagas?  
 ¡Mas voluntario tú, mi Dios, te ofreces,  
 Tú del amor del hombre te embriagas;  
 Y asi porque le sirva de disculpa,  
 Quieres llevar la pena de su culpa!  
 ¡Ay, en los miembros del Señor desnudos,  
 Y ceñidos de gruesos cardenales,  
 Se descargan de nuevo golpes crudos  
 Y heridas mil de nuevo tan mortales!  
 Se multiplican látigos agudos  
 Y de puntas armados infernales,  
 Que rasgan y penetran vivamente  
 ¡Ay! la carne hasta el hueso trasparente.  
 Hierve la sangre y corre apresurada,  
 Baña el cuerpo de Dios y tiñe el suelo,  
 Y la tierra con ella consagrada  
 Competir osa con el mismo cielo:

Parte líquida está, parte cuajada,  
 Y toda causa horror y da consuelo;  
 Horror viendo que sale de esta suerte,  
 Consuelo porque Dios por mí la vierte.

¡Ay! se añaden heridas sobre heridas,  
 Y llagas sobre llagas se renuevan,  
 Y las espaldas con rigor partidas  
 Mas golpes sufren, mas tormentos prueban:  
 Las fuerzas de los fieros desmedidas  
 Mas se desmandan cuanto mas se ceban;  
 No de la sangre el rio satisface  
 Su furia, que en verterlo se complace.

Alzan los duros brazos incansables  
 Y el fuerte azote por el aire esgrimen,  
 Y osados mas y mas inexorables,  
 Braman con furia, con braveza gimen:  
 Rompen de Dios los miembros inculpables,  
 Y en sus carnes los látigos imprimen;  
 Y se baña la dura disciplina  
 En torrentes de sangre tan divina.

Ya queda mi Jesus agonizando,  
 Que al un aliento alcanza el otro aliento,  
 Y pobre ya de anhélito acezando,  
 Del resuello le priva el sentimiento.  
 Aun el aire ¡ó gran Dios! te va faltando  
 Para el usado y propio movimiento.  
 ¿Qué mas pobreza, ó rey, qué mas pobreza,  
 Y para el hombre qué mayor riqueza?

Los dos tigres del mármol le desatan  
 (Que estaba el rostro á la columna vuelto),

Con dichos y con hechos le maltratan,  
 Y burlan de él mientras le tienen suelto;  
 Y al revés luego y de otra suerte le atan,  
 Con ánimo en matarle ya resuelto,  
 El pecho descubriéndole florido,  
 Sano de azotes, mas de amor herido.

De nuevo aprietan las hidalgas manos  
 Y para enriquecernos liberales,  
 Y de nuevo los dedos mas que humanos  
 Sienten mas duros y violentos males.  
 Alzó Cristo los ojos soberanos  
 Y atravesó los coros celestiales,  
 Y á su Padre pidió vehementemente  
 Perdon para la inícuca y fiera gente.

«Por esta noble sangre, ó Padre mio,  
 Con mi persona y su valor unida;  
 Por esta voz cansada que te envio,  
 Apenas de los lábios despedida;  
 Por este de mi rostro sudor frio,  
 Y por mi caridad jamás vencida,  
 Te suplico, buen Dios, que los perdones,  
 Y ablandes con amor sus corazones.»

Dijo; mas los verdugos carniceros  
 Los látigos con ímpetu vibraron,  
 Y cerca de él los estallidos fieros  
 Crugiendo el aire cóncavo atronaron;  
 Y aqui los brazos y ánimos severos  
 Su fortaleza y su crueldad mostraron,  
 Uno rompiendo el pecho casto y bello,  
 Y otro el hombro de Dios y el santo cuello.

Levantan otra vez las duras manos  
 Y los azotes otra vez sacuden,  
 Y á los lugares que descubren sanos  
 Del noble cuerpo con rigor acuden:  
 Porque los golpes no les salgan vanos,  
 Ni ya verdugos nuevos les ayuden,  
 Los pies afirman y los brazos cargan.  
 ¡Ay qué de heridas rígidas descargan!  
 Cual fingen que los Cíclopes valientes  
 Yunques de hierro en Mongibel golpean  
 Sobre masas de acero refulgentes,  
 Que de chispas cercadas centellean;  
 Ó cual nubes de agosto vehementes  
 Cuando los secos trigos apedrean,  
 Congelado granizo apriesa arrojan,  
 Y mieses, plantas y árboles despojan;  
 Tal aquellos membrudos y arrogantes,  
 Con bruñidos cordeles añudados,  
 A Cíclopes y nubes semejantes  
 Hieren de Dios los miembros fatigados;  
 Sus brios muestran con furor pujantes  
 Y abren sulcos de sangre colorados  
 En los muslos y piernas, pecho y hombros,  
 Que horror pone, da miedo, causa asombros.  
 Todo lo sufre el ánimo invencible  
 Del Señor de señores sempiterno,  
 Y aunque, por ser mas noble, es más sensible,  
 Calla y padece con amor mas tierno.  
 Hombre, por ti aquel Dios inaccesible  
 Del cielo y de la tierra y del infierno

Este suplicio y esta injuria pasa,  
Y este dolor su corazon traspasa.

No te digo, ó cobarde, que padezcas  
Semejante pasion, igual trabajo,  
Ni que á la muerte por su amor te ofrezcas,  
Si eres de ánimo vil, de pecho bajo;  
Solo pido, ó cristiano, que agradezcas,  
Y será un breve y provechoso atajo,  
Su gran pasion, y pienses con gran pausa  
Quién la lleva, y por quién y por qué causa.

¿Quién? Levanta los ojos altaneros,  
Y contempla esos globos celestiales  
Cuajados de clarísimos luceros,  
Que están lloviendo rayos inmortales:  
Los polos mira en su firmeza enteros  
Sobre que dan sus vueltas siempre iguales  
Orbes tan anchos, tan pesadas bolas.  
¿Veslos? pues Dios los hizo y rige á solas.

Mira por la mañana el sol dorado  
Que baña de luz nueva el rojo oriente,  
Siguiendo como alegre desposado  
A la aurora gentil con paso ardiente,  
Ella de flores y él de luz cercado,  
Ella galana y él resplandeciente.  
¿Ves lo que agradan con su lumbre bella?  
Pues el Dios azotado es causa de ella.

Mira los arreboles encendidos  
Y orlados de bellísimos colores,  
Que parecen carmines esparcidos  
Sobre cristal de blancos resplandores,

Y en los montes los rayos esculpidos  
Cual puntas de diamantes entre flores.

¿Lo ves? Pues el que gime en la tortura  
Es el único autor de esta hermosura.

Mira la tierra con beldad preñada  
De cerros altos y fragosas cuestras,  
Y en partes cual parida y descargada,  
En valles honda, fértil en florestas,  
Que por industria natural sangrada  
Hace sus venas de oro manifiestas  
En agua dulce y líquidos cristales.

¿Vesla? Pues Dios le da riquezas tales.

¿Ves levantarse el mar torbellinoso  
Y amenazar al cielo con su espuma,  
Y en abismo sumirse tenebroso,  
Y el aire entapizar de espesa bruma,  
Y que cuando mas bravo y animoso  
Sobre un arena mas no se rezuma  
Del término sin muros señalado?

Pues enfrénalo el Hombre aquí azotado.

¿Ves los varios magníficos imperios  
Que acaban unos y otros se levantan;  
Y que servidos de altos ministerios  
Sus grandes reyes con su pompa espantan?

¿Ves en fin los gravísimos misterios  
Que oyen los rudos y los sábios cantan  
De la naturaleza impenetrable?

Pues son efectos de este Dios amable.

Y si quieres subir el pensamiento  
Y desde acá mirarle en su grandeza,

Los ojos tiende por el ancho asiento  
 De aquella empírea magestad y alteza;  
 Sus pies mira en el sacro firmamento,  
 Sobre todos los cielos su cabeza,  
 Y con sus brazos dos ceñido el orbe,  
 Sin que á su inmensidad cosa le estorbe.

Mira que del vacío mas profundo  
 Y vano de la nada indiferente  
 Sacó á perfecta luz este gran mundo,  
 Parto feliz de su divina mente;  
 Y lo conserva en variedad fecundo,  
 Y lo gobierna con saber prudente;  
 Y en su castigo junta y en su gracia  
 Poder, amor, dulzura y eficacia.

Y baja atento y mira en el infierno  
 Llantos, desolacion, horror, tiniebla;  
 Mira la llama y el furor eterno;  
 Y mira cómo la impiedad lo puebla;  
 Y allí verás lucir su gran gobierno  
 En la noche inmortal de opaca niebla,  
 Penando á sus rebeldes enemigos  
 Cual premiando en el cielo á sus amigos.

Mira tambien que un solo y vil pecado,  
 Que se comete y pasa en un momento,  
 Es con perpétuas llamas castigado,  
 Y á su maldad no iguala su tormento:  
 Míralo, y si quedares asombrado,  
 Desciende el temeroso entendimiento,  
 Y á este gran Dios á la columna mira  
 Y visto alli verás cuánto te admira.

Detente y considera que padece,  
 Y padeciendo le verás baldones.  
 ¡Ay Dios! ¿El que infinito honor merece  
 Injurias sufre, sufre bofetones?  
 Mas á llevarlos con amor se ofrece,  
 Y por manos de seis fieros sayones  
 Azotes cinco mil y mas recibe.  
 ¡Quién esto ve que asombro no concibe!

Advierte que por ti, que un hombre triste  
 Eres y al cieno vil por padre tienes,  
 Padece Dios, y ahonda en qué consiste  
 El origen primero de tus bienes.  
 ¿Es la sangre real de que naciste,  
 Y la prosapia ilustre de que vienes  
 De ti ambiciosamente celebrada,  
 Tierra y polvo y ceniza y humo y nada?

Dios te crió, Dios te produjo de esto;  
 No te encarames porque estás criado,  
 Que eres campo de humores mal compuesto,  
 Y sepulcro de horrores blanqueado;  
 A la virtud y á la razon opuesto  
 Y á ti mismo enemigo declarado,  
 Y aunque para gozar de Dios nacido,  
 De males lleno, en culpas concebido.

Y tú, lo que es peor, acrecentaste  
 Con tus mismas acciones tu vileza,  
 Y con culpa mortal te envenenaste,  
 Que es entre todas la mayor baja.  
 Tal fuiste, y eres tal, y en tal paraste,  
 Nada, hombre, pecador. ¡Vé qué nobleza!

Y este gran Dios por ti padece tanto.

¿Pues qué movió su pecho afable y santo?

No el interés: no cabe en él tenello,

Ni acrecentar su bienaventuranza.

¿Pues qué pretende recibir en ello?

¿Mas gusto, mas contento, mas holganza?

No. ¿Pues qué? Echar de su bondad el sello;

Esto solo procura y esto alcanza;

Quiere ¡ó fuente de gracias inmortales!

Darte sus bienes y tomar tus males.

Infinita bondad, virtud inmensa

Que males toma para darte bienes.

¡Ah, tanta fue su caridad intensa

Que aqui verás si luz del cielo tienes!

Paga azotado la comun ofensa,

Y por tu culpa está como en rehenes

Por librarte amarrado á la coluna;

Adora pues sus llagas de una en una.

Diles: «Llagas de Dios, bocas divinas,

Lenguas del mismo bien que con dolores

Mas que con elocuencias peregrinas

De amor me descubris altos primores:

Frescas rosas, ardientes clavellinas,

Rojos, claros, suaves resplandores

Del sol de gracia y campo de la gloria,

Hacedme vuestro olor y luz notoria.

»Llagas ó llamas de sagrado fuego

Que encendeis corazones amorosos,

Que este abrazeis con caridad os ruego,

Y con mil rayos lo alumbreis piadosos.

Frio está; calentadlo. ¡Ay, está ciego!  
 Esclareced sus ojos tenebrosos  
 Para que mire lo que amar desea,  
 Y no rehuse amar lo que en vos vea.»

Hombre, diles así y atentamente  
 Las mira, las venera y las halaga,  
 Pues heridas de padre tan clemente  
 Y de tal Dios bien piden esta paga:  
 Adóralas con pura, humilde frente,  
 Vete con pies de amor de llaga en llaga,  
 Háblale, aguarda, y nota qué responde,  
 Pues cada cual tu gracia y gloria esconde.

¡Mas ay, que los verdugos no cansados  
 Golpes nuevos le dan, nuevas heridas,  
 Y los miembros en púrpura bañados  
 Lo están en mas sangrientas avenidas!  
 Salen de madre arroyos dilatados  
 De aquellas blandas carnes encogidas;  
 Y anégase la célica hermosura  
 En el mar rojo de su sangre pura.....

Unas llagas estaban descubiertas,  
 Y otras con el dolor latiendo estaban,  
 Y medio hinchadas otras, medio abiertas  
 Y sangre todas y piedad manaban;  
 Abrieron los impíos anchas puertas  
 Que los huesos de par en par mostraban.  
 Mas del mármol al fin le desataron  
 Y cojer su vestido le dejaron.

Venciendo su desmayo heroicamente  
 El soberano Autor de nuestras vidas

Magnánimo vistióse. ¡Ay cuán vehemente  
 Fue entonces su dolor! Á sus heridas  
 Se le pegó la ropa fuertemente,  
 Y él lloró algunas lágrimas sentidas  
 Con un «¡ay Padre!» apenas pronunciado,  
 Mas con semblante y ojos declarado.

«¡Esta sangre, exclamó, que derramada  
 Es la sangre de Dios y sangre mia,  
 De hombres vertida y de sus pies hollada,  
 Voces á ti de compasion envia!  
 ¡Padre mio! no pide ser vengada  
 Como del justo Abel la sangre pia;  
 Que la derrama Dios por su criatura  
 Y asi clama perdon y paz segura.»



---

---

## CANTO SESTO.



Doloridos sus ángeles y siervos  
Al mirar de Jesus el triste llanto  
Y los dolores sumamente acerbos,  
Quedáronse suspensos del espanto;  
Y al ver aquellos ánimos protervos  
Y abatido al Señor tres veces santo,  
Por templar de sus penas la memoria  
Quisiéronle cantar insigne historia.

No ignoran que la sabe, mas pretenden  
Honrar y entretener el dolor grave  
Que hijos engendrará de los que entienden  
Componer esta narracion suave:  
A contar el linage claro atienden,  
Que en número infinito apenas cabe,  
De los mártires santos que murieron  
Por seguir la pasion que en Cristo vieron.

«Señor, cantó Miguel, Señor, escucha  
La historia de los ínclitos varones,  
Que en fe de esta tu nueva y santa lucha  
Han de vencer mil bárbaras naciones:

Si es grande tu afliccion, tu pena mucha,  
 El bien es grande y muchas las razones  
 Por que alegrarte, viendo las hazañas  
 De los que engendras hoy en tus entrañas.

» Que si pusieres y pondrás gozoso  
 Esta vida mortal por el pecado,  
 Un linage verás maravilloso  
 Y en hijos insumables dilatado,  
 Y de Dios el intento luminoso  
 Cumplido en un ejército sagrado  
 De mártires que sigan tu victoria,  
 Cuya es esta sublime, heróica historia.

» Vendrá tiempo, Señor, cuando al primero  
 Martir Esteban defendiendo altivo  
 El sér de tu persona verdadero  
 Abrase de tu amor el fuego vivo;  
 Y con valiente corazon entero  
 Sufra de este atroz pueblo vengativo  
 Piedras mil, de mil brazos despedidas,  
 Y con su noble sangre esclarecidas.

» Y él postrado en la tierra, y tú en el cielo  
 En soberana gloria entronizado,  
 Le mirarás con amoroso celo  
 De resplandor y piedras rodeado;  
 Y puestas las rodillas en el suelo,  
 Perdon piadoso en lágrimas bañado  
 Te pedirá para esta cruda gente,  
 Cual brasa viva de tu fuego ardiente.

» Y habrá sazon que Pedro valeroso,  
 Y Pablo á tu fe santa convertido,

Aquel que anoche te negó medroso,  
 Y este que contradice tu partido,  
 El uno con espíritu animoso  
 Y el otro con amor jamás vencido,  
 Mueran en Roma, el uno en cruz clavado,  
 Y el otro con barbarie degollado.

» ¡Ó Salvador! paréceme que veo  
 Al gran Laurencio de su ardiente llama  
 Hacer un carro de feliz trofeo,  
 Y un trono escelso y una dulce cama;  
 Y, no cual bajo y temeroso reo  
 Sino cual digno de perpétua fama  
 Gallardo capitan, decir: «Volvedme,  
 Que bien asado estoy: fieros, comedme.»

» Y que á Vicente predicando miro  
 Con libre voz y denodado aliento,  
 Y cuanto mas le noto mas admiro  
 Su frente osada en el atroz tormento;  
 Ni una querella da, ni da un suspiro  
 Aunque le rasga el escorpion violento  
 Con largas uñas y con garras dobles  
 El religioso pecho y carnes nobles.

» Y al cristífero Ignacio alegre atiende  
 Cómo provoca contra sí las fieras,  
 Porque su cuerpo sin temor comiendo  
 El trigo muelan de las santas eras:  
 En Roma mueve generoso estruendo;  
 Vienen á verle férvidas, ligeras  
 Varias gentes, y habiéndoles hablado  
 Se entrega á ser molido y amasado.

»Alza los ojos de tu ciencia pura,  
 Suspende tu dolor, tu pena impide:  
 Mira de flechas una nube oscura  
 Que contra Sebastian el aire mide,  
 Y robusto escuadron de gente dura  
 Que aladas puntas de metal despide,  
 Y al santo plumas da de amor sincero  
 Con que al reino de Dios suba ligero.

»Mira, mira ese número indecible  
 De Pontífices sumos brilladores,  
 Que muestras dieron de ánimo invencible,  
 Siendo de tu fe sacra defensores,  
 Y en ella con espíritu inmóvil,  
 Entre manos murieron de traidores  
 Por tu nombre y tu gloria. ¡Ó Rey bendito,  
 Te consuele este número infinito!

»Ve también á Clemente valeroso,  
 Que cinco lustros padeció martirio,  
 Coronado de láuro victorioso  
 Y ceñido de casto y fresco lirio;  
 Renovárasle el cuerpo prodigioso  
 Porque, esplendiendo como ilustre cirio,  
 Se consuma otra vez en tu amor santo,  
 Y á los verdugos ponga nuevo espanto.

»Y á Ciriaco atiende, ya cortada  
 La mano, y en la boca plomo ardiente  
 Recibiendo, y su carne fatigada  
 Puesta en brasas de fuego flamóvente,  
 Y en honda cueva de pavor cercada  
 Donde le reverencia una serpiente,

Y al fin alanceado el firme pecho,  
 Volar á ti su espíritu derecho.

»Y á Trifon con agudos escorpiones  
 Rasgado, y con dos clavos encendidos  
 Abiertos ya sus pies, y tres sayones  
 Azotando sus miembros encogidos.

¡Ó vigor de pacientes corazones!  
 Otros cien mil contempla no rendidos  
 A la muerte cruel, que en todas partes  
 Siguiendo van tus nobles estandartes.

»Considera tambien á Hermenegildo,  
 Príncipe santo de la escelsa España,  
 Que por su injusto padre Leovigildo  
 Prision padece indigna y muerte estraña.

¡Ó monarcas del cielo, recibildo,  
 Que es el primero rey que os acompaña  
 Dejando en el martirio el cetro ilustre,  
 Blason soberbio del humano lustre!

»¿Mas quién podrá contar los grandes hechos  
 De infinitos varones memorables?

¿Quién los robustos y esforzados pechos  
 De niños y mugeres admirables?

El que los rayos que al cenit derechos  
 El sol despidе y lanza innumerables,  
 Contare, y las estrellas refulgentes,  
 Contará sus proezas combatientes.

»¿No ves, no ves la virgen Catalina  
 En pocos años de ínclita prudencia,  
 Que la rueda de filos peregrina  
 Quebranta con amor y con paciencia,

Y una escuela de sábios encamina  
 A la fuente inmortal de toda ciencia,  
 Y por sangre da leche degollada,  
 Y es en monte sagrado sepultada?

»A Cecilia contempla cuidadosa  
 De guardar su purísima entereza,  
 Y cual valiente hermana y casta esposa  
 A su esposo ceñir de fortaleza;  
 Y constante, invencible, generosa  
 Dar al baño en aljofar su belleza  
 Y á la espada cruel su lindo cuello,  
 E incorrupto quedar su cuerpo bello.

»Y á la pequeña Inés, de miembros santos  
 Y de alma valerosa, considera  
 Deshaciendo los hórridos espantos  
 Del fuego bramador y grande hoguera.  
 Cubran de rosas, llenen de amarantos  
 Con dulce afecto y caridad sincera  
 Vírgenes mil su ilustre sepultura,  
 Que mártir ha de ser y virgen pura.

»Y á Lucía tambien, cual grande roble,  
 Columna firme, ó roca escelsa y fuerte,  
 Ó soberbio castillo, ó polo inmoble,  
 Fija en la tierra por tu amor, advierte,  
 A quien doble corona y palma doble  
 La castidad será, será la muerte,  
 Óleo y resina y fuego y pez venciendo,  
 Mas al cuchillo el corazon rindiendo.

»Y aquella Margarita, refulgente  
 Mas que oro fino, mas que tersa plata,

Mas que limpio rubí, topacio ardiente,  
 Y mas que perla en fúlgida escarlata;  
 Estímalá, que al fiero presidente  
 Con desdén mira, con desprecio trata,  
 Y degollada por tu amor padece,  
 Y roja con su sangre resplandece.

»Y cortados los pechos virginales  
 A Ágata considera en carcel dura,  
 Y en carbones y tejas infernales  
 Arrastrada su carne santa y pura,  
 Y dar á tus abrazos inmortales  
 Su ánima celestial en paz segura,  
 Absorta en oracion, en ti suspensa,  
 Y transportada en caridad intensa.

»Y dos Eulalias, una en Barcelona  
 Y otra en Mérida ve martirizadas,  
 Aquella en cruz ganando la corona,  
 Y esta llamas bebiendo ensangrentadas.  
 Iberia con alegre voz pregona  
 Y eterniza en columnas levantadas  
 Su constancia y valor con letras de oro,  
 Y sus reliquias guarda cual tesoro.

»Rufina santa y Justa valerosa  
 Se ofrezcan á tus ojos venerables,  
 Una muriendo en carcel tenebrosa,  
 Y otra en dolores de ella intolerables,  
 Y ambas de la ciudad maravillosa,  
 Y reina de ciudades admirables,  
 Cuya garbosa planta el Betis besa,  
 Y al mirarla tan linda se embelesa.

»Y Ursula no se esconda, pues parece  
 Clara luna entre lúcidas estrellas,  
 Que ardiendo en amor casto resplandece  
 Entre once mil purísimas doncellas:  
 Ella á la muerte sin temor se ofrece  
 Y émulas de su fe se ofrecen ellas.  
 ¡Ó cándida beldad, rojos martirios,  
 Purpúreas rosas entre blancos lírios!

»Todas ¡ó Redentor! el referirlas  
 Imposible será: tú verlas puedes,  
 Y en tu mente divina repetir las,  
 Pues tú les has de hacer tales mercedes:  
 Solo quise en bosquejo descubrirlas.  
 Tú, que en sábios conceptos nos escedes,  
 Acabarás de dar á sus loores  
 Propias sombras y vivos resplandores.»

Cantaba así Miguel, y así cantaban  
 Con dulce pero interna melodía  
 Los ángeles, que á Dios música daban  
 En aquel lastimoso y triste día;  
 Y en tarjas de conceptos dibujaban  
 Al Verbo de inmortal sabiduría  
 Los hechos de los mártires valientes  
 De varios tiempos y diversas gentes.  
 El rey en tanto del oscuro averno  
 A la bóveda va mas enlutada,  
 Donde el mónstruo mayor del crudo infierno  
 Perpétua tiene su infeliz morada:  
 Aquí las fúrias con bramido eterno  
 La region ensordecen condenada,

Y denegrido humo y grandes nieblas  
Difunden pardas y hórridas tinieblas.

Y dentro en una silla pavorosa,  
Que ocho dragones forman enroscados,  
De dura piel y escama ponzoñosa  
Con sus colas y cuellos enlazados,  
Se asienta la Impiedad, madre espantosa  
De mil hijos, letíferos pecados,  
Vertiendo negras llamas por los ojos,  
Y fulminando contra Dios enojos.

De hierro toda y de furor vestida,  
Esgrime cien espadas con cien manos,  
Y contra el mismo Sér que nos da vida  
Vibra cien dardos, pero todos vanos:  
Tiene á sus pies la bárbara homicida  
De padres y de hijos y de hermanos,  
Cuerpos sin almas, bultos sin cabezas,  
Y cien mil corazones hechos piezas.

Repúblicas enteras destrozadas,  
Y destrozados ínclitos imperios;  
Ellas están entre sus pies bolladas  
Y ellos con carga vil de vituperios:  
Conservan las paredes mal grabadas  
En duros bronces hórridos misterios  
De agravios que celebra por victorias,  
Y hombres impíos los fingieron glorias.

Los ángeles allí desembrazando  
Armas se ven de altivos pensamientos,  
Y contra Dios banderas tremolando  
De vanos y pomposos ardimientos.

Nembrot su enhiesta torre levantando,  
 Robusto ultraje de enemigos vientos,  
 Con arrogante pie por ella sube,  
 De soberbia altivez envuelto en nube.

El ciego Faraon al pueblo santo  
 Con espinosos látigos azota,  
 Pero con olas venga el mar su llanto  
 Cuando él venganza aspira y fuego brota.  
 Y de sagrado efod y noble manto  
 Saül, siguiendo su letal derrota,  
 Ochenta y cinco sacerdotes mata,  
 Y á Nobe, ilustre villa, desbarata.

De José los hermanos envidiosos  
 En una parte con rigor le prenden,  
 Y en otra le sepultan cautelosos,  
 Y en otra para Egipto al fin le venden.  
 De Abimelec setenta valerosos  
 Hermanos con gemidos se defienden,  
 Muertos por él en una piedra sola  
 Donde sus estandartes enarbola.

Joab con Amasá luego abrazado  
 El puñal saca y muerto le derriba,  
 Y el cinto de la sangre rociado  
 Muestra su mano y alma vengativa.  
 Y Antíoco, de jóvenes cercado  
 Que desprecian el hierro y llama viva,  
 Abrasa á los constantes Macabeos  
 Por desatar en humo sus deseos.

Diomedes sus caballos apacienta  
 Con carne humana, pasto al sol horrendo.

Y Mecencio á los vivos atormenta,  
 Atalos con cadáveres hediendo.  
 Toros de bronce Fálaris caliente,  
 Y ellos bramando están y hombres gimiendo  
 En sus entrañas, y él feroz lo mira,  
 Y no se compadece ni se admira.

Los padres que á sus hijos muerte dieron,  
 Los hijos que á sus padres maltrataron,  
 Y los que á sus hermanos ofendieron  
 Y á sus mugeres bárbaros mataron,  
 Los que traidores á su patria fueron,  
 Y los que por mandar la conquistaron,  
 Y los que á Dios osaron oponerse,  
 Retratados allí pudieran verse.

Y de estos, y de llamas tenebrosas  
 Y homicidas puñales rodeada,  
 Y en lagunas de sangre caudalosas  
 Hasta los duros pechos anegada,  
 Y peinando las hebras ponzoñosas  
 De su frente, de vívoras crinada,  
 Estaba, cuando vino á su aposento  
 El rey atroz del infernal tormento.

Advertido él habia atentamente  
 Del Dios humano los azotes fieros,  
 Y el pecho heróico y ánimo paciente  
 En castigos tan viles y severos,  
 La poca fuerza de su oscura gente,  
 Y rotos ya sus férvidos aceros  
 En aquel muro de diamante fino,  
 A quien da fortaleza el Sér divino.

Temió el acometer segunda empresa,  
 Si bien acometerla deseaba,  
 Mas el ódio feroz, que en él no cesa,  
 De nuevo le encendió la mente brava:  
 Buscó favor cobarde y vino apriesa  
 Creyendo aquí encontrar lo que anhelaba,  
 Que solamente la Impiedad podía  
 Acabar contra Dios lo que él pedía.

Llegó pues triste al hórrido palacio,  
 Y la puerta de bronce le dió entrada:  
 Tembló del hondo abismo el grande espacio  
 Al estampar la huella mal formada;  
 Ardió su vista, no como el topacio  
 Con vivo resplandor y luz dorada,  
 Sino como el cometa cuando arroja  
 Entre el humo y vapor su llama roja.

Luzbel estremeció su osada frente  
 La cabeza moviendo formidable,  
 Y encima de una lívida serpiente  
 Puso el pie con despecho incomportable;  
 Y á la Impiedad miró sentidamente  
 Y le dijo con ira irrefrenable:  
 «Sal luego y parte al escuadron romano;  
 Contra el Hijo de Dios rige su mano.»

Dijo, y el mónstruo su alegría ostenta,  
 Y le obedece, y á Salén se parte  
 Y con blasfema boca virulenta  
 Y alas negras tremola su estandarte;  
 Sube al aire que el rubio sol calienta  
 Como la antigüedad fingió al dios Marte,

De guerra y de furor, de muerte armada,  
Y contra Dios y el hombre emponzoñada.

Llamas vierte de fuego por la boca,  
Y de ceniza y humo el cielo viste,  
Y cuanto con la planta ó mano toca  
Quema ruinosa y nada le resiste;  
La humilde yerba y la soberbia roca  
Se encoge y treme á su presencia triste;  
De espanto el ave suspendió su vuelo,  
Y retemblaron Líbano y Carmelo.

El Rey de eternidad sentado estaba  
En tierra, solo, atento y encogido;  
La sangre que al vestido se pegaba  
Le pegaba á las carnes el vestido:  
Triste lágrimas tiernas derramaba  
De amor del hombre y de piedad movido,  
Pues mas en él la caridad podia  
Que la ofensa del vil que se la hacia.

Iban muchos á ver el caso nuevo,  
Y entrando se paraban admirados  
Considerando aquel gentil mancebo  
Que tuvo á tantos de su voz colgados,  
Que los tenia en su dolor de nuevo  
Con su silencio absortos y elevados,  
Cuando llegó invisible y espantosa  
La Impiedad á la turba sediciosa.

Y al punto sobre aquellos insolentes,  
Despreciadores de virtud discreta,  
Sus alas desplegó negras y ardientes  
Y su ponzoña les vertió secreta:

Cual huracán que en soplos pestilentes  
 La tierra, el agua, el aire, el fuego inquieta,  
 Se afanaba en turbar la horrenda furia  
 Al soberbio escuadron y altiva curia.

Ya sobre las cabezas discurriendo,  
 Ya en los oidos no sé qué espirando,  
 Ya en los pechos ponzoña transfundiendo,  
 Ya en las entrañas fuego derramando,  
 Ya en los ojos tinieblas esparciendo,  
 Ya en pies y manos ímpetus causando,  
 Y al fin, toda en sus almas embebida,  
 En sí los transformó con su venida.

Y ya porque de Cristo habian oido  
 En la conversacion de muchos sábios  
 Que era por ley divina el rey ungido,  
 Un imperio le quieren dar de agravios,  
 Y al punto se levanta un alarido  
 Que la impiedad les infundió en los lábios,  
 Y aclámanle por rey de los hebreos,  
 Mas rey de burla y loco en sus deseos.

Y determinan darle una corona,  
 Que el reino imaginado represente  
 Y como á rey adorne su persona,  
 Y como á rey culpado le atormente;  
 Y porque el nuevo rey que se corona  
 Toma de rey el cetro conveniente,  
 Y púrpura se viste y le festejan,  
 Cetro y púrpura y fiesta le aparejan.

Hecha ya la corona, presurosos  
 Le arrebatan al patio mas vecino,

Y con denuedos mil ridiculosos  
 Despreciándole van por el camino:  
 Los fieros sacerdotes envidiosos,  
 Alegres del suceso repentino,  
 Aplauden la impiedad con mucha risa,  
 Que con su envidia y su soberbia frisa.

Desnúdanle con ímpetu rabioso.....  
 ¡Esperad, hombres fieras, que el vestido  
 Que arrancais con abrazo riguroso  
 Y estrecho al cuerpo está preso y asido!  
 ¡Templad el movimiento mas furioso  
 Que jamás la impiedad ha producido,  
 Que pegadas llevais las blandas pieles  
 A la ropa que así quitais, crueles!

No escuchan, y mas crudos le despojan  
 De la túnica santa en un momento,  
 Y al polvoroso suelo ya la arrojan  
 Con risa fiera y férvido contento:  
 Mas los hilos de sangre el suelo mojan,  
 Y las carnes de Dios labra el tormento,  
 Que molidas y ya descortezadas  
 Están en partes mil acanaladas.

Cristo sufre y padece el dolor fiero  
 Mientras el pueblo mofa de su pena;  
 Y alborotado el escuadron guerrero  
 La fiesta del fingido rey ordena:  
 Por todo el tribunal corre ligero,  
 Con alegre clamor el aire atruena,  
 Y asientan al Señor en una silla,  
 Y de él se burla la infernal cuadrilla.

De púrpura le visten rutilante,  
 Y la caña le ofrecen afrentosa,  
 Y de corona como á rey triunfante  
 Le ciñen la cabeza generosa,  
 De corona á guirnalda semejante,  
 Mas no de flores bella y aromosa,  
 Sino de espinas hórridas compuesta,  
 Que tormento amenaza y muerte asesta.

¡Ó gran dolor! entraban las espinas,  
 Y algunas al entrar se despuntaban;  
 Otras las sienes de Jesus divinas  
 Y el sagrado cerebro traspasaban;  
 Otras, abriendo fuentes purpurinas,  
 Entre el cuero y la carne se engastaban;  
 Y otras de mas aguda fortaleza  
 Al hueso penetraban con presteza.

Corrian de la frente venerable  
 Los hilos de la sangre repartida,  
 Y la vista cegaban agradable  
 Que á ciegos dió mirando luz de vida;  
 Y la faz á los cielos admirable  
 De polvo estaba y de sudor teñida,  
 Y la barba en salivas empapada,  
 Y con reciente sangre y sangre helada.

¡Ay! los alevos del furioso bando  
 Con viles mofas y confuso estruendo  
 Dieron al Salvador el triste mando,  
 Ceremonias ridículas fingiendo,  
 Ya en tierra las rodillas humillando,  
 Ya al suelo sus penachos abatiendo,

Ya por rey saludándole invencible,  
Mas todo con crueldad, con rabia horrible.

Uno le acometia con baldones,  
Otro escupiendo en él torpes salivas,  
Otro con afrentosos bofetones,  
Y otro injurias haciéndole mas vivas,  
Otro con deshonorados pescozones,  
Y con aplauso á todos los escribas.  
;Pero ya de Pilato á la presencia  
Arrastran al Señor con inclemencia!

Pilato se horroriza y se enternece,  
Mover á compasion al pueblo intenta  
Mostrándole á Jesus, que desfallece:  
«He aquí el hombre,» dice, y le presenta.  
Pero el pueblo ;qué horror! mas se enfurece.  
«De nuestra vista súbito le ahuyenta,»  
Clama con grito atroz; «¡le crucifica!»  
Este grito rabioso multiplica.

En el soberbio tribunal sentado,  
Y vuelto á la canalla inexorable,  
Dijo Pilato de pavor turbado:  
«Ríndome á vuestra furia incontrastable:  
Caiga sobre vosotros el pecado,  
Vosotros condenais al inculpable;  
Yo al que por inocente reverencio  
En vuestro nombre á muerte le sentencio.

»Y yo, añadió lavándose las manos,  
Lavo mis manos de la sangre pura  
De este Justo: vosotros, inhumanos,  
De su sangre esperad venganza dura.»

Tembloroso así dijo: los ancianos  
Y el pueblo, pertinaz en su locura,  
De horrisono clamor el aire hinchieron;  
En una voz confusos respondieron:  
«Caiga sobre nosotros rigurosa  
Y sobre nuestros hijos se derrame  
La sangre de este Justo religiosa,  
Y si es tal por venganza eterna clame.»  
Apenas se soltó la voz furiosa  
De entre los lábios de la turba infame,  
Cuando á Cristo, de lágrimas ardientes  
Los ojos le vertieron vivas fuentes.



---

---

CANTO SEPTIMO.

---

---

El Arcangel en tanto, conociendo  
Que era ya la sentencia pronunciada,  
Y de la Madre el gran dolor temiendo,  
De la Madre en su amado transportada,  
Antes que el son confuso y vago estruendo  
Le llegue de la nueva desgraciada,  
Quiere misterios dulces referirle,  
Y al trabajo el remedio prevenirle.

«Oye, le dice, el fin maravilloso  
Que de tu Hijo y mi Señor la muerte  
Ha de tener, y el último reposo  
Y honra inmortal de su pasión advierte;  
Que importa, para el trance riguroso  
En que se ha de esmerar tu pecho fuerte,  
Prevenir el peligro con destreza,  
Y á mas punto subir tu fortaleza.

»Pasados los cuarenta alegres días  
En que de su presencia regalada  
Gozarán las devotas compañías  
De su escuela, á trabajos enseñada,

Circunvalado de las almas pias  
 Que rescató de la infernal morada,  
 Llevará sus discípulos al monte  
 Que de olivas corona su horizonte.

»Porque de allí querrá subir al cielo,  
 Viéndolo claramente sus amigos  
 Para darles el último consuelo,  
 De su poder haciéndolos testigos;  
 Y estando en el dichoso y fertil suelo,  
 Confusion de sus ciegos enemigos,  
 Les mostrará su ya gloriosa frente  
 Bañada en gozo y luz resplandeciente.

»¡Qué regalo será verle amoroso  
 En ojos dulces y en palabras tiernas,  
 Aquellas manos estender piadoso  
 Con las señales de su amor eternas,  
 Y el costado enseñarles generoso,  
 Y en sus patentes llamas las internas  
 Del alma noble y corazon suave,  
 Que del gozo de Dios tiene la llave!

»¡Qué consuelo será verle cercado  
 De ángeles obedientes y almas bellas!  
 Tal pimpollo de flores coronado  
 Y el lucero lo está de las estrellas,  
 Y tal viene de luces adornado  
 El sol, y en blandas, purpurantes huellas  
 El alba pura cuando rosas cria,  
 Y así el mayo se ciñe de alegría.

»Allí estarás tambien, Madre escelente,  
 Pues casta virgen eres siendo madre:

Tu vista de su luz tendrás pendiente  
 Porque tu gloria con su gloria cuadre :  
 Beberás de su vista refulgente,  
 Donde el sér luce de su eterno Padre,  
 Un mar de gozo, y de su voz divina  
 Amor, gracia y dulzura peregrina.

»Luego con su virtud maravillosa  
 Se irá del suelo apriesa levantando,  
 Y la esfera del aire luminosa  
 De alegres arreboles matizando ;  
 La escuadra de los ángeles hermosa  
 Festivos himnos le estará cantando,  
 Y las almas, trofeo de su gloria,  
 Solemnizando su inmortal victoria.

»Asi caminará suavemente,  
 Dándoles con su diestra soberana  
 La bendicion mas rica y escelente  
 Que dió jamás naturaleza humana :  
 Irá llevando de su faz pendiente,  
 De aquella faz que gracia y gloria mana,  
 De sus hijos la noble compañía,  
 De admiracion pasmados y alegría.

»Tal sacude la pluma y va ligera  
 El águila mirando al sol mas vivo,  
 Y admiran los polluelos su carrera,  
 Su encandilada vista y cuello altivo ;  
 Y aunque seguirla cada cual quisiera,  
 Y la madre les da gentil motivo  
 A que sus alas y sus ojos prueben,  
 Con inutil afan las alas mueven.

»El rubio sol con brillo incomparable

Acontece mostrarse en occidente,

Y al rayo de su luz infatigable

Oponerse una nube transparente,

Y ella adornarse de beldad notable,

Y él esconderse en ella blandamente:

Asi una nube esconderá en su seno

Al Sol de rayos y de glorias lleno.

»Al admirado y suspendido coro

De la prole de Cristo jubilosa

Quitará de la vista su tesoro,

De la vista elevada y amorosa;

Ella se bordará de plata y oro

A la luz de este Sol maravillosa,

Y asi pondrán los ojos en la nube

Del que glorioso al cielo en ella sube.

»Músicas, fiestas, regocijos, glorias

Compondrán su feliz recibimiento;

Canciones de sus ínclitas victorias

Resonarán en todo el firmamento;

Quedarán esculpidas las memorias

De su muerte y su vida y nacimiento,

Y no en materias que tendrán sus fines,

Sino en mentes de eternos serafines.

»Y recibido de su Padre santo

Con tierno amor en trono esclarecido,

Y siempre oyendo de la gloria el canto,

Será como merece engrandecido:

De allí pondrá á los pérfidos espanto,

Del hondo averno bramador temido,

Y regirá su Iglesia poderoso  
Emperador, y amado, y dulce esposo.

»A los justos dará ricos favores,  
Esperanza á los tristes penitentes,  
Perdon á los contritos pecadores,  
Su religion á pueblos diferentes:  
Presentará á su Padre los dolores  
De las llagas que en sí tendrá patentes,  
Constante intercesor, docto abogado  
En defender al hombre ejercitado.

»Mas ya cumplidos los felices dias  
Por el grande Jehová determinados,  
El hora de sus gratas alegrías  
Llegará á los discípulos amados,  
En suave caridad sus almas pias,  
Cual pebetes en ara consagrados,  
Cuando encendiendo estén y en oraciones  
Exhalando sus fieles corazones.

»¡Ó sacrosanta unión! Y tú, Señora,  
Presidirás al noble consistorio,  
Cual prudente y feliz gobernadora,  
Y digna de tan ínclito auditorio;  
En ti, donde la gracia se atesora  
Como en universal propiciatorio,  
En vez del que subió glorioso al cielo,  
Pondrán los ojos, buscarán consuelo.

»Estando así con ímpetu potente  
Un viento soplará maravilloso  
Que la casa estremezca de repente,  
Y pavor cause blando y amoroso;

Y en lenguas dividido fuego ardiente  
 Bajará sobre el cóncave dichoso,  
 Y en todos, ya embebidos en su encanto,  
 Se asentará el Amor divino y santo.

»Cuando Dios en el monte escelso daba  
 La memoranda ley al pueblo ingrato,  
 Torbellinosa tempestad formaba  
 Su esplendoroso y áulico aparato:  
 La cumbre en fuego vivo se abrasaba,  
 Corriendo en torno en férvido arrebató  
 Con hórrido fragor el trueno bronco,  
 Con tremendo bramido el austro ronco.

»Así, cuando la ley de eterna gracia  
 Se imprima en corazones mas que humanos,  
 Hará con potentísima eficacia  
 El mismo Dios prodigios soberanos,  
 Asi para vencer la pertinacia  
 De los que hoy le persiguen inhumanos,  
 Como para ilustrar con suma gloria  
 La ley de amor, de Cristo la victoria.

»Vendrá pues el Espiritu divino  
 Sonando porque asi mejor le atiendan,  
 Y con solemne espanto repentino,  
 Porque ser gracia liberal entiendan,  
 Y en forma de aire abriéndose camino  
 Para que ser el hálito comprendan  
 Con que el alma respira y tiene vida,  
 Dada por Dios y solo á Dios unida.

»En figura de fuego deleitable  
 Vendrá para encender los corazones,

Y con ardor y soplo infatigable  
 Inspirar mil sagradas aficiones,  
 Dando con viva fe luz admirable  
 Y ciencia de proféticas visiones,  
 Y con formas de lenguas diferentes  
 Las varias lenguas de las muchas gentes.

»Y como al evangélico profeta  
 Un serafín purificó los labios,  
 Y le infundió con luz como saeta  
 En el ánimo fiel conceptos sábios,  
 Y encumbrada virtud le dió secreta  
 Despreciadora de honras y de agravios;  
 Esto y mas con su fuego luminoso  
 Hará el divino Espíritu piadoso.

»Daráles perspicaz conocimiento  
 De la alteza de Dios inaccesible,  
 Y sobrenatural entendimiento  
 De aquella su hermosura indefinible:  
 Escribirá su ley en un momento,  
 Su evangélica ley, ley apacible,  
 Centro y fin de las santas escrituras,  
 Con sábia mano en sus entrañas puras.

»Infundiráles un amor tan vivo  
 Que siempre en caridad estén ardiendo,  
 En su llama suave y fuego activo  
 Cuanto en la tierra encuentren convirtiendo:  
 De su bien y su mal harán motivo  
 El uno y otro en humo resolviendo,  
 Para encender su amor y amar la gloria  
 De Dios, y despreciar la transitoria.

»Naceráles de aquí gran fortaleza  
 Para vencer del mundo lo mas fuerte,  
 Espantar del infierno la braveza,  
 Hollar la vida y anhelar la muerte,  
 De aquí constante, impávida entereza  
 De rostro y pecho en alta y baja suerte,  
 Y señorial espíritu invencible  
 A lo mas grato y á lo mas horrible.

»De Jesus el imperio poderoso  
 De polo á polo se verá estendido:  
 Él reinará en el cielo victorioso,  
 Y en Roma su vicario obedecido  
 Mientras el sol esplenda luminoso  
 Y no haya por jamás desaparecido:  
 Alumbrará su fe las almas puras;  
 Humillará su cruz las frentes duras.

»Que ni de muchas gentes vencedoras  
 Las fieras armas, ni de imperios fuertes  
 Las altas magestades triunfadoras  
 De nuevos mundos y de varias suertes,  
 Ni del airado infierno las sonoras  
 Y crudas amenazas de mil muertes  
 Impedirán la sucesion divina  
 De sus vicarios y vital doctrina.

»He aquí la escuela de tu fruto santo  
 Hecha de Dios ejército valiente,  
 Gloria del cielo, del abismo espanto,  
 De todo el orbe luz resplandeciente.  
 Pues cese aquí, dirás, mi acerbo llanto;  
 No mas de mi dolor esté pendiente:

Súbame el Padre al trono donde vea  
Al Hijo que mi amor gozar desea!

»¿Qué bien, qué gozo, qué placer, qué gloria  
Tal madre ha de tener en tal ausencia,  
Sino la que le diere su memoria  
Ó la que le causare su presencia?

Ya está ganada la feliz victoria;  
Ya á Dios el mundo rinde su potencia.  
¿Para qué vivo yo sin ver mi vida?  
Ahora sabráslo, Reina esclarecida.

»Como en ausencia del mayor planeta  
Que á los menores da prestada lumbre,  
La luna clara en medio á noche quieta  
Alumbra en vez del sol, y es bien que alumbre,  
Y cercándola en torno la respeta  
El noble coro de la etérea cumbre;  
Así en ausencia de Jesus importa  
Que al mundo asistas, mas con vida corta.

»Porque despues que con tu vivo ejemplo  
Hayas la nueva Iglesia edificado,  
Y cual segundo venerable templo  
De Dios te hayan los justos adorado,  
(Que tal, ó Virgen-Madre, te contemplo,  
Y el cielo como á tal te ha celebrado)  
Dirás al Hijo de tu amor que al cielo  
Ya anhelas encumbrar tu amante vuelo.

»Él, por henchir aquella ilustre silla  
Que en sus hombrós sustentan serafines,  
Y elevar en eterna maravilla  
De tu beldad los sábios querubines,

Oirá tu peticion blanda y sencilla,  
 Y desde sus magníficos jardines  
 «Paloma, te dirá, paloma pura,  
 Ven á mi pecho de inmortal dulzura.»

»Y yo, Señora, bajaré contento  
 A darte la gloriosa legacia  
 De corona ceñido y ornamento  
 Que mi placer anuncie y tu alegría;  
 Y cual sol el diáfano elemento,  
 Vestiré de luz nueva el claro día,  
 Trayéndote una palma de victoria,  
 Señal festiva de perfecta gloria.

»¡Oh cual te bañarás en regocijo  
 Y en saludables ondas de consuelo,  
 Cuando contemples que tu amado Hijo  
 Te quiere ya llevar consigo al cielo!  
 Un breve espacio te será prolijo,  
 Y pesadumbre el habitar el suelo;  
 Mas darás cuenta de ello á tus devotos  
 Que vendrán á ofrecerte aquí sus votos.

»Y trayendo aromáticos olores,  
 Bálsamos puros y pebetes finos,  
 Este aposento llenarán de flores,  
 Y cercarán de adornos peregrinos.  
 Albos cirios con bellos resplandores  
 Encenderán los aires cristalinos,  
 La casa de la aurora bien nacida  
 Aparejando al Sol de eterna vida.

»Tu lecho santo ceñirán piadosos,  
 Pendientes de tus ojos soberanos

Y atentos á tus lábios milagrosos,  
 Los nuevos fidelísimos cristianos:  
 Suspiros de sus pechos amorosos,  
 En actitud de orar juntas las manos,  
 Despedirán, y lágrimas dolientes  
 De sus pupilas brotarán ardientes.

»Enternecida tú, con faz serena  
 Y dulcisona voz de blando pecho  
 Consolarás su noble y justa pena  
 Desde tu virginal y humilde lecho;  
 Estando así de gloria augusta llena  
 Y de luz clara el camarín estrecho,  
 No siendo los apóstoles llamados  
 Se hallarán á tu muerte congregados.

»Recibirás en verlos alborozo  
 Y ellos muy mucho regocijo en verte;  
 El alma tuya se henchirá de gozo  
 Y de pena sus almas por perderte.  
 Los que han hecho en Babel fiero destrozo,  
 Y al abismo han postrado y á la muerte,  
 Tristes se afligirán de ver la tuya,  
 Preciando mas tu vida que la suya.

»¡Cómo allí les dirás dulces razones  
 Blandas, benignas, cariñosas, tiernas!  
 ¡Cuánto regalarás sus corazones,  
 Victorias prometiéndoles eternas!  
 Tu aliento maternal, las efusiones  
 De tus entrañas de piedad maternas  
 Beberán ellos, de tu voz colgados  
 Y de tu amable hechizo arrebatados.

»Una música en tanto deleitable,  
 Dulce concento y blanda melodía  
 Elevará tu rostro venerable  
 Y mente sacra en célica alegría;  
 Y ya templado el júbilo admirable  
 Y suspendido el canto y armonía,  
 Mostrará con suavísima clemencia  
 El Hijo tuyo su inmortal presencia.

»¡ Cuál, ó placer, tu noble entendimiento  
 De hermoso resplandor será bañado,  
 A mas que celestial conocimiento  
 De la Esencia divina sublimado!  
 Y de este inimitable pensamiento  
 Un tan subido amor será causado,  
 Que á la vida mortal su ardor esceda,  
 Y no en cuerpo mortal sufrirlo pueda.

»Tu ánima noble acogerá en sus brazos  
 El Verbo concebido en tus entrañas,  
 Y ella sin cuerpo estenderá sus lazos  
 Con otras formas de abrazar estrañas;  
 Él tambien le dará dulces abrazos.  
 (Óye, que así tu gran dolor engañas.)  
 Tu cuerpo esconderá la tierra fria,  
 Pero vendrá dichoso el tercer dia.

»El alba entonces bordará de flores  
 El prado y de arreboles el oriente;  
 Su lengua pulirán los ruseñores;  
 Espejarán las aguas su corriente;  
 El aire se ornará de resplandores,  
 Y el mismo sol de luz mas escelente,

De suavidad la tierra y de consuelo,  
Y de rico placer y fiesta el cielo.

»En esta pues aurora deleitable

Tu ánima pura al cuerpo generoso,  
Será unida por modo inesplicable,  
Y nuevo sér le infundirá glorioso  
Belleza eximia, agilidad notable,  
Luz que al planeta ofusque luminoso,  
Impasibilidad y sutileza  
Sobre toda mortal naturaleza.

»De la tumba saldrás resucitada,  
Ó Virgen, y los ángeles atentos  
En música conforme y regalada  
Tañerán los suaves instrumentos;  
Y en procesion alegre y concertada  
Rasgarán los mas puros elementos,  
Otros muchos tu fiesta celebrando,  
Tu gloria viendo, tu valor cantando.

»Algunos tomarán cuerpos lucidos  
Y ropas varias de preciosos trajes,  
Y de coronas y beldad ceñidos  
Te servirán de cortesanos pages:  
Otros en largas huestes divididos  
Con militares nítidos ropages,  
El viento con clarines asordando,  
Simulacros de guerra irán formando.

»Y otros en carros rápidos, triunfantes  
Rompiendo el aire con doradas ruedas,  
Irán gallardos, correrán pujantes,  
Oro esparciendo y arrastrando sedas;

Y otros, al verde mayo semejantes,  
 Dulces fuentes, floridas alamedas  
 Finjirán del diáfano elemento  
 Que sirvan al camino de ornamento.

»Y tú, Señora, como reina clara,  
 Para que el cielo alegre mas se ilustre,  
 Con blando rostro y con nobleza rara  
 Darás á la gran fiesta inmenso lustre:  
 Mas porque mucha pompa le faltára  
 Faltando á la sazón el Verbo ilustre,  
 Cercado bajará de serafines,  
 Ceñidos de guirnaldas de jazmines.

»A tu presencia llegará gozoso;  
 Sus tiernos brazos á tu lindo cuello  
 Echará, de estrecharlo deseoso,  
 Y de su santo amor será este el sello.  
 ¡Qué nudo, ó Virgen-Madre, tan gracioso,  
 Para él tan dulce, para ti tan bello!  
 ¡Qué beso tan recíproco y suave!  
 El mismo Dios que lo dará lo alabe.

»Así arrimada la derecha mano  
 En aquel hombro que sustenta el cielo,  
 Y tu pecho á su pecho sobrehumano,  
 Irás con régio, pompeante vuelo;  
 Y subida al alcazar soberano,  
 Do asido á la verdad vive el consuelo,  
 Abriéndose las puertas de la gloria,  
 La henchirá el resplandor de tu victoria.

»Y del trono á los santos descubierto  
 Sonará en dulce y apacible canto:

¿Quién es esta que sube del desierto  
 Con tanta luz y fiesta y gozo tanto,  
 Y viene al deleitoso empíreo huerto  
 Tiernamente apoyada al Hijo santo,  
 Como el aurora bella y refulgente,  
 Como la luna y como el sol luciente?

»Así estarán los ángeles cantando,  
 Y tú las gerarquías escediendo,  
 Irás las mentes sábias elevando,  
 Y las almas gloriosas encendiendo:  
 Tus inauditas gracias admirando,  
 Y luz de tu belleza recibiendo,  
 Arcángeles, querubes, serafines  
 Alfombra querrán ser de tus chapines.

»Serás en fin del Padre recibida  
 Como Hija, y del Hijo como Madre,  
 Y del divino Espíritu admitida  
 Cual su Esposa, y cual Hija de tal Padre;  
 Y porque á Hija y Madre tan querida  
 Y á Esposa tal el ornamento cuadre,  
 Hijo, Padre y Esposo en tu cabeza  
 Pondrán corona de imperial grandeza.

»Espléndidas estrellas inmortales,  
 Girando en rededor con donosura,  
 Harán corte á tus sienes virginales,  
 Y luz recibirán de tu hermosura;  
 Y por chapines á tus pies reáles  
 Tendrás la antorcha de la noche oscura,  
 Y por vestido el sol y gloria inmensa,  
 Y volcanes de amor de llama intensa.

»Junto al sublime Emperador eterno  
 En magnífico solio de eminencia  
 Regirás á tu arbitrio su gobierno,  
 Intercesora de eficaz clemencia,  
 Respetada en la altura, en el infierno  
 Temida por tu fuerte prepotencia,  
 Adorada en el globo de los hombres  
 En templos mil y mil bajo mil nombres.»

Hablando estaba el angel; mas dijera  
 Si el discípulo amado no llegara,  
 Y con voz en extremo lastimera  
 La plática suave no cortara.  
 ¡Ó terrible dolor! ¡Congoja fiera!  
 ¡Oh quien los tristes lábios le cerrara!  
 Pero callar no puede porque ha visto  
 Que á muerte han condenado á Jesucristo.

Clavadas las rodillas en el suelo,  
 Y pálido el semblante y azorado,  
 Con tembladora voz y con recelo  
 De gravísimo mal y fatigado,  
 Suspira y dice: «¡Emperatriz del cielo,  
 Ya Jesus á morir es sentenciado!»  
 ¡Se heló la Madre! y en aquel momento  
 Con sus alas Gabriel la cubrió atento.....

Viendo Judas á Cristo condenado  
 Por el concilio pertinaz hebreo,  
 De espantosas tinieblas rodeado  
 En ellas mismas vió su mal deseo,  
 El cual de luces hórridas cercado,  
 Como vestiglo atroz y mónstruo feo,

Se le representaba ante los ojos  
Llevando inmensos males por despojos.

En alas de las furias se dirije  
Al templo insigne de inmortal renombre:  
La desesperacion su lengua rije  
Frenética: «¡Ay de mí! ¡Vendí al Dios Hombre!  
Es falso, sacerdotes, cuanto os dije.  
¡No mas dinero cuyo horror me asombre!»  
La moneda fatal les restituye,  
Y pavoroso ardiendo en iras huye.

Cual horrible y feroz sacerdotisa  
En el templo de Apolo endemoniada,  
Fingiéndose divina profetisa,  
Rugia por volcanes abrasada,  
Ó despacio, ó parándose, ó aprisa,  
Por loco frenesí remolinada,  
Domeñando su pecho furibundo  
El ígneo rey del báratro profundo;

Tal se fué Judas y dejó medrosos  
A los que allí su plática escucharon;  
En busca de los montes cavernosos  
Voló donde sus furias le agujieron:  
Ya fijaba los ojos codiciosos  
Que al hambre de dinero le incitaron,  
Y los clavaba torvos en el suelo,  
Ya en sí, ya en sus cuidados, ya en el cielo.

Satanás orgulloso, que en la cena  
A su cuerpo, despues del Sacramento,  
Entró pujante, dábale atroz pena  
Y nuevo y asperísimo tormento;

Y el alma triste y de pavores llena  
 Se la ofuscaba el infernal portento,  
 Y estas internas voces le infundia,  
 Que en ronco grito el triste despedía.

«¡Ó misérrimo Judas! ¿Qué pretendes?

¡Á ti mismo, á ti mismo abominable!

¿Conoces tu maldad? ¿Tu culpa entiendes,

Y al Señor que ofendiste inexorable?

Si al ofensor y al ofendido atiendes,

Hallarás tu pecado inescusable,

Y agotada ¡ay de ti! la fuente inmensa

Que al pecador ¡no á ti! piedad dispensa.

»¿Agotada? ¡Ó dolor! ¡Ó ciega furia!

Mas un abismo es su bondad..... Le he visto

De pedradas librar á la lujuria.....

¡Ah, tu beso de amor! ¿Y aún dudo ¡ó Cristo!

Arrojarme á tus pies? ¡Mas ay, mi injuria!.....

En vano, en vano á mi furor resisto.

¡Tú sola, ó muerte!..... ¡Ven! ¡Ven á libramme!

¡Ven en fuego eternal á sepultarme!»

Dijo, y tiñóle el rostro desmayado

Una espantosa amarillez horrible:

Todo el cabello se le alzó erizado

Y el cuerpo le bañó sudor terrible;

Al tronco de una higuera levantado

Trepóse, y el espíritu invisible

Le siguió para darle ayuda en ello,

Y echóse ruda sogá al triste cuello.

Ató el cordel bruñido al ramo fuerte,

Y contra el cielo y contra sí rabioso

Suspenderse dejó de aquesta suerte,  
 Al aire dando el cuerpo contagioso:  
 Abrazóse con él la fiera muerte;  
 Y Satanás, contento y presuroso,  
 Hizo las veces de cruel verdugo  
 Poniendo en su cerviz el mortal yugo.

Apenas hubo el alma despedido  
 Cuando el aire cercano se alborota;  
 El viento por el valle sacudido  
 Barre el polvo y los árboles azota:  
 Por medio queda el mísero partido,  
 Y las entrañas por el medio brota;  
 El suelo apenas sustentarlas puede.  
 ¡Tanto ellas manchan y el cadaver hiede!

Cristo con la sagrada ciencia infusa  
 Qué lo secreto y lo distante mira,  
 Y en su elevado ingenio está difusa,  
 Duélese en paz y del traidor se admira:  
 Dentro en su mente á Lucifer acusa,  
 Por el traidor con lástima suspira,  
 Porque es inmenso abismo de paciencia,  
 Y mar de amor y cielo de clemencia.

Y arrancando del pecho un ¡ay! sentido,  
 «Yo te dí, esclama ¡ó Judas! pan de vida.....  
 ¡Tú en veneno mortal lo has convertido!  
 Te di mi propio cuerpo por comida,  
 Por salvarte ¡ó dolor! de ti vendido.....  
 ¡La sangre que te dí, por ti hoy vertida,  
 ¡Ay! te condena á perenal tormento  
 Cuando de salvacion me hago alimento!»

Ciégase el aire de confusa niebla,  
 Hínchese de cometas abrasados,  
 De noche opaca y hórrida tiniebla  
 Y de grandes pavores erizados,  
 Mientras el escuadron, que el orco puebla,  
 Sepulta al capitan de condenados  
 De ardiente eternidad en catacumba;  
 Con su sello Jehová cierra su tumba.



---

---

**CANTO OCTAVO.**

---

---

¡Ay, que la escelsa cruz, noble estandarte,  
En fuertes, viles hombros sostenida,  
Pavorosa se vió por una parte,  
Y por otra el que en ella honró á la vida!  
Vino el Señor que todo el bien reparte,  
La frente en polvo y en sudor teñida,  
Debil el cuerpo, el rostro macilento,  
Las plantas sin vigor, falto de aliento.  
Cubierto de su antigua vestidura,  
Y apretado con ásperos cordeles,  
Y en la cabeza la guirnalda dura  
Que le ciñeron bárbaros crueles:  
Puso la vista generosa y pura  
En la cruz, gran blason ya de los fieles,  
Que era de palo bien pesado y recio,  
Y en tierra se veia con desprecio.  
Aunque ceñido de feroz canalla  
Y de insolente vulgo rodeado,  
Párase atento y contemplando calla,  
Y dice al fin mirándola pasmado:

«¿Es este, ó mundo, el campo de batalla  
 Que me has para la muerte preparado?  
 ¿Y la mullida cama y blando lecho  
 Para mis miembros virginales hecho?

»Ven, ó sagrada cruz, dame tus brazos,  
 Que yo te doy con caridad los míos,  
 Y te acaricio con estrechos lazos  
 Para mí fuertes, para el hombre pios;  
 Y si á tu amor no bastan mis abrazos,  
 Yo te prometo de mi sangre rios,  
 Con que lavada y bella y dulce quedes,  
 Y rica para derramar mercedes.

»Ven, que hallarán en ti los pecadores  
 De infinita piedad la fuente abierta,  
 Y de gracias, dulzuras y favores  
 Los justos franca la dichosa puerta,  
 Salud el mundo, el cielo resplandores,  
 Su triunfo Dios, su vida el hombre cierta.  
 Ven, cruz, y vamos.» Dijo, y recibióla  
 Con un beso de paz, y levantóla.

En el hombro la puso, y al momento  
 Se le asentó en el hombro firme y santo,  
 É hízole arrodillar el gran tormento.  
 ¡Ó cruz que al mismo Dios aflijes tanto!  
 Mas llegó al punto el escuadron violento  
 Y añadió mas dolor á su quebranto,  
 Alzándole con crueles bofetones,  
 Y redoblados, rudos empellones.

Jesus gemia y la impiedad en tanto,  
 El estandarte horrífico cojiendo,

Lo tremoló y alzó con triste espanto  
 Y á marchar incitó con bravo estruendo:  
 El ejército asi de canto á canto  
 Se fué por dos hileras disponiendo,  
 Y la trompeta retumbó sonora,  
 Como llegada de partir el hora.

Ya rompen los caballos animosos  
 Con pies la tierra, el aire con bufidos;  
 Ya aparecen los hierros luminosos  
 Y centellean con el sol heridos,  
 Ya del suelo nublados polvorosos  
 Al cielo suben con el viento unidos,  
 Ya camina la gente aborrecible  
 Al son confuso de la trompa horrible.

Cristo daba en la tierra con el peso  
 Del gran madero y de tus culpas graves,  
 Que si bien era aquel pesado y grueso,  
 Estas no son ligeras y suaves,  
 Antes le llevan infinito esceso;  
 Mas porque tú con ellas no te agraves  
 Y al centro caigas de pavor y asombros,  
 Alma, las lleva Dios sobre sus hombros.

Del dulce Salvador la muerte dura  
 Fue doblado y terrífico tormento,  
 Porque la muerte á la verdad futura  
 Presente se la hacia el instrumento;  
 Desde la cuna hasta la huesa oscura  
 Siempre le trajo en cruz su pensamiento,  
 Y la memoria de ella y su agonía  
 Do quier y en todo instante le seguía.

Dame, Señor, que cuando el alba bella  
 El cielo azul de blancas nubes orne,  
 Tu cruz yo abrace y me deleite en ella,  
 Y con su ilustre púrpura me adorne:  
 Cuando la dulce vespertina estrella  
 A dar su nueva luz al aire torne,  
 Hálleme al pie del arbol de la vida  
 Con el alma en su fuego derretida.

Y cuando el sol por la sublime cumbre  
 En medio esté de su veloz carrera,  
 La santa cruz con su divina lumbre,  
 Mas ardiente que el sol, mi pecho hiera;  
 Y al tiempo que la noche mas se encumbra  
 Con alas de negrura por la esfera,  
 Yo á los pies de tu cruz devoto y sábio  
 Tus llagas bese con humilde lábio.

Cuando el sueño á los ojos importante  
 Los cierre, allí tu cruz se me presente,  
 Y cuando á la vigilia me levante  
 Ella tu santa cruz me represente;  
 Cuando me vista, vista el rutilante  
 Ornato de tu cruz resplandeciente;  
 Y moje, cuando coma, en tu costado  
 El primero y el último bocado.

No ya compadecidos de su pena,  
 Mas para darla con mayor esceso  
 A su buen alma de cansancio llena,  
 El grave le aliviaron sacro peso,  
 Y un gentil alquilaron de Cirena,  
 Simon llamado, que el madero grueso

Al hombro en pos del Salvador llevase,  
No en manera que de él le descargase.

Iba despues Simon, Cristo primero,  
Y ambos la cruz llevaban sacrosanta,  
Sacramento escondido y verdadero  
Cuya meditacion al sábio encanta,  
Pues la Iglesia gentil el gran madero  
Toma, y sigue á Jesus que se adelanta;  
Misterio bien oculto y ordenado  
Por Dios en honra de su Verbo amado.

Que si tú, infame y vil canalla hebrea,  
Ayudar no quisiste al Rey ungido,  
No le ha faltado pueblo que desea  
Servirle, de sus penas condolido:  
Pueblo tiene piadoso que le crea  
Antes gentil y ya de su apellido,  
Ya con su nombre egrégio y soberano  
Al orbe haciendo repetir: «cristiano.»

Esto el divino Verbo conocia,  
Y en figura á Simon la cruz dejaba  
Compasivo tomar, cual quien veia  
Que á su Iglesia por él con ella honraba:  
Dábala y en espíritu entendia,  
Cuando amoroso y tierno se la daba,  
Entendia y miraba caminando  
Con santas cruces su escogido bando.

Los mártires veia y confesores,  
Vírgenes sacras, nobles penitentes,  
Humildes siervos, ínclitos señores,  
Y todos con su cruz resplandecientes,

Pero á los generosos fundadores  
 De las familias castas y obedientes  
 Que su cruz imitaban con sus cruces,  
 Miró resplandecer entre mil luces.

Con su heróico estandarte iba el primero  
 Marcos, virtud de Pedro infatigable,  
 De santos monjes padre verdadero,  
 Y de Dios coronista memorable,  
 Que el instituto rígido y severo,  
 Grato al cielo y al mundo intolerable,  
 Fundó de los Esenos divididos  
 Por desiertos y en celdas recogidos.

Iba segundo el venerable Antonio,  
 Claro en linage y en saber profundo,  
 Gloria de Dios, espanto del demonio,  
 Y estupendo ejemplar y asombro al mundo;  
 Despreciaba su rico patrimonio,  
 Y en yermo estéril un jardin fecundo  
 De religiosas plantas producía,  
 Do innumerables cruces ingería.

Y Pacomio despues, noble soldado  
 Y mozo invicto en la milicia humana,  
 A Dios en la gran Tebas consagrado  
 Para seguir en paz la fe cristiana,  
 Llevaba el hombro de una cruz cargado,  
 Y el alma fuerte con su yugo ufana,  
 Vivo á Dios, muerto á sí y al mundo muerto,  
 Poblador santo del feliz desierto.

Y el gran Basilio de su cruz suave,  
 Cual desde docta cátedra eminente,

Reformando el vivir rígido y grave  
 De los rústicos monjes del Oriente,  
 Digno de que en los cielos se le alabe  
 Por su ínclita prudencia providente,  
 Con religioso paso acompañaba  
 A Cristo, y docto y santo le imitaba.

Y tú, padre de un número infinito  
 De mártires, pontífices, doctores  
 Que el sacro, antiguo, ya olvidado rito  
 En regla renovaste y en fervores,  
 Benito, en nombre y con razon bendito,  
 Entre puros y eternos resplandores  
 De aquella infusa y admirable ciencia  
 Rayabas con la cruz de la obediencia.

Y Romualdo insigne caballero,  
 Claro en linage y en virtud famoso,  
 Y por la insignia santa del madero  
 Mas que por noble sangre generoso,  
 Obediente, solícito, sincero,  
 Y de obedientes capitan celoso,  
 Con su pesada cruz iba delante  
 De sus hijos con paso de gigante.

Y el melífluo Bernardo, gran maestro  
 Y de la Iglesia espléndido planeta,  
 A quien la antigua edad y el siglo nuestro  
 Ya respetó y siguió, sigue y respeta,  
 Sábio en la cruz y en predicarla diestro  
 Con dulce estilo y devocion discreta,  
 En Dios ardia de su amor flechado,  
 En tus pechos, ó Virgen, regalado.

Bruno tambien su cruz enarbolaba  
 Fuera de la ciudad en tierra inculca,  
 Y con divino espíritu fundaba  
 En hondas cuevas religion oculta ;  
 Á la vida eremítica juntaba  
 La monacal mas agradable y culta,  
 Con traza nueva en liga santa uniendo  
 Silencio mudo y religioso estruendo.

Y tú, de Dios apostol escogido,  
 Angel en vida, querubin en ciencia,  
 De sábios hijos padre esclarecido,  
 En celo raro y único en prudencia,  
 Que fuiste al mundo por su bien nacido,  
 Y dado por espejo de inocencia,  
 Lumbre del cielo y del abismo asombro,  
 Ibas, Domingo, con tu cruz al hombro.

Y aquel humano serafin ardiente,  
 Volcan fogoso del amor divino,  
 De Dios llagado imagen escelente,  
 De Dios pobre dibujo peregrino,  
 Escelso capitan de humilde gente,  
 Guia sagaz del áspero camino  
 De la perfecta cruz, la cruz llevaba  
 Y humilde sin hablar la predicaba.

Y el mirífico sol de teología,  
 Defensor justo y sábio de la gracia,  
 Que en la mocion que Dios al alma envia  
 Juntó la suavidad con la eficacia,  
 A la mente del Verbo se ofrecia  
 Con el doctor eximio de Dalmacia,

Enseñando la vida religiosa,  
Y la cruz abrazando rigurosa.

Nolasco luego con afectos vivos  
De santa caridad, las nobles huellas  
Y pasos de Jesus contemplativos  
Miraba en ellos docto y sábio en ellas;  
Y redimiendo con amor cautivos,  
Y con fe remediando sus querellas,  
Su cruz llevaba y la enseñaba al mundo,  
Mas ayudado siempre de Raimundo.

Y el angel hombre, que al lumbroso cielo  
De la sagrada Iglesia militante  
El monte escelso del feliz Carmelo  
Trasladó con espíritu constante,  
Imitando fogoso el veloz vuelo  
Del que en el carro se elevó triunfante,  
Sustentaba su cruz valiente y pio  
Con santo esfuerzo y religioso brio.

Y el que á su religion dió el nombre santo  
Que solo á Dios se da por escelencia,  
Y lo repite el cielo en dulce canto  
Tres personas loando en una esencia,  
Y tres veces diciendo siempre santo  
A sola una bondad de alta eminencia,  
Al Verbo con su cruz acompañaba,  
Y aunque afligido en carne le adoraba.

Y el capitan de Paula memorable,  
Raro ejemplo de estraña penitencia,  
Mínimo en su concepto, y admirable  
Y soberano en la divina ciencia,

Francisco en vida y nombre, venerable  
 En profunda oracion y alta paciencia,  
 A hijos cien mil entre infinitas luces,  
 Puesta su cruz al hombro, daba cruces.

Y tú, que á la virtud envejecida  
 Con leche dulce y con manjar sabroso  
 Distes nuevo vigor y nueva vida,  
 Grande adalid de ejército hazañoso,  
 Fundando religion esclarecida  
 Y cónclave de ciencias portentoso,  
 Tremolabas tu cruz heróicamente,  
 Ignacio, padre y luz de sábia gente.

Y tú, muger de esfuerzo soberano  
 Y escelentes hazañas varoniles,  
 De divina virtud en pecho humano,  
 De ánimo invicto en miembros femeniles,  
 Que al gran Carmelo hecho humilde llano  
 Cumbres diste elevadas y gentiles,  
 Con tu famosa cruz á Dios seguías,  
 Ejemplo puro y santo de almas pias.

Esta pues y otras vírgenes sagradas,  
 Fundadoras de heróicas religiones,  
 Con sus ásperas cruces abrazadas,  
 Ardiendo en casto amor sus corazones,  
 Del Redentor seguian las pisadas  
 Ilustre asombro de ínclitos varones,  
 En grave procesion y en luces bellas  
 Ufanosas venciendo á las estrellas.

Esto Jesus miraba y se animaba  
 Con tales valerosos nazaréos,

Y cuantos mas en pos de sí miraba  
 Tanto mas animaba sus deseos;  
 Y viendo que su cruz los confortaba,  
 Y que ellos eran de su cruz trofeos,  
 La llevaba en los hombros oprimidos  
 Y tantas veces con rigor heridos.

Tropieza y cae entre los dos ladrones,  
 Que á la muerte tambien le acompañaban  
 Aunque libres de tantas aflicciones,  
 Pues al hombro las cruces no llevaban,  
 Porque aquellos terribles corazones  
 Que la afrenta de Cristo procuraban,  
 A tan penosa carga le obligaron,  
 Y de ella á los ladrones descargaron.

«¿Y este es aquel que maravillas tantas  
 Bondoso y bienhechor solemnes hizo?  
 ¿Quien con solo mover sus manos santas  
 Aun de la muerte el negro horror deshizo?  
 ¿Y alguna vez sin levantar las plantas  
 Del lugar donde estaba, satisfizo

Al que salud pedia milagrosa,  
 Ausente de su vista poderosa?

»¿Es este el que los mares sosegaba,  
 Y á su voz el infierno estremecia,  
 Voz á los mudos con su lengua daba,  
 Y á los ciegos la vista y luz volvia,  
 A los demonios súbito ahuyentaba,  
 Y á su presencia el mundo conmovia?

¿Quién tal dijera? ¡Ó caso lamentable!  
 ¿Este que ahora á morir va miserable?»

Así algunas matronas escelentes  
 En virtud, en prudencia y en linage,  
 Viendo al Señor y de su cruz pendientes  
 En tal hablaban varonil lenguaje:  
 Las otras menos graves y elocuentes,  
 Pero de mas devoto y simple trage;  
 Declaraban sus tristes pensamientos  
 En tales melancólicos acentos.

«¡Ó desdichado el Hijo de María!  
 ¡Ó desdichada Madre si le vieras!  
 ¡Cuán eficaz dolor traspasaría  
 Esas entrañas de su amor hogueras!  
 ¡Oh para ti funesto y triste dia,  
 Oscura y larga noche la que esperas,  
 Ora le veas en la cruz y vivo,  
 Ora ya muerto y con horror esquivo!»

Así clamaban, su dolor ansioso  
 Mostrando con palabras cual saetas,  
 Y el discurso rompiendo congojoso  
 Con sus ardientes lágrimas discretas,  
 Cuando el Rey de los cielos poderoso  
 Llegó y notó sus ánimas inquietas,  
 En llorarle sin orden ocupadas  
 Y á catástrofes grandes sentenciadas.

Y levantando el rostro humilde y grave  
 El Dios de la bondad á males hecho,  
 Y aquella que antes era voz suave,  
 Les reveló su daño en su provecho,  
 Abriendo así con la dorada llave  
 De su divina ciencia el hondo pecho

Del Padre eterno, sábiamente dijo  
De madre virgen y de Dios el Hijo.

«¡Oh de Jerusalén hijas piadosas,  
Que celebráis con lágrimas ardientes  
Mi dura muerte y penas dolorosas,  
Por agenos pecados insolventes,  
No lloreis sobre mí tan cuidadosas!  
Llorad sobre vosotras mas prudentes,  
Y sobre vuestros hijos desgraciados  
A grandes, justos males condenados!

»Porque tiempo vendrá que se prediquen  
Y honren los vientres que jamás parieron;  
Y por afortunados se publiquen  
Los pechos que con leche nunca hirvieron;  
Y con tanto furor se multipliquen  
Trabajos que otra vez hombres no vieron  
Que aun á los montes digan: *O vosotros,*  
*Altos montes, caed sobre nosotros.*

»Que si en este madero verde y santo  
Se enciende tan veloz y airado fuego,  
En él dispuesto á las centellas, ¿cuánto  
Se encenderá si no lo atajan luego?  
Aquí gastad el lastimoso llanto  
Y el triste encaminad y humilde ruego.»  
Así clamaba y esto les decia,  
Porque á Jerusalén arder veia.

Y tú tambien entonces, Berenice,  
Dejaste al vivo impresa la alta historia  
De este paso á la Iglesia, que bendice  
Hoy tu nombre y conserva tu memoria.

¡Ó pia osadamente! ¡Ó tú felice,  
 Que en tanta pena lumbres de su gloria  
 Hurtaste al afligido Dios oculto  
 En una estampa de su humano bulto!

Mas en tanto la Madre de ternura  
 Deja su celestial recogimiento,  
 Y alternan en su rostro de dulzura  
 Palidez de dolor y encendimiento.

A la calle se va de la Amargura  
 Por ver del Hijo amado el vil tormento,  
 Y acompañan sus pasos de agonía  
 La Magdalena, Juan, y otra María.

Ansioso el corazon le da latidos  
 Agudos en el pecho alborotado;  
 Ella lanza ¡ó dolor! hondos gemidos,  
 Mas ténues cual de espíritu cansado:  
 Los ojos lleva de un color teñidos  
 Como cuando amanece el sol nublado,  
 Que luz hermosa da, pero luz triste,  
 Porque de cierta oscuridad se viste.

La tristeza reluce en sus mejillas  
 Con fúnebre color como de plata.

Rompiendo por las pérfidas cuadrillas  
 El amor exaltado la arrebatá;

Trémulas van sus débiles rodillas,  
 Y por sus venas hielo se desata,

Y por sus ojos dolorido llanto,  
 Y por su corazon letal quebranto.

¡Ay que á la tierna vista se le ofrecen  
 Del polvo los nublados que el sol cubren,

Y de allí á poco relucir parecen  
 Los hierros que en el aire se descubren!  
 Luego los alaridos la enternecen,  
 Y aunque las voces claras se le encubren,  
 Piensa que son suspiros y alborotos  
 De pechos crudos ó ánimos devotos.

Pero despues la sangre ve divina  
 Que en su camino va Jesus dejando,  
 Y por él y por ella se encamina,  
 Sus huellas y licor reverenciando:  
 Al fin llega á la calle mas vecina  
 Adonde al Hijo mira tropezando  
 Con el gran peso de la cruz terrible.  
 ¡Ó de ambos gran dolor! ¡Pena insufrible!

Sus ojos fija en él la Madre casta;  
 Su vista en ella pone el Hijo santo;  
 Esta luz en aquella luz se engasta,  
 Y este despierta aquel precioso llanto:  
 Mírase el uno y otro. Amor, ¿no basta  
 Que con el Hijo eterno puedas tanto  
 Sin que á la Madre aflijas de manera  
 Que el morir con mil muertes mejor fuera?

Mira la cara y ojos celestiales  
 De sangre llenos y en sudor teñidos,  
 Y aquellos dos vergeles divinales  
 De su faz con salivas ofendidos,  
 Los dulcísimos lábios de corales  
 En moradas violetas convertidos;  
 Y luz y olor y carmesí conoce  
 Entre la ofensa vil que desconoce.

El cuerpo virginal mira cayendo  
 Entre las piedras con la cruz pesada,  
 Y del feroz concurso el bravo estruendo  
 Y la turba furiosa atropellada;  
 La voz infame del pregon horrendo  
 Y el grito atroz del horda conjurada;  
 Y grito y voz y gente la atormenta,  
 Y todo el mar de su amargura aumenta.

Tambien el Hijo santo se afligia.  
 Mas ¿qué buen corazon no se afligiera  
 De ver así á la Madre en agonía  
 Que morir con mil muertes mejor fuera?  
 Por hablarle anhelaba, y no podia,  
 Pues quiso no poder lo que quisiera;  
 Pero el Hijo y la Madre se miraron,  
 Y con los ojos y ánimas se hablaron.

«Mi sangre sola pagará la ofensa  
 Que contra su Señor el hombre hizo,  
 Que es de precio infinito y gracia inmensa,  
 Y á Dios nunca otra paga satisfizo;  
 La tuya no se pide en recompensa  
 De lo que en su linage Adán deshizo.  
 Y así ¿para qué vienes, Madre mia,  
 Si tu dolor aumenta mi agonía?

»¿Adónde iré, la Madre le responde,  
 Si tú me llevas, ó Jesus, la vida?  
 ¿Si á tu muerte mi muerte corresponde?  
 ¡Ausente moriré contigo unida!  
 ¿Adónde pues, Hijo del alma, adónde  
 Tu madre vivirá de ti partida?

¡En tu cruz quiero ser crucificada,  
Y muerta en tu sepulcro sepultada!

»¡Hijo del alma, en este pobre manto  
La que tú derramares sangre pura  
Recibiré, mezclada con mi llanto,  
Mi mar acrecentando de amargura;  
Y de ese ya madero sacrosanto  
¡Que será para mí grande ventura!  
Me cabrá alguna parte de los bienes  
Que al mundo das y en él guardados tienes!»

Dijo la triste Madre al triste Hijo,  
Resueltas por los ojos las entrañas,  
Y apenas esto suspirando dijo  
Entre las huestes en furor estrañas,  
Y cual si fuera ¡ay Dios! su hablar prolijo,  
O el dividirlos ínclitas hazañas,  
Dividiéronlos luego y caminaron,  
Y al monte del suplicio al fin llegaron.

Era árduo y agrio el monte y pedregoso;  
Iba Jesus cansado y sin aliento;  
Con la gran carga y el subir penoso  
Derribaba la cruz cada momento;  
Con ira el escuadron facineroso  
Le aumentaba implacable el gran tormento.  
Con furor y con voces destempladas,  
Con afrentas y atroces bofetadas.

Pero subió á la cumbre y puso en tierra  
El tremolado, altísimo estandarte,  
Y en un peñasco de la inculca sierra  
Se asentó solo y acezando aparte:

Alli el fin esperaba de la guerra  
 El que victorias ya en la cruz reparte;  
 Y muerte amenazándole severa  
 Le insultaban los tigres con voz fiera.

Uno los duros clavos le mostraba,  
 Otro el martillo fuerte sacudia,  
 Otro el grueso madero barrenaba,  
 Otro la soga y el cordel crugia;  
 Y Cristo aquello y esto contemplaba,  
 Y esto y aquello con dolor veia;  
 Mas llegaron en tanto dos sayones,  
 Y dos le dieron crudos bofetones.

Era costumbre dar vino mirrado  
 Por templar el horror y pesadumbre  
 Al triste á muerte acerba condenado,  
 Y con Jesus guardaron la costumbre:  
 Vino de mirra mas con hiel mezclado  
 Le ofrecen, y él con dulce mansedumbre  
 Lo toma y prueba y déjalo al momento,  
 Que mitigar no quiere su tormento.

Los lábios del Señor apenas moja  
 Un trago solo del ardiente vino.  
 De sus vestidos ¡ay! se le despoja  
 Y del ornato fiero y peregrino,  
 Y se descubre con la sangre roja  
 Bañado el inmortal cuerpo divino.  
 ¿Dime, ó noble Jesus, lo que sentiste  
 Cuando así te miró tu Madre triste?

¿Mas qué pena y dolor no sentiria  
 Si con tanto furor le desnudaron,

Y la túnica estaba yerta y fria,  
 Y pegada á las carnes la arrancaron?  
 ¡Oh qué sangre despues no lloveria  
 De aquel cielo de amor que descombraron!  
 ¡Oh cuál no pasaria helado viento  
 A un cuerpo tan herido y macilento!

¡Y cuerpo virginal y cuerpo noble  
 Y atormentado con fiereza tanta!  
 Doble fue la crueldad, la pena doble;  
 Si asombra la crueldad, la pena espanta:  
 Rasgára un corazon de fuerte roble  
 Ver retemblando aquella carne santa,  
 Y ver tan pobre á Dios y tan desnudo,  
 Tan afrentado y con dolor tan crudo.

Mas luego la canalla licenciosa  
 Volando vino y le cercó insolente,  
 Y de nuevo le puso la espantosa  
 Guirnalda en la ya herida y bella frente,  
 Que por otras cien partes rigurosa  
 Entró y rompió y sacó sangre caliente;  
 Hizo y nos dió diversos agujeros  
 Arcaduces de gracia verdaderos.

Al lecho de la cruz ya preparado  
 Le llevan desde allí, lecho terrible,  
 Y mándanle acostar, y asi acostado  
 Manos y pies alarga el Dios pasible;  
 Y viéndose en el trance suspirado,  
 El rostro vuelto y ánimo apacible  
 Al cielo y á su Padre, orandò dijo  
 Esto cual obediente y sábio Hijo.

«Gracias te doy, ó soberano Padre,  
 De haber llegado al último tormento;  
 Y porque á tu bondad inmensa cuadre  
 Fiel cumplimiento tu sagrado mandamiento;  
 En las puras entrañas de mi Madre  
 Lo recibí y obedecí al momento;  
 Hoy lo ejecuto al fin con eficacia:  
 Da copiosa por él al hombre gracia.»

Dijo, y luego un sayon inexorable  
 La mano le pidió, la diestra mano,  
 Y Cristo se la dió con rostro afable,  
 Y la palma estendió facil y humano:  
 En ella puso un clavo el destestable,  
 Feroz, gentil, idólatra, tirano:  
 Alzó el martillo, y con menudo estruendo  
 Dió y redobló furioso el golpe horrendo.

Pasó la blanda mano el hierro duro,  
 Nervios rompió, fijóse en el madero:  
 El cuerpo santo, cual balido muro,  
 A aquella parte se inclinó ligero;  
 Mas Cristo le ofreció grave y seguro  
 El otro brazo, y con semblante entero;  
 El sayon lo tomó para clavarlo,  
 Pero no pudo á su lugar llegarlo.

Y así le ató un cordel con lazo estrecho,  
 Y hasta ponerlo firme y estendido  
 Donde el otro agujero estaba hecho,  
 Con fuerza lo estiró, lo tuvo asido:  
 Desencajó con esto el sácro pecho,  
 Y tomó un clavo agudo y escogido,

Y atrevesó con él la mano santa.

¡Ay con qué crueldad, con furia cuánta!

Y de la misma suerte fue tirando

Los pies que no llegaban al barreno,

Y así, los duros golpes redoblando,

El madero dejó de sangre lleno.

¡La Virgen santa oyéndolo y mirando

Golpes y sangre recibió en su seno!

Y por este y aquel noble sentido

Lanzaba ¡ay, ay! el corazón herido.

Ya estaba en el madero inestimable

Por ser lecho del Dios crucificado,

El cuerpo al mismo cielo venerable

Con bárbaro rigor descoyuntado;

Cual agua turbia, el óleo saludable

De Dios vertido y sin temor hollado;

Los huesos desatados parecían

Y estirados los nervios se veían;

Cuando en alto subieron el hermoso

Arbol con esta ofrenda refulgente,

Y en un hoyo con ímpetu furioso

Lo dejaron caer pesadamente:

Fijóse el estandarte victorioso

En tierra enarbolado y eminente;

Estremecióse el cuerpo al golpe fiero,

Gimió la peña y retendió el madero.

Abriéronse las llagas de las manos,

De los pies se rasgaron las heridas,

Y los arroyos de ellas soberanos

Crecieron con las grandes avenidas;

Y con nuevos dolores inhumanos  
 De los huesos las carnes desasidas,  
 No el pecho solo, palpitar se vieron,  
 Y de la cruz al golpe resurtieron.

Estaba en cruz de espinas coronado:  
 Si allí arrimaba la cabeza noble,  
 De rigurosas puntas penetrado  
 Doble era su dolor, su pena doble.  
 Si descansar queria sustentado  
 Firme en los clavos y en la cruz inmoble,  
 Desgarrábase mas, y si movia  
 Los pies ó manos, mas rigor sentia.

Y las culpas del mundo innumerables  
 Con rigurosas invisibles puntas,  
 Y cual horrendas sombras espantables  
 El alma le enclavaban todas juntas.  
 Si ellas son ¡ó mi Dios! tan formidables,  
 Y tú en formado ejército las juntas  
 Contra ti mismo, ¿cuántos clavos fuertes  
 Tendrá esta cruz y cuántas duras muertes?.....!



---

---

CANTO NOVENO.

---

---

En tantas cruces ¡ay! tan rudas puesto  
Que pechos quebrantára de diamante,  
El crudo pueblo á todo mal dispuesto  
Le blasfemaba fiero y arrogante,  
Que ni su rostro en tanto afán modesto,  
Y en padecer tal pena tan constante,  
Ni en tan grande varon tan grande mengua  
Le refrenaban la furiosa lengua.

Y él padeciendo así, la faz hermosa  
Fijó en el cielo y dijo claramente:  
«¡Perdónalos, ó Padre!» ¡Ó voz piadosa  
Y á conquistar infiernos suficiente!  
¡Ó palabra del Verbo generosa!  
¡Ó insigne muestra de su amor clemente  
Con quien muerte le da feroz é impío  
De su sangre bañándole en un río!

Los soldados tambien le blasfemaban;  
Sus nobles ropas entre sí partian;  
Sobre la principal suertes echaban,  
Y lo anunciado por David cumplan:

Y aun de los dos que en cruces dos estaban,  
 Y por sus culpas graves padecian,  
 El un ladron mofando de su pena  
 Le dijo así con voz de oprobios llena.

«Ó Jesus, si eres rey, sálvate ahora  
 Y á nosotros tambien.» ¡Ó loco y ciego!  
 Salvando el mundo está, si bien lo ignora  
 El mundo, y hace de ello burla y juego:  
 De tu salud y bien el tiempo y hora  
 Es esta; deja el injurioso ruego  
 Y al compañero escucha de tu muerte,  
 Que asi te dice y de tu mal te advierte.

«¿Ni tú temes á Dios aun condenado?  
 ¡Ay! basta que los otros no le teman;  
 Reverénciale tú crucificado  
 Y no sigas á aquellos que blasfeman,  
 Y contra el Rey que tienes á tu lado  
 Arden en ira y en furor se queman.  
 En cruz morimos por sentencia justa,  
 Mas él por culpa agena y causa injusta.»

Así dijo, y callando el compañero,  
 El rostro humilde y ánimo piadoso  
 Volvió al santo de Dios dulce Cordero,  
 Que atento le escuchaba y amoroso  
 Diciéndole: «¡Ó Rey justo y verdadero,  
 Cuando estés en tu reino poderoso  
 Acuérdate de mí, que á ti me ofrezco,  
 Si tu memoria, ó Salvador, merezco!»

Y Jesus dijo: «Por quien soy te juro  
 Que conmigo en eterno paraíso

Hoy estarás de mal libre y seguro.»  
 Oyendo alegre el inefable aviso  
 Báñase en llanto delicioso y puro  
 El ya justo ladron, que de improviso  
 Estando moribundo el cielo roba  
 Y en éstasis de júbilo se arroba.

¡Ay! la Madre veia desangrado  
 Al que engendró mas que los astros bello  
 Y de su casta leche alimentado  
 Túvolo suspendido de su cuello:  
 Entre espinas miraba enmarañado  
 El que ella ensortijó rubio cabello  
 Cuando al niño Jesus peinaba llena  
 De alegría, cual ahora está de pena.

La faz miraba, aquella faz doliente  
 Que en blando amor, vivísimo, entrañable,  
 Tocó mil veces con su beso ardiente:  
 Miraba el pecho de su hechizo amable,  
 Aquel pecho florido y escelente  
 En que durmió de amor sueño adorable;  
 Y su desolacion era terrible,  
 Y pintarla ni al angel es posible.

Al pie del arbol de la cruz María,  
 En piélago furioso de amargura  
 Dilaceradas de dolor tenia  
 Sus maternas entrañas de ternura;  
 Contemplaba Jesus en la agonía  
 A su amorosa Madre de dulzura,  
 Y «Tómala por madre,» á Juan le dijo;  
 Y á la Virgen: «Recíbele por hijo.»

Habiendo pues tan grandes cosas hecho  
 El Inefable en cruz menospreciado,  
 Y en ella como en muelle y rico lecho  
 Su grave testamento ya ordenado,  
 Sacó una fuerte voz del hondo pecho  
 A su Padre diciendo acongojado:  
 «¡Ó Padre! ¿por qué así me abandonaste?  
 ¡Ó Padre mio! ¿tú que me engendraste?.....»

En tanto los fulgentes escuadrones,  
 Que andan gloriosos por el ancho cielo,  
 Desde aquellas altísimas regiones  
 Do sin mezcla de afán vive el consuelo,  
 De su rey Dios miraban las pasiones,  
 Que le causaba el morador del suelo,  
 Hombre por quien Dios—Hombre padecía,  
 Y en ira se encendieron justa y pia.

«Al arma, al arma; baste lo sufrido;  
 No mas, no mas.» Clamaban dando voces,  
 Y llamando al ejército lucido  
 De los ángeles fuertes y veloces;  
 Y Miguel, capitan esclarecido  
 Contra los insolentes y feroces  
 Que son demonios y eran serafines,  
 Mandó tocar al arma sus clarines.

Las trompas rimbombantes resonaron,  
 Montes de eternidad estremecieron,  
 En el aire espantosas retumbaron,  
 Y los hondos abismos removieron;  
 Y á su voz obedientes se aprestaron  
 Los ángeles que en partes mil la oyeron,

Los que rigen los orbes y en la tierra  
 Contra el Orco apellidan cruda guerra.

Los espíritus nobles, entendiendo  
 La resonante trompa que los llama,  
 Reconocido el belicoso estruendo,  
 Suben al cielo como ardiente llama;  
 Y lo que estaba cada cual haciendo  
 Deja á la voz que en guerra los inflama,  
 Y acuden á Miguel, y él los compone  
 A la lid sacrosanta que dispone.

Y por vestirse de armas importantes  
 A su justa venganza y digna guerra,  
 Van á las fortalezas rutilantes,  
 Donde el celo de Dios armas encierra:  
 Arneses allí lucen de diamantes  
 Que no crió jamás ni vió la tierra,  
 Y escudos cuelgan de otro acero fino,  
 Que para sí forjó el poder divino.

Allí penachos tremolando al viento,  
 Que bravo sopla y espantable suena,  
 Penden, y el hueco bélico instrumento  
 Que el aire en son retumbador atruena;  
 Allí el valor está y el ardimiento  
 Que á dura muerte al réprobo condena;  
 Allí se ven las armas ofensivas  
 Con que abate Jehová frentes altivas.

Allí el tremendo y hórrido tridente  
 Que tuvo el mundo en lluvias anegado,  
 Del rico y grande techo está pendiente,  
 Cruda palanca del furor sagrado;

Allí de fuego vivo el rayo ardiente,  
 Que otros mil arrojó jamás cansado  
 Contra la torre de Nembrod superba,  
 Agudo y reluciente se conserva.

Allí viven las llamas vengadoras  
 Que las torpes ciudades abrasaron,  
 Y las plagas de Egipto asoladoras,  
 Que horror, asombro y confusion causaron;  
 Allí las tempestades tronadoras  
 Que á Jonás en el piélago lanzaron,  
 Y los carros de fuego que ceñían  
 Los montes y á Eliseo defendían.

Allí los instrumentos invisibles,  
 Que arman guerras, difunden pestilencias,  
 Y sacuden con ímpetus sensibles  
 Las aterradas, pérfidas conciencias;  
 Y al fin, todas las armas invencibles  
 Que imperios, magestades y potencias  
 Han deshecho, se ven allí colgadas  
 Y al intento de Dios aparejadas.

Rápidos pues allí de armas lucidas  
 Vistiéronse los ángeles fogosos,  
 Y para aquella hazaña apercebidas  
 Manos llevaban y hombros poderosos,  
 Aquellas con espadas encendidas,  
 Estos con sus arneses luminosos;  
 En nueve heróicos órdenes compuestos  
 Van haciendo de guerra mil aprestos.

Suenan tambores, vuelan estandartes  
 Por el campo del cielo cristalino:

Van desplegando belicosas artes  
 Por el de estrellas celestial camino;  
 Gimen los polos, tiemblan en mil partes;  
 Los orbes y elementos mas vecinos  
 Al rudo peso de las armas tremen;  
 Nueva derrota los infiernos temen.

Llegan á Dios, que en trono venerable  
 De magestad inmensa está sentado,  
 Y la Misericordia favorable  
 Hermosa esplende á su derecho lado,  
 Al siniestro la escelsa y formidable  
 Justicia con su estoque desvainado,  
 En pie las dos haciendo reverencia  
 A las Personas tres en una esencia.

Y todos los magníficos guerreros  
 Al prepotente Padre se humillaron,  
 Y á su trono postrados los aceros,  
 Devotos las cabezas inclinaron:  
 Y Miguel, capitan de los primeros  
 Que *quién es como Dios* apellidaron,  
 Del radiante escuadron púsose al frente  
 Ante el trono del Dios omnipotente.

Estaba del robusto arnés ceñido  
 Con que á Luzbel ganó la gran victoria,  
 Y de la espada con que al atrevido  
 Le vió David postrar su vanagloria.  
 La misma que al soberbio y fementido  
 Senaquerib por su maldad notoria  
 Asombró degollando de sus gentes  
 Ciento y ochenta y cinco mil valientes.

En el escudo de inmortal diamante  
 Que muchos reinos defender podia,  
 Sutilmente á sí mismo semejante  
 Él mismo dibujado parecia,  
 Y á sus pies aquel fiero y arrogante,  
 Que ángel fué y es dragon, preso tenia,  
 Que en un hermoso joven comenzaba  
 Su imagen, y en serpiente remataba.

De esta manera pues dijo humillado:

«Padre y Señor, tu Ungido verdadero,  
 Si bien cual hombre está crucificado  
 Por hombres, como ves en un madero,  
 El cielo en iras nobles abrasado  
 Pretende castigar crimen tan fiero,  
 Si tú le das licencia, y así viene  
 A ti, y las armas en su mano tiene.

»Pues dánosla, Señor, y el ciego mundo  
 Sacrilego á su Dios arruinaremos,  
 O sacando las aguas del profundo  
 Que ahoguen, como ciñen sus extremos,  
 O ardiendo en llama viva el globo inmundo,  
 Que huellan los atroces y blasfemos,  
 O desquiciando con furor la tierra,  
 Ó haciéndoles ruinosa y mortal guerra.»

Dijo, y al punto la Justicia santa:

«Bien suplica Miguel que mas no aguardes;  
 Rinde su orgullo, su furor quebranta;  
 Pues ellos lo merecen, tú no tardes:  
 Tu ejército animoso se adelanta  
 De su celo y virtud haciendo alardes;

Déjale, inmenso Dios, que los castigue,  
Y á conocer su culpa los obligue.»

Dijo; y la Misericordia blandamente  
Y en breve comenzó, por Dios mandada:  
«Todo aquello es verdad, Padre clemente;  
Con razon tu justicia está irritada;  
Pero tambien está con la presente  
Ofrenda de tu Verbo bien pagada;  
Que si el mundo en su muerte se complace,  
Por las culpas del mundo él satisface.

»Así el mundo quedar débese entero,  
Porque si al Hacedor da el hombre muerte,  
El Hombre Dios que espira en un madero  
Por sus culpas te paga de esta suerte;  
Y mas que te desplace el acto fiero  
Del matador, te agrada el acto fuerte  
De Jesus en perder manso la vida  
Por el hombre su hechura y parricida.»

Habló; y el Padre en la justicia recto  
Y en la misericordia siempre amable,  
Dijo á Miguel: «Vuestro celoso afecto  
Y muestra, ó capitan, me es agradable;  
Mas el que pretendéis último efecto  
No ha sido á mi bondad tan aceptable,  
Porque impide á mi sábia providencia  
Esta union de justicia y de clemencia.

»Es gran justicia demandar terrible  
Por infinita culpa inmensa paga,  
Pero es clemencia igual dar apacible  
Al Hijo, que por ella satisfaga;

Y esta union resplandece conveniente  
 En que él llagado esté por quien le llaga,  
 Y yo de compasivo y justiciero  
 Le permita morir en un madero.

»Mas sepa el mundo que el Potente, el Santo,  
 El Hacedor en cruz está muriendo;  
 Y sépalo con justo y nuevo espanto  
 Grandes prodigios de su horror sintiendo.  
 Mas si es debido por su muerte el llanto,  
 Lo es mas el triunfo del combate horrendo;  
 Muera en la cruz; mas en el tiempo mismo  
 Caiga el dragon en el ardiente abismo.»

El capitán obedeciendo al punto  
 Descuadrónó su ejército glorioso,  
 Que de diversas partes se vió junto,  
 Y á otras de allí lo envió fuerte y brioso:  
 Unos se hallaron en Salén á punto  
 Para la muerte del Señor piadoso,  
 En el mar otros y otros en la tierra,  
 La espada en alto en actitud de guerra.

Estaba el sol entonces coronado  
 De largas puntas de diamantes finos,  
 Y en medio de su curso levantado  
 Abrasaba los montes palestinos:  
 Miguel, viendo á su Dios crucificado,  
 Desnudo ante sus viles asesinos,  
 Con hidalga vergüenza y noble celo  
 Bajó del cielo empireo al postrer cielo.

Y á los fuertes caballos rutilantes  
 Que echaban fuego por las bocas de oro,

Las ruedas volteando resonantes  
 Que dan al mundo nuevo el gran tesoro,  
 Los encendidos frenos espumantes,  
 Sin guardar al planeta su decoro,  
 Asíó con la una mano valerosa,  
 Y con otra la máquina espantosa.

Y el carro así parado, alzó los ojos  
 Al sol que con mil ojos le miraba,  
 Y fulminando por la vista enojos  
 El fin de sus intentos aguardaba:  
 Abriendo pues Miguel los lábios rojos  
 Con voz le dijo altisonante y brava,  
 Increpando al planeta escelsamente  
 Porque daba su luz resplandeciente.

«¿Es posible, inmortal, noble criatura,  
 Que miras á tu Dios en cruz desnudo  
 Y ofreces luz á aquella gente dura  
 Que sin miedo en la cruz ponerle pudo?  
 Cubre tu clara faz de noche oscura;  
 Compon tu rostro en ademán sañado;  
 Velen el mundo temerosas nieblas,  
 Y á su Criador conozca en tus tinieblas.»

Dijo, y el sol avergonzado luego,  
 Sus rayos en sí propio recogidos,  
 Negó su bella lumbre al mundo ciego  
 Por dejar á los hombres confundidos:  
 Espantóse el romano, admiró al griego,  
 En la ciencia del astro esclarecidos,  
 Ver un eclipse tal. Solo el hebreo  
 Aletargóse en su pecado feo.

Bajó Miguel despues triste al Calvario  
 Con su escuadron de ardientes serafines,  
 Do temblaba Luzbel su gran contrario  
 Con otro que lo fue de querubines;  
 Y estuvo allí asistiendo al santuario  
 De Dios con sus trompetas y clarines,  
 Tambores destemplados y banderas,  
 Y otros mil instrumentos y armas fieras.

Mientras esto pasaba, el Rey sagrado,  
 Ardiendo el corazon, secas las venas,  
 Y por las cuatro llagas desangrado  
 Fuentes de nuestra gloria y de sus penas,  
 Con sed del cuerpo y de almas abrasado,  
 Pero con luces claras y serenas  
 «Sed tengo,» dijo, y en crueldades largo  
 Uno á beber le dió vinagre amargo.

Habiendo pues probado el Rey eterno  
 La esponja de vinagre, dijo al punto,  
 Y díjolo con paz y gozo interno  
 Por haber ya llegado al postrer punto:  
 «Acabóse.» Y con rostro humilde y tierno,  
 Grave en aspecto y en color difunto,  
 Mirando al cielo y á su Padre santo,  
 Volvió á verter sobre Salén su llanto.

Quando infausto cometa en noche oscura  
 Con negro horror fatídico aparece  
 En torvo aspecto y hórrida figura,  
 Que mas terrible por instantes crece;  
 Espantada la gente y mal segura  
 Del daño que futuro resplandece

En su cauda sangrienta, está suspensa  
De su triste amenaza ó furia inmensa.

Tal á su Salvador en agonía  
De acerbísima cruz mirando estaba  
El mundo en sepulcral melancolía  
Profundamente hundido, y demostraba  
Grande pavor, y grande mal temía  
Del prodigio espantoso que notaba,  
Su ruina recelando de esta suerte  
En la que á Dios se daba horrenda muerte.

Los circunstantes ángeles atentos  
Y de la boca de su Dios colgados,  
Sus alas desplegaban á los vientos,  
Mas en horror que en ellas elevados:  
Los demonios con rostros virulentos,  
Y con ojos y pechos asombrados,  
Dudosos aguardaban y encogidos  
Callando en sí de miedo sus gemidos.

Cuando llegó la muerte, de sagrada  
Estola revestida, y de admirable  
Y santo resplandor y luz bañada,  
Y al Salvador, con ser quien es, amable;  
Pero humilde llegó y arrodillada,  
Y pidiendo á la vida inconmutable  
Licencia para entrar, y recibida  
Cortó al Señor el hilo de la vida.

Dios dijo al espirar. «¡O Padre mio,  
En tus manos mi espíritu encomiendo!»  
Con invencible aliento y santo brio  
Y con voz tan allisona gimiendo

Que muestra bien su eterno poderío  
 Sobre la misma muerte así muriendo.  
 ¡Ya su cabeza lánguida inclinóse!....  
 Y el alma divinal libre exhalóse!....

Los príncipes de luz que en tierra y cielo,  
 Aire y mar esperaban obedientes  
 Que espirase su Dios, con vivo celo  
 Hicieron mil prodigios diferentes:  
 Uno del templo antiguo el sacro velo  
 Rasgó abrasado en ímpetus ardientes:  
 Otro en los pechos infundió dolores,  
 Y otro abrió los sepulcros gemidores.

Y por la fortaleza valerosa  
 Y virtud de los otros admirable  
 La tierra retendió caliginosa,  
 Con furor sacudiéndose espantable;  
 Y el mar pasó la raya rigurosa  
 Que Dios le puso, y bravo y formidable  
 Con sus bramidos atronaba el cielo,  
 Y con sus ondas azotaba el suelo.

Los vientos de sus cóncavos y oscuros  
 Calabozos rugiendo se arrojaron,  
 Y levantadas torres y altos muros  
 Y montes giganteos desplomaron;  
 Unos con otros los peñascos duros  
 Con retronantes ímpetus chocaron;  
 Naturaleza toda en agonía  
 Acompañaba el llanto de María.

Torvo Luzbel, volviendo las espaldas,  
 Huyó con sus vencidos escuadrones:

Miguel iba pisándole las faldas  
 Con parte de sus ínclitas legiones:  
 Estos ya van ceñidos de guirnaldas  
 Y tremolando alegres sus pendones,  
 Y esotros los cabellos erizados,  
 Cobardes, confundidos y postrados.

Vibra el Arcangel centellosa lanza  
 De estrepitosos rayos estallantes;  
 A los demonios trépidos alcanza,  
 Y en hediondas cenizas humeantes  
 Deshaciendo sus frentes, los alanza  
 A los hondos abismos llameantes:  
 De cumbre en cumbre horrisonos rodando  
 Derrumbándose van y él va gritando:

«A los antros de horror caed, dragones,  
 A beber mares de eternal tormento,  
 A ser de aquellas lóbregas prisiones  
 El inmundo, encendido pavimento.  
 ¡Vuestro Libertador venció, Naciones!  
 ¡Ventura es vuestra ser su heredamiento!  
 ¡Ya en el carro inmortal de su victoria  
 Os sube al cielo el Príncipe de gloria!»



*Mezquino corazón y mente oscura  
A un piélago llevé de resplandores  
A admirar la beldad de la Escritura,  
Y ofuscado quedé por sus fulgores.  
¡Ah si acaso empañé su lumbre pura,  
Tú, Santa Iglesia, enmienda mis errores,  
Que á tu juicio infalible me someto,  
Con cadenas de amor á ti sujeto!*

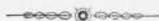


## INDICE DEL TOMO TERCERO.



INTRODUCCION.....	pág. 5
CAP. I. <i>Nacimiento</i> .....	9
CAP. II. <i>Circuncision, adoracion de los Magos y presentacion en el templo</i> .....	30
CAP. III. <i>Huida á Egipto.—Jesus niño en el templo de Jerusalén</i> .....	47
CAP. IV. <i>Bautismo de Jesus.—Su ayuno y tentaciones en el desierto.—Bodas de Caná</i> .....	65
CAP. V. <i>Principio de la predicacion del Salvador.—Los Apóstoles.—La Samaritana.—Pesca milagrosa.—San Pedro y su navecilla</i> .....	81
CAP. VI. <i>Confesion de San Pedro.—Mision de los Apóstoles.—Doctrina de Jesus</i> .....	103
CAP. VII. <i>Oracion y Parábolas</i> .....	130
CAP. VIII. <i>Observaciones sobre el caracter del Salvador.—Sus milagros</i> .....	155
CAP. IX. <i>Continuacion del mismo asunto</i> .....	174
CAP. X. <i>Continuacion del mismo asunto</i> .....	185
CAP. XI. <i>La vida de Jesus se aproxima á su doloroso término</i> .....	204
CAP. XII. <i>La Pasion</i> .....	222
<i>Poema sobre la pasion</i> .....	225

## Sumario del contenido del Poema sobre la Pasion.



### CANTO PRIMERO.

Proposicion é invocacion. Aparato lúgubre de la naturaleza cuando Jesus llega al huerto: vestidura del Redentor: su oracion: se le aparece la muerte que ha de pasar: su soliloquio, en el cual, enumerando sus principales padecimientos, se resuelve á abrazarlos por la salud del hombre. La Oracion personificada sube al cielo á presentar al Padre Eterno los méritos de Jesus. Espone su encarnacion, su nacimiento, su huida á Egipto, su bautismo por San Juan Bautista, sus trabajos, su predicacion, y concluye pidiendo que se dé por satisfecho con todas las penalidades y misterios de que ha hecho mencion, revocando la sentencia de su muerte. Contesta el Padre Eterno que no varia lo predestinado, y que de la passion de su Hijo ha de resultarle gran gloria al mismo Jesus, y á los hombres y al cielo: regocijo y canto de los ángeles en aplauso de Dios, quien envia á Gabriel á consolar al Redentor: parte Gabriel del cielo juntamente con la Oracion: pintura melancólica del huerto adonde llega: su asombro al ver lo que Jesus padece: le consuela, y vuelve al cielo llevando al Padre el sacrificio de su Hijo. Judas le vende y le baldona, y junta soldados para prenderle. Agonia y sudor de sangre del Señor: se despide de sus discípulos: llegan los que van á aprisionarle, capitaneados por Judas: recibimiento que el Salvador les hace. Es derribada por tierra la cohorte romana: reconvenccion de Jesus á Judas: brios de los Apóstoles y hazaña de San Pedro: palabras de Jesus. Curacion de la oreja de Malco: fuga y dispersion de los Apóstoles.

### CANTO SEGUNDO.

Luzbel: el infierno: descripcion de los principes infernales: allocucion de Luzbel al congreso de los diablos: su incertidumbre: su furor: su resolucion: salen del infierno los demonios: Anás: Caifás: la bofetada: ultrajes y golpes que el Señor padece: episodio de San Pedro que vuelve á Getsemani á exhalar su dolor y su arrepentimiento: su soliloquio: nuevas dudas é incertidumbre de los demo-

nios: su discurso: su resolucion de impedir la muerte del Salvador: aparicion de un diablo en figura de Mercurio á la muger de Pilatos: pavor de ésta: reune á sus dueñas confidentes: una de ellas le cuenta los principales prodigios de Jesus.

### **CANTO TERCERO.**

Juzga Caifás al Salvador, reunido su consejo: actitud de Jesus: nuevas ofensas que se le hacen: es sentenciado á muerte: llévanle á casa de Pilatos: su entrevista con este juez: acusaciones de los fariseos. Es conducido á la presencia de Herodes: conducta de este rey: le manda poner por escarnio una vestidura real, y le declara por loco: el Padre Eterno le manifiesta por medio de una vision, para consolarle, los sábios que han de florecer en la Iglesia. Vuélvenle al palacio de Pilatos.

### **CANTO CUARTO.**

La Santísima Virgen se lamenta de los padecimientos de su divino Hijo: envia el Padre-Dios al Arcangel á consolarla: éste le pinta cómo bajará el Señor al Limbo, cómo sacará de allí las almas de los justos que estaban en el seno de Abrahán, cómo derramará en ellos mil favores y bendiciones, cómo resucitará glorioso, cómo se le aparecerá bañándola en delicioso mar de regocijo, etc. Suspende el angel su narracion, reservando para mas adelante el resto de la historia de las futuras glorias de Jesus, y quédase en compañía de la Señora para asistirle y servirle. Pilatos declara la inocencia del Salvador: propone al pueblo á Barrabás y á Jesus para que escoja al que ha de dar libertad: la multitud elije á Barrabás y pide la muerte de su Mesias: Pilatos para librarle del último suplicio le condena al de ser azotado. Dios en el cielo convoca sus cortes: hace presente á los espíritus celestiales lo que su Verbo padece en la tierra: admiracion de aquellos: bajan por orden de Jehová á cantarle loores á su Rey afligido.

### **CANTO QUINTO.**

Junta Luzbel las fúrias del Averno, y en un discurso de desesperacion, ya que no le es dado impedir la muerte del Salvador, exhorta á los suyos á que cooperen á hacerla cruelísima. Suben al

pretorio los espíritus malignos: arengan á los pontífices hebreos: estos incitan á los verdugos á que en aquella flagelación sangrienta hagan morir al Redentor. Desnúdanle: los ángeles procuran desagraciarle: es atado á la columna: sentidas exclamaciones del poeta: principio de la flagelación: ofrece el Señor á su divino Padre su suplicio, pidiéndole perdone á sus verdugos. Para considerar quién es el hombre azotado, se recorren las principales bellezas del universo que ha creado y conserva y gobierna con su infinita sabiduría. Se examinan las causas por qué ha querido padecer: continúa la flagelación: nuevo clamor de Jesucristo á su Eterno Padre.

### CANTO SESTO.

El Arcangel Miguel, por templar el dolor del Señor, canta y refiere la historia de muchos mártires. El rey del Averno va á la mansión de la Impiedad: descripción del palacio de este mónstruo. Luzbel le pide auxilio, y le manda que salga á hacer la guerra al Hijo del Eterno: su salida del infierno: inspira á los sayones que le aclamen irónicamente por rey, y determinan darle un imperio de agravios: coronarle de espinas: Pilatos presenta al Salvador al pueblo para moverle á compasión, y el pueblo se enfurece y pide su muerte: el juez se rinde y condena á morir al que reconoce por inocente: los judíos contestan que caiga sobre ellos la sangre de aquel justo.

### CANTO SEPTIMO.

Conociendo el Arcangel Gabriel que el dolor de la Virgen María iba creciendo por momentos, para confortarla le refiere la gloriosa ascension de su Hijo á los cielos, su tierna despedida, la venida del Espíritu Santo, los efectos que esta ha de causar en los Apóstoles, la fundacion de la Iglesia, el modo con que ella misma ha de morir á impulsos del amor divino, su resurreccion, su asuncion, el recibimiento que han de hacerle en el cielo. La profética narracion del Arcangel es interrumpida por la llegada del discípulo querido, quien da á la Madre angustiada la fatal noticia de que el Hijo de sus entrañas está ya sentenciado á muerte. Judas en su desesperacion se dirige al templo, y despues de haber devuelto á los sacerdotes el dinero de la venta de Jesus, corre á suicidarse: gri-

tos de desesperacion que Satanás le inspira: trepa á una higuera: y en el espantoso suicidio hace el enemigo infernal las veces de verdugo: Jesus se aflige por el trágico fin del traidor, y prorrumpe en quejas doloridas.

### CANTO OCTAVO.

Saluda el Señor afectuosamente su cruz, y sale con ella para el Calvario: Simon Cirineo le ayuda á llevarla, y Jesus ve con divina presciencia los fundadores de las órdenes religiosas. Esclamaciones de algunas matronas piadosas. Profecía y amonestacion que el Señor les hace. La Verónica. María corre á la calle de la Amargura, y se encuentra con su amado Hijo: dolor y coloquios de ambos: Llegada al Calvario: dan al Salvador vino mezclado con mirra: le desnudan para crucificarle: crucifixion: tormentos que padece en la cruz.

### CANTO NOVENO.

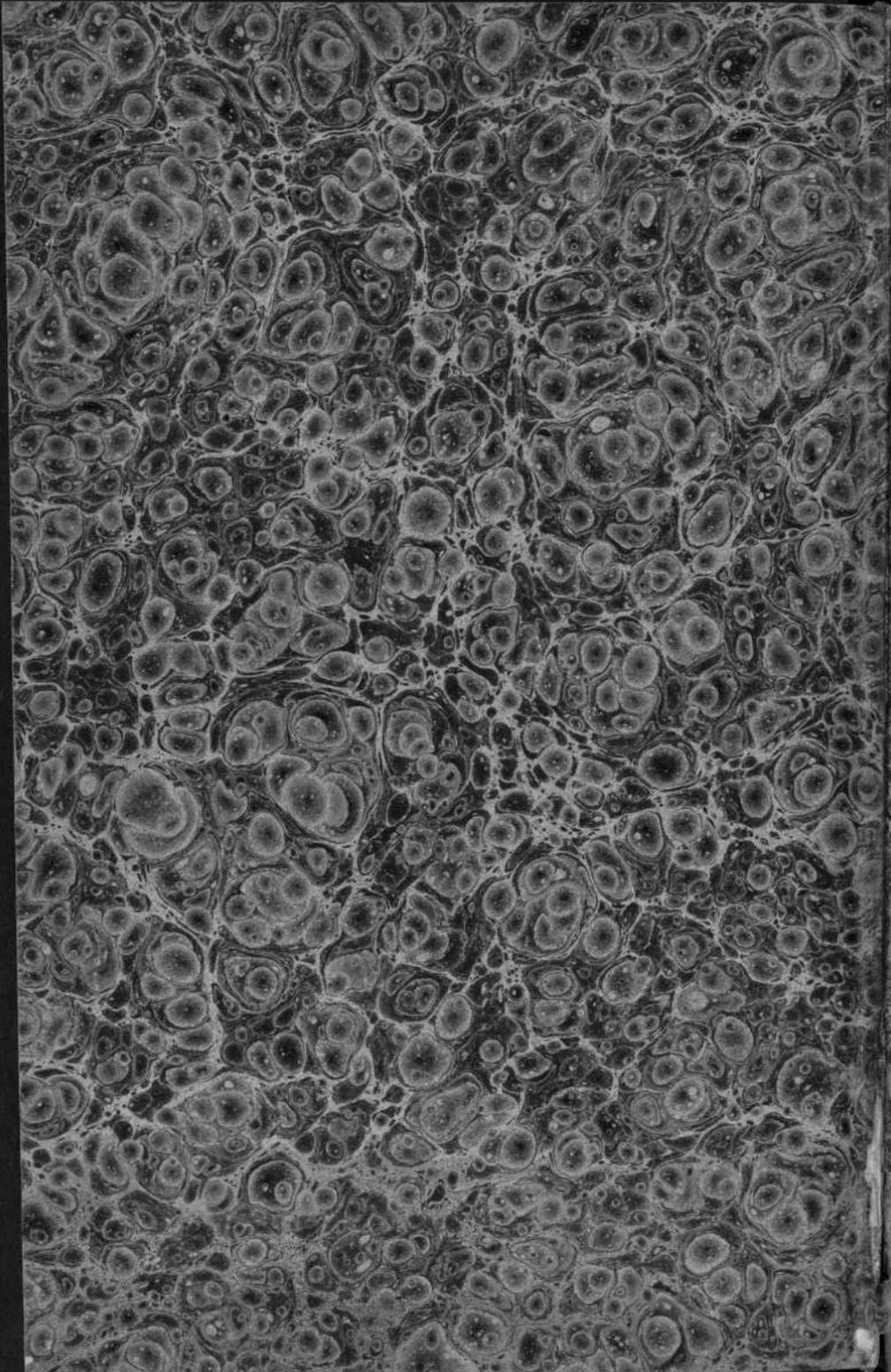
Pide Jesus á su Padre que perdone á sus ofensores. Promete el paraíso al buen ladrón: habla á su dolorosa Madre: se queja del abandono en que le ha dejado el Eterno Padre: se encienden en santa ira los ángeles: acuden á tomar armas á las fortalezas divinas: se describen las armas que allí se admiran: vistense con ellas y se presentan á Dios, pidiendo Miguel á nombre de todos que les permita castigar al género humano por el atentado que comete en dar muerte á su Hacedor. La Justicia apoya esta petición. La Misericordia aboga en favor de los hombres. El Omnipotente reprime el ímpetu de las huestes del cielo, pero les manda que obren prodigios en la muerte de su Hijo, y arrojen del mundo al príncipe de las tinieblas: obedecen los ángeles: Miguel detiene el carro del sol, y le reprende porque en aquel punto no se cubre de luto: el sol avergonzado recoje sus rayos. Vuelve á hablar el Salvador desde la cruz. La muerte le pide licencia para cortarle el hilo de la vida, y él se la otorga. Muere: y todos los elementos dan muestras de su dolor. Huyen los demonios, y Miguel con sus ángeles los persigue hasta que aquellos caen en el infierno.

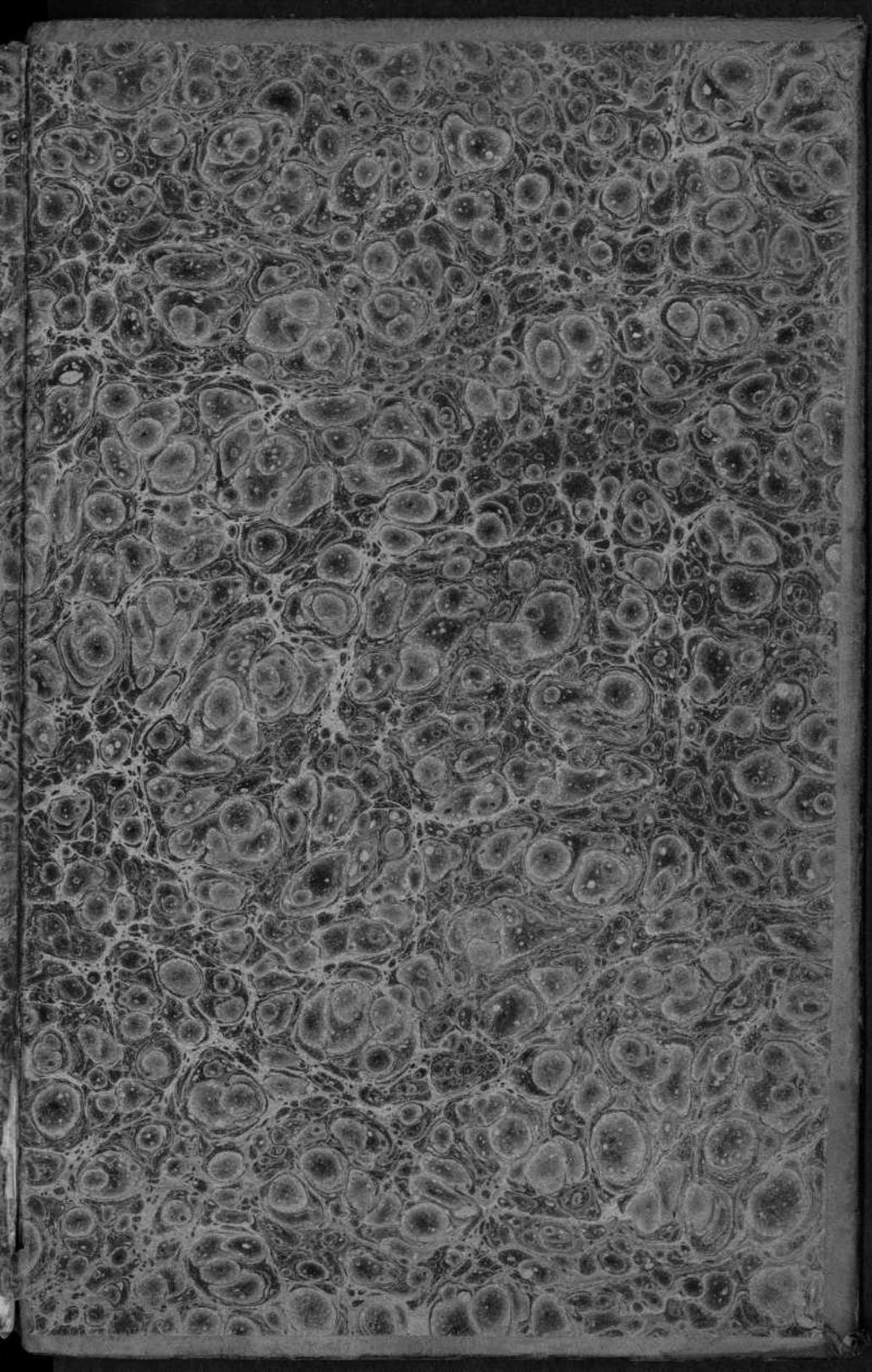


ERRATAS.

<u>Págs.</u>	<u>Lineas.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
35	1	nos con piedad	con piedad
189	27	por que en aquella	porque aquella









RESERVACIONES  
SOBRE  
LAS BELLEZAS  
DE LA  
BIBLIA

5

17.144